

HEXAEMERON, O LIBROS CUATRO SOBRE EL PRINCIPIO DEL GÉNESIS, HASTA EL NACIMIENTO DE ISAAC Y LA ELECCIÓN DE ISMAEL (C,S)

Prólogo AL OBISPO ACCA DE HAGUSTALDENSE.

Al muy querido y reverendísimo obispo Acca, el más humilde de los siervos de Cristo, Beda, salud.

Sobre el principio del libro del Génesis, en el que se describe la creación de este mundo, muchos han dicho mucho, han dejado muchos monumentos de su ingenio a la posteridad; pero principalmente, hasta donde mi pequeñez ha podido aprender, Basilio de Cesarea, a quien Eustacio traductor hizo latino desde el griego; Ambrosio de Milán, Agustín obispo de Hipona; de los cuales el primero en nueve libros, el segundo, siguiendo sus huellas, en seis libros, el tercero en doce libros, y nuevamente en otros dos especialmente escritos contra los maniqueos, han derramado para los lectores abundantes corrientes de doctrina saludable, cumpliéndose en ellos la promesa de la Verdad, que decía: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva" (Juan VII, 38). De los cuales Agustín también, en los libros de sus Confesiones, en los libros que compuso excelentemente contra el adversario de la ley y los profetas; pero también en otras de sus obras dispersas, hizo alguna memoria de la misma creación primordial, con una exposición adecuada. Sin embargo, como estas son tan copiosas, tan profundas, que apenas pueden ser adquiridas por los más ricos, tan profundas que apenas pueden ser investigadas por los más eruditos, ha complacido a vuestra santidad imponernos el deber de que de todas estas, como de los campos más amenos de un paraíso floreciente, recojamos lo que pareciera suficiente para la necesidad de los débiles. No he sido perezoso en ejecutar lo que os habéis dignado ordenar; al contrario, inmediatamente después de haber examinado los volúmenes de los Padres, he recopilado de ellos y he distinguido en dos libritos lo que pudiera instruir al lector aún rudo, para que el instruido aprenda a ascender a la lectura más alta y más fuerte de los mayores. En esta obra me he esforzado por poner el sentido de todos los mencionados y de otros Padres igualmente católicos, a veces con sus mismas palabras, a veces, por causa de la brevedad, con mis discursos, a veces sin mencionar sus nombres, a veces mencionándolos, según lo dictaba la oportunidad de los lugares, y he llevado la obra hasta que Adán, expulsado del paraíso de la voluptuosidad, entró en el exilio de la vida temporal; también escribiré algo de los siguientes de la historia sagrada, si Dios quiere, con la ayuda de vuestra intercesión acompañante, mientras primero haya examinado el libro del santo profeta y sacerdote Esdras, en el que los sacramentos de Cristo y de la Iglesia bajo la figura de la larga cautividad resuelta, del templo restaurado, de la ciudad santa reedificada, de los vasos llevados de regreso a Jerusalén que habían sido llevados, de la ley de Dios reescrita que había sido quemada, del pueblo castigado por las esposas extranjeras, y convertido con un solo corazón y alma al servicio de Dios, como profeta e historiador a la vez, ha escrito, y haya hecho más claros para los estudiosos algunos de estos sacramentos que he mencionado, con la ayuda de Dios. Que estéis siempre bien, amadísimo obispo, recordándonos en el Señor.

COMIENZA EL PRIMER LIBRO.

En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Insinuando la creación del mundo, la Escritura divina muestra adecuadamente con la primera palabra la eternidad y la omnipotencia del Dios creador. Pues a quien afirma que creó el mundo en el principio de los tiempos, ciertamente designa que existió eternamente antes de los tiempos. Y a quien narra que creó el cielo y la tierra en el mismo inicio de la creación, declara que es omnipotente en tal celeridad de operación, para quien querer es hacer. Pues la fragilidad humana, cuando realiza algo; por

ejemplo, cuando construimos una casa, al principio de la obra preparamos el material, y después de este principio cavamos en profundidad, luego colocamos piedras en el fundamento, luego añadimos paredes con filas crecientes de piedras, y así poco a poco avanzamos hasta llegar a la perfección de la obra propuesta. Pero Dios, cuya mano es omnipotente para cumplir su obra, no necesitó demora de tiempos, porque está escrito: "Todo lo que quiso, hizo" (Salmo CXIII, 3). Por lo tanto, es apropiado que "en el principio creó Dios el cielo y la tierra", para que se entienda claramente que ambos fueron hechos simultáneamente por Dios, aunque no se pueda decir simultáneamente por el hombre. De hecho, dice el profeta: "En el principio fundaste la tierra, Señor" (Salmo CI, 26). Aquí, sin embargo, se narra que el Señor creó en el principio el cielo y la tierra; de donde se deduce claramente que la obra de ambos elementos fue completada al mismo tiempo, y esto con tal velocidad de la virtud divina, que aún no había transcurrido el primer momento del mundo naciente.

Sin embargo, puede entenderse no improbablemente que en el principio Dios hizo el cielo y la tierra en su Hijo Unigénito, quien respondiendo a los judíos que le preguntaban qué debían creer de él, dijo: "El principio que también os hablo" (Juan VIII, 25). Porque "en él", como dice el Apóstol (Colosenses I, 16), "fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra". Pero es necesario observar diligentemente, para que cada uno dedique su estudio a los sentidos alegóricos, de modo que no abandone la fe abierta de la historia al alegorizar.

Pero lo que es o cómo es el cielo, que fue hecho en el principio con la tierra, se insinúa en las palabras siguientes cuando se dice.

La tierra, sin embargo, estaba desordenada y vacía, y las tinieblas sobre la faz del abismo. ¿Por qué, pues, añadió esto sobre la tierra, omitiendo el cielo, sino porque no quiso que se entendiera nada semejante del cielo? Pues el cielo superior es aquel que, separado de todo el estado voluble de este mundo, permanece siempre quieto en la gloria de la presciencia divina. Porque de nuestro cielo, en el que están colocadas las luminarias necesarias para este siglo, la escritura en lo siguiente declara cómo y cuándo fue hecho. Por lo tanto, no el cielo superior, que es inaccesible a la vista de todos los mortales, fue creado desordenado y vacío en la tierra, que en su primera creación no produjo nada de brotes verdes ni de seres vivientes, porque ciertamente fue creado inmediatamente con sus habitantes, es decir, con las bienaventuradas huestes de ángeles; quienes fueron creados en el principio con el cielo y la tierra, y pronto refirieron su condición y la de toda la creación primordial a la alabanza del creador, lo testifica el mismo Creador, quien hablando a su santo siervo Job dice: "¿Dónde estabas cuando ponía los fundamentos de la tierra?" (Job XXXVIII, 4). Y poco después: "Cuando me alababan juntos las estrellas de la mañana, y todos los hijos de Dios gritaban de júbilo" (Ibid., 7); llamando estrellas de la mañana a los mismos ángeles, a quienes también llama hijos de Dios, para distinguirlos evidentemente de los hombres santos, que serían creados después, y como estrellas vespertinas, después de la confesión de la alabanza divina, habrían de caer por la muerte de la carne; de las cuales estrellas de la mañana, uno por el desprecio de la alabanza de Dios mereció oír: "¿Cómo caíste del cielo, Lucifer, que nacías por la mañana? Has caído a la tierra, tú que herías a las naciones, que decías en tu corazón: Subiré al cielo, sobre las estrellas de Dios exaltaré mi trono" (Isaías XIV, 12). En cuya exposición de la sentencia, el santo Jerónimo también menciona el cielo superior, escribiendo así: "O bien antes de que cayera del cielo, decía estas cosas; o después de que cayó del cielo: si aún estando en el cielo, ¿cómo dice: Subiré al cielo? pero porque leemos, 'El cielo de los cielos es del Señor', cuando estaba en el cielo, es decir, en el firmamento, deseaba subir al cielo, donde está el trono del Señor, no por humildad, sino por soberbia. Pero si después de que cayó del cielo dice estas cosas, debemos entender palabras de arrogancia, que ni siquiera

precipitado descansa, sino que aún se promete grandes cosas, no para estar entre las estrellas, sino sobre las estrellas de Dios" (lib. VI, en Isaías)." Por lo tanto, con razón no se menciona que el cielo de los cielos fue hecho desordenado o vacío, ni se dice que haya lugar para las tinieblas o el abismo en él, porque el Señor Dios lo ilumina, y cuya lámpara es el Cordero. Y con razón la tierra estaba desordenada y vacía, cuando aún toda ella estaba cubierta por el abismo, es decir, por la inmensa profundidad de las aguas.

Con razón las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, cuando aún no había sido creada la luz que las ahuyentara. No deben ser escuchados, sin embargo, aquellos que, reprendiendo a Dios, dicen que creó las tinieblas antes que la luz, porque Dios no hizo tinieblas en el agua o en el aire, sino que, por el orden distinto de su providencia, primero creó las aguas con el cielo y la tierra, y luego, cuando quiso, las adornó con la gracia de la luz, lo cual vemos que hace hasta ahora en el agua misma y en el aire por el acceso y el retiro diario del sol. Pues no es lícito creer que las aguas no fueron hechas por Dios, lo cual, aunque aquí la Escritura no lo dice abiertamente, lo significa claramente, cuando insinúa que fueron iluminadas por Dios y ordenadas a su mandato, pero también el salmo lo dice abiertamente: "Y las aguas que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor, porque él lo dijo, y fueron hechas" (Salmo CXLVIII, 4). Donde se debe notar que con el cielo en el principio se mencionan hechos nominalmente dos elementos de este mundo, a saber, el agua y la tierra, a los cuales, sin embargo, se sabe que fueron añadidos los otros dos, a saber, el fuego en el hierro y las piedras, que ya entonces estaban ocultos en las entrañas de la tierra, y el aire en la misma tierra, al cual se sabe que está mezclado por el hecho de que cuando ha sido humedecida, y ha recibido el calor del sol, inmediatamente exhala vapores en abundancia. También el fuego ardiente, insertado en las entrañas de la tierra, lo demuestran las fuentes de aguas calientes, que cuando atraviesan ciertos metales en el fondo de las aguas, no solo emergen calientes, sino también hirvientes sobre la superficie de la tierra. No es que estas cosas, como algunos disputan, estuvieran mezcladas de manera informe, sino que la tierra, circunscrita por los mismos límites que ahora tiene, estaba entonces toda tal como aún permanece en parte bajo el profundo del mar. Las aguas, sin embargo, cubrían toda su superficie a tal altura, que alcanzaban hasta aquellos lugares donde ahora, residiendo en parte sobre el firmamento del cielo, no cesan de alabar el nombre del Creador junto con los cielos de los cielos. Hasta aquí, solo la materia informe es aquella de la que la Escritura testimonia que el mundo fue hecho, que en las alabanzas de Dios dice: "Tú que hiciste el mundo de materia informe". Pues todas las cosas que solemos ver en el mundo con las aguas y la tierra, o tomaron su origen de la naturaleza, o lo tomaron de la nada; pero la misma tierra y las mismas aguas recibieron el nombre de materia informe porque antes de que vinieran a la luz, no había de dónde pudieran tener belleza. ¿Qué inconveniente hay, pues, si los principios de la materia mundana fueron tenebrosos, para que al llegar la luz, lo que fue hecho se volviera mejor, y como el afecto de un hombre que progresa, lo que después sería, de este modo se significara, exponiendo el Apóstol y diciendo: "Porque Dios, que dijo que de las tinieblas resplandeciera la luz, es quien ha iluminado en nuestros corazones" (II Cor. IV, 6)? De donde en otro lugar dice: "Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor" (Efes. V, 8); en aquel que cuando las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, dijo: "Hágase la luz, y se hizo la luz".

Y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas. No se debe pensar infantilmente que el Espíritu creador, de quien está escrito, "porque el Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra" (Sab. I, 7), se movía sobre las cosas que iban a ser creadas por posición de lugar; sino que se debe entender más bien que por virtud divina sobresalía a las criaturas, teniendo en su propia potestad cuándo iluminaría el abismo de las aguas, cuándo las separaría en un solo lugar, para que apareciera lo seco, cuándo y cómo dispondría las demás criaturas según su voluntad, a

semejanza de un artesano, cuya voluntad suele estar por encima de las cosas que han de ser fabricadas. Lo cual también se refiere a la distinción del cielo superior, en el que inmediatamente todo estaba perfectamente dispuesto por la presencia del Espíritu Santo: Estas cosas, sin embargo, en las criaturas inferiores, es decir, en las criaturas de este mundo, se proponía llevar los principios de la creación desde el tiempo hasta la perfección. Pues también por eso Moisés hizo tan breve mención del mundo superior porque había decidido hablar del mundo en el que el hombre fue hecho, para la instrucción del género humano, creyendo suficiente si comprendía todo el estado de la criatura espiritual e invisible bajo un solo nombre de cielo, que dijo que fue hecho en el principio; pero describiría más ampliamente y en orden la criatura corporal, visible y corruptible; es decir, omitiendo aquellas cosas que los hombres han buscado más altas y más fuertes, propondría más bien aquellas que fueron mandadas o prometidas por Dios a los hombres. Por lo cual también deliberadamente guardó silencio sobre la caída del ángel prevaricador y sus compañeros, porque esto ciertamente pertenecía al estado de aquella criatura invisible y espiritual, de la cual el santo Basilio en el segundo libro del Hexamerón hace mención así: "Pues creemos que si hubo algo antes de la institución de este mundo sensible y corruptible, ciertamente estaba en la luz. Pues ni la dignidad de los ángeles, ni de toda la milicia celestial, o si hay algo, nombrado o innombrable o alguna virtud racional, o espíritu ministrador, podría habitar en las tinieblas, sino que poseía un estado decente para sí mismo en la luz y la alegría." Pero bien, cuando en el principio dijo que Dios, es decir, en el Hijo, el Padre hizo el cielo y la tierra, también añadió la mención del Espíritu Santo diciendo: "Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas", para que señalara que la virtud de toda la Trinidad cooperó en la creación del mundo.

Y dijo Dios: Hágase la luz, y se hizo la luz. Conviene a las obras de Dios que el adorno del mundo comience con la luz: quien siendo él mismo la luz verdadera, y habitando en la luz inaccesible, cuya beatísima visión los ángeles ya comenzaban a disfrutar en los cielos de los cielos, adecuadamente también a este siglo le otorgó primero la gracia de la luz material, para que hubiera de dónde aparecieran las demás cosas que creara. Pero que Dios haya dicho, ya sea para que se hiciera la luz, ya sea para que se hicieran las demás cosas, no se debe creer que lo hizo a nuestro modo por sonido de voz corporal, sino que se debe entender más profundamente que Dios dijo que se hiciera la criatura, porque por su Verbo hizo todas las cosas, es decir, por su Hijo unigénito: de quien el evangelista Juan dice más claramente: "En el principio", dice, "era el Verbo y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios, todas las cosas por él fueron hechas" (Juan I, 1). Lo que, por tanto, dice Juan, todas las cosas fueron hechas por el Verbo de Dios, es lo que dice Moisés, porque dijo Dios: Hágase la luz; dijo: Hágase el firmamento; dijo: Hágase y las demás criaturas. Esto es lo que el salmo, con la persona del Espíritu Santo añadida, dice: "Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos y por el Espíritu de su boca toda su virtud" (Salmo XXXII, 6). Si, sin embargo, se pregunta en qué lugares, por mandato de Dios, se hizo la luz, cuando aún el abismo cubría toda la amplitud de la tierra, está claro que en las partes superiores de la misma tierra, que ahora la luz diurna del sol suele iluminar, entonces brilló aquella luz principal. No debe sorprendernos que por la operación divina la luz pueda resplandecer en las aguas, cuando también por la operación humana se constata que a menudo se iluminan, a saber, por los navegantes, que sumergidos en el profundo del mar, al emitir aceite de su boca, lo hacen claro y luminoso para ellos. Si el hombre puede tales cosas por el aceite de su boca, ¿cuánto más se debe creer que Dios puede crear por el Espíritu de su boca, especialmente cuando se debe creer que las aguas fueron hechas mucho más raras que las que ahora solemos ver en la tierra, antes de que fueran reunidas en un solo lugar, para que apareciera lo seco?

Y vio Dios que la luz era buena. No viendo de repente la luz como desconocida antes, la alabó, porque dice que es buena; sino que la luz que sabía que haría laudable, ya hecha, declaró que era digna de alabanza y admirable para los hombres. Pero porque no disipó todas las tinieblas del mundo con la luz infundida (pues esto es propio del siglo superior disfrutar de una luz fija y perpetua), sino que iluminando una parte, dejó la otra oscura, se añade correctamente:

Y dividió la luz de las tinieblas. Las dividió no solo por la diferencia de calidad, sino también por la distancia de los lugares, difundiendo la luz en la parte superior del orbe, en la que habría de estar la conversación humana, dejando que las partes inferiores permanecieran en las antiguas tinieblas.

Y llamó a la luz día y a las tinieblas noche. Esto se dijo para nuestro entendimiento; pues ¿en qué lengua llamó Dios a la luz día y a las tinieblas noche; si en hebreo, en griego, o en alguna otra? Y así todo lo que llamó se puede preguntar en qué lengua lo llamó; pero en Dios hay puro entendimiento sin ruido y diversidad de lenguas. Sin embargo, se dice que llamó: Hizo que se llamara, porque así distinguió y ordenó todas las cosas, para que el día pudiera ser visto y recibir nombres. Así decimos: Aquel padre de familia construyó esta casa, es decir, hizo que se construyera, y muchas cosas semejantes se encuentran en todos los libros de las Escrituras divinas.

Y fue la tarde y la mañana un día. Y fue la tarde, cuando la luz se fue apagando gradualmente después de completar el espacio de la longitud diurna, y las partes inferiores del mundo se sumergieron, lo que ahora se acostumbra a hacer con el circuito del sol en las noches; y fue la mañana cuando la misma luz regresó gradualmente sobre la tierra, comenzando otro día; y hasta aquí se completó un día, es decir, veinticuatro horas, cuya mención en la Escritura nos advierte atentamente para que aprendamos que la luz que fue creada iluminó las partes inferiores del mundo con su ocaso. Pues si no fuera así, sino que al llegar la tarde la luz desapareciera completamente, y luego al llegar la mañana resurgiera recreada, no diría que el día perfecto es uno en la mañana del día siguiente, sino más bien en la tarde del primero, de donde también prefirió decir tarde y mañana, en lugar de noche y día, para insinuar que entonces la acción de la luz primaria se realizó en un circuito, lo que ahora se sabe que se realiza en un circuito del sol día y noche; excepto solo por esto, que después de la creación de los astros, la noche también se inunda de su propia luz, aunque menor que la del día. Sin embargo, en esos tres primeros días, la noche permanecía completamente oscura y tenebrosa, pues convenía de todas maneras que el día comenzara con la luz y se prolongara hasta la mañana del día siguiente, para que se insinuara que las obras de aquel que es la luz verdadera, y en quien no hay tinieblas, comienzan con la luz y todo se completa en la luz.

Dijo también Dios: Hágase un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas; e hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban sobre el firmamento. Y fue así. Y llamó Dios al firmamento cielo, y fue la tarde y la mañana el segundo día. Aquí se describe la creación de nuestro cielo, en el cual están fijos los astros; que se afirma estar firmemente establecido en medio de las aguas. Pues vemos que hay aguas debajo de él, y sobre el aire y la tierra; pero también se nos enseña no solo por la autoridad de esta Escritura, sino por las palabras del profeta, quien dice: "Extiende el cielo como una piel, que cubre en las aguas sus partes superiores" (Salmo 103, 2). Por lo tanto, se afirma que el cielo estrellado está firmemente establecido en medio de las aguas, y nada impide que se crea que también fue hecho de aguas; pues conocemos la firmeza, transparencia y pureza del cristal, que se sabe que se ha formado de la concreción de las

aguas, ¿qué impide creer que el mismo Creador de las naturalezas solidificó la sustancia del firmamento del cielo a partir de las aguas? Si a alguien le preocupa cómo las aguas, cuya naturaleza es fluir siempre y deslizarse hacia abajo, pueden permanecer sobre el cielo, cuya figura parece ser redonda, recuerde la Escritura que dice de Dios: "Él ata las aguas en sus nubes, para que no se derramen juntas hacia abajo" (Job 26, 8); y entienda que quien ata las aguas debajo del cielo por un tiempo cuando quiere, para que no caigan juntas, sin estar sostenidas por ningún soporte de sustancia más firme, sino solo retenidas por los vapores de las nubes, también pudo suspender las aguas sobre la esfera redonda del cielo, no con una tenuidad vaporosa, sino con una solidez glacial. Pero incluso si quiso que las aguas líquidas permanecieran allí, ¿acaso es esto un milagro mayor que el hecho de que, como dice la Escritura, colgó la masa de la tierra sobre la nada? Pues cuando las olas del Mar Rojo o del río Jordán, al paso del pueblo israelita, se erigieron en alto como muros, ¿no dan un claro indicio de que también sobre la redondez del cielo voluble pueden permanecer en una posición fija? Ciertamente, qué tipo de aguas son esas, y para qué usos están reservadas, solo el Creador lo sabe; pero que están allí, porque la Escritura santa lo dice, no deja lugar a dudas. Qué significa decir que Dios haga esta o aquella criatura, ya se ha dicho antes. Pues dijo que se hiciera, cuando en su Verbo coeterno, es decir, en su Hijo unigénito, dispuso crear todas las cosas. Por lo tanto, cuando escuchamos: "Dijo Dios: Hágase un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas", entendamos que estaba en el Verbo de Dios que se hiciera, en el cual Dios previó internamente, antes de todo tiempo, lo que hizo externamente en el tiempo. Y cuando escuchamos: "E hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban sobre el firmamento, y fue así", entendamos que la creación y disposición del cielo y las aguas no excedieron los límites prescritos en el Verbo de Dios, según aquello del salmista: "Puso un precepto, y no lo transgredirá" (Salmo 148, 6). Esto debe entenderse igualmente de las criaturas que se dice que fueron hechas en los cuatro días siguientes. Cuando escuchamos añadido: "Y vio Dios que era bueno", entendamos que en la bondad de su espíritu, no como si después de haber sido hecho lo conociera y le agradara, sino más bien que le agradó en esa bondad para que permaneciera, donde le agradaba que se hiciera. Pues es notable que esta adición de palabras no se encuentra en la verdad hebrea en este lugar. Y es sorprendente por qué entre todas las cosas que se dice que Dios creó, solo aquí, es decir, en las obras del segundo día, no se añade la aprobación de la visión divina, aunque se demuestra que estas mismas cosas, junto con las demás que hizo, le parecieron buenas a Dios, cuando en lo siguiente se dice: "Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno", a menos que, como algunos Padres exponen, la Escritura quiso que entendiéramos que el número doble, que divide de la unidad y prefigura los lazos del matrimonio, no es bueno; de donde también en el arca de Noé todos los animales que entran de dos en dos son inmundos, y el número impar se muestra ser puro. De lo que hasta ahora se ha expuesto, es decir, de la creación del primer y segundo día, en la historia de San Clemente se dice que el apóstol Pedro dijo: "Al principio, cuando Dios hizo el cielo y la tierra, como una sola casa, y de los cuerpos del mundo se hizo sombra para lo que estaba encerrado dentro, dio de sí misma las tinieblas. Pero cuando la voluntad de Dios introdujo la luz, aquellas tinieblas que se habían hecho de la sombra de los cuerpos fueron devoradas de inmediato; entonces la luz se asigna al día, y las tinieblas se asignan a la noche. Ahora bien, el agua que estaba dentro del mundo en medio de ese primer espacio de cielo y tierra, como congelada y solidificada en cristal, se extiende, y con este tipo de firmamento se interponen los espacios entre el cielo y la tierra, y el Creador llamó a este firmamento cielo, nombrado con el nombre del anterior, y así dividió la máquina de todo el mundo, que era una sola casa, en dos regiones. La causa de esta división fue que la región superior fuera morada de los ángeles; y la inferior, de los hombres" (Reconocimientos de San Clemente, libro I, capítulo

27). Nos ha parecido bien insertar estas pocas cosas en nuestra obra, para que el lector reconozca cuánto concuerda esto con el sentido de los Padres.

Dijo Dios: Júntense las aguas que están debajo del cielo en un solo lugar, y aparezca lo seco; y fue así. Se retiran las aguas que llenaban todo entre el cielo y la tierra, y se juntan en un solo lugar, para que la luz que en los dos días anteriores iluminaba las aguas, resplandezca más clara en el aire puro; y aparezca la tierra que estaba oculta, y que permanecía fangosa e inestable cubierta por las aguas, y al retirarse estas, se vuelva seca y apta para recibir semillas. Si alguien pregunta dónde se juntaron las aguas que cubrían todas las partes de la tierra hasta el cielo, sepa que pudo haber sucedido que la misma tierra, cediendo ampliamente por orden del Creador, ofreciera otras partes cóncavas, donde las aguas confluyentes fueran recibidas, para que apareciera lo seco en aquellas partes de donde el agua se había retirado. También se puede creer razonablemente que las aguas primarias eran más raras, como mencionamos antes, que cubrían la tierra como nieblas; pero al juntarse, se espesaron, de modo que pudieron ser contenidas en los lugares asignados, apareciendo lo seco en el resto. Aunque hay muchos mares, dice que las aguas se juntaron en un solo lugar, porque todas estas se unen en una corriente continua con el Océano y el gran mar; pero incluso si algunos lagos parecen estar circunscritos en sí mismos, se dice que también estos, perforados por ciertas cavernas ocultas, vierten sus corrientes en el mar. Pues los excavadores de pozos prueban esto, porque toda la tierra está llena de aguas que fluyen por venas invisibles, que toman su origen del mar.

Y llamó Dios a lo seco tierra, y a las reuniones de las aguas llamó mares. Primero, para distinguir las aguas, llamó tierra a toda esta parte más sólida del mundo, cuando dijo: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra; y la tierra estaba desordenada y vacía"; pero ahora, después de que el mundo comienza a formarse, y al retirarse las aguas aparece la superficie de la tierra, para distinguir la parte que aún estaba cubierta por las aguas, la otra parte que se permitía ser seca recibió el nombre de tierra; llamada así en latín porque es pisada por los pies de los seres animados. Las reuniones de las aguas se llaman mares, evidentemente por su mayor parte. Pues entre los hebreos se dice que todas las reuniones de aguas, sean saladas o dulces, se llaman mares. Y apropiadamente, quien antes, debido a la continuidad de todas las aguas que están en la tierra, dijo que se juntaron en un solo lugar, ahora nombra pluralmente las reuniones de las aguas, y dice que estas se llaman mares en plural, evidentemente por los múltiples senos de las mismas, que también reciben nombres diversos según las regiones.

Y vio Dios que era bueno. Aún no germinaba la tierra, aún no producían ni ella ni las aguas seres vivos, y sin embargo se dice que Dios vio que era bueno que, al retirarse las aguas, apareciera lo seco, porque el Creador y estimador del universo, previendo lo que está por venir, alaba como perfecto lo que aún está en el comienzo de la primera obra, y no es de extrañar en quien la perfección de las cosas no está en la consumación de la obra, sino en la predestinación de su voluntad.

Y dijo: Produzca la tierra hierba verde que dé semilla, y árbol frutal que dé fruto según su especie; cuya semilla esté en sí mismo sobre la tierra. Y fue así. Y la tierra produjo hierba verde, y que da semilla según su especie, y árbol que da fruto, y cada uno tenía semilla según su especie. Y vio Dios que era bueno, y fue la tarde y la mañana el tercer día. Se desprende de estas palabras de Dios que el ornato del mundo se completó en el tiempo primaveral. Pues en este tiempo suelen aparecer las hierbas verdes en la tierra y los árboles cargarse de frutos; y también se debe notar que los primeros brotes de hierbas y árboles no surgieron de semilla, sino que brotaron de la tierra; pues a una sola orden del Creador, la tierra que parecía seca, de repente se adornó de hierbas y se vistió de bosques florecientes, y estos inmediatamente

produjeron de sí mismos frutos y semillas de su propia especie. Era necesario que cada forma de las cosas procediera perfecta al mandato del Señor, así como se cree que el mismo hombre, para quien todo fue hecho en la tierra, fue formado perfecto, es decir, en la edad juvenil.

Dijo también Dios: Haya lumbreras en el firmamento del cielo. En un orden bastante adecuado, el mundo procede de la materia informe a una forma congruente. Pues después de que Dios creó el cielo y la tierra y el agua antes de cualquier día de este siglo, es decir, el mundo superior y espiritual con sus habitantes, y la materia informe de todo este mundo, según lo que está escrito: "El que vive eternamente, creó todas las cosas al mismo tiempo" (Eclesiástico 18, 1); el primer día de este siglo hizo la luz, que haría a las demás criaturas capaces de ser vistas. El segundo día solidificó el firmamento del cielo, es decir, la parte superior de este mundo, en medio de las aguas. El tercer día en las partes inferiores separó el mar y la tierra con sus límites, y difundió el aire en sus lugares, al retirarse el agua. Por lo tanto, era necesario que los elementos adquirieran un ornato más amplio en el mismo orden en que fueron creados, es decir, el cuarto día el cielo se adornara con lumbreras. El quinto día el aire y el mar, el sexto la tierra se llenara de sus criaturas vivientes. Pues que el tercer día la tierra se vistiera de hierbas y árboles, no pertenece a su ornato, sino a la superficie de su figura, por así decirlo.

Dijo entonces Dios: Haya lumbreras en el firmamento del cielo, para que separen el día de la noche. Esa separación, que se explica más claramente en lo que sigue, para que el sol ilumine el día, y la luna y las estrellas iluminen la noche. Pues con la creación de los astros se añadió al aumento de la luz primaria, para que también la noche procediera luminosa, irradiada ya sea por el resplandor de la luna, o de las estrellas, o de ambos, que hasta entonces no conocía más que las antiguas tinieblas. Pues aunque a menudo la noche nos parece tenebrosa y ciega, oscurecida por las nubes turbulentas del aire que está cerca de la tierra, sin embargo, aquellos espacios superiores, que se consideran bajo el nombre de éter, y que se extienden desde este aire turbulento hasta el cielo estrellado, siempre brillan con el resplandor de los astros circundantes. Pero también este don divino ofreció al mundo los astros con un aumento de luz, para que también se pudiera distinguir el orden de los tiempos que pasan; de donde sigue.

Y sean para señales y para tiempos, y para días y años. Porque ciertamente antes de que se hicieran los astros, no había indicios por los cuales se pudiera notar el orden de los tiempos; no había de dónde se pudiera conocer la hora meridiana, antes de que el sol ascendiera al medio del cielo con su ardiente orbe; ni de dónde se pudieran señalar las demás horas del día y de la noche, hasta que los astros dividieran el cielo con igual suerte entre el día y la noche. Por lo tanto, las lumbreras son para señales y tiempos, y días y años, no porque con su creación comenzaran los tiempos, que se sabe que comenzaron desde el principio cuando Dios hizo el cielo y la tierra; ni los días y los años, que se sabe que tomaron su origen desde que Dios dijo: "Hágase la luz, y fue la luz"; sino porque por sus salidas o tránsitos se señala el orden de los tiempos, de los días y de los años. Pues todo aquel triduo anterior había transcurrido con un curso indiscreto, sin tener ninguna dimensión de horas, ya que, como la luz primaria aún llenaba todo de manera general, y no tenía ninguna cabeza, que ahora recibe del sol, en ninguna parte brillaban rayos más ardientes, ninguna sombra más remota se enfriaba bajo una roca o un árbol. Pero además de la anotación de los tiempos, las lumbreras son para señales necesarias para los usos de esta vida, que los navegantes observan al gobernar, o los que viajan en los desiertos arenosos de Etiopía, donde con el más leve impulso del viento todo, tan pronto como se encuentra, se allana las huellas de los viajeros. Por lo tanto, no menos que en esas regiones, los que van, como los que navegan en el mar,

necesitan señales de los astros de noche y de día. También son señales por las cuales a veces prevemos la calidad del aire que vendrá mediante la contemplación de estos.

Para que brillen en el firmamento del cielo, y den luz sobre la tierra; y fue así. Siempre las lumbreras brillan en el firmamento del cielo, como hemos dicho, y bañan con luz clara los lugares cercanos a él, pero iluminan la tierra en los tiempos oportunos. Pues a veces el aire nublado se interpone, para que ni la luna, cuando es pequeña, ni la luz de las estrellas aparezcan en la tierra; pero también el orto del sol impide con su mayor luz que la luna y las estrellas iluminen la tierra; de donde también recibe su nombre en latín, porque solo, con las estrellas y la luna apagadas, brilla sobre la tierra durante el día.

Hizo también Dios dos grandes lumbreras. Podemos entender las grandes lumbreras, no tanto por comparación con otras, sino por su función, como el gran cielo y el gran mar. Pues el sol es grande, que llena el orbe de la tierra con su calor, o la luna con su luz, que en cualquier parte del cielo que estén, iluminan toda la tierra, y son igualmente vistas por todos. Un ejemplo evidente de su magnitud es que a todos los hombres del orbe les parece el mismo. Pues si a los que están lejos les pareciera menor, y a los que están más cerca les brillara mayor, revelaría un indicio de pequeñez.

La lumbrera mayor, para que presidiera el día, y la lumbrera menor, para que presidiera la noche, y las estrellas; y las puso en el firmamento del cielo. La lumbrera mayor es el sol, no solo por la forma de su cuerpo, sea cual sea, sino también por la magnitud de su luz, con la cual se cree que ilumina también la lumbrera menor y las estrellas. Es mayor también por la virtud de su calor, que calienta el mundo cuando sale, ya que en los días anteriores a su creación no había tenido absolutamente ningún calor: pero que la luna se vea igual y de la misma magnitud que el sol, dicen que se debe a que él avanza mucho más lejos de la tierra y más alto que la luna; por lo tanto, su magnitud, cuán grande sea, no puede ser conocida por nosotros, que vivimos en la tierra. Pues todas las cosas que están más lejos suelen parecer más pequeñas.

Y la lumbrera, dice, menor para que presidiera la noche, y las estrellas; y las puso en el firmamento del cielo; porque aunque a veces se pueda ver la luna cada mes y también las estrellas mayores durante el día, es ciertamente seguro que no traen ningún consuelo de luz al día, sino solo a la noche.

Para que brillaran sobre la tierra, y presidieran el día y la noche, y separaran la luz de las tinieblas. Esto puede entenderse tanto de los grandes luminarias como de las estrellas, con la única distinción de que lo que se dijo "y presidieran el día" se refiere especialmente al sol; lo que se añadió, "y la noche", se refiere a la luna y las estrellas; y lo que se infiere "y separaran la luz de las tinieblas", conviene igualmente a todos los astros, que dondequiera que se mueven llevan consigo la luz, y donde están ausentes dejan todo en tinieblas. Pero si alguien pregunta cómo podría ser la luz diurna antes de la creación de los astros, no está fuera de lugar que fuera tal como la vemos cada mañana, es decir, cuando el sol está a punto de salir, pero aún no aparece en la tierra, cuando el día brilla con los débiles rayos de las estrellas, pero no resplandece hasta que el sol sale. Por lo tanto, no podía haber distinción de tiempos entonces, excepto solo del día y la noche, y con razón, cuando se hicieron los astros, se dijo: "Y sean para señales y para tiempos, y para días y años". Comenzaron a distinguirse las estaciones del tiempo desde que el sol, el cuarto día del mundo naciente, procediendo desde el medio del oriente, consagró el equinoccio vernal con su salida, y ascendiendo diariamente a las alturas del cielo, y luego descendiendo gradualmente desde el vértice solsticial a los

lugares más bajos, sin demora, repitiendo los giros equinocciales desde los lugares más bajos e invernales, completó el espacio del año con cuatro tiempos bien conocidos y días predefinidos. Pero también la luna, apareciendo llena por la tarde, fijó por su primera ascensión los tiempos que debían observarse para la celebración de la Pascua. Es la hora en la que no solo el antiguo pueblo de Dios, sino también nosotros hoy, observamos el primer día de la Pascua, cuando, pasado el día del equinoccio, la luna llena por la tarde, es decir, el decimocuarto día, aparece en el cielo. Pues tan pronto como llega el día del Señor, se presenta el tiempo adecuado para celebrar la resurrección del Señor, cumpliendo también literalmente la palabra del profeta, que dijo: "Hizo la luna para los tiempos, el sol conoció su ocaso" (Salmo 103, 19). Las estrellas también, además de lo que dijimos antes, porque por su apariencia muestran cuál será la calidad del aire, o por su curso indican qué vigilia de la noche es; son para señales y tiempos, porque estas que vienen al cielo designan los tiempos estivales, aquellas los invernales. Son también para días, porque estas acompañan al sol en los días de primavera, aquellas en los otoñales. Son también para años, porque las que ahora, por ejemplo, salen en el equinoccio vernal por la mañana, vienen todos los años al mismo equinoccio en el cielo; las que ahora en el solsticio por la tarde o por la mañana, siempre salen en ese momento en las mismas horas. Pero también hay algunas estrellas que los astrólogos llaman planetas, es decir, errantes, que hacen años mayores con su circuito, volviendo al mismo lugar del cielo. Pues la estrella que se llama de Saturno, en treinta años, la de Júpiter, en doce años, la de Marte, en dos años solares, completando su circuito del cielo, regresan a los mismos lugares de las estrellas donde habían estado antes. La luna también, cuando ha recorrido doce veces el espacio de su curso, hace un año común, es decir, de trescientos cincuenta y cuatro días, y para que su circuito pueda concordar con el año solar, cada tercer o segundo año añade un decimotercer mes, al que los calculadores llaman año embolismal, y se convierte en un año de trescientos ochenta y cuatro días.

Y vio Dios que era bueno. La Sagrada Escritura encuentra necesario repetir muchas veces que Dios vio que eran buenas las cosas que hizo, para que de aquí se instruyera la piedad de los fieles; no obstante, no para juzgar, según el sentido humano, que a menudo se ofende incluso con cosas buenas, cuyas causas y orden no conoce, sobre la criatura visible e invisible, sino para creer y ceder al Dios que alaba. Pues tanto más fácilmente alguien conoce algo progresando, cuanto más religiosamente creyó en Dios antes de conocerlo. Vio, pues, Dios que eran buenas las cosas que hizo, porque las que le agradaba hacer, para que existieran, le agradaron hechas, para que permanecieran, según la medida de existencia o permanencia que a cada cosa le había sido establecida por tan gran creador.

Y fue la tarde y la mañana el cuarto día. Esta es la tarde memorable en la que el pueblo de Dios en Egipto ofreció el cordero en celebración de la Pascua, esta mañana que vio por primera vez después de sacudirse el yugo de la larga servidumbre, comenzando el camino de la libertad. Está escrito, diciendo el Señor a Moisés: "Este mes será para vosotros el principio de los meses, el primero en los meses del año. El décimo día de este mes tomará cada uno un cordero por familias y casas, y lo guardaréis hasta el decimocuarto día de este mes, y lo inmolará toda la multitud de los hijos de Israel, al atardecer" (Éxodo 12, 2), etc. En esa misma tarde, para completar los sacramentos legales de la Pascua, nuestro Señor, después de comer el cordero, inició para nosotros los misterios de su cuerpo y sangre que debían celebrarse; en cuya mañana, como un cordero inmaculado, redimiéndonos con su sangre, nos liberó de la servidumbre de la dominación demoníaca. Ese día de luna llena, en la creación del mundo, ocurrió en el cuarto día; pero en el tiempo de la Pasión del Señor, por la gracia de un sacramento más alto, cayó en el quinto día del sábado, para que el Señor, crucificado el sexto día del sábado, descansara en el sepulcro el mismo sábado, y consagrara con su

resurrección el primer día del sábado, y también nos diera a nosotros en él, en el que se hizo la luz, la fe y la esperanza de resucitar de los muertos y entrar en la luz perpetua.

Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptiles de alma viviente, y aves que vuelen sobre la tierra bajo el firmamento del cielo. Después de adornar el cuarto día la faz del cielo con luminarias, se adornan consecuentemente el quinto día las partes inferiores del mundo, es decir, las aguas y el aire, con aquellos que se mueven con el espíritu de vida, porque estos elementos están unidos entre sí y al cielo por una especie de parentesco. Entre sí, porque la naturaleza de las aguas es próxima a la calidad del aire; de donde se prueba que se engrosan con sus exhalaciones, de modo que contraen nubes, y pueden sostener el vuelo de las aves, atestiguando la Escritura: "Porque de repente el aire se condensará en nubes, y el viento que pasa las dispersará" (Job 37, 21). De hecho, incluso en noches serenas, el rocío cae, cuyas gotas se encuentran por la mañana en las hierbas; y se unen al cielo de esta manera, porque el aire está tan cerca de él que a veces ha recibido su nombre, como la Escritura llama a las aves del cielo, que se sabe que vuelan en el aire; y el mismo Señor habla a las multitudes, que no conocieron el tiempo de su venida por la manifestación de las virtudes, diciendo: "Cuando veis una nube que se levanta del occidente, decís enseguida: Viene un chubasco, y así sucede; y cuando sopla el sur, decís que habrá calor, y así sucede. Hipócritas, sabéis discernir el aspecto de la tierra y del cielo, pero ¿cómo no discernís este tiempo?" (Lucas 12, 54). Donde es cierto que llama al aspecto del cielo a este estado cambiante del aire.

Dijo, pues, Dios: Produzcan las aguas reptiles de alma viviente, y aves que vuelen sobre la tierra bajo el firmamento del cielo. Y para que no piense alguien que, porque hay criaturas acuáticas que no se mueven reptando, sino nadando, o caminando con pies, y hay entre las aves algunas que tienen alas pero carecen de todo uso de vuelo, se ha omitido algún género de aves o criaturas acuáticas en esta palabra del Señor, se añade cuidadosamente:

Y creó Dios los grandes cetáceos y toda alma viviente y movable que las aguas produjeron según sus especies, y toda ave según su género. Ningún género, por tanto, fue excluido, donde con los grandes cetáceos fue creada toda alma viviente de aquellos que las aguas produjeron en diversas especies, es decir, tanto de reptiles como de nadadores y voladores; pero también de aquellos que, no aptos para moverse, están adheridos a las rocas, como son muchos géneros de conchas. Lo que se dijo, "y ave sobre la tierra bajo el firmamento del cielo", no se opone a la razón de la verdad, porque ciertamente, aunque haya un inmenso espacio intermedio, bajo el cielo estrellado vuelan las aves que vuelan sobre la tierra, así como también nosotros, los hombres, situados en la tierra, se dice verdaderamente y correctamente que estamos bajo el cielo y el sol, atestiguando la Escritura, que dice: "Los judíos que habitaban en Jerusalén, hombres piadosos, de toda nación que está bajo el cielo" (Hechos 2, 5); y: "¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana bajo el sol?" (Eclesiastés 1, 3). Ciertamente, según otra traducción, algunos se sienten movidos por lo que se dijo: "Y aves volando junto al firmamento del cielo", es decir, junto al firmamento del cielo. Pero debe entenderse que se dijo que las aves vuelan bajo el firmamento del cielo porque con este nombre también se indica el éter, es decir, ese espacio superior del aire que se extiende desde este lugar turbulento y oscuro en el que vuelan las aves hasta las estrellas, y se cree con razón que es completamente tranquilo y lleno de luz. Pues también las siete estrellas errantes, que se dice que se mueven en este espacio del éter, la Escritura dice que están puestas en el firmamento del cielo. Por lo tanto, se dice correctamente que las aves vuelan junto al firmamento del cielo, porque, como dijimos, estos espacios turbulentos del aire que sostienen el vuelo de las aves están cerca del éter. No es de extrañar que el éter se llame firmamento del cielo, cuando el aire se llama cielo, como enseñamos antes. No debe pasarse por alto que cuando se dice que Dios creó toda alma viviente, se añadió "y movable",

para la distinción del hombre que iba a ser hecho a imagen y semejanza suya, de modo que si guardaba sus preceptos, viviría feliz en inmutabilidad perpetua. Pues las demás criaturas vivientes fueron hechas de tal manera desde su primera condición que unas sirven de alimento a otras o perecen por su propio envejecimiento.

Y vio Dios que era bueno, y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar, y multiplíquense las aves sobre la tierra. Y fue la tarde y la mañana el quinto día. Lo que dijo, "creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar", se refiere a ambos géneros de criaturas hechas de las aguas, es decir, tanto a los peces como a las aves, porque así como todos los peces no pueden vivir sino en las aguas, así hay muchas aves que, aunque a veces descansan en la tierra y procrean crías, no solo se alimentan de la tierra, sino del mar, y prefieren usar las moradas marinas que las terrestres. Lo que añade, "y multiplíquense las aves sobre la tierra", se refiere a ambos géneros de aves, es decir, tanto a las que se alimentan de las aguas como a las que se alimentan de la tierra, porque ciertamente incluso aquellas aves que no saben vivir sin aguas, de modo que a menudo durante mucho tiempo del año se ocultan bajo las profundidades de las aguas como los peces, suelen salir a la tierra, especialmente cuando crían y alimentan a sus polluelos.

Dijo también Dios: Produzca la tierra alma viviente según su género, ganado y reptiles y bestias según sus especies. Y fue así. Después de que el cielo fue adornado con estrellas, después de que el aire, que por su cercanía, como dijimos, mereció el nombre de cielo, fue llenado con aves, después de que las aguas, que también están unidas al aire por una gran cercanía de naturaleza, fueron enriquecidas con sus criaturas vivientes: de donde también toma las criaturas, de ellas toma las lluvias, nieves, granizos y otras cosas de este tipo, era consecuente que también la tierra fuera llenada con sus criaturas vivientes, es decir, con las nacidas de ella. Pues también ella tiene un parentesco especial con las aguas, ya que sin su jugo e irrigación no solo no puede fructificar, sino que ni siquiera puede subsistir, atestiguando Pedro, que dice: "Porque los cielos existían antes, y la tierra, formada de agua y por medio del agua, subsiste por la palabra de Dios" (2 Pedro 3, 5). Por lo tanto, Dios ordena a la tierra producir ganado, reptiles y bestias de la tierra; porque con el nombre de bestias se comprende todo lo que ataca con la boca o las garras, excepto las serpientes, y con el nombre de reptiles de la tierra también se incluyen las serpientes, y con el nombre de ganado se designan los animales que están al servicio del hombre. Donde se describe la creación de los demás animales cuadrúpedos, por ejemplo, ciervos, cabras, búfalos y cabras montesas y otros de este tipo, a menos que digamos que también estos, por la ferocidad de su mente indomable, se cuentan entre las bestias, según una antigua traducción, en la que está escrito: "Produzca la tierra alma viviente según su género, cuadrúpedos, reptiles y bestias de la tierra", no hay absolutamente ninguna cuestión, porque evidentemente con el nombre de cuadrúpedos se comprende todo lo que, excepto las bestias y los reptiles, la tierra produjo, ya sea que estén bajo el cuidado humano o que sean salvajes y agrestes.

Y Dios hizo las bestias de la tierra según sus especies y el ganado y todo reptil de la tierra según su género. Se debe notar la transmutación de las palabras, porque antes se dijo que Dios ordenó a la tierra producir ganado, reptiles y bestias de la tierra; ahora, cambiando el orden, se dice que Dios hizo las bestias de la tierra y el ganado y todo reptil de la tierra; y se debe entender que todo lo que quiso fue hecho al instante; y no importa lo que el lenguaje humano nombre primero en el orden de las criaturas, que el poder divino creó todas a la vez.

Cuando sigue: "Y vio Dios que era bueno", se pregunta con razón por qué no se añade aquí lo que se dijo de las criaturas que las aguas produjeron: "Y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos y llenad la tierra". ¿O acaso lo que Dios dijo sobre la primera creación de alma

viviente lo dejó para que lo entendiéramos también sobre la segunda? especialmente porque en las obras de este día iba a añadir otras cosas; sin embargo, sobre el hombre hecho, se preocupó por repetirlo necesariamente diciendo: "Y los bendijo Dios y dijo: Creced y multiplicaos y llenad la tierra", para que nadie pensara que el honorable matrimonio contenía pecado y que el lecho debía compararse con la inmundicia de la fornicación. Después de que la morada mundana fue hecha y adornada, quedaba que también el habitante y señor de las cosas, el hombre, para quien todo se preparaba, fuera creado, sigue:

Y dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Ahora aparece más evidente por qué de las hierbas y árboles creados, de los peces y aves, y también de los animales terrestres se dijo que cada uno fue hecho según su género y especie. Pues se preveía la futura creación de aquel que no solo se asemejaría a su género y especie, sino que también sería hecho a imagen y semejanza de su Creador: cuya nobleza de creación también da testimonio de esto, que no como en las demás criaturas dijo Dios: Sea hecho el hombre, y fue hecho el hombre; o: Produzca la tierra al hombre, y produjo la tierra al hombre; sino que, antes de ser hecho, se dice Hagamos al hombre, para que, como se trataba de una criatura racional, pareciera hecha como con consejo. Como si por estudio se plasmara de la tierra, y por la inspiración del Creador se erigiera en virtud del espíritu vital, para que no existiera por mandato de voz, sino por la dignidad de la operación, ya que se hacía a imagen del Creador. Pero cuando se dice hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, se encomia abiertamente la unidad de la santa Trinidad. Pues la misma Trinidad indivisa estaba insinuada místicamente en la formación precedente de las cosas, cuando se decía: y dijo Dios: Sea hecho, y Dios hizo; y vio Dios que era bueno. Ahora, sin embargo, se insinúa más manifiestamente, cuando se dice: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y con razón, porque mientras no existía aquel que debía ser enseñado, la predicación de la Deidad estaba oculta en lo profundo; pero cuando comenzó a esperarse la creación del hombre, se reveló la fe, y el dogma de la verdad brilló evidentemente. En lo que se dice Hagamos, se muestra la operación de las tres personas; en lo que sigue, a nuestra imagen y semejanza, se indica la sustancia única e igual de la misma santa Trinidad. Pues, ¿cómo sería una la imagen y semejanza, si el Hijo fuera menor que el Padre, si el Espíritu Santo fuera menor que el Hijo, si no fuera consustancial la gloria de la misma potestad de toda la Trinidad? ¿O cómo se diría Hagamos, si no hubiera virtud cooperadora de las tres personas en una deidad? Pues no podía decirse por Dios a los ángeles Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, porque ninguna razón permite que creamos que la imagen y semejanza de Dios y de los ángeles es una y la misma. En cuanto a lo que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, lo testifica el Apóstol, cuando nos advierte diligentemente que recuperemos en nosotros, por la gracia del mismo Creador, lo que perdimos en el primer padre. Renovad, dice, en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del hombre nuevo, que ha sido creado según Dios, en justicia, santidad y verdad (Efesios IV, 23). Por tanto, Adán fue creado nuevo hombre de la tierra según Dios, para que fuera justo, santo y verdadero, sujeto y adherido humildemente a la gracia de su Creador, quien eternamente y perfectamente existe justo, santo y verdadero: quien, puesto que corrompió esta hermosísima novedad de la imagen divina en sí mismo pecando, y generó de sí una descendencia corrompida del género humano, de donde vino el segundo Adán, es decir, el mismo Señor y nuestro creador, nacido de la Virgen, creado incorruptiblemente e inmutablemente a imagen de Dios, inmune de todo delito, y lleno de toda gracia y verdad, para restaurar en nosotros su imagen y semejanza con sus ejemplos y dones. Él es, en efecto, el nuevo hombre verdaderamente creado según Dios, porque ciertamente tomó la verdadera sustancia de carne de Adán, de modo que no arrastró nada de aquel vicio sucio: cuyos ejemplos, según nuestra capacidad, seguir, cuyos dones adherir, cuyos mandatos obedecer,

esto es, recuperar en el nuevo la imagen de Dios que perdimos en el viejo. Por tanto, no según el cuerpo, sino según el intelecto de la mente, el hombre fue creado a imagen de Dios. Aunque también en el cuerpo tiene cierta propiedad que indica esto, que fue hecho con estatura erguida, para que con esto mismo se le advirtiera que no debía seguir las cosas terrenales, como los animales, cuyo placer todo es de la tierra; de donde todo está inclinado y postrado hacia lo alto, según lo que bellamente y verdaderamente dijo uno de los poetas: Mientras los demás animales miran hacia la tierra, Dio al hombre un rostro sublime, y le ordenó mirar al cielo, Y levantar su rostro erguido hacia las estrellas. (Ovidio, t. I Metam.)

Por tanto, su cuerpo se corresponde con el alma racional, no según los lineamientos y figuras de los miembros, sino más bien según lo que está erguido hacia el cielo, para contemplar lo que en el cuerpo del mundo es superior, así como el alma racional debe elevarse en aquello que en lo espiritual es por naturaleza más excelso, para que saboree lo que está arriba, no lo que está sobre la tierra. Bien se añade.

Y tenga dominio sobre los peces del mar y las aves del cielo, y las bestias, y toda la tierra, y todo reptil que se mueve sobre la tierra; porque ciertamente en esto principalmente fue hecho el hombre a imagen de Dios, en lo que supera a los irracionales: creado capaz de razón, por la cual puede gobernar rectamente todas las cosas creadas en el mundo, y disfrutar del conocimiento de aquel que creó todas las cosas. En este honor puesto, si no entendiera para obrar bien, será comparado a los mismos animales insensatos, a los que fue preferido, como testifica el Salmista (Salmo XLVIII, 13).

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó. Lo que antes había dicho, a su imagen, lo repitió por gracia de confirmación, añadiendo, a imagen de Dios lo creó, para inculcarnos más diligentemente cómo fuimos hechos por Dios, y fijar más estrechamente en nuestras mentes la esperanza de recuperar la imagen de Dios, para que los que caminamos en la imagen de Dios, no nos turbemos vanamente, atesorando en la incertidumbre de las riquezas, sino que esperemos más bien al Señor sedientos de cuando vendremos y compareceremos ante su rostro, seguros de que cuando aparezca, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es. Pero lo que ahora se dice, a imagen de Dios lo creó, cuando anteriormente se dijo hagamos a nuestra imagen, significa que no hace esa pluralidad de personas, para que creamos en muchos dioses, sino que aceptemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, por cuya Trinidad se dijo a nuestra imagen, como un solo Dios, por lo cual se dijo a imagen de Dios.

Varón y hembra los creó. Más plenamente en lo siguiente se expone de dónde y cómo Dios hizo a los protoplastos. Pero ahora, por causa de la brevedad, solo se refiere a la creación, para que se explique la operación del sexto día y la dedicación del séptimo con los demás, y así, con más libertad, se diga esto y otras cosas omitidas que eran dignas de relato. Sin embargo, Dios creó al principio un solo varón y una sola hembra, no como los demás animales, que en cada género no creó uno solo, sino varios, para que por esto el género humano se uniera con un vínculo más estrecho de caridad, recordando que todo él se originó de un solo padre; por cuya causa la sagrada Escritura, cuando dijo: Y creó Dios al hombre, a imagen de Dios lo creó, e inmediatamente añadió: Varón y hembra los creó, no quiso añadir, a imagen de Dios los creó, pues la mujer fue creada a imagen de Dios, según lo que también ella tenía mente racional; pero la Escritura no consideró necesario añadir esto de ella, porque por la unidad de la conjunción también en ella dejó que se entendiera, más bien señaló que debía entenderse en todo el género humano que de ellos se originó. Pues todo hombre, incluso ahora, en cuanto usa la razón, tiene en sí la imagen de Dios; de donde dice Juan: Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9). Es la misma

luz de la que el Salmista se gloria en el Señor diciendo: Está sellada sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Salmo IV, 7). Y ciertamente, en este lugar se recuerda apropiadamente que fueron creados varón y hembra, aunque aún no se refiera el modo de esa creación para que tenga lugar adecuado el discurso de la bendición divina, de la cual sigue:

Y los bendijo, y dijo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y sometedla. Pues esta multiplicación de los hombres y llenado de la tierra no podía realizarse sino por la unión del varón y la hembra. Si, sin embargo, por la bendición de Dios crece y se multiplica el género humano; ¿cuánto más dignos de maldición son aquellos que prohíben casarse, y condenan la disposición del decreto celestial como si fuera inventada por el diablo? Por tanto, no deben ser condenadas las nupcias, que para la propagación del género humano y para llenar la tierra, la gracia suprema de la bendición instituyó; sino que más bien debe ser honrada, con mayor dignidad de bendición, la virginidad, que después de que la tierra ha sido llenada de hombres, con mente y cuerpo castos desea seguir al Cordero dondequiera que vaya, es decir, al Señor Jesús en los cielos, y cantar el cántico nuevo, que nadie más puede cantar. Pues nuestro Dios y Señor, que al principio del mundo naciente formó a la mujer del costado del varón, para enseñar que la tierra debía ser llenada por su mutua unión, él mismo al final del siglo asumió al varón de la carne de la Virgen, libre de toda contaminación, perfecto en toda la plenitud de la divinidad, para probar que prefiere la gloria de la virginidad más que las nupcias.

Y dominad sobre los peces del mar, y las aves del cielo, y todos los animales que se mueven sobre la tierra. Con razón se pregunta para qué utilidad recibió el hombre el dominio sobre los peces, las aves y todos los animales de la tierra, o para qué usos, o qué consuelos, fueron creados para el hombre, si nunca pecara: a quien, como declaran las siguientes Escrituras, no se le concedieron estos para alimento, sino solo las hierbas y los frutos de los árboles en la primera condición, a menos que se deba decir que Dios preveía que el hombre pecaría, y que se volvería mortal pecando, a quien él mismo creó inmortal, y por eso le instituyó primordialmente esos consuelos, con los cuales pudiera sostener su fragilidad mortal, ya sea alimento de ellos, o vestimenta, o ayuda para el trabajo o el viaje. Y no es digno de búsqueda por qué el hombre no domina ahora sobre todos los animales; pues después de que él mismo no quiso estar sujeto a su Creador, perdió el dominio de aquellos que su Creador había sometido a su derecho. De hecho, leemos el testimonio de la primera creación que a los hombres santos y humildemente sirviendo a Dios, las aves les prestaron servicio, y las fauces de las bestias cedieron y el veneno de las serpientes no pudo dañar.

Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda hierba que da semilla sobre la tierra, y todos los árboles que tienen en sí mismos semilla de su género para que os sirvan de alimento, y a todos los animales de la tierra y a toda ave, y a todos los que se mueven en la tierra, y en los que hay alma viviente, para que tengáis para comer: Aquí ya se hace evidente que antes de la culpa del hombre, la tierra no produjo nada nocivo, ninguna hierba venenosa, ningún árbol estéril, ya que se ha dicho claramente que toda hierba y todos los árboles fueron dados a los hombres y a las aves, y también a todos los animales de la tierra para alimento, se hace evidente que ni las aves vivían del rapto de los débiles alados, ni el lobo acechaba alrededor de los rediles, ni el polvo era el pan de la serpiente, sino que todos se alimentaban concordemente de hierbas verdes y frutos de los árboles. Ciertamente, entre estas cosas no debe pasarse por alto la cuestión de cómo el hombre fue hecho inmortal sobre los demás animales, y sin embargo recibió comúnmente con ellos el alimento terrenal. En lo cual debemos observar que una es la inmortalidad de la carne que recibimos en la primera condición en Adán, y otra la que esperamos recibir en la resurrección por Cristo. Así fue hecho inmortal aquel, que podía no morir, si no pecaba; pero si pecaba, moriría. Así serán inmortales los hijos de la resurrección cuando sean iguales a los ángeles de Dios, que no

podrán morir más, ni pecar. Por lo tanto, nuestra carne después de la resurrección no necesitará ninguna reconstitución de alimentos, porque no le sobrevendrá ninguna deficiencia por hambre, o cansancio, o cualquier otra debilidad. Pero la carne de Adán antes del pecado fue creada inmortal de tal manera que, ayudada por los apoyos de la alimentación temporal, existiera libre de muerte y dolor, hasta que, llevada a la edad que agradara al Creador por los incrementos corporales; entonces, creada ya mucha prole de este tipo, por mandato del mismo, también tomaría del árbol de la vida, de donde, hecho perfectamente inmortal, no requeriría más los sustentos del alimento corporal. Así, pues, la carne de los primeros hombres fue creada incorruptible e inmortal, para que conservaran esa misma inmortalidad e incorruptibilidad por la observancia de los mandamientos de Dios; en los cuales mandamientos también estaba esto, que se alimentaran de los árboles del paraíso concedidos, pero se abstuvieran del consumo del prohibido, conservaran los dones de inmortalidad que les fueron dados, y en el contacto de este encontrarán la ruina de la muerte. Así será nuestra carne incorruptible e inmortal al final; para que, a semejanza de la sublimidad angélica, permanezca siempre en el mismo estado, y no pueda necesitar de alimentos corporales, ya que en la vida espiritual no habrá necesidad de ellos. Pues lo que se lee que los ángeles comieron con los patriarcas, no lo hacían por necesidad, sino por benignidad, para que, al hacer esto, se adaptaran más dulcemente a los hombres a quienes aparecían. También el Señor después de la resurrección comió con los discípulos, no porque necesitara reconstitución, sino para mostrar que había recibido verdadera carne después de la muerte.

Y fue hecho así, es decir, que el hombre dominara sobre todo lo que fue creado en la tierra o en las aguas, y que recibiera la facultad y potestad de comer de los frutos de la tierra con las aves del cielo y los animales de la tierra.

Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno. Porque de cada una de las obras de Dios se había dicho individualmente que las veía buenas, correctamente en la conclusión, una vez que todo estaba perfecto, se puso con adición, porque vio todo lo que había hecho, y era muy bueno. Pero con razón se pregunta por qué del hombre hecho no se añadió individualmente: Y vio Dios que era bueno, sino que su creación se reserva más bien para ser alabada entre las demás universalmente. ¿O porque Dios preveía que el hombre pecaría, y no permanecería en la perfección de su imagen, no quiso decirlo individualmente, sino con los demás, como insinuando lo que sería en el futuro? Por tanto, el hombre antes del pecado era bueno en su género, pero la Escritura omitió decir esto, para decir más bien lo que preanunciara algo futuro. Pues Dios es el mejor creador de naturalezas, pero el más justo ordenante de los pecadores, para que incluso si algunas cosas se hacen individualmente deformes por el pecado, siempre, sin embargo, el universo con ellas sea hermoso.

Y fue hecho tarde y mañana el sexto día. Así fueron perfectos los cielos, y la tierra, y todo su ornato. Se sabe que el número seis es perfecto, porque es el primero que se completa con sus partes, a saber, la sexta que es uno, y la tercera que son dos, y la mitad que son tres. Pues uno, dos y tres hacen seis, lo cual no encontrarás en ningún otro número de unidades, sino solo aquí, ni en las decenas, excepto en el número veintiocho. Por tanto, en seis días Dios perfeccionó todo el ornato del cielo y la tierra, para que quien constituyó todas las cosas en medida, número y peso, enseñara también con el número en el que obrara sus obras que eran perfectas. Y completó Dios en el séptimo día su obra que había hecho. En otra traducción se dice que Dios consumó en el sexto día sus obras que hizo. Lo cual no trae ninguna cuestión, porque la descripción manifiesta de lo que se hizo en él se declara. Pero con razón se pregunta cómo nuestra Edición, que desciende de la fuente de la verdad hebrea, dice que Dios completó en el séptimo día su obra que había hecho, en la cual no se recuerda que creara nada nuevo, a menos que digamos que hizo entonces el mismo séptimo día, y al hacerlo completó

su obra, porque al hacerlo completó la medida y el número de los días en cuyo circuito todos los siglos correrían hasta el fin. Pues en la revolución de los tiempos, el octavo día se cuenta como el mismo que el primero.

En el séptimo día, Dios completó su obra que había hecho. Porque terminó la suma de los días que había creado, añadiendo el séptimo, al que quiso llamar y ser el Sábado, ya que lo dotó de una bendición y santificación mística por encima de los demás, como enseñan los siguientes pasajes. Por eso también el día del juicio y la consumación del mundo, que vendrá después del séptimo Sábado, se llama el octavo en las Escrituras, ya que solo siete lo precedieron. Se dice en el título de los salmos: "Al final, en himnos para el octavo, salmo de David", lo cual el texto completo del salmo siguiente enseña que está escrito sobre el día del juicio, en el que el profeta, temiendo la ira del juez venidero, exclama: "Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor" (Salmo VI, 1), etc. Pero también el día de la Resurrección del Señor, aunque vendría después de miles de días, se llama el octavo en el título de otro salmo, porque seguía al séptimo, para ser el primero de la semana siguiente, es decir, el mismo en el que al principio Dios dijo: "Hágase la luz, y la luz se hizo". El mismo salmo, escrito sobre la Resurrección del Señor, lo prueba quien habla en él, diciendo: "Por la miseria de los pobres y el gemido de los necesitados, ahora me levantaré, dice el Señor" (Salmo XI, 6). Puede entenderse correctamente que Dios completó su obra en el séptimo día, incluso en el hecho de que bendijo y santificó ese día. Porque la bendición y la santificación no son obras nulas. Ni se puede decir que Salomón no hizo nada cuando dedicó el templo que había construido; más bien, es una obra excelsa de Dios cuando glorificó eternamente con bendición y santificación lo que hizo. Finalmente, sobre esta obra que hace en el eterno día del Sábado, él mismo dice en la parábola de los siervos fieles: "En verdad os digo que se ceñirá, los hará sentarse a la mesa y, pasando, les servirá" (Lucas XII, 37). Porque quien se ceñe, quien prepara la mesa, quien pasa, quien sirve, ciertamente está trabajando. Pero con todas estas palabras no se insinúa otra cosa que el Señor bendice y santifica eternamente a sus santos, es decir, los recompensa con la visión de su gloria después de las buenas obras que les ha concedido. Y descansó en el séptimo día de toda su obra que había hecho. No como si Dios, cansado por el excesivo trabajo, descansara de la creación del mundo como una fragilidad humana; sino que se dice que descansó de toda su obra porque cesó de instituir una nueva creación. La Escritura suele indicar con el nombre de descanso la cesación de la obra o del discurso, como en el Apocalipsis sobre los santos animales: "Y no tenían descanso día y noche diciendo: Santo, Santo, Santo, Señor Dios Todopoderoso" (Apocalipsis IV, 8). En lugar de decir que no cesaban de cantar esto siempre. Porque el mayor y único descanso para los santos en el cielo es decir con voz incansable la alabanza de la Santísima Trinidad, que es Dios. Puede entenderse más profundamente que el Señor descansó de todas sus obras, no porque tuviera necesidad de descansar en sus obras, ya que su descanso en sí mismo es siempre verdadero sin principio ni fin, sino que hizo las obras solo por su bondad, para que descansaran en él: lo cual se entiende más fácilmente al recordar que la indigencia humana se dedica principalmente a los trabajos diarios para poder encontrar descanso en sus obras, como el Señor le dice: "Con el sudor de tu rostro comerás tu pan" (Génesis III, 19). Pero Dios, que antes de la creación del mundo tenía eternamente en sí mismo un descanso perfecto, incluso con el mundo creado, no descansó en las obras que hizo, sino de todas las obras que hizo, ya que no tenía necesidad de descansar en las criaturas, sino que más bien les proporcionaba descanso, mientras que él mismo siempre descansa perfectamente en sí mismo, y es bienaventurado por el bien que él mismo es.

Y bendijo el séptimo día y lo santificó. Esa bendición y santificación que más plenamente indica a su pueblo en la ley diciendo: "Acuérdate de santificar el día del Sábado. Seis días

trabajarás y harás toda tu obra: pero el séptimo es el sábado del Señor tu Dios, no harás ninguna obra" (Éxodo XX, 8). Y poco después: "Porque en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y descansó en el séptimo día" (Éxodo XX, 11). Por eso el Señor bendijo el séptimo día y lo santificó. Esta bendición y santificación del séptimo día se hizo en tipo de una mayor bendición y santificación. Porque así como por las frecuentes, incluso diarias, víctimas en la ley, se significaba la sangre de la pasión del Señor, que una vez sería derramada por la salvación del mundo; así también por el descanso del séptimo día, que siempre se solía celebrar después de las obras de seis días, se prefiguraba aquel gran día del Sábado, en el que el Señor una vez descansaría en el sepulcro, habiendo completado y perfeccionado en el sexto día todas sus obras, con las que restauraba el mundo, que había perfeccionado en el sexto día, ya perdido. En ese día, como recordando su antigua obra, declaró abiertamente que ya había completado la salvación del mundo. Porque cuando tomó el vinagre, dijo: "Consumado es", e inclinando la cabeza, entregó el espíritu (Juan XIX, 30). Pero esta santificación y bendición del séptimo día, y el descanso de Dios en él después de sus obras muy buenas, designó que nosotros, cada uno después de las buenas obras que él mismo opera en nosotros tanto el querer como el hacer, nos dirigimos al descanso de la vida celestial, en la que disfrutaremos de su eterna santificación y bendición. Por eso bien se dice que el séptimo día no tuvo tarde, porque significa nuestro descanso perpetuo en él.

Y bendijo, dice, el séptimo día y lo santificó, porque en él cesó de toda su obra, que Dios creó para hacer. Es decir, completado el adorno del mundo, cesó de instituir nuevos géneros de cosas. Y no debe considerarse contrario a esta sentencia lo que dice en el Evangelio: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo" (Juan V, 17). Respondiendo a aquellos que se quejaban de que no observaba el Sábado, por la autoridad de esta Escritura antiguamente recomendada. Porque cesó en el séptimo día de crear géneros de criaturas, ya que no creó más géneros nuevos; pero desde entonces hasta ahora trabaja en la administración de esos mismos géneros que ahora están instituidos, no para que siquiera en el séptimo día su poder cesara de gobernar el cielo y la tierra, y todas las cosas que había creado, de lo contrario se desmoronarían inmediatamente.

Hasta aquí es suficiente haber hablado de los comienzos del mundo naciente según el sentido literal; pero es grato insinuar brevemente cómo también el orden de esos seis, o siete, días en los que fue hecho, corresponde a sus mismas edades. Porque el primer día en que Dios dijo: "Hágase la luz, y la luz se hizo", corresponde a la primera edad, en cuyo inicio el mundo mismo fue hecho, y el hombre fue puesto en las delicias del paraíso de la voluptuosidad, donde, con la gracia presente de su Creador, libre de todos los males y desconocedor de ellos, disfrutaba; pero este día comenzó a declinar hacia la tarde, cuando los primeros padres, pecando, perdieron la felicidad de la patria celestial, y fueron enviados a este valle de lágrimas, lo cual también se significó en la hora de aquel tiempo, cuando Adán, después de la culpa de la transgresión, oyó al Señor paseando en el paraíso, a la hora después del mediodía: porque el Señor paseó, para señalar que se había retirado del hombre, en cuyo corazón había permanecido en paz; y esto a la hora después del mediodía, para que el hombre reconociera que la luz del conocimiento divino y el fervor del amor divino se habían disminuido en él. Pero la plena tarde de este día llegó cuando, con el aumento de los vicios del género humano, toda la tierra se corrompió ante Dios, y llena de iniquidad, mereció ser destruida por el diluvio toda carne, excepto aquellos que el arca había encerrado.

El segundo día se hizo el firmamento en medio de las aguas; y en la segunda edad del mundo, el arca en la que se guardaban los restos del género humano, y la semilla, por así decirlo, de las edades siguientes, fue puesta en medio de las aguas, que por un lado las fuentes de todos los abismos rotos, y por otro las cataratas del cielo abiertas, vertían. Pero también aquí el día

se inclinó hacia la tarde, cuando las naciones, olvidadas de la ira o misericordia de Dios cercana, se dedicaron a construir la torre de la soberbia; y recibió la plena tarde cuando, con la confusión de las lenguas, se rompió la sociedad del género humano.

El tercer día, al confluir las aguas en sus lugares, apareció la tierra seca, y pronto fue vestida de hierbas verdes y bosques frondosos; y al inicio de la tercera edad, separadas las naciones idólatras en sus lugares, cuyo error inestable y doctrinas vanas de los ídolos, como todos los vientos móviles, se significan bien con el nombre del mar, la semilla de los patriarcas fue separada de su sociedad, y fecundada con fruto espiritual, diciendo el Señor a Abraham: "Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre a la tierra que te mostraré; y te haré una gran nación, y te bendeciré" (Génesis XII, 1), etc., hasta que dice: "Y en ti serán bendecidas todas las familias de la tierra". En la cual, ciertamente, de esa gente surgieron órdenes de fieles como hierbas verdes y árboles frutales, de una misma tierra, recibiendo la lluvia celestial de los divinos discursos. Pero también aquí el día comenzó a declinar hacia la tarde, cuando la misma nación israelita, rechazando la fe de los patriarcas y las ceremonias de la ley dada, fue oprimida por las naciones extranjeras y sumida en servidumbre. La tarde ya llegó cuando esa misma nación, junto con el rey que había elegido para sí, despreciando a Dios, fue en gran parte destruida por la espada de los extranjeros.

El cuarto día, el cielo recibió luminarias, y en la cuarta edad, el mencionado pueblo de Dios se hizo notable con una nueva claridad, por el imperio de David y Salomón y otros reyes que reinaban con la ayuda de Dios, por aquel templo nobilísimo que Salomón construyó para Dios, por las señales de los profetas, que no dejaron de florecer en todos los tiempos de esos reyes, y especialmente por aquello que el Señor juró al primero y más eminente de los reyes que le agradaban, diciendo: "Del fruto de tu vientre pondré sobre mi trono" (Salmo CXXXI, 11). Pero también aquí el día comenzó a inclinarse hacia la tarde, cuando después, esos mismos reyes y pueblos, despreciando el templo y las leyes de Dios, fueron devastados y desgarrados por los enemigos. Una tarde muy grave, y no solo una tarde, sino una noche, le sucedió, cuando todo aquel reino fue destruido, el templo incendiado, y todo el pueblo llevado cautivo a Babilonia.

El quinto día, las aguas produjeron reptiles de almas vivientes, y aves volando sobre la tierra bajo el firmamento del cielo; y en la quinta edad crecieron los hijos de la transmigración, y se multiplicaron en Babilonia, que a menudo se designa con el nombre de aguas. De los cuales muchos residían allí como peces en las aguas, de los cuales, sin embargo, había algunos que, como grandes cetáceos, preferían dominar las grandes olas del mundo que servir, porque no podían ser llevados a la idolatría por ningún terror. Otros, liberados de la cautividad, como si hubieran recibido las alas de la libertad, regresaron a la tierra de Israel, y como voladores, buscaban con toda intención las cosas celestiales, de modo que incluso se esforzaban por reconstruir el templo y la ciudad de Dios, y restaurar su ley con la máxima diligencia. Pero la tarde se acercaba, cuando después, entre otras tinieblas de crímenes, también comenzaron a disidir en conflictos domésticos entre ellos, y fueron traidores de su patria a los romanos; y llegó cuando no solo se convirtieron en tributarios, sino que también se les sometió al imperio de un rey extranjero.

El sexto día, la tierra produjo ganado, bestias y reptiles, y en ese mismo día Dios creó al primer hombre, Adán, a su imagen, y de su costado dormido creó a la mujer, Eva; en la sexta edad del mundo, entre muchos réprobos, que merecidamente podían compararse con serpientes y bestias, por su ferocidad, y porque nacieron para adherirse con todo su corazón a las preocupaciones o placeres terrenales; y muchos santos en el pueblo de Dios, que a semejanza de los animales puros saben rumiar la palabra de Dios, mantener la pezuña de la

discreción en el camino, llevar el yugo de la buena operación de la ley divina, y calentarse con las obras de sus vellones, de los cuales hay mención adecuada en el Evangelio, entre los cuales apareció en el mundo el segundo Adán, mediador de Dios y de los hombres, en quien estaba toda la plenitud de la imagen de Dios, y del costado de él dormido en la cruz salió sangre y agua, de cuyos sacramentos nace y se nutre la Iglesia, que es la madre de todos los que viven verdaderamente en el mundo, lo que significa el nombre de Eva. De los mismos sacramentos dice el mismo Señor: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna" (Juan VI, 55). La tarde de este día ya vemos que se acerca, cuando, abundando la iniquidad por todas partes, se enfría la caridad de muchos. Pero vendrá una tarde mucho más oscura que las demás, cuando, apareciendo el hombre de pecado, el hijo de iniquidad, que se exalta y eleva sobre todo lo que se llama Dios o es adorado, habrá tal tribulación que serán inducidos al error, si es posible, incluso los elegidos. Seguirá inmediatamente la hora del juicio universal de la que está escrito: "Sin embargo, cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?" (Lucas XVIII, 8).

El séptimo día, Dios descansó de todas sus obras, y lo santificó y bendijo; y la séptima es la edad de descanso perpetuo en la otra vida, en la que Dios descansa con sus santos para siempre después de las buenas obras que opera en ellos durante las seis edades de este mundo. Esta edad de paz y descanso supremo en Dios es, y será, sempiterna; pero para los hombres comenzó cuando el protomártir Abel, en cuerpo entró en la sede del sepulcro, pero en alma en el gozo de la vida eterna, donde el rico vio al pobre descansando, mientras él mismo era atormentado en el infierno. Este sabbatismo de las almas santas perseverará hasta el fin del mundo, y cuando la última edad del mundo, después de su tarde, de la que hemos hablado, haya terminado, con el Anticristo destruido por el Señor Jesús, entonces también ese sabbatismo será otorgado con una mayor bendición y santificación de la resurrección a la vida eterna para los cuerpos. Y por eso bien se dice que al séptimo día no le sucedió la tarde, porque no tendrá ninguna tristeza que termine esta séptima edad; sino que más bien se perfecciona con una alegría mayor, como hemos dicho, de la octava edad, aquella que comenzando entonces con la gloria de la resurrección, cuando toda esta vida haya pasado, nunca será transformada por ningún fin, ni por ningún cambio de cosas, de la contemplación del rostro de Dios.

Estas son las generaciones del cielo y de la tierra cuando fueron creados. Con esta conclusión, la Escritura toca a aquellos que afirman que el mundo ha existido siempre sin un inicio, o que creen que fue hecho por Dios, pero a partir de una materia que Dios no creó, sino que fue coeterna con el Creador sin inicio. Dice que las generaciones del cielo y de la tierra son el mismo orden de la institución divina, por el cual su ornamento, a través de las obras de seis días, llegó hasta aquella perfección que se ha señalado anteriormente, según lo que el mismo Creador dijo en el Decálogo de su ley: "Porque en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay" (Éxodo 20, 11); lo que sigue: "El día en que el Señor hizo el cielo y la tierra, y toda planta del campo antes de que brotara en la tierra y toda hierba del campo antes de que germinara", no debe parecer contrario a la sentencia de Dios mencionada, sino entenderse claramente que la Escritura en este lugar puso el día por todo aquel tiempo en el que la creación primordial fue formada. Pues ni en uno cualquiera de los seis días se hizo el cielo, o fue iluminado por los astros, y la tierra fue separada de las aguas, y plantada con árboles y hierbas; sino que, como es habitual en la Escritura, puso el día por el tiempo, de la misma manera que el Apóstol, cuando dice: "He aquí ahora el día de salvación" (II Corintios 6, 2), no significa un día en particular, sino todo este tiempo en el que en la vida presente trabajamos por la salvación eterna. Y el profeta no habla de un día en particular, sino de un tiempo prolongado de la gracia divina: "En aquel día oirán los sordos

las palabras de este libro" (Isaías 29, 18). Sin embargo, es difícil entender cómo en este día hizo Dios el cielo y la tierra y toda planta del campo, y toda hierba del campo, a menos que digamos que en la materia informe toda criatura fue hecha al mismo tiempo, según lo que está escrito: "El que vive eternamente creó todas las cosas al mismo tiempo" (Eclesiástico 18, 1), pero esto ciertamente lo hizo antes de cualquier día de este siglo, cuando en el principio creó el cielo y la tierra, cuando, aunque la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre el abismo, en la misma naturaleza de la tierra y del abismo, es decir, de las aguas, estaban ocultas como por una sustancia seminal, que posteriormente no serían producidas al mismo tiempo por la obra del Creador; por lo tanto, si decimos esto, la cuestión mencionada se resuelve en el mismo fin, para que entendamos que la apelación del día se puso por la significación del tiempo, es decir, aquel en el que Dios creó todas estas cosas al mismo tiempo en el principio: "El día", dice, "en que el Señor Dios creó la tierra y el cielo y toda planta del campo, antes de que brotara en la tierra, y toda hierba del campo antes de que germinara". Si en el día que dice entendemos que se designa aquel tiempo, cuando antes de cualquier día de este siglo todas las cosas fueron hechas al mismo tiempo, el sentido es claro de que tanto la hierba como todo árbol fueron hechos causalmente en la sustancia de la tierra antes de que visiblemente brotaran o germinaran de la tierra. Pero si tomamos la apelación del día, como más consecuentemente pensamos, por la significación del tiempo en el que este mundo fue hecho y adornado en seis días, podemos entender que ahora la Escritura quiso explicar más claramente cómo dijo anteriormente que la tierra produjo hierba verde y que daba semilla según su especie, y árbol que daba fruto. Pues no así en el principio de las cosas esta tierra produjo estas cosas como ahora, donde la irrigación de las aguas está presente, disponiendo Dios, la tierra fructifica espontáneamente; sino que, por una obra mucho más maravillosa del Creador, entonces, antes de que algunos frutos brotaran de la tierra creciendo o germinando, los campos, montes y colinas estaban repentinamente cubiertos de hierbas y árboles, teniendo la altura adecuada de estatura, la extensión de las ramas, la opacidad de las hojas, la abundancia de frutos, que no recibieron poco a poco brotando o germinando de la tierra y progresando con el aumento de los incrementos, sino que existiendo de repente de ella. Pues también este sentido parece ser ayudado por las palabras que se añaden, en las que se dice:

No había hecho llover el Señor Dios sobre la tierra, y no había hombre que trabajara la tierra, sino que un manantial subía de la tierra regando toda la superficie de la tierra. Pues ¿quién no ve que estas cosas no podían decirse de la primera creación de la tierra, cuando aún estaba desordenada y vacía, y las tinieblas sobre la faz del abismo? ¿Acaso era necesario narrar sobre la lluvia que no descendía en la tierra en aquel tiempo, cuando ni siquiera ella misma podía aún recibir la lluvia, ni el aire podía darla, porque los lugares de ambos aún estaban completamente llenos de agua? Pero tampoco podía un manantial subir de la tierra para regarla, mientras toda ella estaba cubierta por el abismo; por lo que, si no me equivoco, queda entender que con el nombre del día arriba, cuando se dice: "El día en que el Señor Dios creó la tierra y el cielo", etc., se indica aquel tiempo de los seis primeros días, en el que toda la creación del mundo fue formada, donde correctamente se recuerda que Dios no había hecho llover sobre la tierra, y no había hombre que trabajara la tierra, para que entendamos cuánto la primera germinación de la tierra difería de la moderna. Pues ahora, con la irrigación de las lluvias, la tierra germina espontáneamente, y con la industria y el cultivo de los hombres, muchas cosas se producen en los huertos, campos y bosques; pero la primera creación de hierbas y árboles fue perfeccionada de manera muy diferente, en la que por el nuevo mandato del supremo artífice, la tierra, que aparecía árida, sin lluvia y sin obra humana, fue repentinamente llena de diversos géneros de frutos en gran extensión; pero un manantial, dice, subía de la tierra regando toda la superficie de la tierra.

Sobre este manantial y su ascenso en la tierra, primero veamos que aquella primera germinación de la tierra, de la que la sentencia anterior hace mención, fue hecha sin ninguna irrigación de aguas, por mandato de Dios. Pero la irrigación de este manantial, cualquiera que fuera, sobrevino después de que la tierra fue vestida de hierbas y árboles, lo cual se prueba incluso por las mismas sílabas de la Escritura, que después de haber dicho en tiempo pasado que "el Señor Dios creó el cielo y la tierra, y toda planta del campo, y toda hierba del campo", añadió inmediatamente en tiempo pasado pluscuamperfecto: "No había hecho llover el Señor Dios sobre la tierra, y no había hombre que trabajara la tierra", mostrando que antes de la creación de las plantas y hierbas, Dios no había enviado lluvia; pero lo que sucedió después, lo añadió inmediatamente en tiempo pasado imperfecto diciendo: "Porque un manantial subía de la tierra regando toda la superficie de la tierra", significando con la misma declinación del verbo que esto no ocurrió una sola vez, sino muchas veces, ya que no dice "subió", sino "subía"; ya que se dice que un manantial subía de la tierra, que regaba toda su superficie, con razón se pregunta en qué orden subió; y nada impide creer que subió y regresó para regarla de manera alterna, como hasta hoy el Nilo suele subir anualmente para regar las llanuras de Egipto, como alguna vez el Jordán regaba la tierra de Pentápolis, de la cual la Escritura dice: "Porque toda ella era regada como el paraíso del Señor" (Génesis 13, 10), y como Egipto antes de que Dios destruyera Sodoma y Gomorra; como, según el testimonio de San Agustín, "se dice de la maravillosa vicisitud de algunas fuentes que, en un intervalo fijo de años, inundan de tal manera que riegan toda aquella región, a la que en otro tiempo proporcionan suficiente agua para beber desde pozos profundos. ¿Por qué, entonces, es increíble, como él mismo dice, si de una sola cabeza del abismo, fluyendo y refluyendo de manera alterna, entonces toda la tierra fue regada? Porque si, dice, la magnitud del mismo abismo, excepto en la parte que se llama mar, y rodea las tierras con evidente altitud y amargas olas en la única parte que la tierra contiene en senos ocultos, de donde todas las fuentes y todas las aguas se distribuyen por diversos caminos y venas, y brotan en sus respectivos lugares, la Escritura quiso llamar manantial, no manantiales, por la unidad de la naturaleza, y que ascendía de la tierra por innumerables caminos de cavernas y grietas, y regaba toda la faz de la tierra con sus cabellos dispersos, no en una especie continua como el mar o un estanque, sino como vemos que las aguas van por los cauces de los ríos y los meandros de los arroyos, y con su exceso inundan las cercanías, ¿quién no lo aceptaría sino quien sufre de un espíritu contencioso? Pues también puede entenderse que toda la faz de la tierra fue regada, como se dice que toda vestidura está coloreada en la faz, aunque no sea de manera continua, sino de manera manchada; especialmente porque entonces, en la novedad de las tierras, aunque no todo, es creíble que muchas llanuras existieran, donde los flujos que brotaban más ampliamente se dispersaban y extendían. Por lo tanto, sobre la magnitud o multitud de este manantial, que, ya sea que tuviera una sola erupción de algún lugar, o por alguna unidad en los senos ocultos de la tierra, de donde brotan todas las aguas sobre la tierra, fue llamado un solo manantial de todos los manantiales grandes y pequeños, ascendiendo por todas sus dispersiones de la tierra, y regando toda la faz de la tierra; o incluso, lo que es más creíble, porque no dice, "un manantial subía de la tierra", sino que dice, "un manantial subía de la tierra", puso el singular por el plural, para que entendamos así muchos manantiales por toda la tierra, regando sus lugares o regiones propias: como se dice soldado, y se entienden muchos, como se dijo langosta y rana en las plagas con las que los egipcios fueron golpeados, cuando había un número innumerable de langostas y ranas, ya no trabajemos más." Por lo tanto, cuando se dijo que Dios creó las hierbas y las plantas, sin que aún descendiera la lluvia, ni existiera el hombre que trabajara la tierra, consecuentemente se introduce la creación del hombre y se dice: "Formó, pues, el Señor Dios al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su rostro aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente." Aquí, por lo tanto, se describe más

ampliamente la creación del hombre, que fue hecho en el sexto día; pero allí se mencionó brevemente su creación, que aquí se expone más plenamente, porque fue hecho en la sustancia del cuerpo y del alma, de las cuales el cuerpo fue formado del polvo de la tierra, y el alma fue creada de la nada, por inspiración de Dios, y también la mujer fue formada de su costado mientras dormía. En esta sentencia, ciertamente, debe evitarse la pobreza del sentido carnal, no sea que pensemos que Dios formó el cuerpo del hombre del polvo con manos corporales, o que sopló en el rostro del formado con boca o labios, para que pudiera vivir y tener aliento de vida. Pues también el Profeta cuando dice: "Tus manos me hicieron y me formaron" (Salmo 118, 73), lo dijo más en una locución figurada que propia, es decir, según la costumbre con la que los hombres suelen obrar. Porque Dios es Espíritu, y su simple sustancia no está compuesta de los lineamientos de miembros corporales, a menos que sea creído por los ignorantes. Formó, pues, Dios al hombre del polvo. A quien ordenó que se hiciera del polvo por su palabra. Inspiró en su rostro aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente, cuando le creó la sustancia del alma y del espíritu, en la que viviera. Pues así se entiende correctamente que Dios sopló en el rostro del hombre aliento para que viviera, como se entendió arriba: "Dios llamó a la luz día", puesto por lo que es llamado por los hombres hizo. Bien se dice, además, que Dios sopló en el rostro del hombre para que fuera un ser viviente, porque ciertamente el espíritu infundido en él contempla las cosas que están fuera, ya que la parte anterior del cerebro, de donde se distribuyen todos los sentidos, está colocada hacia la frente. Pues también el sentido del tacto, que se difunde por todo el cuerpo, se muestra que tiene su camino desde la misma parte anterior del cerebro, que se conduce hacia atrás por la coronilla y el cuello hasta la médula espinal. Además, esta sentencia concuerda con lo que se dijo anteriormente sobre el hombre.

A imagen de Dios lo creó. Varón y hembra los creó. Porque lo que se dijo "a imagen de Dios", no se entiende sino en el alma; lo que se añadió "varón y hembra", no se entiende sino en el cuerpo. Por lo tanto, no deben ser escuchados aquellos que piensan que el alma es parte de Dios, como si el alma del hombre fuera parte de Dios, no podría ser arrebatada ni por sí misma ni por otro, ni ser compelida por necesidad alguna a hacer o sufrir algo malo, ni cambiar en absoluto para mejor o peor. Pero aquel aliento de Dios que animó al hombre fue hecho por él, no de él, que ni siquiera el aliento del hombre es parte del hombre, ni el hombre lo hace de sí mismo, sino que lo toma y lo exhala del aire. Dios, sin embargo, pudo hacerlo de la nada, y pudo hacerlo vivo y racional, lo que el hombre no puede; aunque algunos piensan que el primer hombre no fue animado cuando Dios sopló en su rostro, y fue hecho un ser viviente, sino que entonces recibió el Espíritu Santo. Sin embargo, cualquiera de estas cosas que se muestre más creíble, no nos es lícito dudar que el alma no es parte de Dios, ni que su naturaleza fue creada o proferida de su sustancia, sino hecha de la nada.

Plantó, además, el Señor Dios un paraíso de delicias desde el principio, en el cual puso al hombre que había formado. Desde aquel principio, ciertamente, se debe creer que Dios plantó el paraíso, desde el cual ordenó a toda la tierra, removidas las aguas que la cubrían, producir hierbas y árboles fructíferos, en el cual, sin embargo, puso al hombre en el sexto día, en el que también lo había formado. Y no se debe dudar en absoluto que el paraíso, en el que fue puesto el primer hombre, aunque tenga el tipo de la Iglesia presente o de la patria futura, debe entenderse en la propiedad de la letra, es decir, un lugar muy ameno, sombreado por bosques fructíferos, y también grande, y fecundo por un gran manantial. En lugar de lo que nuestra Edición, que fue traducida de la verdad hebrea, tiene "desde el principio", en la antigua traducción se puso "al Oriente"; de lo cual algunos quieren que el lugar del paraíso esté en la parte oriental del orbe terrestre, aunque con un larguísimo espacio intermedio, ya sea de océano o de tierras, separado de todas las regiones que ahora habita el género humano. Por lo

cual ni las aguas del diluvio, que cubrieron toda la superficie de nuestro orbe muy profundamente, pudieron llegar a él. Pero ya sea allí, o en otro lugar, Dios lo sabe, nosotros solo debemos creer que este lugar fue y es terrenal. De hecho, las palabras siguientes de la Escritura exponen más plenamente cómo Dios lo plantó diciendo:

Y el Señor Dios hizo brotar de la tierra todo árbol hermoso a la vista, y bueno para comer, también el árbol de la vida en medio del paraíso, y el árbol del conocimiento del bien y del mal. Esto se entiende que fue hecho en el día en que también los demás árboles fructíferos la tierra, por mandato de Dios, produjo. Pero aquí se repite necesariamente para que podamos conocer cómo es el lugar del paraíso, especialmente porque del árbol de la vida y del árbol del conocimiento del bien y del mal se debía hablar especialmente; en uno de los cuales había para el hombre la señal de la obediencia que debía, en el otro el sacramento de la vida eterna, que por la misma obediencia merecería. Y ciertamente el árbol de la vida se llama así porque recibió esta virtud, como dijimos, divinamente, para que quien comiera de él, su cuerpo se fortaleciera con una salud estable, y nunca se alterara en peor por ninguna enfermedad o edad, ni cayera en la decadencia; pero esto se hizo corporalmente de tal manera que también fuera figura de un sacramento espiritual, es decir, de Dios y de nuestro Señor Jesucristo, de quien en la alabanza de la sabiduría se dice: "Es árbol de vida para los que la toman" (Proverbios 3, 18). Y en el Apocalipsis de San Juan: "Al que venciere, le daré a comer del árbol que está en el paraíso de mi Dios" (Apocalipsis 2, 18). Lo cual es decir claramente: Al que venciere la tentación de la antigua serpiente, por la cual fue vencido Adán, le daré lo que iba a dar a Adán si venciera, para que se refresque eternamente con la visión presente de la gloria de Cristo, y por lo tanto no pueda ser alcanzado por ningún ataque de muerte, porque ciertamente el Señor Cristo, virtud y sabiduría de Dios Padre, está en el paraíso del reino celestial, a quien con los demás santos también prometió dignarse al ladrón confesante en la cruz. Y el árbol del conocimiento del bien y del mal. Sobre este árbol, San Agustín dice: "A mí, sin embargo, considerando una y otra vez, no se puede decir cuánto me agrada aquella sentencia, que aquel árbol no era nocivo para comer. Pues quien hizo todas las cosas muy buenas, no había establecido algo malo en el paraíso, sino que el mal para el hombre fue la transgresión del precepto. Pero era necesario que el hombre, puesto bajo el Señor Dios, fuera prohibido de algo, para que tuviera la virtud de merecer a su Señor, que es la misma obediencia, la cual puedo decir con toda verdad que es la única virtud para toda criatura racional que actúa bajo el poder de Dios; y el primer y mayor vicio del orgullo para la ruina es querer usar su propio poder, al cual el nombre supremo del vicio es desobediencia. Por lo tanto, no hay de dónde el hombre pudiera pensar y sentir que tiene un Señor, a menos que se le ordenara algo. Así que aquel árbol no era malo, sino que fue llamado del conocimiento de discernir el bien y el mal; porque si después de la prohibición el hombre comiera de él, en aquella transgresión del precepto el hombre aprendería por la experiencia del castigo qué diferencia hay entre el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia. Por lo tanto, esto no se dice en figura, sino que debe tomarse como un verdadero árbol, al cual no se le dio el nombre por el fruto o la manzana que de él naciera, sino por la misma cosa que, tocada contra el mandato, iba a seguir."

Y un río salía del lugar de delicias para regar el paraíso. Es decir, aquellos árboles hermosos y fructíferos que cubrían toda la tierra de esa región, lo cual se cree que fue hecho de la misma manera que en esta tierra que habitamos, el Nilo riega las llanuras de Egipto, de donde, como mencionamos antes, se dijo de la tierra de Sodoma, que toda ella era regada como el paraíso del Señor, y como Egipto (Gén. XIII, 10). Y ciertamente, con una disposición providente, el Señor y Creador de las cosas quiso tener en nuestro mundo alguna semejanza con aquella patria para la cual fuimos creados para poseer en nuestro primer padre,

para que nos recordara con un ejemplo cercano el mérito de su retorno, especialmente con aquel río que se sabe que emana del paraíso. Pues el Nilo que riega Egipto, es el mismo Geón, que más adelante se menciona que procede del paraíso. Así como también, al ser destruidas las mismas ciudades de Sodoma, que en otro tiempo eran regadas como el paraíso del Señor, puso un ejemplo de aquellos que actuarán impiamente, para que, vigilando los vestigios de la perdición de los malvados, evitemos sus tormentos eternos en el mundo.

Que de allí se divide en cuatro cabezas, el nombre de una es Pisón. Se sabe, según autores muy seguros, que de todos estos ríos que se dice que salen del paraíso, en nuestra tierra se conocen sus fuentes. De Pisón, que ahora llaman Ganges, en los lugares del monte Gaucaso; del Nilo, que la Escritura, como dijimos, llama Geón, ahora lejos del monte Atlas, que es el último fin de África hacia el oeste. Por otro lado, el Tigris y el Éufrates desde Armenia, de donde se cree que el lugar mismo del paraíso está remotísimo del conocimiento humano, y de allí se dividen las cuatro partes de las aguas; pero esos ríos cuyas fuentes se dice que son conocidas, en algún lugar están bajo tierra y después de largos tramos emergen en otras regiones, donde se dice que son conocidas como sus fuentes. Pues, ¿quién ignora que algunas aguas suelen hacer esto? Pero esto se sabe donde no corren mucho tiempo bajo tierra. Finalmente, los mismos ríos Tigris, Éufrates y Nilo, los historiadores dicen que en muchos lugares de la tierra son absorbidos, y después de un espacio intermedio vuelven a emerger para seguir su curso habitual; lo cual también se cree que el Señor hace como indicio de aquel curso, por el cual llegan a nosotros desde el paraíso a través de los más ocultos senos y venas más largas de la tierra. Sin embargo, Pisón se interpreta como cambio de boca, y correctamente, porque ciertamente muestra otra apariencia en nuestra gracia, es decir, mucho más vil que la que tiene en el paraíso.

Este es el que rodea toda la tierra de Evilat. Esta es la región de la India, que lleva su nombre porque fue poseída después del diluvio por Evilat, hijo de Jectán, quien fue hijo del patriarca Heber de los hebreos, a quien también José refiere que con sus hermanos poseyeron desde el río Cefene y la región de la India hasta el lugar llamado Hieira.

Allí nace el oro, y el oro de esa tierra es el mejor. Y Plinio el Segundo dice que las regiones de la India abundan en vetas de oro más que otras tierras, de donde también sus islas tomaron los nombres de chrysa y argyra por la abundancia de oro y plata.

Y allí se encuentra el bdellium y la piedra ónice. El bdellium es, como escribe el mismo Plinio, un árbol aromático, de color negro, del tamaño de un olivo, con hojas de roble, fruto de higuera silvestre, y su naturaleza es como la de las gomas. Su lágrima es brillante, blanquecina, ligera, grasa, uniformemente cerosa, y que se ablanda fácilmente, de sabor amargo, de buen olor, pero más fragante cuando se empapa en vino, del cual también el libro de los Números hace mención, diciendo: "Era el maná como semilla de cilantro, de color de bdellium" (Núm. XI, 7), es decir, brillante y blanquecino. La ónice es una piedra preciosa, llamada así porque tiene en sí un blanco mezclado en semejanza a una uña humana. Los griegos llaman ónice a la uña. Esta también se produce en Arabia, pero la índica tiene destellos, con bandas blancas rodeándola; la arábiga es negra con bandas blancas. La antigua traducción tiene por estas el carbunclo y la piedra prásina. El carbunclo es, como su nombre lo indica, una piedra de color ígneo, que se dice que ilumina también las tinieblas de la noche. La piedra prásina tiene un aspecto verdoso: de ahí que en griego, por el puerro, que ellos llaman prason, tomó su nombre.

Y el nombre del segundo río es Geón. Este es el que rodea toda la tierra de Etiopía. El nombre del tercer río es Tigris. Este va hacia los asirios. El cuarto río es el Éufrates. Por eso

no dice de dónde va el Éufrates ni qué tierras rodea, porque fluye cerca de la tierra de la promesa, y fácilmente podía ser conocido por el pueblo de Israel, que estaba allí situado y que iba a leer esto. Y porque a través de las aguas regeneradoras se nos abre el regreso a los cielos, es bastante apropiado a la disposición de la divina piedad que el mismo elemento por el cual somos llevados de regreso a la patria celestial sea común con el paraíso, en el cual fue puesto el primer hombre, y así como la gracia nos recrea invisiblemente preparándonos para la entrada al reino celestial: así también invisiblemente el agua por la cual nos recrea surge hacia el Señor desde el paraíso a través de las venas de la tierra. Así como el Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va (Juan III, 8); así también convenía que el agua que el Espíritu santifica a quienes quiere, viniera a nosotros por caminos desconocidos desde el paraíso, y regresara a lugares desconocidos para nosotros, porque se sabe que tiene su origen en el paraíso de delicias.

Tomó, pues, el Señor Dios al hombre que había formado, y lo puso en el paraíso de delicias, para que lo cultivara y lo guardara. Lo que dice, para que lo cultivara y lo guardara, parece referirse al lugar donde se dijo, "Y no había hombre que cultivara la tierra". Sin embargo, en esta exposición de la palabra, pongamos las palabras del santo Padre Agustín. "¿Qué cultivaría o guardaría?", dice. "¿Acaso el Señor quiso que el primer hombre trabajara en la agricultura? ¿No es creíble que lo condenara al trabajo antes del pecado? Así lo pensaríamos, si no viéramos a algunos cultivar con tanto placer del alma, que es un gran castigo para ellos ser llamados a otra cosa. Por tanto, lo que sea que tenga de deleite la agricultura, entonces ciertamente era mucho más, cuando nada adverso sucedía ni a la tierra ni al cielo. No era, pues, una aflicción de trabajo, sino una alegría de voluntad, cuando lo que Dios creó prosperaba más alegre y fértilmente con la ayuda del trabajo humano, de donde el mismo Creador era alabado más abundantemente, quien había dado a un alma constituida en un cuerpo animal la razón de trabajar y la facultad, tanto como fuera suficiente para el alma que lo deseara, no tanto como la necesidad del cuerpo lo obligara". "Para que lo cultivara", dice, "y lo guardara", es decir, guardara el mismo paraíso para sí mismo, para que no admitiera nada por lo cual mereciera ser expulsado de allí. Finalmente, recibe también el mandamiento, para que tenga algo que guardar para sí mismo el paraíso, es decir, que al ser guardado, no sea expulsado de allí. Pues correctamente se dice que alguien no guardó su propiedad, quien actuó de tal manera que la perdió, incluso si está a salvo para otro, quien la encontró o mereció recibirla. Hay otro sentido en estas palabras, que creo que no sin razón debe ser preferido, que Dios mismo cultivara y guardara al hombre; pues así como el hombre cultiva la tierra, no para hacerla ser tierra, sino para que sea cultivada y fructífera, así Dios cultiva al hombre mucho más, a quien Él mismo creó para que sea hombre, Él mismo lo cultiva para que sea justo, si el hombre no se aparta de Él por soberbia. Puso, pues, Dios al hombre en el paraíso de delicias, para que lo cultivara y lo guardara. Para que lo cultivara, es decir, para que fuera bueno y feliz; para que lo guardara, para que fuera todo, sometiéndose humildemente a su dominio y protección.

Y le mandó diciendo: De todo árbol del paraíso come, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comas. No se debe creer que en ese árbol hubiera algo malo por naturaleza, como enseñamos antes, sino que el hombre fue prohibido de ese árbol que no era malo, para que la misma conservación del mandamiento en sí misma fuera un bien para él y la transgresión un mal. Finalmente, el pecador no deseó otra cosa que no estar bajo el dominio de Dios, cuando se cometió aquello en lo que no debía ser cometido, solo debía ser atendida la orden del que manda, que si solo se atendiera, ¿qué otra cosa se amaría sino la voluntad de Dios? ¿Qué otra cosa se antepondría a la voluntad humana sino la voluntad de Dios? Y no puede ser que la propia voluntad no caiga sobre el hombre con un gran peso de ruina, si la

antepone a la voluntad superior exaltándola. Esto lo experimentó el hombre al despreciar el mandamiento de Dios; y con esta experiencia aprendió qué diferencia hay entre el bien y el mal, a saber, el bien de la obediencia, el mal de la desobediencia, es decir, de la soberbia, de la contumacia, de la imitación perversa de Dios, y de la libertad nociva. Esto, en lo que pudo suceder, tomó su nombre de la misma cosa, como se dijo antes.

El día que comas de él, morirás. No dijo, si comes serás mortal, sino "el día que comas de él, morirás". Pues el hombre murió en el alma cuando pecó, porque Dios, que es la vida del alma, se apartó de él, por cuyo mérito la muerte del cuerpo siguió, al apartarse de él el alma, que es su vida, y esta muerte le ocurrió al primer hombre cuando llegó al término de esta vida presente no mucho tiempo después de haber comido lo prohibido. También se puede entender que ese día en que pecaron causó en ellos esa muerte que el Apóstol lamenta diciendo: "Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?" (Rom. VII, 22). Pues no le basta si dijera: "¿Quién me librá de este cuerpo mortal?", sino "de este cuerpo de muerte". Así también aquello: "El cuerpo, en verdad, está muerto a causa del pecado" (Rom. VIII, 10); ni allí dice, mortal, sino muerto, aunque ciertamente también mortal porque va a morir, no se debe creer que esos cuerpos fueran así, sino que aunque animales, aún no espirituales, no obstante no muertos, es decir, que necesariamente debieran morir, lo cual ocurrió el día en que tocaron el árbol contra lo prohibido.

Dijo también el Señor Dios: No es bueno que el hombre esté solo, le haré una ayuda semejante a él. Y esta locución de Dios no se debe creer que fue hecha con voz corporal emitida al aire, sino en la tierra por la razón de la voluntad divina, por la cual todas las cosas fueron creadas, de manera inefable, como también enseñamos antes, donde está escrito: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". Si alguien pregunta para qué era necesario hacer esta ayuda, escuche la respuesta de San Agustín, cuyas palabras también hemos puesto muchas veces antes, sin mencionar su nombre. "No se me ocurre nada más probable", dice, "que para procrear hijos, así como la semilla en la tierra es una ayuda para que de ambos nazca un brote. Pues esto fue dicho en la primera condición de las cosas: 'Los hizo varón y hembra, y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra y dominadla'. Esta razón de la condición y unión del varón y la hembra y de la bendición no falló ni después del pecado del hombre y su castigo. Pues es la misma según la cual ahora la tierra está llena de hombres que la dominan. Aunque ya expulsados del paraíso se dice que se unieron y engendraron; sin embargo, no veo qué pudo haber impedido que también en el paraíso hubiera matrimonios honorables y lecho sin mancha, esto siendo concedido por Dios, viviendo fiel y justamente, y sirviendo a Él obediente e insistentemente, para que sin ningún ardor inquieto de lujuria, sin ningún trabajo o dolor de parto, se engendrara descendencia de su semilla, no para que los hijos sucedieran a los padres que murieran, sino para que aquellos que engendraran permanecieran en algún estado de forma, y tomando vigor corporal del árbol de la vida que allí estaba plantado, y aquellos que engendraran fueran llevados a ese mismo estado, hasta que, completado un número cierto, si todos vivieran justamente y obedientes, entonces se hiciera aquella transformación, para que sin ninguna muerte los cuerpos animales convertidos en otra calidad, porque servirían al espíritu que los regía a cada movimiento, y vivieran solo por el espíritu vivificante sin ningún sustento de alimentos corporales, fueran llamados espirituales. Pues si Enoc y Elías en Adán no murieron, llevando en la carne la descendencia de la muerte, que se cree que volverán a esta vida para pagar esa deuda, y que lo que se ha diferido tanto tiempo, morirán, ahora están en otra vida donde, antes de la resurrección de la carne, antes de que el cuerpo animal se transforme en espiritual, no decaen

ni por enfermedad ni por vejez, cuánto más justamente y probablemente se les concedería a esos primeros hombres, viviendo sin ningún pecado suyo o de sus padres, que cedieran a un estado mejor después de haber engendrado hijos, de donde al final del mundo con toda la posteridad de los santos se transformarían en forma angélica, no por la muerte de la carne, sino por el poder de Dios mucho más felizmente.

Formó, pues, el Señor Dios de la tierra todos los animales de la tierra, y todas las aves del cielo, y los llevó a Adán. Si a alguien le preocupa que no dijo, formó de la tierra todos los animales de la tierra y de las aguas todas las aves del cielo, sino que parece que formó ambos géneros de la tierra, "Formó, pues", dice, "el Señor Dios de la tierra todos los animales de la tierra y todas las aves del cielo"; que vea que se puede entender de dos maneras: o que ahora calló de dónde formó las aves del cielo, porque aunque callado podría entenderse, para que no se entienda que formó ambos de la tierra; sino que solo entendamos que formó de la tierra los animales de la tierra y las aves del cielo, aunque la Escritura lo calle; o que llama tierra de manera universal junto con las aguas, como se llama en aquel salmo donde, terminadas las alabanzas celestiales, se hace una conversión del discurso a la tierra y se dice: "Alabad al Señor desde la tierra, dragones, y todos los abismos" (Sal. CXLVIII, 7), etc. Y después no se dice: Alabad al Señor desde las aguas. Pues donde están todos los abismos que alaban al Señor desde la tierra, allí también los reptiles y las aves aladas que igualmente alaban a Dios desde la tierra según esta apelación universal de la tierra, según la cual también se dice de todo el mundo: Dios que hizo el cielo y la tierra, ya sea de la tierra seca o de las aguas, lo que sea que fue creado de la tierra se entiende verdaderamente creado.

Y los llevó a Adán, para ver qué los llamaría. No se debe pensar carnalmente que Dios llevó a los animales de la tierra o las aves a Adán, como un pastor suele llevar su rebaño de un lugar a otro: sino que más bien se debe entender que así como la potencia divina cuando quiso, creó estas cosas de las aguas; así también por el mismo oculto mandato de su potencia cuando quiso las llevó al hombre para que las viera, como también se dice que todas las aves y cuadrúpedos de todo género no fueron reunidos por mano humana, sino que vinieron a la arca de Noé, llevados y mandados por Dios, aunque ellos mismos no sabían para qué venían, pero el hombre, que los recibía al venir a la arca, los recibía por mandato y conducción de Dios.

Pues todo lo que Adán llamó a cada ser viviente, ese es su nombre, y Adán llamó a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias de la tierra por sus nombres. Se sabe que Adán en esa lengua, que todo el género humano hablaba hasta la construcción de la torre, en la cual las lenguas fueron divididas, impuso nombre a los animales de la tierra y a las aves del cielo. Pero en la dispersión de la torre, cuando Dios dio a cada nación su propia lengua diversa, entonces se cree que también les dio nombres a los animales y a las demás cosas según su propia lengua: aunque también no se oculta que los hombres después, a muchas cosas que surgieron nuevas, les dieron nombres según su propio placer en cada nación, y ahora también suelen darles. Finalmente, de los peces llevados a Adán para que les pusiera nombres, la Escritura no dice nada: a los cuales, sin embargo, es creíble que poco a poco conocidos, por la diversidad de las naciones, se les impusieron nombres diversos por los hombres. La primera lengua que parece haber sido para el género humano es la hebrea, por el hecho de que todos los nombres que leemos en el Génesis hasta la división de las lenguas, se sabe que son de esa lengua. La razón de llevar a Adán todos los animales de la tierra y las aves del cielo, para que viera qué los llamaría, y les pusiera nombres, es esta, para que así Dios mostrara al hombre cuán superior era a todos los animales irracionales. De esto se desprende que el hombre es mejor que los animales por la misma razón, porque distinguirlos y discernirlos por nombre solo puede hacerlo la razón que es mejor.

Sin embargo, para Adán no se encontraba un ayudante semejante a él. Entonces el Señor Dios hizo caer un profundo sueño sobre Adán, y mientras dormía, tomó una de sus costillas y cerró con carne el lugar de ella, y el Señor Dios formó de la costilla que había tomado de Adán una mujer. Que la mujer fuera hecha del costado del hombre, se cree que fue necesario para resaltar la fuerza de la unión entre ellos. Lo que le sucedió mientras dormía, que al quitarle el hueso se llenara su lugar con carne, fue hecho por la gracia de un misterio más elevado. Se significaba que del costado de Cristo en la cruz, a través de la muerte, saldrían los sacramentos de salvación, a saber, la sangre y el agua, de los cuales se formaría la Iglesia, su esposa. Pues si no hubiera sido necesario prefigurar un sacramento tan grande en la creación de la mujer, ¿qué necesidad había de que Adán durmiera para que Dios le quitara una costilla de la que haría a la mujer, cuando podía haberlo hecho mientras estaba despierto y sin dolor? ¿Por qué era necesario que en el lugar del hueso tomado del costado del hombre, de donde se formaba la mujer, no se pusiera otro hueso sino carne, si no era porque se figuraba que Cristo, por la Iglesia, sería débil, pero que la Iglesia, por él, sería fuerte? Por eso, la Escritura usó también una palabra típica del mismo misterio, al no decir: hizo, o formó, o creó, como en todas las obras anteriores; sino que dijo: edificó el Señor Dios la costilla que había tomado de Adán en una mujer, no como un cuerpo humano, sino como una casa, que somos nosotros, si mantenemos firme hasta el fin la confianza y la gloria de la esperanza. Así convenía que el origen del género humano, operando Dios, procediera, para que la redención de este, que en el fin del mundo vendría por el mismo creador, diera testimonio con figuras concordantes.

Y la llevó a Adán. Y dijo Adán: Esto ahora es hueso de mis huesos, y carne de mi carne. Como Adán, al haberle sido llevados todos los animales de la tierra y las aves, no había encontrado entre ellos ninguno semejante a él, con razón ahora, al ver que se le había hecho y llevado un ayudante semejante a él, la reconoció y exclamó diciendo: Esto ahora es hueso de mis huesos. Ahora, porque al haber visto antes a los otros animales, no había visto ninguno semejante a él: Hueso de mis huesos y carne de mi carne, porque sabía que los demás que había visto, que tenían hueso y carne, y que había distinguido por nombre, no habían sido hechos de su sustancia, sino de la tierra o de las aguas. Así como a los que le fueron llevados les puso nombres, así quedaba que a ella, que reconoció como semejante a él y creada de su cuerpo, le diera un nombre.

Esta, dijo, será llamada varona, porque del varón fue tomada. Así como la etimología latina concuerda en estos nombres, al ser llamada varona por el varón, así también concuerda la hebrea, en la cual el varón se llama ish, y derivado de este nombre, la mujer se llama isha. De hecho, que el varón se llame ish en hebreo, lo atestigua también el nombre Israel, que se interpreta como varón que ve a Dios. Pero también conviene muy adecuadamente a los sacramentos de Cristo y de la Iglesia que Adán quisiera que la mujer creada de su carne participara de su nombre, porque nuestro Señor Jesucristo igualmente otorgó a la Iglesia, que redimió con el precio de su cuerpo y sangre y adoptó como esposa, la participación de su nombre, para que, de Cristo, se llamara cristiana, y de Jesús, es decir, Salvador, buscara la salvación eterna. No debe pasarse por alto que aquel sueño, o éxtasis, es decir, el arrebató de la mente, como tiene la antigua Traducción, que Dios hizo caer sobre Adán, se entiende correctamente, como dice San Agustín, «fue hecho para que primero la mente, a través del éxtasis, participara como de la corte angélica, y entrando en el santuario de Dios, entendiera en lo último. Finalmente, al despertar, lleno como de profecía, al ver a su mujer llevada hacia él, exclamó de inmediato lo que el Apóstol recomendó como gran sacramento: Esto ahora es hueso de mis huesos, y carne de mi carne. Esta será llamada varona, porque del varón fue tomada; y lo que sigue.»

Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne. Aunque la Escritura misma atestigua que estas fueron las primeras palabras del hombre, sin embargo, el Señor en el Evangelio declaró que Dios lo dijo. Pues dice: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne? (Mateo XIX, 4), para que entendamos que por el éxtasis que precedió en Adán, él pudo decir esto divinamente como profeta. Si, pues, Cristo se unió a la Iglesia, para que fueran dos en una sola carne, ¿cómo dejó al Padre, cómo a la madre? Dejó al Padre, porque siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo (Filipenses II, 6). Esto es dejar al Padre, porque no lo abandonó ni se apartó de él, sino porque no apareció a los hombres en la forma en que es igual al Padre, y dejó a la madre dejando la Sinagoga de los judíos, de la cual nació según la carne, y adhiriéndose a la Iglesia, que congregó de todas las naciones, para que con la paz del Nuevo Testamento fueran dos en una sola carne: porque siendo Dios con el Padre por quien fuimos hechos, se hizo partícipe nuestro por la carne, para que pudiéramos ser el cuerpo de esa cabeza.

Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban. «Y con razón, pues ¿qué habría de avergonzarles cuando no sentían ninguna ley en sus miembros que se opusiera a la ley de su mente? Esta fue la pena del pecado que les siguió después de la transgresión, al usurpar la desobediencia lo prohibido, y la justicia castigando lo cometido: lo cual, antes de que sucediera, estaban desnudos, como se ha dicho, y no se avergonzaban. No había movimiento en el cuerpo que mereciera vergüenza; no pensaban que debían cubrir nada, porque no sentían que debían refrenar nada.»

Pero la serpiente era más astuta que todos los animales de la tierra que el Señor Dios había hecho. Esta serpiente puede decirse más astuta no por su alma irracional, sino por un espíritu ajeno, es decir, diabólico, porque aunque los ángeles transgresores fueron arrojados de las alturas por el mérito de su perversidad y soberbia, sin embargo, por naturaleza son más excelentes que todos los animales de la tierra debido a la eminencia de la razón. ¿Qué maravilla, pues, si el diablo, llenando ya la serpiente con su instinto, y mezclando su espíritu con ella, de la manera en que suelen llenarse los vates de los demonios, la había hecho la más astuta de todos los animales de la tierra; o, como tiene otra edición, la más sabia de las bestias según el alma viva e irracional de los vivientes? «Si se pregunta por qué Dios permitió que el hombre fuera tentado, sabiendo que cedería al tentador; surge la verdadera razón, que no sería de gran alabanza para el hombre si pudiera vivir bien solo porque nadie le aconsejara vivir mal, cuando en su naturaleza podía, y en su poder tenía, querer no consentir al que le aconsejaba, con la ayuda de aquel que resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes. No se debe pensar que este tentador habría derribado al hombre, si no hubiera precedido en el alma del hombre cierta elevación que debía ser reprimida, para que a través de la humillación del pecado aprendiera lo que falsamente había presumido de sí mismo: pues está dicho: Antes de la ruina se ensalza el corazón, y antes de la gloria se humilla (Proverbios XVI, 18). Así, algunos se conmueven por esta tentación del primer hombre, porque Dios permitió que sucediera, como si ahora no vieran que todo el género humano es continuamente acosado por las insidias del diablo, ¿por qué permitió también esto Dios? ¿Acaso porque se prueba y ejercita la virtud y es más gloriosa la palma de no haber consentido siendo tentado que no haber podido ser tentado? Si se pregunta por qué se permitió que el diablo tentara principalmente a través de la serpiente, esto ya se hizo por la gracia de significar algo, no porque el diablo quisiera significar algo para nuestra edificación, sino porque no podía acercarse a tentar, a menos que se le permitiera, ni podía hacerlo de otra manera que no fuera

la permitida. Por tanto, todo lo que aquella serpiente significó, debe atribuirse a la providencia bajo la cual el mismo diablo tiene su deseo de hacer daño, pero la facultad no es más que la que se le da, ya sea para subvertir y perder los vasos de ira, o para humillar o probar los vasos de misericordia. Por tanto, la serpiente no entendía los sonidos de las palabras que se hacían desde ella hacia la mujer: pues no se debe creer que su alma se convirtió en naturaleza racional, cuando ni siquiera los mismos hombres, cuya naturaleza es racional, cuando el demonio habla en ellos por la pasión que el exorcista requiere, saben lo que dicen: cuánto menos entendería él los sonidos de las palabras que el diablo hacía de esa manera a través de él y desde él, si lo escuchara libre de la pasión diabólica.»

Dijo, pues, a la mujer: ¿Por qué os ha mandado Dios que no comáis de todo árbol del Paraíso? A lo que respondió la mujer: Del fruto de los árboles que están en el paraíso comeremos, pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso nos mandó Dios que no comiéramos, ni lo tocáramos, para que no muramos. «Por eso primero preguntó la serpiente y respondió esto la mujer, para que la transgresión fuera inexcusable, y de ninguna manera pudiera decirse que la mujer había olvidado lo que Dios había mandado.»

Pero la serpiente dijo a la mujer: No moriréis de ninguna manera. Pues sabe Dios que en cualquier día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, concededores del bien y del mal. ¿Qué se entiende aquí, sino que se le persuadió para que no quisieran estar bajo Dios, sino en su propio poder sin Dios, para que no observaran su ley como si él les envidiara, para que se gobernaran a sí mismos, no necesitando de su luz eterna, sino vacantes en su propia providencia como con sus propios ojos para discernir el bien y el mal que él había prohibido? En estas palabras se debe notar con cuánta astucia el diablo tentó al hombre desde el principio, quien no solo le enseñó la desobediencia y el desprecio de su Creador como si les envidiara, sino que también le propuso creer en la multiplicidad de dioses diciendo: Y seréis como dioses, para que, si acaso no pudiera arrastrarlo a la desobediencia, al menos corrompiera la castidad de la fe con la que adoraban a un solo Dios; si, sin embargo, lo arrastrara, en ambos sería victorioso. «¿Cuándo, pues, creería la mujer con estas palabras que habían sido prohibidos por Dios de algo bueno y útil, si no hubiera ya en su mente ese amor a su propio poder, y cierta presunción soberbia de sí misma, que debía ser convencida y humillada por aquella tentación? Finalmente, no contenta con las palabras de la serpiente, consideró el árbol, y vio, como dice la Escritura, que era bueno para comer, y hermoso a los ojos, y deseable a la vista; y no creyendo que podría morir por ello, creo que pensó que Dios lo había dicho por alguna causa significativa; si coméis, moriréis; y por eso TOMÓ DEL FRUTO DE ÉL, Y COMIÓ, Y DIO A SU MARIDO, tal vez incluso con una palabra persuasiva, que la Escritura, callando, dejó para que se entendiera. ¿O acaso no era necesario que se le persuadiera al hombre cuando veía que ella no había muerto por aquel alimento?»

QUIEN COMIÓ. Y SE ABRIERON LOS OJOS DE AMBOS. «¿A qué? sino a desearse mutuamente, a la pena del pecado concebida por la muerte de la carne misma, para que ya no fuera un cuerpo solo animal, que podría, si conservaran la obediencia, ser transformado sin muerte en una mejor y espiritual condición, sino ya un cuerpo de muerte, en el que la ley en los miembros se opusiera a la ley de la mente.» Pues no se habían hecho con los ojos cerrados, y en el paraíso de las delicias no andaban ciegos y palpando. Es como aquello del Evangelio cuando decía de aquellos dos, de los cuales uno era Cleofás, que cuando el Señor les partió el pan, se les abrieron los ojos, y lo reconocieron a quien no habían reconocido por el camino: no caminaban con los ojos cerrados, sino que no podían reconocerlo. Por tanto, se abrieron los ojos de los primeros hombres a lo que antes no estaban abiertos, aunque a otras cosas sí lo estaban.

Y al conocer que estaban desnudos, cosieron hojas de higuera, y se hicieron cinturones. «El alma racional se avergonzó del movimiento bestial en los miembros de su carne, y le infundió pudor, no solo porque sentía eso allí donde nunca antes había sentido algo así; sino también porque aquel movimiento vergonzoso venía de la transgresión del precepto. Allí sintió con qué gracia estaba antes vestida, cuando en su desnudez no sufría nada indecente. Finalmente, en esa perturbación acudieron a las hojas de higuera, que tal vez encontraron primero perturbados: cosieron cinturones, es decir, ceñidores; y porque dejaron lo que era para gloriarse, cubrieron lo que era para avergonzarse. No creo que pensarán en algo en esas hojas que tal cosa congruente cubriera ya los miembros prurientes, sino que por un instinto oculto fueron impulsados a ello por aquella perturbación, para que también se hiciera con la significación de tal pena suya, que convenciera al pecador hecho y enseñara al lector escrito.» El misterio de este árbol bajo el cual el Señor vio aún a Natanael, San Ambrosio lo expuso brevemente, pero claramente, diciendo: «Bienaventurados los que atan sus caballos bajo la vid y el olivo, consagrando el curso de sus trabajos a la faz de la alegría. Aún me cubre la higuera, es decir, la pruriginosa atracción de las delicias del mundo, humilde en altura, frágil en trabajo, blanda en uso, estéril en fruto.» Y en otro lugar: «Lo que es más grave, dice, con esta interpretación se ceñó Adán en el lugar donde más bien debería haberse ceñido con el fruto de la castidad, pues en los lomos con los que nos ceñimos se dice que hay ciertas semillas de generación, y por eso Adán mal ceñido allí con hojas inútiles, donde no el fruto de la futura generación, sino ciertos pecados señalaría.»

Y cuando oyó la voz del Señor Dios que paseaba en el paraíso al fresco del día, se escondió Adán y su mujer. Después del mediodía, tales ya convenía que fueran visitados quienes habían caído de la luz de la verdad. Por eso, el Señor subió a la cruz al mediodía, y prometiendo al ladrón la morada del paraíso, después del mediodía, es decir, a la hora novena, entregó el espíritu; para que, en efecto, a la misma hora en que el primer hombre tocó el árbol de la transgresión, el segundo hombre subiera al árbol de la redención, y a la hora del día en que los transgresores fueron expulsados del paraíso, a esa hora introdujera al confesor en el paraíso.

Se escondió, dice, Adán y su mujer de la presencia del Señor Dios en medio del árbol del paraíso. «Cuando Dios aparta su rostro interiormente, no nos asombremos de que sucedan estas cosas que son semejantes a la demencia, por el excesivo pudor y temor, no cesando tampoco aquel instinto oculto, para que hicieran sin saberlo cosas que significaran algo, que alguna vez sabrían los descendientes para quienes estas cosas fueron escritas. Se esconden de la presencia de Dios quienes pecan, porque se hacen indignos de la vista de la piedad divina. Se esconden de la presencia de Dios, no para que el juez interno no vea su conciencia, sino para que ellos nunca contemplen la gloria de su rostro sino arrepintiéndose.»

Y llamó el Señor Dios a Adán, y le dijo: ¿Dónde estás? No preguntó ignorando, sino reprendiendo, para que atendiera dónde estaba en lo que Dios no estaba. Pues ya que había comido del árbol prohibido, estaba muerto por la muerte del alma, cuando se dice que la vida lo había abandonado. «Y esto ciertamente pertenece a alguna significación, que así como el precepto fue dado al hombre para que llegara a la mujer; así el hombre es interrogado primero. Pues el precepto del Señor llegó al hombre hasta la mujer: pero el pecado del diablo llegó a través de la mujer hasta el hombre. Estas cosas están llenas de significaciones místicas, no por los que fueron hechos, sino por la potentísima sabiduría de Dios que lo hizo, pero no referimos ahora lo significado, sino defendemos lo hecho.»

Quien dijo: Oí tu voz en el paraíso, y tuve miedo porque estaba desnudo, y me escondí. Es bastante probable que Dios soliera aparecer a aquellos primeros hombres en forma humana a

través de una criatura adecuada a tal acción, a quienes, sin embargo, nunca permitió advertir su desnudez, elevando su intención a las cosas superiores, a menos que después del pecado sintieran el movimiento vergonzoso en los miembros por la ley penal de los miembros. Así, pues, fueron afectados, como suelen serlo los hombres bajo la mirada de otros: y tal afecto era de la pena del pecado, queriendo ocultarse de aquel a quien nada puede ocultarse. Pues lo que ya les avergonzaba ante sí mismos, por lo que se habían hecho ceñidores, mucho más temían ser vistos por él incluso así ceñidos, quien como con un temperamento familiar traía a ellos ojos humanos a través de una criatura visible.

«El Señor, pues, queriendo ya castigar a los pecadores más allá de aquella pena, de la cual ya se veían obligados a avergonzarse, preguntados según la justicia, ¿Quién te ha dicho que estabas desnudo, sino que del árbol del cual te mandé que no comieras, comiste? Pues de allí la muerte concebida por la sentencia de Dios, que así había amenazado, hizo advertir concupiscentemente los miembros: donde se dice que se abrieron los ojos, y siguió lo que avergonzaba.»

Y dijo Adán: La mujer que me diste por compañera, me dio del árbol y comí. «¿Acaso dijo la soberbia, pequé? Tiene la deformidad de la confusión, y no tiene la humildad de la confesión. Estas cosas fueron escritas porque también estas preguntas ciertamente fueron hechas para que se escribieran útilmente, para que advirtamos cómo los hombres hoy sufren de soberbia, intentando no referir a su Creador si han hecho algo malo, mientras quieren que se les atribuya si han hecho algo bueno. La mujer, dice, que me diste por compañera, me dio del árbol y comí, como si hubiera sido dada para que no ella obedeciera al hombre, y ambos a Dios.

«Y dijo el Señor Dios a la mujer: ¿Por qué lo has hecho? Y ella respondió: La serpiente me engañó, y comí. Tampoco ella confiesa su pecado, sino que lo atribuye a otro, de sexo diferente, pero con igual soberbia, diciendo: La serpiente me engañó y comí; como si la persuasión de alguien debiera anteponerse al mandato de Dios.» Y también ella atribuye la causa de su culpa al Creador, quien creó la serpiente en el paraíso por la cual fue engañada. Y dijo el Señor Dios a la serpiente: Porque has hecho esto, maldita serás entre todos los animales y bestias de la tierra. «Porque no se preguntó a la serpiente por qué lo hizo, puede parecer que no lo hizo por su propia naturaleza y voluntad, sino que el diablo actuó a través de ella, quien ya estaba destinado al fuego por su pecado de impiedad y soberbia. Por lo tanto, lo que se dice a la serpiente se refiere sin duda a quien actuó a través de ella, y está figurado. Pues en estas palabras se describe cómo sería el tentador para el género humano.»

Sobre tu pecho te arrastrarás, y comerás polvo todos los días de tu vida. La serpiente se arrastra sobre su pecho, porque todos los pasos del diablo son malicia y engaños: pues en el pecho indica la astucia y las artimañas de sus pensamientos, con los cuales se desliza hacia aquellos a quienes quiere engañar, para lo cual la antigua traducción dice: Te arrastrarás con el pecho y el vientre. Se arrastra con el pecho cuando sugiere pensamientos terrenales a los hombres, a quienes desea hacer sus miembros. Se arrastra también con el vientre cuando, vencidos por la glotonería, los excita al ardor de la lujuria. Pues todo lo que se arrastra, arrastra su cuerpo por la tierra. El cuerpo del diablo son todos los réprobos; y él se arrastra con su pecho y vientre cuando los deprime a lo más bajo a través de pensamientos inicuos o seducciones de banquetes y lujuria. Devora la tierra cuando se alimenta y deleita con el error de los pecadores, llevándolos a la perdición. Pues así como los santos a menudo son indicados por el nombre de los cielos, así los que piensan en lo terrenal son indicados por el nombre de la tierra, como se dice a Adán en lo siguiente: Eres tierra, y a la tierra volverás, lo

que nuestra traducción tiene: Porque eres polvo y al polvo volverás. En señal de esta devoración espiritual, incluso la serpiente irracional, que el diablo usó como su instrumento para engañar al hombre, ahora se le ordena comer tierra material, a la cual antes, junto con los demás animales de la tierra, se le había concedido alimentarse de hierbas y frutos de los árboles.

Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia. La descendencia de la mujer es todo el género humano, la descendencia del diablo son los ángeles transgresores, que son ejemplo de su soberbia y rebelión. Su descendencia es la sugestión perversa: la descendencia de la mujer es el fruto de la buena obra, con la cual se resiste a la sugestión perversa. Cuánta enemistad soporta el género humano de este serpiente y su descendencia mencionada, cuánta enemistad ejercen todos los elegidos viviendo rectamente contra él, es más claro que el sol para todos los fieles. La señal de esta enemistad también aparece en la naturaleza de la serpiente irracional, que siempre es enemiga de todos los animales y bestias de la tierra por el veneno general que lleva en sí: lo cual se debe creer que le fue implantado desde el tiempo de esta maldición, y no antes.

Ella aplastará tu cabeza, y tú acecharás su talón. La mujer aplasta la cabeza de la serpiente cuando la Santa Iglesia rechaza las insidias del diablo y sus sugestionen venenosas, descubiertas desde el principio, y las reduce a nada como si las pisoteara. Aplasta la cabeza de la serpiente cuando resiste con frecuencia la soberbia, por la cual Eva fue engañada, humillándola bajo la poderosa mano de Dios: pues el principio de todo pecado es la soberbia. Y la serpiente acecha el talón de la mujer, porque el diablo, rondando la Iglesia como un león rugiente, busca a quien devorar, cómo derribar los pasos de nuestra buena acción. Acecha el talón cuando intenta arrebatarlos al final de la vida presente. Pues el talón, que es el fin del cuerpo, no sin razón designa el fin de nuestra vida, lo cual también la condición misma de la serpiente figuradamente denuncia, que suele ser aplastada por todos los que pueden, y ella misma no cesa de acechar los pasos de los hombres para herirlos.

A la mujer también le dijo: Multiplicaré tus sufrimientos y tus concepciones. Con dolor darás a luz a tus hijos. «Estas palabras de Dios a la mujer también se entienden figurada y proféticamente de manera mucho más conveniente. Sin embargo, como la mujer aún no había dado a luz, y el dolor y el gemido de la parturienta son del cuerpo de la muerte, que fue concebido por la transgresión del mandato, esta pena se refiere también a la propiedad de la letra: pues en lo que sigue: Y estarás bajo el poder del hombre, y él te dominará, ya que no es decoroso creer que la mujer fue hecha de otra manera antes del pecado, sino para que el hombre la dominara, y ella viviera bajo su poder, se puede entender correctamente que esta servidumbre significa una condición más que amor, de modo que incluso esa servidumbre, por la cual los hombres comenzaron a ser siervos de otros hombres después, se encuentra que surgió como una pena del pecado. El Apóstol dijo: Servíos unos a otros por amor (Gál. V, 13); pero de ninguna manera diría: Dominaos unos a otros. Por lo tanto, los cónyuges pueden servirse mutuamente por amor; pero el Apóstol no permite que la mujer domine al hombre. Esta sentencia se atribuyó más bien al hombre, y el marido mereció tener dominio sobre la mujer, no por naturaleza, sino por culpa: lo cual, sin embargo, si no se observa, se depravará más y aumentará la culpa.» Sin embargo, estas palabras se aplican figuradamente a la Iglesia, la esposa de Cristo, cuyas aflicciones se multiplican en esta vida después de la culpa de la primera transgresión, para que, castigada, llegue a la vida eterna; y se multiplican sus concepciones cuando se esfuerza por engendrar una descendencia espiritual para Dios predicando y viviendo rectamente; de donde se dice a su descendencia por el ilustre predicador: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros (Gál. IV, 19). Da a luz a sus hijos con dolor cuando, preocupada, teme que,

como la serpiente sedujo a Eva con su astucia, así se corrompan sus sentidos y caigan de la simplicidad que está en Cristo. Actúa bajo el poder del hombre, porque sirve al Señor con temor y se regocija en Él no con seguridad, sino con temblor: a quien, si nunca hubiera pecado, estaría unida solo con el abrazo seguro del amor. Y él la dominará, reprimiendo sus movimientos carnales, y llevándola continuamente al ejercicio de la instrucción celestial para la percepción de la vida celestial, de la cual, si nunca se hubiera apartado, reinaría siempre con él en libertad compartida.

A Adán le dijo: Porque escuchaste la voz de tu esposa, y comiste del árbol del cual te había ordenado que no comieras, maldita será la tierra por tu causa. Con trabajo comerás de ella todos los días de tu vida, espinas y cardos te producirá, y comerás las hierbas del campo, etc. «¿Quién ignora que estos son los trabajos en la tierra del género humano, y que no existirían si se hubiera mantenido la felicidad que había en el paraíso? Pues por el pecado del hombre la tierra fue maldita para que produjera espinas, no para que ella misma sintiera el castigo, ya que carece de sentido, sino para que el crimen del pecado humano siempre estuviera ante los ojos de los hombres, para que fueran advertidos de apartarse de los pecados y convertirse a los mandamientos de Dios. Pues también las hierbas venenosas fueron creadas para el castigo o el ejercicio de los mortales. Y esto debe notarse por el pecado, porque nos hicimos mortales después del pecado. También a través de los árboles infructuosos se reprende a los hombres, para que entiendan cuán vergonzoso es estar sin fruto de buenas obras en el campo de Dios, es decir, en la Iglesia, y para que teman que Dios los abandone, porque ellos mismos abandonan los árboles infructuosos en sus campos, sin aplicarles ningún cultivo. Antes del pecado del hombre no está escrito que la tierra produjera sino hierba de pasto y árboles fructíferos; pero después del pecado vemos que nacen muchas cosas horribles e infructuosas, por la causa que hemos mencionado. Místicamente, sin embargo, la tierra que se dice maldita en la obra de la transgresión de Adán, no se entiende mejor que como la carne. Pues ya nos produce espinas y cardos, porque propagados por la concupiscencia de la carne, sufrimos las punzadas y los incentivos de los vicios de la misma carne.

Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra de la cual fuiste tomado, porque polvo eres y al polvo volverás. Entiende aquí ese pan que dice: Yo soy el pan de vida, que descendí del cielo (Juan IV, 51); del cual comemos con el sudor de nuestro rostro, porque ascendemos a la vista de la divina altura no sino a través del trabajo de la necesaria aflicción.

Y Adán llamó el nombre de su esposa Eva, porque ella era la madre de todos los vivientes. Y este nombre Adán lo puso a su esposa por inspiración divina, lo cual se adapta perfectamente a la Santa Iglesia, en cuya única unidad, que se llama católica, se abre la puerta de la vida para todos.

Y el Señor Dios hizo a Adán y a su esposa túnicas de pieles, y los vistió. Y esto se hizo por el significado, pero sin embargo se hizo. Pues con este tipo de vestimenta el Señor insinuó que ya eran mortales; las pieles, que no se quitan sino de animales muertos, contienen la figura de la muerte. Así, cuando el hombre, contra el mandato, no por imitación legítima, sino por soberbia ilícita, deseó ser Dios, fue arrojado hasta la mortalidad de las bestias. Y ciertamente ellos mismos se habían hecho taparrabos de hojas de higuera para cubrir sus vergüenzas: pero Dios les hace túnicas de pieles para vestir todo su cuerpo: porque ellos, habiendo perdido por la transgresión la gloria de la inocencia, se pusieron un velo de excusa para transferir su culpa al Creador: y el mismo Creador los castigó con la pena de la mortalidad en el alma y en la carne, quitándoles el estado de vida inmutable, por la sentencia de justo juicio. Sin embargo, la parábola evangélica narra que el padre piadoso, al hijo pródigo que vuelve a él por penitencia, entre otros dones, también ordenó que se le trajera la primera estola y se le

vistiera, insinuando místicamente que los elegidos recibirán en Cristo el hábito de la inmortalidad, que perdieron en Adán al principio del mundo, al final del mundo, y de hecho con mayor gracia. Pues Adán fue hecho inmortal de tal manera que podría no morir si guardaba el mandato: pero los hijos de la resurrección serán inmortales de tal manera que no podrán morir nunca, ni ser afectados por el miedo a la muerte. Sobre la recepción de esta estola dice el Apóstol: Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptión, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 53): donde vestir significa, sin duda, la desnudez quitada, que Adán y Eva, después del pecado, reconocieron y se avergonzaron.

Y dijo: He aquí que Adán ha llegado a ser como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal. Sobre esto, San Agustín dice: «Porque, dice, sea como sea y de cualquier manera que se haya dicho, sin embargo, lo dijo Dios, no debe entenderse de otra manera lo que dice uno de nosotros, sino que el número plural se toma por la Trinidad, como se había dicho Hagamos al hombre, como también el Señor sobre sí mismo y el Padre: Vendremos a él, y haremos morada con él (Juan XIV). Por lo tanto, se repitió en la cabeza del soberbio con qué resultado deseó lo que le sugirió la serpiente Seréis como dioses. He aquí, dice, Adán ha llegado a ser como uno de nosotros. Pues estas son palabras de Dios, no tanto insultando a él, sino disuadiendo a los demás para que no se enorgullecen así; para quienes estas cosas fueron escritas: Ha llegado a ser, dice, como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal. ¿Qué otra cosa se debe entender sino que se ha propuesto un ejemplo para infundir temor? porque no solo no llegó a ser como quería, sino que ni siquiera conservó lo que había sido. Sobre esto en otro lugar: No son palabras de Dios confesando, dice, sino más bien reprochando.» He aquí que Adán ha llegado a ser como uno de nosotros, como el Apóstol donde dice: Concededme esta injuria (II Cor. XII, 13), sin duda quiere que se entienda al contrario.

«Ahora, pues, no sea que extienda su mano y tome también del árbol de la vida y coma y viva para siempre, el Señor lo expulsó del paraíso de la delicia, para que trabajara la tierra de la cual fue tomado. Las palabras anteriores son de Dios, pero este hecho siguió a esas palabras. Pues, alienado de la vida no solo que habría recibido con los ángeles si hubiera guardado el mandato, sino también de aquella que llevaba en el paraíso, en un estado feliz del cuerpo, debía ser separado del árbol de la vida, ya sea porque de él subsistía ese estado feliz del cuerpo por una virtud invisible de una cosa visible, o porque en él había un sacramento visible de la sabiduría invisible. Sin duda debía ser alienado de allí, ya sea que estuviera a punto de morir, o incluso como excomulgado, como también en este paraíso, es decir, en la Iglesia, los hombres suelen ser removidos de los sacramentos visibles del altar por la disciplina eclesiástica.»

Y expulsó a Adán, y colocó ante el paraíso de la delicia a querubines y una espada flamígera y giratoria para guardar el camino del árbol de la vida. Este lugar la antigua traducción lo tiene así: Y expulsó a Adán, y lo colocó frente al paraíso de la delicia, y ordenó querubines y una espada flamígera, etc. «Si seguimos esto, debemos creer que esto se hizo por el significado, pero sin embargo se hizo, para que habitara el pecador frente al paraíso, donde también se significaba espiritualmente la vida bienaventurada, en miseria. Pero lo que se dice que Dios colocó querubines y una espada flamígera ante el paraíso de la delicia, esto debe creerse que se hizo en el paraíso visible por poderes celestiales, para que hubiera allí una cierta custodia ígnea por ministerio angélico, no se hizo en vano, sino porque sin duda significa algo también del paraíso espiritual:» que también esta custodia se afirma bien que es giratoria porque vendría un tiempo en que también podría ser removida. Pues fue removida, cuando Enoch fue trasladado: fue removida, cuando Elías fue arrebatado en un carro de fuego; fue removida para todos los elegidos, cuando, bautizado el Señor, se le abrieron los cielos; fue removida para cada uno de los elegidos, cuando son lavados en la fuente del

bautismo; fue removida más perfectamente para ellos, cuando, liberados de las cadenas, ascienden cada uno a su tiempo a la gloria del paraíso celestial. También porque querubines significa multitud de conocimiento, o conocimiento multiplicado, se dice bien que querubines y una espada flamígera fueron colocados para guardar el camino del árbol de la vida: porque ciertamente a través de la disciplina de la ciencia celestial y a través del trabajo de las aflicciones temporales se abre el regreso a la patria celestial, de la cual nos alejamos por la necesidad de la transgresión y por el apetito de los placeres carnales. Y bien no dice simplemente llama, sino que dice espada flamígera colocada ante el paraíso, para insinuar que debemos herir en nosotros las seducciones de la concupiscencia temporal con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, si deseamos penetrar al árbol de la vida, que es Cristo el Señor. Y bien se refiere que esta espada es giratoria, para indicar místicamente que no siempre necesitamos esta espada, sino que, como está escrito, hay tiempo de guerra, tiempo de paz: de guerra, es decir, cuando en el estadio de esta vida luchamos contra las potestades aéreas, o incluso contra los vicios de nuestra mente o cuerpo; de paz, cuando, con la victoria perfecta, somos coronados y nos saciamos perpetuamente sin hastío del fruto del árbol de la vida. Sin embargo, el adversario de la ley y los profetas pregunta, diciendo, ¿a quién le servía el árbol que en el paraíso llevaba el fruto de la vida? A lo cual responde San Agustín: ¿A quién, dice, sino primero a aquellos primeros hombres que fueron colocados en el paraíso? Luego, una vez que estos fueron expulsados del paraíso por el mérito de su iniquidad, permaneció para la memoria de significar el árbol espiritual de la vida, que es la sabiduría de los bienaventurados, alimento inmortal de las almas. Sin embargo, si alguien se alimenta ahora de ese alimento, a menos que sea Enoch y Elías, no creo que deba afirmarse temerariamente. Sin embargo, del árbol de la vida, que está en el paraíso espiritual, si no se alimentaran las almas de los bienaventurados, no leeríamos que por el don de la piedad y la confesión fidelísima del alma del ladrón creyente en Cristo se le concedió el paraíso ese mismo día. Amén, dice, te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). Estar allí con Cristo, esto es estar con el árbol de la vida, pues Él mismo es la Sabiduría, de la cual está escrito: Es árbol de vida para los que la abrazan (Prov. III, 18). Amén.

LIBRO SEGUNDO

Adán conoció a Eva su esposa, y ella concibió y dio a luz a Caín, diciendo: He adquirido un hombre por Dios. Aquí ya, después de las delicias del paraíso y la culpa de la primera transgresión, se narran los hechos de este siglo y de la vida mortal, cuando los primeros padres, que habían sido creados inmortales, después de recibir la condición de morir, comienzan a engendrar de sí mismos una descendencia mortal, concebida en iniquidad y nacida en delitos desde el vientre materno. Caín se interpreta como posesión, cuya causa del nombre explicó la misma madre cuando dijo: He adquirido un hombre por Dios. Y con esta declaración, nuestra madre ya nos enseña con discreción católica que así como engendró un hijo sujeto al pecado de su transgresión, sin embargo, lo que el hombre nació, es decir, lo que consiste en alma y cuerpo, lo poseyó por el efecto de la creación divina y el don de la primera bendición.

Rursumque peperit fratrem ejus Abel. Abel interpretatur luto o miserable: con este nombre se presagiaba desde la primera edad la condición lamentable de su muerte prematura. Pues aunque preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos, habiendo probado el cáliz de la pasión salvífica, sin embargo, en cuanto a la perspectiva humana se refiere, es bastante lúgubre, habernos alejado tanto de la inocencia de la primera condición, que ni siquiera aquellos que fueron los primeros hermanos nacidos en la tierra pudieron tener paz y concordia entre ellos, sino que uno mató al otro por envidia, siendo aún los únicos con sus

padres que existían como señores de todo el orbe; presagiando ya entonces claramente que los santos en esta vida sufrirían presiones y muertes a manos de los réprobos: en los cuales también se debe notar que Caín fue el primero en nacer en esta vida, pero Abel fue el primero en ser arrebatado de esta vida, porque ciertamente esta vida es propiamente la vida de los malos, de la cual son precipitados a la muerte eterna; pero la vida de los elegidos es propiamente la vida futura, a la cual para llegar más felizmente, son mortificados en esta vida diariamente, y son considerados como ovejas de matadero. Sucedió después de muchos días, que Caín ofreció al Señor dones de los frutos de la tierra: Abel también ofreció de los primogénitos de su rebaño y de sus grasas. Se muestra claramente que ambos hermanos tenían fe en Dios, ambos, ya sea naturalmente advertidos o instruidos por sus padres, sabían que debían ofrecer dones a Dios, y que la culpa de la transgresión paterna debía ser lavada con sacrificios ofrecidos a Él: pero como no ofrecieron con igual mente, no fueron igualmente aceptadas las ofrendas de ambos. No creo que Caín pecara en esto, que ejerciera el oficio de agricultor, o que ofreciera dones a Dios de los frutos de la tierra, sino que con menos perfecta piedad trabajó en el cuidado de la carne, y con menos perfecta devoción se acercó a ofrecer dones a Dios. Finalmente, también Noé, hombre agricultor, trabajaba la tierra, y plantó una viña: y Melquisedec, sacerdote del Dios altísimo, ofrecía de los frutos de la tierra pan y vino. No fue, por tanto, Caín rechazado por la vileza del tipo de ofrenda. Ofrecía a Dios de aquello de lo que él mismo solía vivir; pero por la mente impía del oferente, él junto con sus dones fue rechazado por Aquel que escudriña los corazones, según lo que las palabras siguientes manifiestan cuando se dice:

Y miró el Señor a Abel y a sus ofrendas, pero a Caín y a sus ofrendas no miró. No dice: Y miró el Señor a las ofrendas de Abel y a él; pero a las ofrendas de Caín y a él no miró: sino que primero testifica que la persona del oferente fue aceptada o no aceptada por Dios, y luego que las ofrendas fueron miradas o no miradas. Los hombres a menudo son aplacados por los dones de aquellos con quienes estaban ofendidos; pero Dios, que es el discernidor de los pensamientos e intenciones del corazón, no es aplacado por ningún don más que por la devoción piadosa del oferente: Quien, cuando haya probado la pureza de nuestra mente, también aceptará consecuentemente los votos de nuestras oraciones o de nuestras obras.

Y Caín se enojó mucho, y su semblante decayó. ¿Cómo supo Caín que el Señor había mirado a Abel y a sus ofrendas, pero había apartado su rostro de él y de sus ofrendas, sino porque, como algunos han interpretado, el Señor encendió fuego sobre Abel y su sacrificio, pero sobre Caín y su sacrificio no encendió, es decir, enviando fuego del cielo aceptó la ofrenda de Abel, lo cual leemos que ha sucedido muy a menudo a los hombres santos que ofrecían. Caín, por su parte, debía consumir su sacrificio con fuego. Pues esto también parece significar el Apóstol, cuando dice: Por la fe ofreció Abel a Dios un sacrificio más excelente que Caín, por el cual obtuvo testimonio de que era justo, dando testimonio Dios de sus ofrendas (Hebr. XI, 4). Dios, por tanto, dio testimonio a las ofrendas de Abel por el fuego, aceptándolas desde el cielo, por lo cual también el testimonio del Apóstol nos enseña que la ofrenda de Abel fue hecha aceptable a Dios por la devoción de su fe, y debemos entender por el contrario que Caín fue rechazado porque no sirvió a su Creador con fe íntegra.

Y el Señor le dijo: ¿Por qué te has enojado, y por qué ha decaído tu semblante? ¿No es cierto que si obras bien, serás aceptado; pero si obras mal, el pecado está a la puerta? ¿Por qué, dice, te enojas, y te consumes de envidia contra tu hermano, y bajas tu rostro a la tierra? ¿No es cierto que si obras bien, si ofreces sacrificio con mente pura, serás aceptado, con el Señor mirando a ti y a tu sacrificio: pero si obras mal, el pecado estará a la puerta, y con tal portero entrando y saliendo siempre te acompañará, en lugar de que el Señor guarde tu entrada y tu salida, y como se dice de la sabiduría: Quien madruga por ella no trabajará. La encontrará

sentada a sus puertas (Sap. VI, 15). Y de nuevo: Porque ella misma busca a los dignos, y se muestra a ellos en los caminos, y en toda providencia se les adelanta (Ibid., 17).

Pero su deseo estará bajo ti, y tú lo dominarás. Según el idioma de la lengua hebrea, puso el modo indicativo por el imperativo, como tienes innumerables: Amarás al Señor tu Dios, amarás a tu prójimo, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio (Deut. VI, 5), en lugar de decir: Ama, y no mates, no cometas adulterio, no robes, no des falso testimonio. Por tanto, dice, su deseo estará bajo ti, y tú lo dominarás; tú, porque eres de libre albedrío, te aconsejo que combatas y reprimas el deseo del pecado, y que no crezca más sobre ti, sino que tú más bien lo domines viviendo más correctamente. Este lugar la antigua traducción lo tiene así: ¿No es cierto que si ofreces bien, pero no divides bien, has pecado? Descansa, porque hacia ti será su conversión, y tú lo dominarás. Se ofrece bien a Dios, a quien solo se debe sacrificar. Pero no se divide bien, cuando no se disciplinan bien ni los lugares, ni los tiempos de las ofrendas, ni las cosas mismas que se ofrecen, ni quien ofrece, ni aquellos a quienes se distribuye para comer lo que se ha ofrecido, para que entendamos aquí por división la discreción. En cuál de estas cosas desagradó Caín al Señor, no se puede encontrar fácilmente. Pero como el apóstol Juan, cuando hablaba de estos hermanos, dijo: No como Caín, que era del maligno, y mató a su hermano. ¿Y por qué causa lo mató? Porque sus obras eran malas, pero las de su hermano justas (Juan III, 13); se da a entender que por eso Dios no miró su ofrenda, porque él mismo la dividía mal, dando a Dios algo suyo, pero a sí mismo, lo que hacen todos los que no siguen la voluntad de Dios, sino la suya propia, es decir, viviendo no con corazón recto, sino perverso; sin embargo, ofrecen a Dios un don, con el que piensan que lo redimen, para que no les ayude a sanar sus malas pasiones, sino a satisfacerlas. Descansa, dice, porque hacia ti será su conversión, y tú lo dominarás. Deja de consumirte con el pecado de la envidia contra tu hermano, porque hacia ti será la conversión de ese mismo pecado tuyo, y tu iniquidad redundará sobre tu cabeza, y tú lo dominarás, teniendo en tu poder, por la gracia de la ayuda divina, repeler la maldad concebida en tu corazón. Estas cosas habló Dios a Caín, de la manera en que hablaba con los primeros hombres a través de la criatura sujeta como si fuera su compañero en forma adecuada. Pero como él no fue advertido internamente, sino externamente, no obstante, llevó a cabo el crimen deliberado de matar a su hermano incluso después de la palabra de advertencia o corrección divina; pues sigue diciendo.

Y Caín dijo a Abel su hermano: Salgamos al campo: y cuando estaban en el campo, Caín se levantó contra Abel su hermano, y lo mató. Y aquí se demuestra tanto la perfidia de Caín como la inocencia de Abel: la inocencia de Abel, en que siguió a su hermano mayor, pero encendido de odio hostil hacia él, simplemente donde se le ordenaba como hermano; la perfidia de Caín, en que lleva a su hermano fuera para matarlo, como si en un lugar más secreto pudiera evitar la presencia divina: no recordando, ni entendiendo que quien conocía los secretos de su corazón que lo reprendía, también podía ver a dónde se retiraba y qué hacía en secreto.

Y el Señor dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? No le pregunta como ignorante para aprender de él, sino como juez al reo para castigarlo.

Quien respondió: No sé. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano? Respuesta tanto estúpida como soberbia; estúpida, al pensar que podía engañar a aquel que conocía su conciencia pecadora y antes del crimen cometido de fratricidio lo reprendía como conocedor de lo oculto; soberbia, al negar ser el guardián de su hermano como un siervo obstinado, quien por manifestación, si algún peligro amenazara, debía tener cuidado de su hermano menor, y protegerlo de los adversos que se avecinaban como mayor.

Y le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Gran voz tiene la sangre, no solo de Abel, sino de todos los asesinados por el Señor: porque la voz de su sangre es la misma constancia de la fe, el mismo fervor de la caridad, por el cual merecieron sufrir por el Señor. Clama a Dios desde la tierra: porque aunque hayan sido asesinados por los impíos en los rincones ocultos de la tierra como Abel, sin embargo, la misma causa de su muerte es preciosa y clara ante el juez interno, justamente exigiendo que aquellos que fueron injustamente asesinados en su simplicidad sean coronados; y aquellos que los persiguieron injustamente y los mataron, sean condenados. Por tanto, la sangre de los asesinados clama a Dios, cuya vida antes de la muerte se prueba que clamó a Él, quienes solían decir: Clamé con todo mi corazón, escúchame, Señor, buscaré tus justificaciones (Sal. CXVIII, 145). Porque clama a Dios con el corazón quien pide grandes cosas, quien ruega por las celestiales, quien espera las eternas, quien no busca de Él la gloria de este siglo, sino la custodia de sus justificaciones. Este clamor, de dónde nace en los corazones de los justos, lo enseña el Apóstol diciendo: Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones clamando Abba Padre (Gal. IV, 6); porque dice que el Espíritu clama en nuestros corazones al Padre, porque ciertamente Él mismo, cuando ha llenado estas cosas para clamar, las enciende. Este clamor de devoción piadosa también lo tienen las almas de los mártires después de la muerte, lo manifiesta Juan cuando dice: Vi bajo el altar las almas de los asesinados por la palabra de Dios y por el testimonio que tenían, y clamaban con gran voz diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que habitan en la tierra? (Apoc. VI, 9). Porque estas almas de los santos claman no por odio a los enemigos, sino por amor a la justicia, que siempre aprendieron a tener hambre y sed, y también por el deseo de recibir su carne, para que la que entregaron a la muerte por el Señor, merezcan estar ante Él en esta inmortal e incorruptible. Grande es la voz de su clamor, grande es el deseo de justicia. Y clamando a Dios la sangre de los santos, es decir, pidiendo la justa venganza de su injusta muerte, lo que se hace con sus perseguidores se muestra subsecuentemente, diciendo el Señor a Caín:

Ahora, pues, maldito serás sobre la tierra que abrió su boca y recibió la sangre de tu hermano de tu mano: cuando la trabajes, no te dará sus frutos: serás vagabundo y errante sobre la tierra. Según la medida de los pecadores, el juez justo también pone la medida de la venganza: pues Adán, comiendo lo prohibido, no es maldecido él mismo, sino que la tierra es más bien sujeta a maldición en su obra; no tanto que niegue sus frutos al que trabaja, sino que al que trabaja y suda le produzca frutos; y para que el mismo trabajo pueda alguna vez terminar, y entrar en el descanso eterno. También se le condena a la muerte de la carne: lo cual se hizo por gracia de beneficio, para que no trabajara y sufriera siempre así, solo aquellos que no saben cuán penosa es la vida de este siglo presente, dudan. Pero Caín, sabiendo la transgresión y condenación de sus padres, añadió a la misma culpa de transgresión, que había heredado de la descendencia, la más grave culpa de perfidia, envidia, homicidio y mentira; por lo cual con razón es castigado con una pena más severa: primero, para que él mismo sea maldito sobre la tierra, que había contaminado con la sangre de su hermano, hasta entonces pura; luego, para que en el cultivo de la tierra sudara en vano, sin que ninguna abundancia de frutos respondiera a sus trabajos; tercero, para que en la misma tierra fuera siempre vagabundo y errante, ni se atreviera a tener en ningún lugar sedes tranquilas, o, como otra traducción tiene, viviera temblando y gimiendo sobre la tierra. Pero él, al oír la pena de su gran maldición, no quiso pedir perdón, sino que, acumulando pecados sobre pecados, pensó que era un crimen tan grande que no podía ser perdonado por Dios. Finalmente respondió al Señor:

Mi iniquidad es mayor que para merecer perdón. He aquí que hoy me echas de tu presencia, y de la faz de la tierra seré escondido, y seré vagabundo y errante en la tierra. Me echas, dice, de tu presencia, y no soportando la luz misma por la conciencia del crimen, seré escondido para que me oculte. O ciertamente me echas de la faz de la tierra, para que no se me permita permanecer seguro y libre en ninguna región de la tierra, ni entre ningún habitante de este orbe, y de tu presencia seré escondido, para que no merezca verla más, que hasta hoy viviendo más felizmente al verla a menudo, y al escuchar tu voz.

Por tanto, cualquiera que me encuentre, me matará. Pues por el temblor del cuerpo y la furia del que tiembla, o por la inestabilidad del vagabundo y errante, entiende que es quien merece ser muerto. Pero Dios, no queriendo que termine sus tormentos con la muerte, ni entregándolo a la pena que él mismo se había condenado:

De ninguna manera, dice, así será, sino que cualquiera que mate a Caín será castigado siete veces. No morirás como piensas, y tomarás la muerte como remedio, sino que vivirás mucho tiempo como ejemplo para los demás, para que no se atrevan a pecar así; y tanto está lejos de que quiera que seas matado por cualquiera, que si alguien te mata, será castigado siete veces, es decir, con una venganza muy grave, quien no quiso abstenerse de derramar sangre, no habiendo sido advertido por la amargura de tu condenación. Pues no debía el hombre matar al hombre a quien Dios había dado vida al pecador, ya sea para aumentar su pena, o para ejemplo de cautela y corrección de los demás. Porque a menudo la Escritura usa el número siete para significar la plenitud de la cosa de la que habla, como en Levítico: Si andáis en mi contra, y no queréis escucharme, añadiré siete veces más plagas sobre vosotros (Lev. XXVI, 21). Y poco después: Y os golpearé siete veces por vuestros pecados (Ibid., 24), por lo que es multiplicadamente. Y en buena parte el salmista: Siete veces al día te alabo (Sal. CXVIII, 164), que es decir con otras palabras: Su alabanza estará siempre en mi boca (Sal. XXXIII, 2). Pero lo que los antiguos intérpretes dijeron: Cualquiera que mate a Caín pagará siete venganzas, tiene este sentido. Vivirás hasta la séptima generación, y serás atormentado por el fuego de tu conciencia: de modo que cualquiera que te mate, según la doble interpretación, o en la séptima generación, o te libere de gran tormento: no porque el que mate a Caín esté sujeto a siete venganzas, sino porque pagará las siete venganzas que corrieron en Caín todo el tiempo, matándolo, quien había sido dejado con vida para el castigo. Pues el séptimo desde Adán fue Lamec, de quien se dice que mató a Caín: y este mismo Caín por la muerte lo absolvió de las siete venganzas que mereció pecando siete veces. Porque su primer pecado fue que ofreciendo a Dios no dividía bien; el segundo, que envidió a su hermano; el tercero, que actuó con engaño diciendo: Salgamos al campo; el cuarto, que lo mató; el quinto, que negó con descaro: No sé; el sexto, que se condenó a sí mismo: Mi iniquidad es mayor que para merecer perdón; el séptimo, que ni condenado hizo penitencia.

Y puso Dios una señal en Caín, para que no lo matara cualquiera que lo encontrara. La misma señal de que viviera siempre temblando y gimiendo, vagabundo y errante: advertido por su misma miseria, porque no podía ser matado por cualquiera; pero quien lo matara, o lo liberara de grandes miserias, o se sometiera a sí mismo a una venganza siete veces mayor.

Y salió Caín de la presencia del Señor, es decir, de los interiores de aquellas casas en las que hasta entonces habitando con sus padres, solía verlo a menudo en forma angelical.

Habitó en la tierra como fugitivo hacia el oriente de Edén. Edén se interpreta como placer o delicias, nombre con el que se designa el paraíso del que se dice anteriormente: "Plantó el Señor Dios un paraíso de delicias desde el principio", lo que los antiguos intérpretes

tradujeron así: "Y plantó el Señor Dios un paraíso en Edén hacia el oriente", de donde se entiende que el paraíso fue creado en la parte oriental del mundo. Por lo tanto, Caín habitó no en la parte oriental del paraíso, de lo contrario habitaría más allá de este mundo, sino en las partes orientales del mundo, cercanas al paraíso, aunque inaccesible y desconocido para los mortales. Todo lo que se dice literalmente sobre la justicia o el martirio de Abel, y sobre la depravación y condenación de Caín, da testimonio místico de la pasión del Señor o de su vida en la carne y de la persecución y perdición de los judíos. Pues no en vano el mismo Señor les dice a los judíos: "Si creyerais a Moisés, quizás también me creeríais a mí; porque él escribió de mí" (Juan 5, 46). Así, Caín era el primogénito, Abel el segundo. El pueblo judío era la posesión de Dios, como él mismo dice a Moisés: "Israel es mi hijo primogénito" (Éxodo 4, 22), el segundo es el pueblo de los gentiles, por cuya vida principalmente el Hijo de Dios se dignó nacer en la carne y morir. Abel fue pastor de ovejas, y el Señor dice: "Yo soy el buen pastor" (Juan 10, 14). Caín, en cambio, era agricultor, porque el pueblo judío se dedicaba a los asuntos terrenales y temporales, o buscaba solo estas cosas, o servía al Señor con la vista puesta en ellas, entendiendo carnalmente lo que los profetas decían mística y celestemente: "Si queréis y me escucháis, comeréis los bienes de la tierra" (Isaías 1, 19).

Caín ofrecía al Señor dones de los frutos de la tierra. Porque ese pueblo pensaba agradar al Señor mediante buenas obras que perseguía por la gracia de la retribución terrenal. O ciertamente ofreció dones de los frutos de la tierra, cuando ese mismo pueblo, creyendo justificarse por la circuncisión terrenal, el sábado terrenal, los ázimos terrenales, la Pascua terrenal, despreció recibir la justicia de la fe que está en Cristo.

Abel también ofreció de los primogénitos de su rebaño y de sus grasas. Porque el Señor, intercediendo ante el Padre por los santos, según la forma de la humanidad asumida, le ofrece sus votos, es decir, las buenas obras y la gordura del amor interno. Estos son los primogénitos de su rebaño y sus grasas. El Señor mira a Abel diciendo: "Este es mi Hijo amado en quien me complazco" (Mateo 17, 5). Y mira sus dones, porque la vida de los elegidos que le ofrece con gratitud, Dios Padre la acepta, y como si por fuego del cielo incendia su ofrenda, porque aquellos que se han cuidado de mortificarse por el Señor, él los inflama con la virtud de su espíritu, para que ardan más en lo celestial, o mejor dicho, se conviertan totalmente en celestiales. Pero a Caín y a sus dones no mira, porque reprochando las obras carnales de los judíos dice por el profeta: "¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? dice el Señor: Estoy harto de holocaustos de carneros y de la grasa de animales cebados, y no quiero la sangre de toros, ni de corderos, ni de machos cabríos" (Isaías 1, 11). Y poco después: "Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, purificaos", es decir, por la fe en la gracia de Cristo. Caín se enoja contra la piedad de su hermano, y aunque reprendido por el Señor, no se arrepiente de la furia concebida por envidia. Cuánto los judíos se enfurecieron contra el Señor y la gracia por el celo del Nuevo Testamento, cuántas veces, aunque corregidos o advertidos por él, persistieron en sus malvados propósitos, lo revela suficientemente la historia evangélica, a quienes se aplica adecuadamente lo que se dice de Caín, que su rostro se abatió: pues no podían contemplar con rostro descubierto la gloria del Señor. Habían perdido esa alegría de la gracia divina, de la que los justos, gloriándose, dicen: "La luz de tu rostro, Señor, ha sido impresa sobre nosotros; has puesto alegría en mi corazón" (Salmo 4, 7).

Caín sacó a su hermano al campo y lo mató. El pueblo judío sacó al Señor fuera de su ciudad Jerusalén y lo crucificó en el lugar del Calvario; en ambos lugares de la pasión se nos advierte típicamente que salgamos al Señor fuera del campamento, llevando su oprobio, es decir, dejando la compañía del mundo y la sociedad de los malvados, soportemos con amor las cosas despreciadas del siglo por amor a la patria celestial. Cuando el Señor preguntó a Caín dónde estaba Abel su hermano, respondió que no lo sabía, ni era su guardián. Hasta

ahora los judíos, cuando los fieles, es decir, los miembros de Cristo, les preguntan sobre Cristo, dicen que no lo saben. Pero ellos mismos serían de algún modo guardianes de Cristo, si quisieran recibir y guardar la fe cristiana. Porque quien guarda a Cristo en su corazón, no dice como Caín, que no conoce a su hermano, ni que es su guardián.

Dijo Dios a Caín: "¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra". Así reprende en las Escrituras santas la voz divina a los judíos. Porque la sangre de Cristo tiene una gran voz en la tierra, cuando al ser recibida por todas las naciones se responde "Amén". Esta es la clara voz de la sangre que la misma sangre expresa desde la boca de los fieles redimidos por esa misma sangre, de la que bien dice el Apóstol a los fieles: "Os habéis acercado al mediador del Nuevo Testamento, Jesús, y a la aspersion de la sangre que habla mejor que la de Abel" (Hebreos 12, 24). Porque la sangre de Cristo habla mejor que la de Abel, ya que aquella clamaba al Señor para condenación del fratricida, mientras que esta levanta su voz al cielo para la salvación de los hermanos fieles de Cristo.

Ahora, pues, maldito serás sobre la tierra, que abrió su boca y recibió la sangre de tu hermano de tu mano. La tierra se refiere a la Iglesia: pues ella, y no otra, abre su boca para gustar en el misterio la sangre de Cristo que fue derramada por manos del pueblo judío. Sobre esta tierra es maldito ese pueblo: porque cuanto más se adhiere al amor de su Creador, tanto más gravemente se entiende que es maldita la nación enemiga de él, aunque todavía se gloríe, en su soberbia, de ser especialmente bendecida.

Cuando la trabajes, no te dará sus frutos. Ese pueblo trabajó en esa tierra que es la cabeza de la Iglesia, Cristo, es decir, en su carne nuestra salvación, crucificándolo, quien murió por nuestras ofensas, y esa misma tierra no le dio sus frutos, porque no fue justificado por la fe en su resurrección, quien resucitó por nuestra justificación: por lo cual tampoco resucitado se apareció a aquellos por quienes fue crucificado, como Caín trabajando la tierra, para que esa semilla no fuera sembrada, no mostrando esa misma tierra el fruto de su virtud. Pero los judíos trabajaron esa tierra que es la Iglesia, con sus persecuciones haciendo que más progresara en Dios: a menudo incluso ensañándose hasta la muerte en muchos, pero ellos no merecieron ver el fruto de la fe y de la preciosa muerte de ellos. Pero lo que respondió Caín al Señor: "Mayor es mi iniquidad que para merecer perdón. He aquí que hoy me echas de la faz de la tierra, y de tu faz me esconderé, y seré errante y fugitivo en la tierra": se manifiesta del pueblo judío con claridad, porque mayor es la iniquidad con la que mató al Hijo de Dios, que para merecer perdón; y por eso cualquiera de ellos que recibe el perdón arrepentido, ciertamente es salvado por la gracia de la piedad divina más allá de su mérito. Se manifiesta que fue echado de la faz de la tierra, es decir, de la suerte de la santa Iglesia, y escondido de la faz de la contemplación divina; lo que él mismo extendía, cuando en la pasión veló el rostro de Cristo, lo que también los signos celestiales extendían, cuando al ser crucificado el sol ocultó los rayos de su luz, y perdido el reino, fugitivo y errante por el mundo dondequiera que fue dispersado, temiendo que incluso la vida temporal le fuera quitada, y como dice con Caín: "Cualquiera que me encuentre, me matará". Pero ¿qué le respondió Dios? "No será así, sino que cualquiera que mate a Caín pagará siete venganzas", es decir, no perecerá con muerte corporal la raza impía de los judíos carnales. Porque cualquiera que los destruya así, pagará siete venganzas, es decir, quitará de ellos las siete venganzas a las que están atados por el crimen de Cristo asesinado, para que en todo este tiempo, que se desarrolla en el número septenario de días, más porque no ha perecido la nación judía, se muestre suficientemente a los fieles cristianos qué sujeción merecieron, quienes con su reino soberbio mataron al Señor. Esta exposición de la sentencia la hemos puesto según la antigua traducción, porque de las obras de San Agustín, que seguía esta, hemos extraído muchas otras.

Y puso Dios una señal en Caín, para que no lo matara cualquiera que lo encontrara. La nación judía tiene, ya sea bajo reyes paganos o bajo cristianos, la señal de su ley, por la cual se distingue de las demás naciones y pueblos, y cualquier emperador o rey que los encuentra en su reino, los encuentra con esa señal, y no los mata, es decir, no hace que dejen de ser judíos, distinguidos por una señal cierta y propia de su observancia de la comunión de las demás naciones, a menos que cualquiera de ellos haya pasado a Cristo.

Y salió Caín de la presencia del Señor y habitó en la tierra como fugitivo hacia el oriente de Edén. En la presencia del Señor se suele entender su conocimiento, por el cual se manifiesta y se da a conocer. Por lo tanto, con razón se dice que el pueblo que se apartó de la gracia del conocimiento divino habita en la tierra. Pues no puede decir con los elegidos: "Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo" (Filipenses 3, 20). Los Setenta Intérpretes tradujeron este lugar así: "Y salió Caín de la presencia del Señor Dios, y habitó en la tierra de Naid frente a Edén". Naid se traduce como fugitivo, o como encontramos en el libro de los nombres hebreos, movimiento inestable y fluctuación, lo que algunos, con quienes también concuerda Josefo, suponen que es el lugar donde habitó Caín. Pero nuestro intérprete entendió que no era el nombre del lugar, sino el significado de la cosa misma; porque Caín siempre sería inestable y fluctuante y de moradas inciertas. Lo cual cuán bien se adapta al estado presente de los judíos, es testigo el mundo entero. Que también se dice que habita frente a Edén. Edén significa placer o delicias: porque ciertamente ese pueblo pérfido cuanto más se aparta del conocimiento de la verdad, se implica en los negocios terrenales, tanto más lleva una vida contraria a las delicias celestiales; y porque solo ansía las alegrías temporales, se convierte en adversario con la garganta seca del corazón al torrente de la voluptuosidad divina, del cual beben los justos.

Caín conoció a su esposa, y ella concibió y dio a luz a Enoc, y edificó una ciudad y llamó su nombre con el nombre de su hijo Enoc. Así como desde el principio del siglo naciente en el asesinato de Abel se insinuaron las pasiones de los santos; en la envidia y persecución de Caín se insinuaron las perfidias de los réprobos, que hasta el fin del siglo ambas permanecerán en el mundo; así también en la ciudad que edificó Caín se insinuaba típicamente que toda la esperanza de los malvados estaría fijada en el reino y la felicidad de este siglo, como quienes no tendrían ninguna fe ni deseo de los bienes futuros. De esta ciudad habla el Señor por el profeta Oseas: "Yo soy Dios, y no hombre, el Santo en medio de ti, y no entraré en la ciudad" (Oseas 11, 9). Pues ni Abel ni Set, que nació en su lugar, se dice que edificaron ciudad o casas: porque ciertamente ellos designaban, o más bien eran las primicias de aquellos que se alegran de cantar a su Creador: "Porque soy un extranjero contigo en la tierra, y peregrino como todos mis padres" (Salmo 39, 13). A quienes se aplica adecuadamente esta promesa del Señor: "Yo soy Dios y no hombre, el Santo en medio de ti": porque cuanto más se hacen extraños a la compañía de la ciudad mundana, tanto más dignos son de la inhabitación de su Creador. Y adecuadamente Caín llamó el nombre de la ciudad con el nombre de su hijo Enoc, para designar que tendría sucesores tales que, privados de la patria celestial, fijarían sus corazones en el deleite de esta vida. Y bien Enoc se interpreta como Dedicación, porque los réprobos mientras desean alegrarse por lo que obran en el presente, como si dedicaran en la primera generación la ciudad que se edifican. En cambio, en esa descendencia del género humano que desciende de Set a Noé, el séptimo desde Adán nace Enoc, quien se dice que caminó con Dios, y no apareció, porque Dios lo llevó: porque ciertamente el descanso y la alegría y toda la esperanza de los elegidos no está sino en el futuro sábado, quienes después de caminar en esta vida con el Señor, humildemente siguiendo sus preceptos, son llevados por él a la vida de descanso perpetuo, y no aparecen más entre los mortales, porque viven inmortalmente con él. Ellos son su ciudad y templo,

ahora tendiendo a la perfección con los progresos diarios de las buenas obras, entonces, terminados los trabajos, reinando con él, y en su propia dedicación, que se celebrará perpetuamente por la presencia del Espíritu Santo, cada uno gozando como en el nombre de Enoc.

Por su parte, Enoc engendró a Irad, e Irad engendró a Maviael, y Maviael engendró a Matusael, y Matusael engendró a Lamec, quien tomó dos esposas: el nombre de una era Ada, y el nombre de la otra Sella, y Ada engendró a Jabel. La progenie de Caín se cuenta hasta la séptima generación, y en esta él mismo fue asesinado por Lamec, liberado de las siete venganzas que llevaba por mucho tiempo. En toda esta descendencia que nació de él, después de que fue contaminada por el adulterio de Lamec para aumentar la maldición, pereció con el diluvio. En la sexta generación fue contaminada por el adulterio, y en la séptima fue destruida por el diluvio: en lo cual se insinúa espiritualmente que la ciudad de los impíos, es decir, toda la sociedad de los réprobos, se corromperá con crímenes en las seis edades de este siglo, y en la séptima, que es en el futuro, perecerá eternamente. Pues así como el séptimo desde Adán, Enoc, fue llevado al paraíso, y no lo vio el hombre, porque vive en paz con Dios; así el séptimo desde Caín, Jabel, se interpreta como Mutado, con sus hermanos y toda su descendencia fue destruido por el diluvio, y no lo vio el hombre, porque castigado con muerte eterna, y de la gloria del siglo que amaba, fue mutado en pena que no preveía. En los cuales se designa claramente, como hemos dicho, que los santos después de las seis edades de este siglo tienden al descanso en otra vida, y los réprobos al castigo, como también lo prueba manifiestamente la historia del pobre Lázaro y el rico soberbio narrada por el Señor.

Dice: "Ada engendró a Jabel, quien fue padre de los que habitan en tiendas y pastores, y el nombre de su hermano fue Jubal. Él fue padre de los que tocan la cítara y el órgano. Sella también engendró a Tubalcaín, quien fue forjador en toda obra de bronce y hierro". Todas estas cosas que se refieren a los hijos de Lamec, ya sea que las inventaron o las hicieron, pertenecen al culto o adorno o seducción de esta vida: pero nada de esto se dice que Abel, ni Set que nació en su lugar, ni sus nietos hicieron, sino que se demuestra que llevaron una vida sencilla como peregrinos en la tierra. Pues aunque Abel era pastor de ovejas, no quiso dedicarse tanto a este oficio como para tejerse tiendas en las que pudiera ejercerlo más familiarmente. Pero lejos de él dedicar tiempo a la cítara y el órgano. Si alguien observa diligentemente todas las obras que se hacen de bronce y hierro, reconoce claramente que si la raza humana guardara correctamente la ley natural, incluso expulsada de las alegrías del paraíso por la culpa de la transgresión, no necesitaría en absoluto de todas estas cosas: por lo cual se constata que todas estas cosas fueron inventadas por los hijos de la maldición, aunque después, degenerando el género humano de la castidad de la primera conversación, incluso los buenos siervos de Dios a veces se dedicaban a tales cosas por la comunión de la vida social. Pero ciertamente hay una gran diferencia, porque los réprobos se deleitaban en tales cosas como si fueran su bien supremo: mientras que los elegidos renuncian a ellas por completo, o las usan como viajeros, como en un albergue o con provisiones, por alguna conveniencia de esta vida hasta que lleguen a la eterna. De hecho, los patriarcas habitaban en tiendas, pero esto como peregrinos en el mundo, en distinción de aquellos que solían habitar en ciudades y casas como ciudadanos de la tierra. Los salmistas usaban la cítara y el órgano, pero para alabar en ellos al Señor: y por el contrario, el profeta reprende a aquellos que resonaban con cítara, tambor y lira en los banquetes. Había en el pueblo de Dios hombres hábiles en toda obra de bronce y hierro, así como de plata y oro: pero él mismo les mandó transferir esta habilidad a la distinción de su tabernáculo. El profeta también, anunciando las alegrías de la encarnación del Señor, predijo que las obras nocivas del hierro serían eliminadas y transformadas en algo mejor, "y forjarán sus espadas en rejas de arado, y sus

lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra" (Isaías 2, 4). No debe pasarse por alto negligentemente que cuando los hombres comenzaron a contaminarse con adulterio, a dedicarse más de lo justo a pastorear ganado, a disolverse con modos musicales, a dedicarse a las artes fabriles, entonces fueron destruidos por el diluvio que sobrevino. Pero debe cuidarse más diligentemente para que el último día no nos encuentre atrapados en tales cosas más allá de lo debido, cuando incluso el Señor, hablando del día del juicio, al recordar este tiempo, nos incita al estudio de la cautela, diciendo: "Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en matrimonio, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no conocieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos; así será también la venida del Hijo del Hombre" (Mateo 24, 38).

Soror vero Thubalcain Noema. Noema se interpreta como Voluptas. Bien se termina la serie del linaje de Caín en el nacimiento de una mujer; y esta misma mujer se llama Voluptas: porque toda la intención de los malvados del mundo sirve a las seducciones, y desea terminar la vida en la satisfacción de los placeres carnales. Sin embargo, nacida esta mujer, no mucho después toda la progenie maldita fue consumada por el diluvio: porque cuando han sometido el cuello de la mente a los placeres del mundo, cuando digan paz y seguridad, entonces les sobrevendrá una destrucción repentina. Cabe señalar que el deleite o placer suele entenderse de dos maneras, es decir, tanto en el bien como en el mal: en el bien, por ejemplo, cuando se dice, los mansos poseerán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de paz (Salmo 36, 12). Y de nuevo: Se embriagarán, dice, de la abundancia de tu casa, y les darás de beber del torrente de tus delicias (Salmo 35, 9). De este placer también se denomina el paraíso, porque ciertamente el hombre fue puesto allí para que en la presencia de su Creador disfrutara perpetuamente de las delicias santísimas y beatísimas de la carne y el alma. En el mal, sin embargo, el placer se toma cuando el Apóstol señala a algunos como amantes de los placeres más que de Dios. A quienes el nombre de Noema, en cuya generación la primera edad del mundo, con pocas excepciones, fue destruida, les conviene. Así, el género humano se había alejado del Edén, es decir, de las delicias de los bienes internos; y ejercía la tierra dejando las celestiales, y llegó hasta el nacimiento de una mujer, que se llamaría Noema, es decir, Voluptas: y no mucho después todo pereció en el cataclismo: para que con el nacimiento de tal descendencia y el evento de la calamidad subsiguiente se insinuara que con razón se apresuran a la ruina quienes, descuidando lo espiritual, se someten a los placeres de la carne. Y de hecho Noema nació en la séptima generación desde Caín. Pero si deseas contar las generaciones desde el mismo Adán y enumerar también a todos los hijos de Lamec, encontrarás a Noema en el undécimo lugar. Lamec es el séptimo desde Adán, y cuando añades a sus cuatro hijos, completarás el número undécimo. Sin embargo, el número once, que supera al diez, suele designar el pecado, que se comete por la transgresión del decálogo de la ley. Y por eso, con razón, la generación reprobada termina y perece en el número once, y esto en una mujer: porque mientras desprecia los preceptos de la ley divina, se esfuerza por saciarse con sus perversos placeres, se construye una destrucción repentina.

Y dijo Lamec a sus esposas Ada y Sella: Escuchad mi voz, esposas de Lamec, escuchad mi palabra, porque he matado a un hombre por mi herida, y a un joven por mi golpe. El hombre o joven que menciona, significa a Caín, a quien el mismo Lamec, pero no voluntariamente, mató, como Jerónimo testifica que está escrito en un volumen hebreo. Lo mató por su herida y su golpe, porque él mismo se atrajo la muerte y la condenación al matar a quien Dios había dado la vida.

Se dará venganza séptuple por Caín: pero por Lamec setenta veces siete. Se dio venganza séptuple por Caín, porque hasta la séptima generación pagó las penas de su fratricidio y envidia como vagabundo y fugitivo. Pero por Lamec setenta veces siete, porque como Jerónimo testimonia que le fue relatado por los hebreos, y Josefo afirma lo mismo, setenta y siete almas nacieron de la estirpe de Caín, que perecieron en el diluvio. Y dicen que en este número se hizo la venganza de Lamec, porque su linaje perseveró hasta el diluvio. Lamec se interpreta como Golpeador o Golpeado, y ambas interpretaciones convienen al mismo que golpeó a Caín, y por este mismo parricidio también fue golpeado por la venganza divina. Místicamente, Lamec significa el género humano, golpeado por el engaño del antiguo enemigo en el primer padre, y golpeándose a sí mismo con el aumento diario de culpas, de quien se dio venganza setenta veces siete; porque hasta la venida de Cristo, que apareció en el mundo en la septuagésima y séptima generación, la culpa de la primera transgresión oprimía al género humano, hasta que él vino a quitar los pecados del mundo, y nos condujo a la vida eterna, que perdimos en Adán, abriéndonos la puerta del reino celestial con su bautismo o pasión. Entonces cesó la venganza de Lamec, porque al ser destruido por la pasión y resurrección del Señor el aguijón de la muerte y el pecado, el género humano regresó al reino celestial.

Y conoció de nuevo Adán a su esposa, y ella dio a luz un hijo, y llamó su nombre Set, diciendo: Dios me ha puesto otra descendencia en lugar de Abel. Después de haber mencionado la extinción del fratricida Caín, y haber repetido que su progenie fue maldecida en la séptima generación, vuelve a exponer la restauración de la descendencia santa, para narrar que esta permaneció perpetuamente mientras los impíos perecían. Set se interpreta como Posición o Resurrección, cuya causa del nombre se revela cuando el padre dice:

El Señor me ha puesto otra descendencia en lugar de Abel, a quien mató Caín. Fue puesto en lugar de Abel, no solo en el orden de nacimiento, sino también en el mérito de la virtud, llenando el lugar de su hermano, cuya devoción mental también se muestra que pasó a su descendencia, cuando se añade:

Pero también a Set le nació un hijo, a quien llamó Enós. Este comenzó a invocar el nombre del Señor. Enós se interpreta como Hombre o Varón: por lo que con razón quien tiene tal nombre, comienza a invocar el nombre del Señor, implorando con tanto más fervor en las oraciones diarias la ayuda de su Creador, cuanto más recuerda que fue hecho de naturaleza frágil. Místicamente, así como Abel fue asesinado por Caín representa al Señor sufriente; así el nacimiento de Set en su lugar designa su resurrección de la muerte: por lo que se dice que su padre o madre dijo al nacer él: Porque Dios me ha suscitado otra descendencia en lugar de Abel, a quien mató Caín. Lo que con razón se llama otra descendencia según los sentidos místicos, ya que el mismo Señor que fue asesinado resucitó, porque ciertamente fue asesinado mortal, resucitó inmortal: murió para que no temiéramos morir: resucitó para darnos esperanza y fe de resucitar de la muerte: cuya diferencia de semillas, hablando de nuestra resurrección, el Apóstol claramente distinguió, diciendo: Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción: se siembra en ignominia, resucitará en gloria: se siembra en debilidad, resucitará en poder: se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (1 Cor. 15, 42). Y del mismo Señor, Aunque fue muerto por debilidad, pero vive por el poder de Dios (2 Cor. 13, 4). Enós, hijo de Set, expresa figurativamente al pueblo cristiano, que por la fe y el sacramento de la pasión y resurrección del Señor nace diariamente por todo el mundo del agua y del Espíritu Santo. Este, prefiriendo la gracia de su regeneración a la primera generación, en todo lo que hace acostumbra invocar la ayuda del nombre del Señor, diciendo: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre (Mateo 6, 9), etc., de la misma oración dominical, o de otras en las que solemos suplicar su gracia, sin la cual nada

podemos; por lo que también con razón nos llamamos Enós, es decir, Hombre, por la conciencia de nuestra fragilidad: pero por la esperanza de nuestra futura inmortalidad somos hijos de Set, es decir, de la Resurrección.

Este es el libro de la generación de Adán. En el día en que Dios creó al hombre, a semejanza de Dios lo hizo: varón y hembra los creó, y los bendijo. Este es el libro de la primera creación del hombre, que a semejanza suya lo hizo Dios, para que por la participación de su bondad fuera perpetuamente bueno, inmortal y feliz; que los hizo varón y hembra, que los iluminó con la gracia de su bendición. Tal era la generación de Adán con su esposa en el día en que fue creado: Pero, ¡ay! ¡qué dolor! profanó la semejanza de Dios, creyendo más al enemigo que al Creador, su primogénito contrajo la pena de la maldición más grave envidiando y matando a su hermano, el séptimo desde él, Lamec, corrompió la ley establecida de varón y hembra, de la que se había dicho, Serán dos en una sola carne (Gén. 2, 24), tomando dos esposas, y uniendo en una carne a tres, y con los males creciendo por doquier, el género humano se alejó tanto de la semejanza de su Creador y de la primera bendición, que en la décima generación, excepto por unos pocos, que el arca contuvo, mereció ser totalmente destruido; a la cual semejanza y bendición nos permitió regresar el mismo Creador, dignándose nacer en la semejanza de nuestra naturaleza y morir maldito, para que por él redimidos merezcamos decir de él: Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él: porque le veremos tal como es (1 Juan 3, 2), y escuchar de él: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mateo 25, 34).

Y llamó sus nombres Adán en el día en que fueron creados. Adán, al igual que Enós, se interpreta como Hombre, pero se dice que Enós suena como Hombre, de manera que solo se aplica a los varones: Adán, sin embargo, de manera que puede aplicarse a ambos sexos; por lo que con razón se dice que llamó sus nombres Adán, es decir, Hombre. Así como hombre en latín tiene la etimología del nombre de humus, porque de la tierra tomó el origen de su carne, así en hebreo Adán se nombra de la tierra, porque el hombre fue formado del limo de la tierra; por lo que también Adán puede interpretarse como Terreno, o tierra roja. Por otro lado, en griego el hombre tiene otra etimología: se llama antropos, porque debe contemplar lo superior y elevar los ojos de la mente para ver las cosas celestiales. En el nombre Adán, además de la interpretación que designa al hombre, hay otro sacramento que no debe pasarse por alto en silencio. Tiene cuatro letras A, D, A, y M, de las cuales letras también las cuatro regiones del mundo, cuando se nombran en griego, toman su inicio. Se llama anatole al oriente, dysis al occidente, arctos al septentrión, mesembria al mediodía; y mucho convenía que el nombre del primer hombre contuviera mística todas las regiones del mundo, por cuya progenie todo el mundo iba a ser llenado. Pero lo que dice, Y llamó sus nombres Adán, y añadió, En el día en que fueron creados, insinúa claramente que en un mismo día, es decir, el sexto del nacimiento del mundo, Adán y su esposa fueron hechos, y no que la esposa fue creada de su costado después del sexto o séptimo día por separado.

Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró a su semejanza e imagen, y llamó su nombre Set. Adán fue creado a imagen y semejanza de Dios, porque fue hecho inmortal en alma y carne. Pero después de que corrompió en sí la imagen y semejanza de Dios pecando, engendró un hijo a su semejanza e imagen, es decir, mortal, corruptible, capaz de razón, sujeto a la culpa de su transgresión, y que solo podría ser liberado por la gracia de su mismo Creador. Cabe señalar que donde nuestros Códices traducidos de la fuente hebrea dicen que Adán vivió ciento treinta años, y engendró a Set, la antigua traducción tiene, en lugar de ciento treinta, doscientos treinta; donde en nuestros Códices sigue, Y fueron los días de Adán después de engendrar a Set ochocientos años, y engendró hijos e hijas, aquella tiene en lugar de ochocientos, setecientos. Donde en la conclusión se añade: Y fue todo el tiempo que vivió

Adán, novecientos treinta años, y murió, allí también aquella pone la misma suma, y tal distinción de números se mantiene en todas las generaciones hasta el diluvio entre ambas ediciones, de modo que antes de nacer el hijo, cada uno en los Setenta Intérpretes se dice que tuvo cien años más, y después de nacer, cien menos que en la verdad hebrea. Pero en la conclusión ambas ediciones ponen el mismo número; excepto en la sexta generación solamente; donde en ambos Códices se encuentra que Jared engendró a Enoc a los ciento sesenta y dos años, y después de su nacimiento vivió ochocientos años: y en la novena, en la que por un nuevo tipo de diferencia según la verdad hebrea se encuentra que Lamec engendró a Noé cuando tenía ciento ochenta años, y después de su nacimiento vivió quinientos noventa y cinco años. Pero en los Setenta Intérpretes se encuentran años ciento ochenta y ocho antes de nacer Noé, y quinientos sesenta y cinco después de nacer; y así se hace que Lamec vivió veinticuatro años más en los hebreos que en los Códices de los Setenta Intérpretes: por esta diversidad de intérpretes se hace que el tiempo de vida de Matusalén parezca extenderse catorce años más allá del diluvio, y que los años antes del diluvio según los hebreos sean mil quinientos cincuenta y seis; según los Setenta Intérpretes, que los cronógrafos siguen, se encuentran dos mil doscientos cuarenta y dos: aunque el doctísimo Agustín profesa que incluso en la traducción de los Setenta Matusalén se encuentra en Códices menos numerosos, pero más veraces, que murió seis años antes del diluvio: quien, al investigar con gran diligencia la causa de la disonancia de las interpretaciones mencionadas, y no queriendo menoscabar la fe de los Setenta Intérpretes, que los apóstoles y evangelistas se prueban haber seguido en muchos lugares; y él mismo creía que al traducir las Escrituras usaron más del don profético que del oficio de interpretar; así concluyó diciendo: «Por lo tanto, es más creíble que alguien diga que cuando estos comenzaron a ser copiados de la biblioteca de Ptolomeo; entonces pudo haber ocurrido algo similar en un Códice, pero primero copiado de allí, de donde ya se extendió más ampliamente, donde también pudo haber ocurrido un error del escriba. Pero esto en aquella cuestión de la vida de Matusalén no es absurdo sospechar.» Y después de algunas cosas: «No dudaría en absoluto que se haga correctamente, que cuando se encuentra algo diferente en ambos Códices, dado que no puede ser verdadero en ambos para la fe de los hechos, se crea más bien a la lengua de donde se hizo la traducción a otra por los Intérpretes.» Así que según la verdad hebrea, Adán vivió ciento treinta años, y engendró a Set. Set vivió ciento cinco años, y engendró a Enós. Enós vivió noventa años, y engendró a Cainán. Cainán vivió ochenta años, y engendró a Malaleel. Malaleel vivió sesenta y cinco años, y engendró a Jared. Jared vivió ciento sesenta y dos años y engendró a Enoc. Pero Enoc vivió sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén, y caminó con Dios. Después de engendrar a Matusalén vivió trescientos años, y engendró hijos e hijas. Se dice que caminó con Dios. Siguió la voluntad y los preceptos de Dios en todo, con Dios morando en él, y poseyendo y gobernando su corazón, ejerció buenas obras externamente, según lo que dice el profeta: Te mostraré, oh hombre, qué es bueno, y qué busca el Señor de ti: ciertamente hacer justicia y amar la misericordia, y caminar humildemente con tu Dios (Miqueas 6, 8). Y como dice Zacarías: Los fortaleceré en el Señor, y en su nombre caminarán, dice el Señor (Zacarías 10, 12). No se dice que después de nacer Matusalén caminó con Dios trescientos años, como si no hubiera obedecido también los mandamientos divinos antes de su nacimiento; sino que esta sentencia simplemente indica que no más de trescientos años después del nacimiento de Matusalén sirvió a Dios con buenas obras en esta vida. Pero habiendo completado estos, siguió su guía hacia las alegrías de la vida ulterior. Pues sigue:

Y fueron todos los días de Enoc trescientos sesenta y cinco años, y caminó con Dios, y no apareció, porque Dios lo llevó. Bellamente se dice que quien caminó en esta vida primero con Dios, obedeciendo sus preceptos, caminó después con él pasando de esta vida a otra, donde viviría en la máxima paz y felicidad de carne y espíritu: a quien, sin embargo, la fe de la

Iglesia universal tiene que antes del día del juicio, es decir, con la inminente venida del Anticristo, regresará con Elías para la conversión de este siglo, para que con la autoridad y doctrina de tan grandes hombres se instruyan y fortalezcan los corazones de los hombres para soportar y superar la persecución de ese hijo de perdición; y entonces, habiendo completado su martirio, consentirán en las alegrías de la vida inmortal, según lo que en el Apocalipsis el Señor dijo a Juan: Y daré a mis dos mártires, es decir, testigos, y profetizarán mil doscientos sesenta días vestidos de cilicio (Apocalipsis 11, 3), es decir, tres años y medio viviendo en gran continencia y agonía. Y poco después: Y cuando hayan terminado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá, y los matará (Ibid., 7).

Hemos dicho anticipando arriba, que así como Lamec en la séptima generación desde Adán maldito designa la destrucción de los reprobados, que en el futuro siglo, donde debieron esperar descanso, encuentran: así Enoc en la séptima generación trasladado del mundo demuestra el verdadero descanso de los elegidos, que después de los trabajos de esta vida, que pasan en seis edades, perciben sin fin. Por lo que con razón se lee que Lamec tomó dos esposas contra el decreto de quien dijo: Serán dos en una sola carne, y engendró de ellas una descendencia dedicada a los actos y seducciones del mundo, y así, habiendo cometido homicidio, fue maldecido por la sentencia de su propia boca. Por otro lado, se dice que Enoc caminó con Dios. ¿Qué alabanza del hombre puede ser mayor? ninguna, cuando es compañero indiviso, sigue en todos los actos las huellas de la orden divina: lo que si Adán hubiera hecho, de ninguna manera se habría apartado de la compañía del Creador para escuchar las palabras de la serpiente, hasta ahora con todo su linaje permanecería en el paraíso. Lo que todos los días de Enoc se dicen ser trescientos sesenta y cinco años, en cuyo número de días se incluye el año solar, significa místicamente que durante todo el tiempo de este siglo aquellos que sirven fielmente al Señor, y tienden al descanso eterno, nunca faltarán. No en vano se exceptúan trescientos años por separado, en los que especialmente se dice que Enoc caminó con Dios. Este número entre los griegos suele ser notado por la letra T. La letra T tiene la figura de la cruz; y si solo recibiera el ápice que falta en el medio, ya no sería una figura de la cruz sino el mismo signo de la cruz representado en forma manifiesta.

Enoch, cuyo nombre significa Dedicación, caminó con Dios durante trescientos años; porque ciertamente vivió y actuó como aquellos que, en la fe de la pasión del Señor, esperan con alegría la salvación eterna, negándose a sí mismos, tomando su cruz cada día y siguiendo al Señor: lo que es, en otras palabras, caminar con Dios y dirigirse hacia la entrada del paraíso. Cabe señalar que, mientras la Escritura detalla la descendencia de Set hasta Noé, y luego hasta Abraham, describe la línea de Caín hasta Lamec y sus hijos sin mencionar las edades, insinuando tácitamente lo que dice el salmista: Porque el Señor conoce el camino de los justos, pero el camino de los impíos perecerá (Salmo I, 6).

Matusalén vivió ciento ochenta y siete años y engendró a Lamec. Lamec vivió ciento ochenta y dos años y engendró a Noé, diciendo: Este nos consolará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos en la tierra que el Señor ha maldecido. Lamec, con espíritu profético, previó qué clase de hijo sería el suyo, cuán grande sería su virtud, y que en sus días la nación de los impíos sería exterminada, y por él, después del diluvio, se restauraría la generación de los fieles. Las obras y trabajos de las manos, a los que se refirió, no quiso que se entendieran como otros mayores que aquellos con los que la descendencia de los elegidos era oprimida por la maldad de los malvados en ese tiempo: y dijo que su consuelo y el de los suyos sería cuando, con el mundo de entonces destruido por el diluvio, y eliminadas todas las cosas y habitantes del mundo, se supiera que nacería una nueva generación de justos. Pues también en este tiempo es consuelo para los buenos ver, con el aumento de las ruinas del mundo, que

se acerca el día del juicio, en el cual, consumada la totalidad de los perversos, ellos poseerán con el Señor los reinos del nuevo siglo. En cuanto a lo que nuestra edición tiene como consolará, los antiguos intérpretes dijeron: Este nos hará descansar de nuestras obras, lo cual parece más adecuado al nombre de Noé. Noé, de hecho, se interpreta como Descanso. En lo que respecta a la letra, se puede entender que en sus tiempos todas las obras de los hombres cesaron por el diluvio. Según el sentido espiritual, el descanso es el mismo que el consuelo de los santos, al ver, con el fin del mundo acercándose, tanto la destrucción de los impíos como la llegada de su tiempo de recompensas. Bien que Noé, en cuyos méritos el descanso y el consuelo debían ser dados al mundo por el Señor, nace en la décima generación desde Adán: porque a través de la completa observancia del decálogo de la ley se nos concede el descanso eterno y la vida. Bien que cuando la Escritura dice que lo engendró, no quiso nombrar a un solo hijo suyo, para que en el hombre perfecto el número once, como transgresión del diez, no pareciera tener lugar, sino que, hablando mística y virtuosamente del hombre, refiere que le nacieron tres hijos al mismo tiempo.

Noé, dice, cuando tenía quinientos años, engendró a Sem, Cam y Jafet. Noé nació en la décima generación, porque figuró y vivió la vida de aquellos que son perfectos en la observancia del decálogo. Engendró tres hijos, para mostrar que sirvió al Señor en la fe de la Santísima Trinidad y produjo el fruto de las virtudes espirituales, incluso designando el fruto de su descendencia carnal; aunque también, según la historia, le convenía haber engendrado tres hijos, ya que en él debía dejarse la semilla del mundo que iba a nacer de nuevo, para que a través de la prole de sus tres hijos se llenaran las tres partes del mundo. Sem y sus descendientes poseyeron principalmente Asia, los hijos de Cam África, y los descendientes de Jafet Europa.

Y cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la tierra y engendraron hijas, los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran hermosas, y tomaron para sí mujeres de entre todas las que eligieron. Llama hombres a la descendencia de Caín, que, apartada de la mirada de la voluntad divina, había sometido su mente solo a los asuntos humanos: y llama hijos de Dios a aquellos que, nacidos de la estirpe de Set, mantenían con mente inviolada el servicio que debían a Dios, siguiendo el ejemplo de la devoción paterna. Con esta distinción, el Señor también distinguió a sus discípulos de los demás en el Evangelio, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? (Mateo XVI, 13). Y al recibir su respuesta, les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? queriendo que se entendiera que eran superiores a los hombres y que debían contarse entre aquellos de quienes él mismo dijo: Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo (Salmo LXXXI, 6). Algunos códices tienen ángeles de Dios en lugar de hijos de Dios, lo cual se entiende en el mismo sentido. Los hombres justos son llamados correctamente ángeles de Dios, quienes, según la medida de su capacidad, se esfuerzan por vivir una vida angelical en la tierra: a quienes el Apóstol dice: Pero vosotros, hermanos, no estáis en la carne, sino en el espíritu (Romanos VIII, 9). Y de nuevo: Nuestra ciudadanía está en los cielos (Filipenses III, 20). Parece, por tanto, que la generación de la estirpe de Set, mientras no se mezcló con la prole de Caín, mantuvo intacta la norma de su castidad; pero después de caer en la concupiscencia de las mujeres malvadas y unirse a la maldita descendencia, entonces también comenzó a ser partícipe de la maldición, habiendo perdido la sobria belleza de su mente. Finalmente, en la ley se ordena diligente y cuidadosamente a los hijos de Israel que no se mezclen en matrimonio con extranjeros, diciendo: No sea que su hija seduzca a tu hijo, y sigan a sus dioses (Deuteronomio VII, 4).

Y dijo Dios: No permanecerá mi Espíritu en el hombre para siempre, porque es carne: y sus días serán ciento veinte años. Explicando estos versículos, San Jerónimo dice: En hebreo está

escrito: No juzgará mi Espíritu a estos hombres para siempre, porque son carne: es decir, porque la condición del hombre es frágil, no los conservaré para tormentos eternos; sino que aquí les devolveré lo que merecen. Por lo tanto, no expresa la severidad, como se lee en nuestros códigos, sino la clemencia de Dios, mientras el pecador es visitado aquí por su crimen: de donde también Dios, enojado, dice a algunos: No visitaré a sus hijas cuando se prostituyan, ni a sus esposas cuando adulteren (Oseas IV). Y en otro lugar: Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados, pero no apartaré de ellos mi misericordia (Salmo LXXXVIII). Además, para que no pareciera cruel al no dar lugar al arrepentimiento a los pecadores, añadió: Y sus días serán ciento veinte años (Génesis VI), es decir, tendrán ciento veinte años para hacer penitencia; pero como despreciaron hacer penitencia, Dios no quiso esperar el tiempo decretado, sino que, recortando veinte años, trajo el diluvio en el año ciento destinado para la penitencia.

Había gigantes en la tierra en aquellos días. Llama gigantes a los hombres nacidos con cuerpos inmensos y dotados de gran poder, como también leemos que hubo muchos después del diluvio, es decir, en los tiempos de Moisés o David, que tienen su nombre en griego porque, según las fábulas de los poetas, la tierra los engendró. Parecen haber sido engendrados cuando los descendientes de Set eligieron esposas de la estirpe de Caín por su belleza, en contra del derecho de su dignidad. Pues sigue:

Después que los hijos de Dios entraron a las hijas de los hombres, y ellas engendraron: estos son los poderosos de la antigüedad, hombres de renombre. Cabe señalar que en este lugar, en hebreo, se lee caídos en lugar de gigantes; y el sentido es fácil y claro, porque eran hombres caídos en la tierra en aquellos días, es decir, adheridos a las concupiscencias terrenales, habiendo perdido el estado de rectitud devota a Dios. Los gigantes, en su lengua, se llaman propiamente Rafaim. Sin embargo, a veces se usa gigante en un buen sentido, como en este pasaje sobre el Señor: Se alegró como un gigante para correr el camino (Salmo XVIII, 6); pero esto se refiere a la singular potencia con la que superó con justicia al resto del género humano, y llevó a cabo el sacramento de la Encarnación con admirable virtud, así como el león a veces designa al Señor, a veces al diablo; pero al diablo, por su soberbia y ferocidad; al Señor, por su poder: aunque en la verdad hebrea el versículo del salmo mencionado está escrito así: Se alegró como un poderoso para correr el camino.

Y viendo Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que toda la intención del corazón estaba dirigida al mal, le pesó haber hecho al hombre en la tierra. Dice que a Dios le pesó, no porque realmente, como a un hombre, a Dios le pese algo que ha hecho, ya que su sentencia sobre todas las cosas es tan fija como su presciencia es cierta: pero la Escritura usa tales palabras para insinuarse de manera más familiar a nosotros, que solemos cambiar algo comenzado y transferirlo a otra cosa solo por arrepentimiento: aunque la divina providencia, para quienes la contemplan con mente serena, aparece administrando todo con orden certísimo; sin embargo, la Escritura se adapta y acomoda a la humilde inteligencia de los más lentos, cuya multitud es mucho mayor, para decir que, como por arrepentimiento de Dios, se quitan las cosas que comienzan a ser, y no perseveran tanto como se esperaba que perseveraran: lo cual es similar a lo que sigue:

Y tocado de dolor en su corazón; dijo: Borraré al hombre que he creado de la faz de la tierra, desde el hombre hasta los animales, desde los reptiles hasta las aves del cielo; porque me pesa haberlos hecho. Se dice que Dios sufre como un hombre cuando ve que los hombres que él creó se adhieren más al enemigo maligno pecando, que a él viviendo piadosamente, según lo que dice Salomón: Y el hijo necio es el dolor del padre (Proverbios XIX, 13). Y de nuevo: La ira del padre es el hijo necio, y el dolor de la madre que lo engendró (Proverbios XVII,

25). Pero cuando también anuncia la destrucción de todos los animales terrestres y volátiles, expresa la magnitud del desastre futuro: pues amenaza con la destrucción a los animales irracionales, como si también ellos hubieran pecado.

Estas son las generaciones de Noé. Noé fue un hombre justo y perfecto en sus generaciones, caminó con Dios. Noé es alabado con la misma alabanza que Enoch, a saber, que siguió las huellas de la orden divina con pasos rectos de buenas obras, y por eso, cuando el mundo perecía, aquel fue trasladado al paraíso; este, cuando el mundo perecía, fue salvado en el arca. Noé fue justo y perfecto, no como los santos serán perfeccionados en aquella inmortalidad en la que serán iguales a los ángeles de Dios, sino como pueden ser perfectos en esta peregrinación; y por eso se añade en sus generaciones, para significar que fue justo no según la justicia consumada, sino según la justicia de sus generaciones, a saber, aquellas generaciones en las que Set, Enós, Enoch y los demás hombres santos y perfectos de ese tiempo vivieron. A estas generaciones también pertenecen sus hijos Sem y Jafet, como insinúa el siguiente texto de la Sagrada Escritura.

Y viendo Dios que la tierra estaba corrompida: toda carne había corrompido su camino. Toda carne se refiere a todo hombre, según el profeta: Y toda carne verá la salvación de Dios (Lucas III, 6). Pues no fueron las aves ni los cuadrúpedos los que corrompieron su camino pecando, así como tampoco ellos verán la Salvación de nuestro Dios, es decir, Cristo, sino que todos los hombres lo verán.

Dijo a Noé: El fin de toda carne ha llegado ante mí, porque la tierra está llena de iniquidad a causa de ellos, y yo los destruiré con la tierra. Hazte un arca de madera labrada, etc. En la construcción del arca y en la llegada del diluvio se contiene un misterio multiforme. En primer lugar, como el mismo Señor mostró, la repentina inundación del diluvio designa la inesperada hora del juicio final: Y como sucedió en los días de Noé, así será en los días del Hijo del Hombre. Comían y bebían, se casaban y se daban en matrimonio hasta el día en que Noé entró en el arca. Y vino el diluvio y destruyó a todos (Mateo XXIV, 38). La construcción del arca, que se llevó a cabo durante cien años, significa todo el tiempo de este siglo, en el cual también se construye la santa Iglesia y se lleva a su fin perfecto. No hay duda de que el número cien significa perfección, ya sea porque se completa con diez décadas, o porque pasa de la izquierda a la derecha, expresando aquella acción que en esta vida se ejerce como en la izquierda, pero en la vida futura se consumará como en la derecha. Así como, una vez hecho el arca, y habiendo entrado en ella todo lo que debía ser salvado, vino el diluvio y se llevó todo lo que estaba fuera de ella; así, cuando todos los que están predestinados a la vida eterna hayan entrado en la Iglesia, vendrá el fin del mundo, y perecerán todos los que se encuentren fuera de la Iglesia; y según este sentido, el arca manifiestamente designa a la Iglesia, Noé al Señor que edifica la Iglesia en sus santos, y el diluvio al fin del siglo o al juicio final. Sin embargo, aparte de la construcción del arca, también en Noé, porque se interpreta como Descanso, y que iba a dar descanso o consuelo a los hombres, se prefiguraba la imagen del Salvador del Señor. Él mismo nos consuela por la iluminación de su Espíritu, que por eso se llama Paráclito, es decir, consolador. Él nos libró de la maldición de la ley, hecho maldición por nosotros. Él llama a descansar a los que trabajan: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas (Mateo XI, 28). Él verdaderamente en las generaciones, es decir, en toda la congregación de los santos, fue en todo un hombre justo y perfecto, como porque no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca. Según otra interpretación igualmente piadosa y católica, el arca significa la Iglesia, el diluvio el agua del bautismo, por la cual la misma Iglesia es lavada y santificada en todos sus miembros, según lo que el apóstol Pedro, explicando, dice: Cuando la paciencia

de Dios esperaba en los días de Noé mientras se construía el arca, en la cual pocas, es decir, ocho almas fueron salvadas por agua, lo que también ahora os salva a vosotros, el bautismo, no la eliminación de la suciedad de la carne, sino la respuesta de una buena conciencia hacia Dios por la resurrección de Jesucristo (I Pedro III, 20). Lo que dice que somos salvados en el bautismo por la resurrección de Jesucristo, brevemente explica qué designa mística el número de las ocho almas que fueron salvadas por agua. Pues el día de la resurrección del Señor es el tercero desde el día de su pasión, pero el octavo desde el día de la primera creación. También algunos Padres interpretan las olas del diluvio como las tentaciones de este siglo, con las cuales la santa Iglesia es golpeada diariamente, pero no superada; más bien, ejercitada por las tentaciones, se eleva más hacia las cosas celestiales, alejándose de las terrenales. Todo lo que está fuera de ella, sin embargo, es destruido por las mismas tentaciones del mundo, como se dice que las aguas multiplicadas e inundantes elevaron el arca en alto desde la tierra; pero todo lo que estaba fuera del arca fue destruido. A esta exposición se ajusta la parábola del Señor sobre las dos casas, una construida sobre la roca, otra sobre la arena; que, aunque igualmente golpeadas por la lluvia, los vientos y los ríos, aquella que estaba fundada sobre la roca de la fe fue probada por las tentaciones; pero la que había puesto su esperanza en las deleitaciones caducas de esta vida, como en arenas, fue derribada. Pues lo que en el arca es el constructor Noé, en la casa es el fundamento de la fe, la roca; y lo que fuera del arca es la mente corrupta de los gigantes y proclive a la tierra, en la casa de la perfidia es la arena acumulada. Por lo tanto, el arca designa a la Iglesia, el diluvio la fuente del bautismo por la cual es lavada, las olas del mundo que la prueba, el fin en el que es coronada. Además, Noé, el constructor del arca, tipifica al mismo Señor y Salvador nuestro o a cada devoto rector de la misma santa Iglesia.

Hazte, dice, un arca de madera labrada. No solo los hombres que fueron salvados en el arca, sino también los animales que entraron en ella; incluso la misma madera de la que fue hecha, denotan mística y fielmente a los miembros de la santa Iglesia. La madera, por lo tanto, de la que fue hecha, se ordena que sea labrada, porque cualquiera que se impone en la construcción de la Iglesia al venir a la fe, es necesario que, cortado primero de la raíz de su antigua conversación por la enseñanza o corrección de aquellos que le precedieron en Cristo, elimine todo lo que encuentre en sí mismo de torcedura y deformidad nociva, y se conforme con toda su mente y acción a la regla de la fe y verdad católica, para que en el orden del edificio celestial pueda ser oportunamente colocado en su lugar y tiempo como nuevo hombre a ser creado.

En lugar de madera labrada, la antigua traducción puso madera cuadrada, lo cual también se refiere a la perfección de los elegidos. Dondequiera que gires un cuadrado, permanecerá, y no podrá ser sujeto a caída alguna. Así, ciertamente, la mente de los elegidos, cualesquiera que sean las tentaciones que se le presenten, recuerda mantener el estado inviolable de la piadosa intención.

Harás compartimentos en el arca. Todas las mansiones en el arca están dispuestas como receptáculos para los diversos animales que iban a entrar en ella, y en la Iglesia hay muchos órdenes de instituciones según la diversidad de aquellos que vienen a la fe. Pues no debe ser la misma vida o conversación para los casados y los continentes, los pecadores y los rectores; y a uno se le dice: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos, no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio (Mateo XIX, 17), y otras cosas semejantes. Pero a otro: Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres (Ibid., 21). Por eso también el Señor dice sobre la misma recompensa de la retribución eterna: En la casa de mi Padre hay muchas moradas (Juan XIV, 2). Por lo tanto, hay compartimentos en el arca porque no hay un solo mérito para todos en la Iglesia, ni el mismo

progreso en la fe, aunque todos estén contenidos dentro de una sola fe y sean lavados con el mismo bautismo.

Y la cubrirás con betún por dentro y por fuera, y así la harás. El betún es un pegamento muy ardiente y violento, cuya virtud es tal que la madera que ha sido untada con él no puede ser carcomida por gusanos, ni disuelta por el ardor del sol, ni por los vientos, ni por la inundación de las aguas; por lo tanto, ¿qué otra cosa se entiende mística en el betún sino la constancia de la fe? El arca está betunada por dentro y por fuera, y así se completa en su totalidad, mientras los pensamientos y obras de los elegidos son protegidos por la virtud de la fe en todo, para que no sean vencidos o engañados por los ataques de los vicios.

La longitud del arca será de trescientos codos, su anchura de cincuenta codos, y su altura de treinta codos. La longitud del arca insinúa la longanimidad de la paciencia, con la cual se soportan valientemente las adversidades; la anchura, la amplitud de la caridad, con la cual se abarca incluso a quienes infligen adversidades; la altura, la sublimidad de la esperanza, que promete la retribución eterna en los cielos; por lo tanto, se ordena que la longitud del arca sea de trescientos codos, número que, como hemos mencionado antes, se representa con la letra T en griego. Esta letra se escribe en forma de cruz, porque ciertamente la santa Iglesia, mientras permanece invicta y estable entre las adversidades, sigue las huellas de la pasión del Señor, recordando su palabra cuando dijo: "Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí" (Mateo 10, 38). La anchura se extiende a cincuenta codos, número en el cual se envía el Espíritu Santo, y en la ley se otorga al pueblo de Dios el descanso y la remisión universal, porque la caridad de Dios se difunde en nuestros corazones, no por mérito de nuestra acción, sino por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. Y este es el descanso y en esto la remisión de nuestras deudas, cuando amamos a Dios con todo el corazón, toda el alma, toda la fuerza, y al prójimo en Dios como a nosotros mismos, y al adversario por Dios. La altura es de treinta codos, porque esta es la única esperanza de los elegidos, que por la observancia del Decálogo de la ley, que se perfecciona en el amor a Dios y al prójimo, asciendan a la contemplación de la santa Trinidad. Pues tres veces diez hacen treinta.

Hay, sin embargo, otro misterio memorable en la figura del arca, que se prueba que fue formada a la medida del cuerpo humano. La longitud del cuerpo humano desde la cabeza hasta los pies es seis veces mayor que la altura que hay de un lado al otro, y diez veces mayor que la altura, cuya medida es en el lado desde la espalda hasta el vientre, como si midieras a un hombre acostado de espaldas o boca abajo, es seis veces más largo desde la cabeza hasta los pies que de un lado a otro, y diez veces más alto desde el suelo; por lo tanto, el arca fue hecha de trescientos codos de longitud, cincuenta de anchura y treinta de altura; y porque el Apóstol dice de la Iglesia que es un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo, correctamente el arca, que prefiguraba esto, fue formada a la imagen del cuerpo humano, porque también Cristo mismo, Dios y nuestro Señor, quiso encarnarse por nosotros y, a través de los sacramentos de su humanidad, limpiarnos de los pecados y consagrarnos; correctamente ordenó que el arca, en la cual decretó salvar los restos del género humano mientras los impíos perecían, se hiciera a semejanza del cuerpo humano, así como el templo que Salomón hizo para el Señor no solo figuraba su Iglesia, sino también su propia carne, que tomó de la Virgen, como él mismo testifica cuando dijo a los judíos: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré". Esto lo decía, dice el evangelista, del templo de su cuerpo (Juan 2, 19). Así también el arca, que Noé hizo a semejanza del cuerpo humano, y que mantuvo el tipo de nosotros, de quienes el Apóstol dijo: "Hasta que todos lleguemos a ser un hombre perfecto" (Efesios 4, 13); y del mismo Señor, quien por el misterio de su Encarnación nos quiso reunir en la unidad de la fe y limpiarnos de los pecados por la gracia del Espíritu Santo, que la

paloma llevando el olivo al arca designó, iluminarnos y salvarnos de la destrucción del mundo que perece.

Harás una ventana en el arca, y en un codo completarás su parte superior. Se ordena hacer una ventana en el arca para que, cesando después las lluvias y reposando el arca, por esta pudiera Noé enviar un ave para discernir si ya habían cesado las aguas, o si la tierra estaba seca o germinaba, para que él mismo, al abrirla, pudiera ver la luz del cielo; por lo tanto, en hebreo se dice que se tiene una ventana meridiana, porque las ventanas suelen ser iluminadas más claramente por el sol meridiano; lo cual también se adapta muy bien a los sacramentos espirituales. Pues la ventana que no iluminó a los habitantes del arca con el esplendor del sol meridiano sino hasta después del diluvio, insinúa aquel conocimiento de los misterios celestiales que se revela más plenamente a los fieles bautizados. Lo que se dice que la parte superior del arca se completó en un codo, parece indicar que en la parte inferior tenía trescientos codos de longitud y cincuenta de anchura; pero con los ángulos gradualmente estrechándose, se recogió en un espacio de un codo en la cima, tanto más corta y estrecha cuanto más alta se hizo. Y ciertamente, en cuanto a la necesidad de las lluvias y el diluvio se refiere, no pudo darse al arca otra forma tan adecuada como para que desde la estrecha cima del techo se derramaran las lluvias, mientras, abiertas las cataratas del cielo, la lluvia caía por tanto tiempo; pero también esta forma del arca conviene mística al estado de la santa Iglesia. Pues así como el arca era más ancha en las partes inferiores, donde se cree que tenía a las bestias; en las superiores era más estrecha, donde contenía a los hombres y las aves, hasta llegar a la medida de un codo en la cima; así la Iglesia tiene en sí más carnales que espirituales, más que, a la manera de los cuadrúpedos, están inclinados con todo el deseo de la mente a las cosas terrenales, que aquellos que con las alas de las virtudes buscan las celestiales; y cuanto más santos son en ella, tanto menos numerosos se encuentran, hasta llegar al mismo Mediador entre Dios y los hombres, quien así apareció entre los hombres como hombre, que es sobre todo Dios bendito por los siglos.

Pondrás la puerta del arca en el lado inferior. Esta puerta por la cual entraban los hombres y todos los animales que debían ser salvados en el arca, insinúa la misma unidad de la fe, sin la cual nadie puede entrar en la Iglesia; pues hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios, lo cual se ordena poner adecuadamente en el lado del arca, porque designa aquella puerta que fue abierta en el costado del Señor Salvador puesto en la cruz por la lanza del soldado, de la cual inmediatamente salió sangre y agua: por estos sacramentos cada uno de los fieles es recibido en la sociedad de la santa Iglesia como en el interior del arca. No solo se ordena hacer la puerta en el lado, sino también en la parte inferior, para que se insinúe la humildad tanto del mismo Señor por la cual murió por nosotros, como la nuestra, sin la cual no podemos ser salvados. Asimismo, la puerta del arca se hizo en la parte inferior y cerca de la tierra, para que los hombres o los animales que debían ser salvados pudieran entrar, y una vez dentro, ascendieran inmediatamente a las partes superiores a sus respectivos lugares, porque el Señor, apareciendo en la profundidad de esta mortalidad, fue herido por nuestras iniquidades, para que nosotros, redimidos por los sacramentos de sus heridas, fuéramos llevados a las moradas superiores de las virtudes en el presente y a las recompensas celestiales invisibles en el cielo. Lo cual también bien designa en el templo de Salomón aquella puerta por la cual se ascendía a las partes superiores, de la cual está escrito: "La puerta del lado medio estaba en la parte derecha de la casa"; la cual algunos entienden como si dijera que el templo tenía entrada por la parte meridional, lo cual fue muy diferente. Pues si esto quisiera entenderse, la Escritura podría decir brevemente: Y tenía una puerta al Sur o al Austro. Ahora bien, el templo mismo tenía entrada por el oriente. Lo que se dice: "La puerta del lado medio estaba en la parte derecha de la casa", la parte derecha de la casa se llama la

parte meridional, en cuyo lado medio estaba aquella puerta por la cual se ascendía a las partes superiores, comenzando la entrada desde la parte oriental de ese mismo lado, es decir, desde el mismo ángulo, y gradualmente ascendiendo a las partes superiores de las cámaras a través del interior del medio del muro; de donde se añade consecuentemente: "Y por una escalera de caracol subían al medio de la cámara, y del medio a la tercera". Porque cuando el Señor dijo a los judíos: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan 2, 19), decía esto del templo de su cuerpo, la puerta en el lado derecho de este templo, ¿no está claramente manifiesto que es la misma que en el lado derecho de él fue abierta al completar la pasión, como dijimos antes, por cuya apertura pasamos de la vida presente de la santa Iglesia a la eterna paz de las almas en la vida futura, a ejemplo de aquellos que, entrando en el lado derecho del templo, penetraban por la escalera de caracol a la cámara media. Pero también después del descanso beatísimo de las almas, para la recepción de los cuerpos espirituales, como ascendiendo de la cámara media a la tercera, lleguemos, desde donde en la inmortalidad perpetua de ambos, es decir, del alma y del cuerpo, nos regocijemos con Dios.

Harás en ella cámaras y tres pisos. Los tres pisos designan un triple techo. Stege en griego significa techo; de donde los antiguos intérpretes pusieron por esta palabra "tricamerata". De hecho, en los Hechos de los Apóstoles, donde se dice que el joven que resucitó de la muerte el apóstol Pablo cayó del tercer techo o cámara, en griego está escrito que cayó de un "tristego". Las cámaras y los tres pisos, como dijeron los antiguos traductores, fueron hechos en el arca para que en los asientos diversamente dispuestos habitaran los animales de diferentes géneros. Las bestias, como es creíble, en las partes inferiores, los animales limpios en las superiores, los hombres y las aves en las más altas. Pues consta que donde se sentaba el hombre, allí también el cuervo y la paloma, y consecuentemente también las demás aves, y esto en la proximidad de la ventana, que se cree que fue hecha en los lugares más altos del arca. Pues por esta envió las aves mencionadas, para ver cómo se encontraba la faz de la tierra; en estos techos también se hicieron diversas mansiones, como se dijo antes, para la distinción de los mismos animales o aves, para que unos no dañaran a otros, los más feroces a los más mansos. No en vano la Escritura dice que se hicieron cámaras y tres pisos en el arca, o que fue hecha bicamerata y tricamerata, cuando podría decir en una sola palabra que fue dispuesta con cinco cámaras o techos; pero la llama bicamerata para significar que en la Iglesia serán salvados la circuncisión y el prepucio, los judíos y los griegos. La llama tricamerata por el triple fruto de la semilla evangélica, treinta, sesenta, ciento, para que en lo más bajo habite la castidad conyugal, arriba la viudal, y más arriba la virginal. Orígenes dice que en las partes inferiores del arca se hizo bicamerata, para que la región más baja recibiera los excrementos, la segunda se destinara a conservar los alimentos; en las superiores se hizo tricamerata, para que en la primera parte de estas las bestias tuvieran sus lechos, en la segunda los animales más mansos sus establos, en la más alta los hombres tuvieran su asiento.

He aquí que yo traeré las aguas del diluvio sobre la tierra, para destruir toda carne en la que hay espíritu de vida bajo el cielo. Todo lo que hay en la tierra será consumido, y estableceré mi pacto contigo, y entrarás en el arca tú y tus hijos, y demás. Las aguas del diluvio traídas sobre la tierra destruyeron toda carne que se encontró fuera del arca, pero Noé y todo lo que estaba en el arca fue salvado. El agua del bautismo que lava el mundo salva a todos los que encuentra permaneciendo fielmente en la unidad de la santa Iglesia; pero quienes reciben el bautismo fuera de la Iglesia de manos de herejes o cismáticos, a menos que se arrepientan regresando a la unidad católica, perecen. Asimismo, cuando llegue el momento del último juicio, todos los que se encuentren perseverando en la fe y acción en la santa Iglesia serán

salvados eternamente: quienes se separan de la Iglesia ya sea por la fe, por la obra, o por ambas, perecen.

Tomarás, pues, contigo de todos los alimentos que se pueden comer, y los almacenarás contigo, y serán para ti y para ellos como alimento. Y el Señor llenó su Iglesia de diversas maneras con el alimento de la vida espiritual, y para invitar a las multitudes de fieles a la percepción de las recompensas celestiales con los preceptos generales de sus mandamientos, y para llamar a los más perfectos a los dones más altos del mismo reino eterno con las disciplinas de una observancia más estricta. Pero suele preguntarse si el arca, con la capacidad que se describe, pudo llevar a todos los animales que se dice que entraron en ella, junto con sus alimentos. Orígenes intenta resolver esta cuestión con el codo geométrico, afirmando que no en vano la Escritura dice que Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios, quienes amaban la geometría. Dice que el codo geométrico vale tanto como seis de nuestros codos. Si entendemos codos tan grandes, no hay duda de que el arca tenía tanta capacidad que podía contener todo eso. Pero debe notarse que si Moisés aprendió los codos geométricos, conocía al pueblo para el cual escribía el libro, que era ajeno a estas artes, y no quiso engañarlo escribiendo lo que no entendía en verdad, sino solo él mismo con los más expertos de los egipcios. También debe considerarse que el mismo Moisés, al escribir sobre la construcción del tabernáculo, no anotó codos de otro tipo, sino los mismos que puso en el arca. Pues no pudo poner algo diferente en la misma obra y para los mismos lectores u oyentes. Si también allí seguía los codos geométricos; entonces el mismo tabernáculo no fue hecho de treinta codos de largo y diez de alto y ancho, como se lee, sino que, multiplicando este número por seis, tenía ciento ochenta codos de longitud y sesenta de altura y anchura, y así fue mucho más largo y ancho que el templo de Salomón, que tenía solo cuarenta codos de longitud y veinte de anchura. Y las tablas del mismo tabernáculo, que se dice que tenían diez codos de longitud y un codo y medio de anchura, tenían sesenta codos de longitud y nueve de anchura, y eran mayores de lo que suelen producir los bosques generales, o de lo que convenía a tal edificio o podían ser fácilmente transportadas por manos humanas. También las cortinas con las que se cubría, que se dice que tenían treinta codos de longitud y cuatro de anchura, eran de ciento ochenta codos de largo y veinticuatro de ancho; pero esto lo prohíbe entender así incluso Josefo, quien al escribir sobre la construcción del tabernáculo dice: "Y se hizo, dice, un arca de cinco palmos de longitud, y de tres de anchura; por lo cual en Éxodo Moisés escribió que la longitud del arca era de dos codos y medio, y la anchura de un codo y medio, que según el testimonio de Josefo, no se entienden como codos geométricos, sino vulgares. Por lo tanto, en cuanto al arca de Noé, debe considerarse más profundamente que todo lo que se hizo en ella o en torno a ella estaba lleno de milagros de la virtud divina. Pues si las cosas se hicieran según el modo habitual de los hombres, ¿cómo podrían ocho personas proporcionar diariamente alimento y bebida a tanta multitud de aves, bestias, animales y reptiles, y ministrar las demás cosas que requiere el uso, especialmente cuando la Escritura no relata que Dios ordenara introducir bebida en el arca? ¿Cómo no harían el estiércol y la orina de tantos animales un lugar intolerable por el hedor para los mismos animales, o no corromperían el fondo del arca, aunque estuviera muy bien betunado? ¿Cómo no perderían las aves el vuelo y los cuadrúpedos el paso, permaneciendo en un solo lugar durante un año entero? El mismo Señor que preservó el arca con todo lo que llevaba en ella incorrupto, y que la gobernó para que no se hundiera en el mar, sino que la depositó en un lugar de las montañas donde la salida desde la puerta que tenía fuera fácil y pronta para todos los animales que contenía, también proveyó para ellos cómo se alimentarían en el arca y permanecerían a salvo. No es sin razón creer, como algunos afirman, que Noé preparó para los animales que iban a entrar en el arca alimento suficiente para un solo día, y que esto se renovó cada uno para significar el misterio de que en la Iglesia todos somos alimentados con

el alimento de la vida según la medida de nuestra propia capacidad, y que de ahí en adelante permanecieron tranquilos por la voluntad divina o incluso dormidos hasta el día de su salida.

Noé hizo, pues, todo lo que Dios le había mandado, y el Señor le dijo: Entra tú y toda tu casa en el arca, etc. Hizo todo lo que Dios le había mandado, es decir, construyó el arca, y, dispuestas las mansiones, llevó en ella alimentos para todos los animales.

De todos los animales limpios tomarás siete parejas, macho y hembra; de los animales no limpios, dos parejas, macho y hembra; y de las aves del cielo, siete parejas, macho y hembra, para que se conserve la semilla sobre la faz de toda la tierra. Lo que dice siete parejas, no quiere decir catorce en cada género, sino solo siete, de los cuales uno que sobraba de las parejas podría ofrecerse a Dios después del diluvio. Dice siete parejas debido a los muchos géneros de animales que debían ser comprendidos en este número. De manera similar, lo que dice dos parejas, no quiere decir cuatro en un solo género de animales inmundos, sino solo dos, designando al macho y la hembra. Dice dos parejas porque en muchos géneros de animales se debían tomar las mismas parejas, donde es fácil para cualquiera ver que si solo se tratara de salvar el género y no por una razón más alta de misterio, bastaría un menor número de animales para conservar la descendencia; pero ahora, porque no todos los que se someten al baño del bautismo en la Iglesia también guardan la limpieza de las buenas obras, también los animales inmundos entran en el arca con los limpios. Y bien los limpios se contienen en el número siete, porque la gracia del Espíritu es séptuple, con la cual los corazones de los fieles son limpiados y santificados. Los inmundos se comprenden en el número dos, porque los falsos católicos reciben los sacramentos de la fe con doble corazón, queriendo aquí gozar con el mundo y en el futuro reinar con Cristo; de los cuales dice Santiago: "No piense, pues, ese hombre que recibirá algo del Señor, hombre de doble ánimo, inconstante en todos sus caminos" (Santiago 1, 7).

Noé hizo todo lo que el Señor le había mandado, y tenía seiscientos años cuando las aguas del diluvio inundaron la tierra. Y entró Noé en el arca con sus hijos, su esposa y las esposas de sus hijos, y demás. La edad de Noé representa la grandeza de aquellos que ingresan a la Iglesia y, a través de la fe y acciones dignas de fe, alcanzan las alegrías eternas, simbolizando la perfección. Seiscientos se forman multiplicando seis por cien; el número seis, en el que el mundo fue creado y formado, representa con razón la perfección de la buena acción. El número cien, que, como hemos mencionado antes, se transfiere de la izquierda a la derecha en el cálculo digital, es especialmente adecuado para aquellos que, en el último juicio, estarán a la derecha del Juez y escucharán: "Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino" (Mateo 25, 34). Por lo tanto, el número cien multiplicado por seis representa la perfección de las virtudes espirituales, que no se muestran externamente para el favor de los hombres, sino que se cumplen para la gloria del Creador con la esperanza de la recompensa celestial. Así, el líder del arca, en el que se expresa el estado de la Iglesia, también en el tiempo de su edad representa la devoción de aquellos que ingresan de tal manera que, a través de los méritos de la buena acción, merecen pasar a la salvación eterna; aunque también puede entenderse correctamente que, cuando las aguas del diluvio representan la ola del bautismo, entonces la edad de Noé insinúa la perfección a la que deben aspirar los bautizados. Y cuando prefiguran el tiempo del último juicio, entonces el mismo número de sus años anuncia figurativamente qué tipo de personas, con el Señor, entrarán en el descanso perpetuo, que es lo que significa el nombre de Noé, es decir, dignos de la entrada celestial por el efecto de la buena obra y la intención de un corazón puro.

Y después de siete días, las aguas del diluvio inundaron la tierra. El séptimo día indica el sábado, es decir, el descanso de la vida futura. Así, cuando el diluvio significa el agua del bautismo, es apropiado que venga después de siete días desde que se hizo el arca, porque somos bautizados con la esperanza de un descanso perpetuo. Y cuando las olas de las tentaciones representan las aguas del diluvio, también vienen con razón después de siete días, porque por la fe en la esperanza de los bienes futuros, los justos sufren persecución de aquellos que, miserables, prefieren los bienes terrenales a los celestiales, los temporales a los eternos. Pero cuando el diluvio se asemeja a la venida del último juicio, también así, adecuadamente, inunda la tierra después de siete días, porque entonces todos los elegidos que llevaron el yugo suave de Cristo y la carga ligera encuentran descanso para sus almas.

En el año seiscientos de la vida de Noé, en el segundo mes, el día diecisiete del mes, se rompieron todas las fuentes del gran abismo y se abrieron las cataratas del cielo, y llovió sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches. Los meses entre los hebreos se cuentan solo según el curso de la luna, de una luna nueva a la siguiente, y su primer mes, en el que se ordenó celebrar la Pascua y en el que se creó el mundo, se llama Nisán, que nosotros llamamos abril. El segundo es Iyar, que nosotros llamamos mayo, cuyo día diecisiete, es decir, cuando la luna de ese mes era la decimoséptima, vino el diluvio, cuando ese mismo día Noé entró en el arca con todos los hombres y animales y aves que debían ser salvados a través de ella, esto es lo que sigue.

En ese mismo día entraron Noé, Sem, Cam y Jafet, sus hijos, y su esposa, y las tres esposas de sus hijos con ellos en el arca. Ellos y todos los animales según su especie, y demás hasta que dice: y todas las aves entraron a Noé en el arca. Así, todos los animales entraron en el arca en un mismo día, porque Noé no tuvo que esforzarse mucho ni durante mucho tiempo para reunirlos e introducirlos o llevarlos al arca; sino que, impulsados por el mandato divino, todos venían espontáneamente en su número correspondiente, precedidos por él con sus hijos y esposas, los seguían en orden, y cada uno ocupaba su pequeño espacio, guiados por el Señor, como si fuera por su propia voluntad. Esto es lo que significa cuando se dice de las aves, que entraron a Noé en el arca, y anteriormente en general, y de todo lo que se mueve sobre la tierra, dos a dos entraron a Noé en el arca. También ese mismo día, es decir, el decimoséptimo del segundo mes, ocurrió lo que sigue.

Y el Señor lo encerró por fuera, y el diluvio duró cuarenta días sobre la tierra. Este es el octavo día desde que se completó toda la construcción del arca. De lo cual se deduce que el arca se hizo en el gran misterio del décimo día del mismo segundo mes. El primer mes puede entenderse adecuadamente como aquel antiguo pueblo de Dios reunido de entre los hebreos. El segundo mes, sin embargo, es el pueblo del Nuevo Testamento. De ahí que en la ley se ordena que cualquiera que, ya sea por impureza debido a un muerto, o por estar en un viaje largo, o por cualquier otra necesidad, no pudiera celebrar la Pascua en el primer mes, lo hiciera en este segundo mes, en la sangre del cordero y panes ácidos el día catorce al atardecer. En la adición de este mes estamos señalados nosotros, que, al no poder celebrar el sacramento de la pasión del Señor con el pueblo anterior de Dios, como aún estábamos lejos de la comunión de los santos e impuros, incluso muertos en pecados; pero que después de haber cumplido los mismos sacramentos de la encarnación del Señor, venimos a la fe, como en la luz del segundo mes celebramos la Pascua del Señor; en cuyo décimo día del mes se completó el arca, porque el Señor, apareciendo en la carne, nos prometió el denario del reino celestial, nos concedió poder cumplir el Decálogo de la ley, dada la gracia del Espíritu Santo: la cual gracia también puede ser figurada en ese número de siete días en el que, después de hecha el arca, se esperaba su entrada y la llegada del diluvio, porque ciertamente, habiendo recibido la promesa del reino, que se expresa en el denario, se da a los fieles la gracia del

Espíritu, por la cual pueden unirse a los miembros de la santa Iglesia. También podemos entender correctamente que el arca fue sumergida por el diluvio el decimoséptimo día del mes y no antes, porque cada uno de los fieles primero debe ser marcado en la fe de recibir el verdadero descanso y el denario celestial, es decir, la imagen del rey eterno, y así ser introducido en la sociedad de la Iglesia por el lavacro de la regeneración. Pero cuando por el diluvio se rompieron todas las fuentes del gran abismo y se abrieron las cataratas, es decir, las ventanas del cielo, el nombre del gran abismo designa la Escritura del Antiguo Testamento, que, cerrada durante mucho tiempo por el velo de la letra, no pudo abrir al mundo las venas de la inteligencia espiritual, pero ahora, revelada por el Señor, también ella ministra a la Iglesia las fuentes más abundantes de conocimiento salvador. Las cataratas del cielo abiertas designan la efusión de la predicación evangélica y apostólica, que manifiestamente irrigan los corazones terrenales desde lo alto. Por lo tanto, porque tanto con las palabras de la profecía reveladas, como con los pregoneros del Nuevo Testamento predicando abiertamente, somos confirmados en la fe de la regeneración, se dice correctamente que para hacer el diluvio se rompieron todas las fuentes del gran abismo y se abrieron las cataratas del cielo.

El Señor cerró el arca por fuera, y el diluvio duró cuarenta días sobre la tierra. Este es el octavo día desde que se completó toda la construcción del arca. De lo cual se deduce que el arca se hizo en el gran misterio del décimo día del mismo segundo mes. El primer mes puede entenderse adecuadamente como aquel antiguo pueblo de Dios reunido de entre los hebreos. El segundo mes, sin embargo, es el pueblo del Nuevo Testamento. De ahí que en la ley se ordena que cualquiera que, ya sea por impureza debido a un muerto, o por estar en un viaje largo, o por cualquier otra necesidad, no pudiera celebrar la Pascua en el primer mes, lo hiciera en este segundo mes, en la sangre del cordero y panes ácidos el día catorce al atardecer. En la adición de este mes estamos señalados nosotros, que, al no poder celebrar el sacramento de la pasión del Señor con el pueblo anterior de Dios, como aún estábamos lejos de la comunión de los santos e impuros, incluso muertos en pecados; pero que después de haber cumplido los mismos sacramentos de la encarnación del Señor, venimos a la fe, como en la luz del segundo mes celebramos la Pascua del Señor; en cuyo décimo día del mes se completó el arca, porque el Señor, apareciendo en la carne, nos prometió el denario del reino celestial, nos concedió poder cumplir el Decálogo de la ley, dada la gracia del Espíritu Santo: la cual gracia también puede ser figurada en ese número de siete días en el que, después de hecha el arca, se esperaba su entrada y la llegada del diluvio, porque ciertamente, habiendo recibido la promesa del reino, que se expresa en el denario, se da a los fieles la gracia del Espíritu, por la cual pueden unirse a los miembros de la santa Iglesia. También podemos entender correctamente que el arca fue sumergida por el diluvio el decimoséptimo día del mes y no antes, porque cada uno de los fieles primero debe ser marcado en la fe de recibir el verdadero descanso y el denario celestial, es decir, la imagen del rey eterno, y así ser introducido en la sociedad de la Iglesia por el lavacro de la regeneración. Pero cuando por el diluvio se rompieron todas las fuentes del gran abismo y se abrieron las cataratas, es decir, las ventanas del cielo, el nombre del gran abismo designa la Escritura del Antiguo Testamento, que, cerrada durante mucho tiempo por el velo de la letra, no pudo abrir al mundo las venas de la inteligencia espiritual, pero ahora, revelada por el Señor, también ella ministra a la Iglesia las fuentes más abundantes de conocimiento salvador. Las cataratas del cielo abiertas designan la efusión de la predicación evangélica y apostólica, que manifiestamente irrigan los corazones terrenales desde lo alto. Por lo tanto, porque tanto con las palabras de la profecía reveladas, como con los pregoneros del Nuevo Testamento predicando abiertamente, somos confirmados en la fe de la regeneración, se dice correctamente que para hacer el diluvio se rompieron todas las fuentes del gran abismo y se abrieron las cataratas del cielo.

El Señor cerró el arca por fuera, porque siempre protege a su Iglesia, que se regocija en el lavado del sagrado bautismo, con la defensa celestial, para que ninguno de aquellos que ha predestinado a la vida perezca de ninguna manera, y la guarda por todos lados mientras lucha entre las olas del mundo, para que no pueda ser oprimida o sumergida por las presiones o deleites del siglo. Porque el Señor envía a su ángel alrededor de los que le temen, y los libraré. Pero también en el día del juicio, el Señor cierra a Noé con los habitantes del arca por fuera, cuando, habiendo colocado a sus elegidos con él en la casa de su Padre, cierra la puerta del reino a la entrada de los perdidos, aunque se arrepientan tarde, para siempre, según aquella parábola en el Evangelio de las diez vírgenes, donde se dice que las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta, y demás. Bien se dice que llovió sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches; porque diez multiplicado por cuatro hace cuarenta, ya que toda la culpa de los pecados, que se comete en los diez mandamientos de la ley, se lava en todo el mundo, que se contiene en cuatro partes, por el sacramento del bautismo celestial, ya sea esa culpa, que se refiere a los días, contraída por la prosperidad de las cosas, o la que se refiere a las noches, contraída por la adversidad de las cosas.

Y las aguas se multiplicaron, y elevaron el arca en lo alto de la tierra, las aguas inundaron con fuerza y llenaron todo en la superficie de la tierra. Y las aguas del bautismo y de la fe, multiplicadas por todo el mundo, elevan a la Iglesia del apetito de las cosas terrenales a la esperanza y el deseo de la vida celestial; pero también, cuando las tribulaciones frecuentemente golpean a la Iglesia, cuanto más llenan todo, tanto más la impulsan a buscar las alegrías de la otra vida: lo cual se designa bien en la historia sagrada, cuando se dice que el amorreo estrechó a los hijos de Dan en la montaña, y no les dio lugar para descender a las llanuras. El amorreo, de hecho, significa amargo, Dan significa juzgando, o juicio; y ¿quiénes son designados por los hijos de Dan, sino aquellos que examinan diligentemente todo lo que hacen para que sea recto, que caminan a la luz de la palabra de Dios, juran y se comprometen a guardar sus juicios de justicia; y quiénes son representados por el amorreo, sino aquellos que intentan perturbar o incluso subvertir la dulzura de la vida de los santos con la amargura de las tribulaciones? El amorreo estrecha a los hijos de Dan en la montaña, y no les permite descender a las llanuras, cuando a menudo una gran tormenta de persecuciones afecta a los elegidos, de modo que no pueden permitirse ningún tiempo para pensamientos débiles; sino que, viviendo en suma continencia, deben dedicarse continuamente a la oración, el ayuno y la meditación de las Escrituras divinas, para que, con un mayor ejercicio de virtudes, puedan superar las mayores pruebas de las tentaciones.

Por otro lado, el arca flotaba sobre las aguas, y las aguas prevalecieron mucho, y todos los montes altos bajo todo el cielo fueron cubiertos. Los montes significan a los soberbios y a aquellos que se exaltan en la gloria de este mundo: a estos montes las aguas cubren, pero el arca flota sobre ellas, porque el torrente de las tentaciones oprime y sumerge a los soberbios e impíos, pero es superado por los justos, que con libre curso de buena obra y mente alegre no dejan de tender al puerto de la salvación eterna: lo cual fue bien figurado cuando Pedro caminó sobre el mar hacia el Señor, porque la Iglesia, pisoteando las olas del mundo, llegaría a la tranquilidad de la vida celestial. Asimismo, las aguas del diluvio elevan el arca en lo alto, cubren y ocultan los montes, porque el sacramento del bautismo, por el cual la Iglesia es elevada, desprecia la altitud soberbia del mundo y demuestra que debe ser tenida en nada; y porque somos bautizados con la esperanza del futuro descanso de las almas y la resurrección de los cuerpos a la vida eterna, que la sabiduría carnal ignora, se añade correctamente:

El agua fue quince codos más alta que los montes que cubría. Siete y ocho hacen quince; y el número siete se refiere al descanso de las almas que será después de la muerte, porque el Señor descansó en el sepulcro el séptimo día del sábado; y porque resucitó de entre los

muestrados después del sábado, es decir, el octavo día, el número ocho insinúa muy correctamente el tiempo de nuestra resurrección. Por lo tanto, el agua superó los montes altos por quince codos, es decir, siete y ocho, porque la fe de la Iglesia, que se santifica en la fuente del lavacro salvador, supera en esperanza de descanso futuro e inmortalidad a toda la altivez de la filosofía carnal, que sabe discutir sutilmente sobre la creación del mundo, pero no sabe decir nada sobre el Creador del mundo y la vida de los santos que está por encima del mundo.

Y las aguas prevalecieron sobre la tierra ciento cincuenta días. Y este número se refiere al mismo sacramento que el quindenario; porque setenta y siete, y ochenta se denominan ochenta, y al unir ambos números, las aguas prevalecieron sobre la tierra ciento cincuenta días, recomendando y confirmando, como dije, la acción del bautismo en la consagración del nuevo hombre para mantener la fe del descanso y la resurrección.

Pero el Señor se acordó de Noé, de todos los animales y de todos los ganados que estaban con él en el arca, y envió un espíritu sobre la tierra, y las aguas disminuyeron. En el nombre del Espíritu puede entenderse el mismo Espíritu vivificador de Dios, del cual se dijo al principio: "Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas" (Génesis 1, 3), del cual no hay duda de que, así como entonces, reuniendo las aguas en un solo lugar, secó la tierra, así también ahora, quitando de en medio las aguas del diluvio, nuevamente reveló la faz de la tierra. También puede este viento aéreo ser llamado Espíritu, según aquello del salmista: "Dijo y se levantó el viento de la tempestad" (Salmo 106, 25), cuyos soplos frecuentes suelen disminuir o mover las aguas de lugar; de donde es aquello del Exodo: "Y cuando Moisés extendió su mano sobre el mar, el Señor lo retiró, soplando un viento fuerte y ardiente toda la noche, y lo convirtió en tierra seca, y las aguas se dividieron" (Éxodo 14, 27).

Y se cerraron las fuentes del abismo, y las cataratas del cielo, y se prohibieron las lluvias del cielo, y las aguas regresaron de la tierra yendo y viniendo, y comenzaron a disminuir después de ciento cincuenta días. Lo que dice que las aguas regresaron de la tierra yendo y viniendo, indica claramente según la letra que todos los cursos de los ríos y arroyos regresan a través de las venas ocultas de la tierra al abismo matriz, según aquello de Salomón: "Todos los ríos van al mar, y el mar no se llena; al lugar de donde salen los ríos, allí vuelven para fluir de nuevo" (Eclesiastés 1, 7). Místicamente, sin embargo, después de ciento cincuenta días se cierran las fuentes del abismo y las cataratas del cielo, cesando las lluvias, las aguas regresan, porque las palabras del sagrado oráculo, después de habernos instruido en la fe y la esperanza del descanso perpetuo e inmortalidad, cesarán de enseñarnos, porque no tendrán nada mayor que prometer, después de habernos llevado, perfectos en la gloria inmortal de la carne y el espíritu, a la visión bienaventurada de nuestro Creador. De donde bien el libro de los Salmos, que se contiene en el número centenario y quinquagenario, se consuma en la alabanza divina. Comenzando, de hecho, la bienaventuranza con la continencia y la meditación de la ley divina, diciendo: "Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de impíos" (Salmo 1, 1), y demás. Hacia el final, recomendando las nuevas alegrías del siglo futuro, diciendo, y al final completando todo en la alabanza de Dios: "Cantad al Señor un cántico nuevo, su alabanza en la congregación de los santos" (Salmo 149, 1); así concluyendo; "Todo lo que respira alabe al Señor" (Salmo 150, 6). Este salmo ciento cincuenta con razón se canta y se completa todo en la alabanza de Dios, porque ciertamente la suma de toda nuestra bienaventuranza es que, habitando en su casa, lo alabemos sin fin.

Y el arca reposó en el séptimo mes, el día veintisiete del mes, sobre los montes de Armenia. Que el arca reposara en el séptimo mes, se refiere a aquella séptima tranquilidad de la que se ha hablado a menudo, porque todos los perfectos, y aquellos que son como cuadrados por la

constancia de su pensamiento fijo en Dios, tienden al descanso. Bien el día veintisiete del mismo mes, que es un número cuadrado sólido según la razón aritmética, el arca llegó al descanso. El número tres, de hecho, se adapta a la devoción de nuestra mente por la memoria con la que recordamos a Dios, por la inteligencia con la que lo conocemos, por la voluntad con la que lo amamos. Pero esta misma trinidad, para que pase de una línea simple y recta a la cuadratura, multiplica tres por tres, hacen nueve; para que esta cuadratura también tome altura y se haga sólida, multiplica nuevamente nueve por tres, serán veintisiete, es decir, completarás el número ternario cuadrado sólido, en el cual el arca reposó, porque la Iglesia, cuadrada por la estabilidad de su mente y acción, espera el descanso tanto en esta vida como en la futura, percibe el descanso eterno. Reposó, sin embargo, sobre los montes de Armenia, porque, habiendo pisoteado la cima de la pompa mundana, incluso en esta peregrinación, viviendo, se acerca con el alma a las alegrías celestiales.

Pero las aguas iban y disminuían hasta el décimo mes. Puede expresarse en el décimo mes aquel tiempo en el que los santos con el Señor entran en las alegrías de la luz eterna. Porque él mismo en el Evangelio, con el nombre de denario, que se daría a los trabajadores de la viña, insinúa la percepción del mismo reino celestial. El denario, de hecho, tiene diez obolos. Por lo tanto, las aguas que diluyeron el arca van y disminuyen hasta el décimo mes, porque el lavacro del bautismo, cuando en cada uno de los fieles ha cumplido su función, cesa. Porque nadie, si peca, puede ser purificado de nuevo en la misma fuente del sagrado bautismo; pero ya una vez lavados y santificados, los envía a la esperanza de la vida celestial, es decir, cuando vengan y aparezcan ante la faz de Dios.

Porque en el décimo mes, el primer día del mes, aparecieron las cimas de los montes. Puede entenderse el primer día del décimo mes como el inicio de aquella vida perenne, en la que incluso en esta vida los santos prueban y ven que el Señor es bueno. En ese día aparecen las cimas de los montes, porque cuanto más perfectamente se lleva esto en su corazón puro, tanto más claramente se revela la altitud mundana que en vano se infla.

Y cuando pasaron cuarenta días, Noé abrió la ventana del arca que había hecho y soltó un cuervo, etc. Hemos dicho antes sobre la ventana del arca, que se abre después del diluvio, que esta representa los misterios celestiales ocultos, a los cuales los bautizados son especialmente iniciados; pero algunos usan estos mismos sacramentos para las tentaciones del mundo, mientras que otros los usan para obras de piedad; y estos últimos se representan en la paloma, aquellos en el cuervo. El hecho de que cuarenta días se completan multiplicando diez por cuatro, puede en el número de días cuarenta no sin razón indicar el cumplimiento de la ley divina, que se perfecciona por la gracia del evangelio. La ley se contiene en diez mandamientos: la doctrina del evangelio está descrita en cuatro libros, y apropiadamente después del comienzo del décimo mes, después de la aparición de las cimas de las montañas, pasan cuarenta días, y así Noé, abriendo su ventana, permitió la entrada de una nueva luz en el arca, porque ciertamente Cristo revela a los fieles la vida futura que recibirán, y también revela a sus fieles la soberbia de aquellos que, situados fuera de la Iglesia, se jactan de la gloria mundana, porque los preceptos de la ley no deben cumplirse por las fuerzas de la libertad humana, sino por el don de la gracia evangélica a través de Él, quien, cuando han recibido esta fe y humildad de pedir ayuda divina en todo, entonces también merecen conocer los dones más altos de la patria celestial, como si una ventana recién abierta en el arca, pero, como hemos dicho, algunos usan este conocimiento de los dones celestiales para su perdición, otros para su salvación; de donde bien se añade sobre el cuervo soltado del arca. Que salía y regresaba, hasta que se secaron las aguas sobre la tierra. No dice que salió y regresó al arca; sino que salía, dice, y regresaba hasta que se secaron las aguas sobre la tierra,

porque evidentemente se movía de aquí para allá con un vuelo incierto, a veces comenzando a irse, a veces regresando al arca como si fuera a entrar, pero sin volver a la ventana de donde había salido, sino más bien vagando afuera hasta que, al retirarse las aguas, encontró descanso y un lugar fuera del arca; a cuya salida y camino se comparan correctamente aquellos que han sido instruidos e imbuidos de los sacramentos celestiales, pero que no se despojan de la negrura de la atracción terrenal, prefiriendo más bien los amplios caminos del mundo que los claustros de la conversación eclesiástica.

También soltó una paloma después de él, para ver si ya habían cesado las aguas sobre la faz de la tierra; pero como no encontró dónde descansar su pie, regresó a él al arca. Porque las aguas estaban sobre toda la tierra; extendió la mano, y tomándola, la introdujo en el arca. La paloma, como hemos dicho, representa la mente espiritual y sencilla de los elegidos, quienes, al abrirse para ellos la ventana de la contemplación celestial, desprecian con tanto más cuidado todo lo que se mueve en lo bajo, cuanto más alto contemplan los gozos que permanecen para siempre. Tales, en ejemplo de esta paloma, desprecian volando más alto todos los placeres del mundo, de modo que ni siquiera se preocupan por tocarlos con las huellas más bajas de su mente, como aquellos que no pueden encontrar en este mundo un verdadero descanso, cuyas adversidades y prosperidades se llevan y se mueven como aguas que fluyen. No solo estos se esfuerzan por permanecer dentro de los límites de la Iglesia, sino que también se esfuerzan por introducir a otros en ella tanto como pueden, ya sea con su ejemplo o exhortación; de donde se añade correctamente;

Después de esperar otros siete días, volvió a soltar la paloma del arca; y ella regresó al atardecer llevando en su pico una rama de olivo con hojas verdes. La rama de olivo encontrada afuera y llevada en el pico de la paloma al arca lleva el tipo de aquellos que reciben el bautismo fuera de la Iglesia, pero son fructíferos con la grasa de la caridad, y con una intención piadosa son íntegros como la verdor de las hojas: muchos de los cuales, en un tiempo posterior, como al atardecer, son reconciliados por hombres espirituales como si fueran llamados por el pico de la paloma a la Iglesia, lo cual hizo bien después de siete días desde que la paloma no encontró descanso afuera. El número de siete días se suele adaptar mística a la luz de la gracia espiritual, porque ciertamente los hombres espirituales, después de abstraer su mente de los deseos carnales, intentan, advertidos por el mismo espíritu de gracia, abstraer también a otros de ellos. También se puede entender que en la paloma, que después del diluvio, al abrirse la ventana, llevó una rama de olivo al arca, se prefigura esto, que, cuando el Señor fue bautizado en el Jordán, se abrieron los cielos, y el Espíritu Santo descendió en forma de paloma sobre Él; lo cual, al recibir el bautismo cada uno de los hijos de la Iglesia, se impone la mano del pontífice a través de la unción del sagrado crisma para abrirles también la puerta del reino celestial, para que reciban el Espíritu Santo. A esta figura se adapta adecuadamente que el cuervo había salido antes de la introducción de la oliva por la paloma, y no regresó al arca, para que no pasara en silencio la profecía o la perfidia de Simón, quien fue bautizado en la Iglesia, pero, antes de recibir la gracia del Espíritu Santo por la imposición de manos, fue rechazado por la Iglesia, porque lleno de hiel de amargura no llevaba la inocencia de la simplicidad de la paloma, sino más bien la negrura del cuervo en un corazón maligno.

Entonces Noé entendió que las aguas habían cesado sobre la tierra, y esperó otros siete días, y soltó la paloma, que no regresó más a él. La paloma que, cesando las aguas, salió del arca sobre la tierra y no regresó, significa las almas de los santos que salen de esta vida a la luz libre de la patria celestial, y no regresan más a la conversación terrenal: en la cual patria ciertamente como la profecía será anulada, el conocimiento será destruido, las lenguas cesarán, así también la onda del bautismo se secará; pero la caridad nunca caerá, por la cual

la verdad y la vida inmutable se verán y alabarán perpetuamente presentes. Y porque no solo es don del don celestial que obremos bien, sino también que después de las buenas obras lleguemos a la vida eterna, correctamente la paloma no solo salió después de siete días para llevar la rama de olivo al arca, sino que, llevada la oliva, salió después de otros siete días para disfrutar de la vista libre del sol y como de un nuevo mundo. Porque la gracia de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, y de su plenitud todos hemos recibido, gracia sobre gracia, gracia de retribución por la gracia de la buena acción.

Por lo tanto, en el año seiscientos uno, en el primer mes, el primer día del mes, las aguas se retiraron sobre la tierra; y abriendo Noé el techo del arca, miró y vio que la superficie de la tierra estaba seca. El techo del arca dice la tabla superior de la cual se había dicho: Y en un codo completarás la cima. En este techo, que es largo y ancho un codo, dijimos que se significa al mismo Mediador entre Dios y los hombres, quien quiso unirse humanamente a los miembros de su Iglesia, de modo que singularmente superara esta con la dignidad de su poder, y la protegiera toda desde lo alto. Pero Noé abrió este techo, al irse el diluvio, porque después de celebrar el sacramento del bautismo, es necesario que a cada uno de los fieles se le revelen diligentemente desde el tiempo de la Encarnación del Señor los misterios por boca de los doctores, para que, conociendo lo que Él hizo o enseñó en la carne, sigan sus huellas imitando según su medida. Y esto se dice que se hizo muy apropiadamente el primer día del primer mes después de seiscientos años, para mostrar también el comienzo del año, del mes y del día, la nueva iniciación de la vida espiritual que debía comenzar para los fieles. Por último, el mismo mes en la ley en el que se ordenó hacer la Pascua, se llama mes de los nuevos, por el gran sacramento de la renovación de nuestra vida antigua en la pasión de Cristo.

En el segundo mes, el vigésimo séptimo día del mes, la tierra se secó. Se ha dicho antes que al comenzar el primer mes la superficie de la tierra estaba seca; y ahora se describe que en el segundo mes casi completo la tierra estaba seca, porque ciertamente entonces la tierra estaba seca en la superficie con hierbas verdes, para que pudiera reverdecer, y las hierbas que el agua había consumido, germinaran de nuevo. Ahora, sin embargo, estaba tan seca incluso en el interior, que podía soportar los pasos de los que la pisaban, tan vestida de hierbas florecientes, que también era adecuada para pastar ganado y bestias.

Entonces Dios habló a Noé diciendo: Sal del arca tú y tu esposa, tus hijos y las esposas de tus hijos contigo; todos los animales que están contigo de toda carne, tanto en aves como en bestias, y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra, sácalos contigo; y entren en la tierra. Crezcan y multiplíquense, y llénenla. Entonces salió Noé y sus hijos, y los demás. De muchas maneras y en muchos modos los mismos misterios de la Iglesia de Cristo se repiten con significado reiterado. La salida de Noé del arca a la tierra purificada por el diluvio con los hombres y animales que había introducido con él, se adapta figurativamente a aquel tiempo cuando los fieles, lavados en la fuente del bautismo, salen también a realizar buenas obras en público, con Cristo como guía, el Noé espiritual, y de inmediato crecen y se multiplican con el aumento de las virtudes espirituales. Vayan, dice, al mundo, enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo XXVIII, 19); lo cual es figuradamente decir: introduzcan en el arca todos los géneros de animales para ser lavados por las aguas, y de inmediato añadió: Enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado (Ibid., 20), como si dijera típicamente: Y los animales que salgan del arca después del diluvio entren en la nueva faz de la tierra, floreciendo con nuevas flores, y allí se multipliquen y crezcan. Pero que salgan del arca el vigésimo séptimo día del mes, que es un número ternario cuadrado sólido, como hemos dicho antes, significa la perfección de la fe que se consagra en el bautismo, que no puede titubear en ninguna parte,

sino que siempre permanece invicta y estable contra todas las insidias del diablo. Es de notar, casi según la letra, que estuvieron un año solar completo en el arca, quienes entraron en ella el decimoséptimo día del segundo mes, y después de un año salieron el vigésimo séptimo día del mismo mes. Si hoy, por ejemplo, en las Calendas de abril, fuera luna decimoséptima, el año siguiente, el día antes de las mismas Calendas, sería luna vigésima séptima, habiendo transcurrido en orden trescientos sesenta y cinco días, que completan el año solar. Por lo tanto, estuvieron un año completo en el arca, es decir, hasta que el sol, recorriendo el círculo del zodíaco, iluminara todas las regiones del mundo con sus doce meses, para que así como el agua cubría todo el orbe purificándolo, así también el sol, como cooperando con ella, recorriendo todo el orbe en el mismo espacio de tiempo, lo iluminara con la luz de su resplandor. Como el Señor, Fuente de vida, así también el Sol de justicia suele ser llamado figuradamente. Fuente, porque regenera; Sol, porque nos ilumina, según aquello del Salmista; Porque contigo está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz (Salmo XXXV, 10). Y durante un año solar completo estuvo Noé con los animales y hombres que debían ser salvados por el diluvio en el arca, porque el Señor durante todo el tiempo de este siglo, y por todas las regiones del orbe, lava a su Iglesia con el agua del baño de salvación, e ilumina con la gracia de su Espíritu.

Noé edificó un altar al Señor, y tomando de todos los animales y aves puras, ofreció holocaustos sobre el altar. Como hombre justo y verdaderamente perfecto en sus generaciones, después de sobrevivir a tan gran calamidad, inmediatamente, al edificar un altar, da gracias al Creador, al mismo tiempo suplicando que el mundo no merezca ser golpeado de nuevo con tal plaga. Y porque suplica devota y piadosamente, pronto se hace digno de ser escuchado. Pues sigue:

Y el Señor percibió el olor de suavidad, y le dijo: No volveré a maldecir la tierra por causa del hombre. Y fue digno de que el hombre santo y previsor del futuro, así como Abel consagró el inicio de la primera edad del mundo con sacrificios ofrecidos a Dios, así también él consagrara el inicio de la segunda edad del mundo; lo mismo se recuerda que hicieron Abraham y Melquisedec al inicio de la tercera edad. También el rey David, patriarca de la cuarta edad, hizo lo mismo en la era de Arauna el jebuseo; Jesús, el gran sacerdote, y Zorobabel al inicio de la quinta edad, restaurando el altar que destruyeron los caldeos, en el mismo lugar se dice que lo hicieron: todas estas cosas prefiguraron al sumo Rey y verdadero Pontífice nuestro, quien al inicio de la sexta edad, o más bien toda la sexta edad, consagraría a Dios la hostia de su cuerpo y sangre en el altar de la santa cruz: pero lo que se dice que al ofrecer Noé el holocausto, el Señor percibió el olor de suavidad, no significa aquel olor de suavidad que al salir de las hostias encendidas podía deleitar las narices humanas; sino más bien dice aquel olor de virtudes, que, procedente del purísimo corazón del oferente, ascendía a la vista de la Majestad divina; tal como olía el patriarca Isaac en su hijo Jacob, cuando decía: He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno, al cual bendijo el Señor (Génesis XXVII, 27), y de lo cual el Apóstol dice: Somos buen olor de Cristo para Dios en todo lugar (II Corintios II, 15). Según los sentidos místicos, Noé ofrece holocaustos muy apropiadamente después del diluvio, porque este es el orden de nuestra consagración en Cristo, que primero seamos lavados en la fuente de la vida, y luego seamos alimentados en el sagrado altar con la libación de la oblación del Señor; de donde dice el Apóstol: Pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados (I Corintios VI, 11). Lavados, evidentemente, en el bautismo, santificados con la hostia de salvación, justificados con buenas acciones. También pueden ser especialmente figurados en los holocaustos que se ofrecieron al Señor después del diluvio de animales puros, los santos mártires, quienes después del baño del bautismo no solo conservaron la pureza de vida, sino que también

derramaron su sangre por el Señor. El holocausto, de hecho, se llama todo quemado, con el cual se nombraban aquellos sacrificios que solían ser consumidos enteramente por el fuego sagrado, y de los cuales nada quedaba para el uso de los oferentes; por lo cual estas ofrendas figuradamente convienen a los santos mártires, quienes no solo en su vida, sino también en su muerte, merecieron glorificar a Dios. El altar en el que se ofrecen estos holocaustos es el mismo corazón de los elegidos, edificado por nuestro Noé, es decir, Cristo, e imbuido celestemente con el fuego de su espíritu, que envió a la tierra y quiso que ardiera vehementemente. Y bien muchos holocaustos, pero un solo altar, porque la multitud de creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, y no había en ellos ninguna separación; y el Apóstol dice: Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Efesios IV, 13). Se ofrecen holocaustos de todos los animales y aves puras, porque de toda nación, de todo género de hombres, de toda edad, los fieles han llegado a la palma del martirio. Si ciertamente se debe creer que hay alguna diferencia entre los animales puros y las aves puras, en los animales ofrecidos en holocausto se designan aquellos que de la vida común del pueblo de Dios se hicieron mártires; en las aves, aquellos que, acostumbrados a volar frecuentemente en contemplación, buscaron las cosas celestiales, y además fueron coronados con una muerte preciosa. Salen del arca los animales puros e impuros, así como las aves, pero solo de los puros se ofrece sacrificio al Señor. Los fieles ascienden del baño del bautismo con la remisión de los pecados recibida, pero muchos de ellos regresan a las manchas del pecado después del bautismo. Otros perseveran firmemente en la pureza de vida recibida hasta el final. Algunos cuidan tanto de la pureza recibida una vez, que incluso ponen sus almas por su custodia; porque ciertamente los animales puros o las aves habían entrado al arca de siete en siete, es evidente que de aquellos que sobrevivieron en pares se ofrecieron holocaustos al Señor. Y bien las aves o los animales séptimos fueron destinados como ofrenda al Señor, por la gracia del Espíritu séptuplo, cuyo don se concede a los fieles no solo para que crean en el Señor, sino también para que sufran por Él. También puede designarse muy correctamente en los animales y aves que se encontraron en el número séptimo y se hicieron holocausto del Señor, la gloria de las vírgenes, que se contiene como en un número impar, porque ciertamente, sin la unión conyugal, prefirió llevar una vida célibe, y como en holocausto se ofrece al Señor cuando, desechando las preocupaciones y acciones carnales, se consagra toda al Creador por el fuego del amor supremo, de las cuales en el Apocalipsis Juan dice: Estos son los que no se contaminaron con mujeres; porque son vírgenes: estos son los que siguen al Cordero dondequiera que va; estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y el Cordero. Pero al ofrecer Noé holocaustos, el Señor percibió el olor de suavidad, porque ya sea la pasión de los bienaventurados mártires o la vida virginal de los fieles consagrada y ofrecida a Él por la gracia de Cristo, Dios Padre la acepta con gratitud.

Y le dijo: No volveré a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el sentido y el pensamiento del corazón humano están inclinados al mal desde su juventud. No volveré a herir a todo ser viviente como lo he hecho. El Señor promete no volver a maldecir la tierra, ni a herir a todo ser viviente, porque los hombres son tan proclives a pecar, que incluso si fueran castigados de nuevo con un diluvio, no obstante, después de que este pasara, se envolverían de nuevo en vicios y crímenes. Donde se debe observar que aunque se dice que el sentido del corazón humano está inclinado al mal desde la juventud, desde la cual ciertamente suelen generarse en nosotros los incentivos de los deseos carnales, no es consecuente que desde el tiempo de la pubertad comencemos a ser sujetos a los pecados, aunque desde entonces la edad lasciva incite a cometer mayores. Pues también es sentencia divina la que dice: Un yugo pesado sobre los hijos de Adán desde el día de su salida del vientre de su madre (Eclesiástico XL, 1), el mismo yugo de la primera transgresión, por la cual todos fuimos concebidos en iniquidades y nacidos en delitos, aunque desde la adolescencia añadimos voluntariamente

más a aquellos con los que no por nuestra voluntad, sino por el mérito de la culpa paterna, vinimos a esta luz; de todos los cuales no somos liberados sino por la gracia de Dios a través de Jesucristo. No volveré, dice, a herir a todo ser viviente como lo he hecho; pero esta promesa de piedad hasta dónde se extiende lo manifiesta añadiendo cuando dice:

Todos los días de la tierra, la siembra y la cosecha, el frío y el calor, el verano y el invierno, la noche y el día, no cesarán. Pues cuando dijo "todos los días", añadió "de la tierra", para que entendieras que todos los días en que la tierra mantenga su estado actual, los hombres deben estar seguros de no ser sorprendidos por un diluvio universal; sin embargo, no faltará el tiempo en que, cesando esta sucesión de cosas pasajeras que se realiza anualmente, el mundo entero con sus criaturas será destruido por el fuego, como atestigua Pedro, quien dice: "Porque los cielos existían antes, y la tierra, constituida de agua y por el agua mediante la palabra de Dios, por lo cual el mundo de entonces pereció inundado por agua. Pero los cielos que ahora existen, y la tierra, están reservados por la misma palabra para el fuego en el día del juicio" (II Pedro III, 5). Donde se debe notar que los cielos que dice que fueron destruidos por el agua o que serán destruidos por el fuego, no debemos entenderlos como otros que no sean este aire turbulento que está próximo a la tierra, del cual las aves del cielo reciben su nombre porque vuelan en él. Pues los cielos etéreos o siderales no serán consumidos por el fuego, así como tampoco fueron consumidos por el agua.

Y bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y vuestro temor y vuestro espanto sea sobre todos los animales de la tierra, y sobre todas las aves del cielo con todos los que se mueven sobre la tierra. Todos los peces del mar han sido entregados en vuestra mano, y todo lo que se mueve y vive os será para alimento; como las hierbas verdes os he dado todo. El sentido literal es claro en cuanto a que el inicio de la segunda edad del mundo, al igual que el de la primera y el de las demás, es bendecido por el Señor. Pues Noé es bendecido con sus hijos, es decir, con todos aquellos que, nacidos de su carne y dotados de fe y obediencia, demuestran ser verdaderamente sus hijos; su descendencia es mandada a llenar la tierra, como se constata que ha sucedido; se proclama que los hombres deben ser un terror para todos los animales de la tierra y las aves del cielo; y se les concede comer de estos junto con los peces, de la misma manera que hasta el diluvio se les había dado comer hierbas. Donde se debe notar que, al ordenar que su temor y espanto estén sobre los animales, ciertamente prohíbe que estén sobre los hombres. Pues es contrario a la naturaleza querer ser temido por un igual: y sin embargo, es necesario que los gobernantes sean temidos por los súbditos cuando descubren que estos no temen a Dios. Porque al exigir temor de aquellos que viven perversamente, es como si no dominaran a hombres, sino a animales, ya que, en la medida en que los súbditos son bestiales, deben también yacer sometidos al temor. Según la interpretación espiritual, Noé es bendecido con sus hijos, es decir, nuestro Señor y Salvador con los apóstoles, a quienes también se dignó llamar hijos, diciendo: "No pueden los hijos del esposo ayunar mientras el esposo está con ellos" (Mateo IX, 15). Dios Padre mandó a estos crecer y multiplicarse por todo el mundo, cuando el Señor dijo a los discípulos: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura" (Marcos XVI, 14), es decir, a todas las naciones. Pues todos los mandamientos del Señor Salvador son ciertamente mandamientos del Padre. Él mismo dijo: "Lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho" (Juan XII, 50). A estos, pues, sometió todo animal que se mueve en la tierra, todas las aves del cielo, todos los peces del mar, cuando dijo: "Todo lo que atareis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo" (Mateo XVIII, 18). Los animales, las aves, los peces insinúan personas de diversos ingenios y costumbres, que todas, después del diluvio, son dadas como alimento a los hijos de Noé, porque después de que el Señor trajo al mundo el don del lavacro

salvador, quiso que también se ministrara a todas las naciones, diciendo a los apóstoles: "Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mateo XXVIII, 19). Pues estas cosas son dadas como alimento a los hijos de Noé según lo que se dice a Pedro, a quien se le mostró en un lienzo místico todos los cuadrúpedos y reptiles de la tierra: "Levántate, Pedro, mata y come" (Hechos X, 13); es decir, extingue a los gentiles de lo que vivieron mal, predicando la verdad; e introdúcelos en los miembros de la Iglesia iniciándolos en los sagrados misterios; de donde aquí también se añade correctamente:

Excepto que no comeréis carne con su sangre. Pues con la sangre se designan con razón los deseos carnales y el sentido carnal. La sangre se derrama cuando se renuncia a las lujurias y pensamientos carnales, en los cuales se vivía mal, para que tales personas puedan decir con el Apóstol: "Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí" (Gálatas II, 29). Y de nuevo: "No consulté inmediatamente con carne y sangre" (Gálatas I, 16): de lo contrario, quien comienza a incorporar a la unidad de la santa Iglesia a aquellos que persisten en sus antiguos crímenes bautizándolos, como si comiera animales dados por el Señor con su sangre, porque recibe en sociedad a aquellos cuya conciencia aún está retenida por su antigua conversación como si estuviera sofocada. Se dice que en esto fue la mayor transgresión de los gigantes, porque comían carne con su sangre; por eso el Señor, habiéndolos extinguido con el diluvio, concedió a los hombres comer carne, pero prohibió que lo hicieran con su sangre.

Porque ciertamente reclamaré la sangre de vuestras almas de la mano de todas las bestias, y de la mano del hombre, de la mano de cada uno de su hermano reclamaré la vida del hombre. Quien derrame sangre humana, su sangre será derramada. Pues la sangre de las almas se dice típicamente que es la misma vitalidad por la cual los hombres son animados, sostenidos y viven en la carne por el alma, así como también llama típicamente mano de las bestias al mismo efecto devorador, por el cual matan al hombre. Pues, ¿quién en su sano juicio creería verdaderamente que la sangre del hombre pertenece a la sustancia del alma? aunque el mismo legislador parece decirlo más claramente en otro lugar: "Porque la vida de toda carne está en su sangre" (Levítico XVII, 14). Así se dijo esto como se dijo "la roca era Cristo", no porque lo fuera, sino porque se significaba de allí. Sin embargo, no en vano la ley quiso significar el alma por la sangre, es decir, una cosa invisible por una visible, sino porque la sangre, difundida por todas las venas desde el mismo corazón en nuestro cuerpo, predomina más que los otros humores, de modo que dondequiera que se inflija una herida, no sale otro humor, sino él mismo. Así, el alma, que prevalece invisiblemente sobre todo lo que somos, se significa mejor por aquello que prevalece visiblemente sobre todo lo que somos. Es fácil entender cómo Dios reclama la vida del hombre de la mano del hombre, exigiendo venganza de quien pecó; pero con razón se puede preguntar cómo también se reclama de las bestias que carecen de razón, a menos que podamos entender aquí que se nos insinúa el misterio de la futura resurrección, cuando todos los cuerpos del género humano que fueron comidos por fieras, o consumidos de cualquier otra manera, o corrompidos, serán restituidos incorruptos, y todas las almas de los hombres, separadas de sus cuerpos por cualquier tipo de muerte, serán devueltas a sus cuerpos, para que, en el juicio, con esos mismos cuerpos, obtengan vida eterna por sus méritos buenos, o muerte por sus méritos malos. Y se añade apropiadamente:

Quien derrame sangre humana, su sangre será derramada. Muchos han derramado sangre humana, y su sangre no ha sido derramada. Y otros han matado a un hombre con veneno, o por ahorcamiento, y sin embargo, aunque el hombre haya muerto, no se ha derramado sangre; ¿cómo, pues, el Señor derramará su sangre en tal hombre, cuando el que mató no derramó sangre, sino porque la sangre del hombre, como hemos dicho, debe entenderse como su misma vitalidad por la cual subsiste? quien la derrame, es decir, quien mate a un hombre de

cualquier manera, su sangre será derramada, porque pecando pierde la vida eterna. "El alma que pecare, esa morirá" (Ezequiel XVIII, 20). Esto es similar a lo que se dice a Pedro: "Porque todos los que tomen la espada, a espada perecerán"; como si se dijera abiertamente: Todos los que matan injustamente a un hombre, ellos mismos perecen en el alma por la muerte. Y se añade apropiadamente:

Porque a imagen de Dios fue hecho el hombre. Por eso es un crimen mayor matar a un hombre inocente; porque quien hace esto, no solo destruye la obra que Dios hizo, sino que también corrompe su imagen. Por eso Dios reclama las almas de los hombres de las bestias, o de los hombres de quienes fueron expulsadas del cuerpo, porque hizo al hombre a su imagen en cuanto quiso que permaneciera para la eternidad, y no pereciera con la muerte del cuerpo como los animales; y por causa de este sacramento no se permite comer carne con sangre, para que seamos advertidos por este precepto de que fuimos creados a imagen de nuestro Creador según la sustancia del alma, y temamos corromper esa misma imagen en nosotros pecando.

Dijo también Dios a Noé y a sus hijos con él: He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestra descendencia después de vosotros, y lo demás hasta lo que dice: "Y no será destruida toda carne por las aguas del diluvio; ni habrá más diluvio que destruya la tierra". El sentido literal es claro, porque ya no debe temerse al mundo el juicio del agua, sino del fuego, y con repetición frecuente se refuta y condena la herejía de Orígenes, quien se atrevió a dogmatizar sobre las revoluciones de los siglos infinitos que siempre corren en el mismo orden. Místicamente, el agua del diluvio que no volverá a la tierra significa que el agua del bautismo, una vez recibida, no puede repetirse; porque quien está lavado, no necesita lavarse, como el mismo Señor testifica (Juan XIII, 10), y quienes, una vez lavados por las aguas de las tribulaciones, han llegado a la salvación perpetua, ya no son sumergidos en esas mismas aguas para ser purificados, sino que gozosos cantarán eternamente a su Redentor: "Pasamos por el fuego y el agua, y nos llevaste a un lugar de refrigerio" (Salmo LXV, 12). Ni debe parecer contrario a la significación del lavacro salvador lo que se dice arriba sobre las aguas del diluvio: "No volveré a maldecir la tierra por causa del hombre"; o lo que aquí se dice: "Ni habrá más diluvio que destruya la tierra", ya que el agua del bautismo no suele conferir maldición o destrucción de nuestra mente o carne, sino más bien bendición y salud; pero debe entenderse que el Señor de alguna manera maldice nuestra antigua conversación en el bautismo, y la disipa cuando nos manda renunciar al diablo y a todas sus obras y pompas; y así, purificados por una nueva confesión, merezcamos alcanzar la gracia de la bendición eterna.

Pondré mi arco en las nubes, y será señal del pacto entre mí y la tierra; y cuando cubra de nubes el cielo, aparecerá mi arco, y me acordaré de mi pacto con vosotros, y con toda alma viviente que se mueve en carne, y no habrá más aguas de diluvio para destruir toda carne. El arco en el cielo, que hasta hoy se ve, nos recuerda el pacto divino de que la tierra no será destruida más por un diluvio; pero también, si se considera bien, nos presenta ante los ojos una señal del juicio futuro que vendrá al mundo por el fuego. Pues no en vano resplandece con color azul y rojo, sino porque el color azul da testimonio de las aguas que pasaron, y el rojo de las llamas que vendrán. Apropiadamente, el arco iris, que llaman Iris, se pone como señal de la propiciación divina, pues ese arco suele resplandecer en las nubes, y con los rayos del sol que iluminan la oscuridad rocosa, responde de alguna manera con una confesión grata. El sol de justicia es Cristo, las nubes iluminadas por él son los santos, cuyos nombres están escritos en el cielo, y de quienes el salmista dice: "Señor, tu misericordia está en el cielo, y tu verdad hasta las nubes" (Salmo XXXV, 6). Y cuando aparece el arco en las nubes, el Señor se acuerda de su promesa de no destruir la tierra con un diluvio, porque por las intercesiones

de los santos, que saben brillar no de sí mismos, sino de él, se propicia a los fieles cuando levantan los ojos de la mente para desear las cosas celestiales, y reconocen su gloria en los hechos, palabras o incluso en el descanso de los justos precedentes, como en sus nubes, y será el arco en las nubes, y lo veré, y me acordaré del pacto eterno que se hizo entre Dios y toda alma viviente de toda carne que está sobre la tierra. Se dice humanamente que Dios se acuerda de su pacto al ver el arco en las nubes, quien, por los méritos de los santos, que existen gloriosos y celestiales por su iluminación, perdona y se compadece de nuestra fragilidad; pero él no recuerda algo nuevo, quien nunca puede olvidar. Pues se acordó para siempre de su pacto, pero parece que se acuerda de su pacto con nosotros cuando, en la tribulación, nos otorga la ayuda de su protección; de donde bien se dice en el salmo, en persona de algunos afligidos, a quienes la ayuda de la piedad divina parecía tardía: "¿Por qué escondes tu rostro, olvidas nuestra aflicción y nuestra opresión?" (Salmo XLIII, 24).

Y comenzó Noé, hombre del campo, a labrar la tierra, y plantó una viña, etc. A menudo me gusta repetir la palabra del Señor, que dijo a los judíos: "Si creyerais a Moisés, creeríais también a mí, porque de mí escribió él" (Juan X, 46). Pues también en esta lectura, Moisés, tejiendo la historia de Noé y sus hijos, anuncia figuradamente la pasión del Señor y la devoción de los pueblos creyentes en él, así como la perfidia de los que contradicen la fe; porque Noé, labrando la tierra, plantó una viña, ya que el Señor, cuidando del género humano, estableció la Sinagoga en la nación judía; de cuya viña también el salmista hace mención diciendo: "Trasplantaste una viña de Egipto" (Salmo LXXIX, 9); y el Señor hablando en el Evangelio a los judíos: "Un hombre plantó una viña y la cercó con un seto" (Lucas XX, 9), y lo demás hasta el final de la parábola, donde dice: "¿Qué hará, pues, el dueño de la viña a esos labradores? Dicen: A los malos los destruirá miserablemente, y arrendará su viña a otros labradores.

Y bebiendo vino se embriagó, y se desnudó en su tienda. Bebió vino el Señor cuando tomó el cáliz de la pasión. Se embriagó bebiendo, cuando sufriendo por nosotros llegó hasta los extremos de la muerte. Se desnudó en su tienda, cuando en el pueblo de los judíos, que había hecho suyo propio, y en el cual ya desde hace tiempo había acostumbrado a morar como en su tienda, soportando afrentas e irrisiones, finalmente subió al patíbulo de la cruz, manifestando clarísimamente a todos la verdad de la sustancia mortal que se dignó asumir.

Y cuando lo vio Cam, padre de Canaán, que las partes vergonzosas de su padre estaban desnudas, lo contó a sus dos hermanos fuera. Pero Sem y Jafet tomaron un manto, y poniéndolo sobre sus hombros, caminaron hacia atrás y cubrieron las partes vergonzosas de su padre, y sus rostros estaban vueltos, y no vieron la desnudez de su padre. Cam, que viendo las partes vergonzosas de su padre desnudas se burló, representa al pueblo de los judíos que contradice e incrédulo, que tuvo en desprecio la pasión de nuestro Señor y Salvador más que honrarla para ser salvado por ella, quien también contó a sus hermanos fuera lo que había sucedido a su padre, porque por él se manifestó y de alguna manera se publicó lo que estaba en la profecía, el sacramento de la pasión del Señor, hasta que llegamos al don de la segunda generación; de donde dice el Apóstol: "Nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente escándalo, y para los gentiles locura" (I Corintios I, 23). Pero en los dos hijos, el mayor y el menor, están figurados aquellos de quienes añadió posteriormente: "Pero a los llamados, tanto judíos como gentiles, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios, porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres". Quienes ambos llevan como un solo manto el mismo sacramento de la pasión del Señor ya pasada y cumplida, y no miran la desnudez del padre, porque no consienten en la muerte de Cristo, y sin embargo la honran con un velo, como sabiendo de dónde nacieron, para ser hijos de misericordia quienes en el primer nacimiento fueron hijos de ira. Pero el hijo

del medio, es decir, el pueblo de los judíos, que es el del medio porque no tuvo el primado de los apóstoles, ni fue el último en creer entre los gentiles, vio la desnudez del padre, porque consintió en la muerte de Cristo. Bien se dice de aquellos dos que con los rostros vueltos cubrieron las partes vergonzosas del padre, como si les hubiera desagradado el hecho de la viña perversa: la cual viña, es decir, la nación judía, cuanto degeneró de la nobleza paterna, se significó místicamente en el tiempo de la pasión del Señor, cuando al Señor sediento en la cruz le ofrecieron vinagre en lugar de vino; pues él tenía sed de la fe y el amor de esa misma gente, pero ella, en lugar de la dulzura de la fe y el fervor del amor, le dio a beber la acritud del odio y la infidelidad.

Y despertando Noé de su vino, cuando supo lo que había hecho su hijo menor, dijo: Maldito sea Canaán, siervo de siervos será para sus hermanos. Despertando Noé de su vino, maldice a la descendencia de quien fue burlado; pero a aquellos que lo honraron como padre los recompensa con la debida bendición; y el Señor, según la voz del salmo (Salmo III, 6), habiendo dormido en la muerte, y resucitado inmortal, hirió a todos los que se le oponían sin causa, y quebró los dientes de los pecadores; pero sobre su pueblo derramó la bendición de la salvación perpetua. No solo Canaán es sometido a maldición, sino también al servicio de sus hermanos. Pues, ¿qué es hoy esa misma nación, sino una especie de escriba de los cristianos, llevando la ley y los profetas como testimonio de la afirmación de la Iglesia, para que nosotros honremos por el sacramento lo que ella anuncia por la letra?

Y dijo: Bendito sea el Señor Dios de Sem; y sea Canaán su siervo. Dijimos que en Sem, el primogénito de Noé, se designa la primitiva Iglesia, que fue recogida del pueblo israelita, y en Jafet, el hijo menor, la elección de los gentiles que le siguió; de donde se dice correctamente:

Bendito sea el Señor Dios de Sem. Aunque es Dios de todas las naciones, de alguna manera, sin embargo, se dice Dios de Israel con un nombre propio incluso entre las mismas naciones; y ¿de dónde proviene esto, sino de la bendición de Jafet? Pues en el pueblo de los gentiles la Iglesia ha ocupado el mundo entero. Esto se predice claramente cuando se dice a continuación.

Dilate Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem. En las tiendas de Sem habita Jafet, porque en la fe de los patriarcas y profetas, en las Escrituras proféticas, en los sacramentos legales espiritualmente entendidos, peregrina la Iglesia en la tierra. Pues solemos usar tiendas en la guerra o en el viaje, y en las tiendas del pueblo israelita habitamos nosotros, que de las naciones hemos venido a Cristo, porque mientras en el camino de esta vida suspiramos por la patria celestial, mientras luchamos contra las insidias del antiguo enemigo, con Cristo como guía y ayudador, es necesario que siempre mantengamos las palabras, hechos y obras de los antiguos padres como ejemplo de vida y profesión; para que, protegidos por su autoridad, nos dirijamos más ciertamente y con más seguridad hacia la palma de la recompensa con una lucha perfecta. Además, el nombre de Jafet, que significa Amplitud, se ajusta a los progresos de la santa Iglesia, que ha llenado todo el orbe; de ahí que Noé, aludiendo a este nombre, diga: Dilate Dios a Jafet, es decir, amplitud. Bien se repite lo que se había dicho de Sem y de Jafet: Y sea Canaán su siervo, porque ciertamente al pueblo de los creyentes, tanto judíos como gentiles, los judíos pérfidos, aunque con mente impía, les prestan servicio de salvación, no solo en lo que con la autoridad de los volúmenes sagrados los ayudan y fortalecen en la fe, sino también en aquello en que, en cuanto pueden, los persiguen, porque al perseguirlos por la justicia, los hacen más partícipes de la eterna bienaventuranza, y también en aquello en que con la ofensa de su dureza de ceguera los exhortan a dar mayores gracias a su Redentor e

Iluminador. A este pueblo, ciertamente, el nombre de Canaán, que se interpreta como Conmoción, le conviene muy adecuadamente. No puede decir: Puso sobre la roca mis pies, y dirigió mis pasos (Salmo XXXIX, 3); sino que siempre está incierto y fluctuante en movimiento. Sin embargo, también debe notarse según el sentido literal que no en vano, al pecar Cam, no él, sino su hijo Canaán es maldecido, especialmente cuando no era el primogénito de Cam, sino el último hijo. Pues está escrito: Los hijos de Cam, Cus, Saba, Mesraim, Fut y Canaán. Preveía en espíritu que la progenie de Canaán pecaría mucho más que el resto de la descendencia de los hijos de Cam, y por eso sería digna de perecer por maldición o de gemir sometida a servidumbre; lo cual se probó y mostró especialmente con los de Sodoma, que salieron del linaje de Canaán, ya sea por su nefando crimen o por su horrenda venganza, y con el exterminio o servidumbre de los cananeos, que sufrieron cuando el pueblo israelita, que descendía de la estirpe de Sem, salió de Egipto. Pues de Cus nacieron los etíopes, de Mesraim los egipcios, de Fut los libios, como los mismos nombres de estas naciones entre los hebreos hasta hoy lo atestiguan, de los cuales en absoluto se refiere en la Escritura tal infamia o venganza como la de los sodomitas y cananeos.

Dios también dilató a Jafet, para que habitara en las tiendas de Sem, y Canaán fuera su siervo, cuando los griegos o romanos, surgidos ciertamente del linaje de Jafet, poseyeron los reinos de Asia, en los cuales habitaban los descendientes de Sem, e hicieron tributarios suyos, entre otros, también a los cananeos.

Noé vivió después del diluvio trescientos cincuenta años, y se completaron todos sus días en novecientos cincuenta años, y murió. Así como los seiscientos años de vida de Noé, después de los cuales entró en el arca, designan la perfección de la fe y profesión de aquellos que se someten a los sacramentos de la gracia celestial y perpetua recompensa de la Iglesia, como enseñamos antes, así también los trescientos cincuenta años que vivió después del diluvio figuran la gran perfección de aquellos que, habiendo recibido los sacramentos de la vida, sirven fielmente al Señor hasta la muerte. Pues dijimos que trescientos, porque se notan con la letra tau en griego (tau se escribe en forma de cruz), llevan muy adecuadamente el tipo de aquellos que no saben gloriarse sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo; de donde también Gedeón, por mandato y ayuda del Señor, con trescientos hombres venció al innumerable ejército de los madianitas, enseñando figuradamente que con la fe de la cruz del Señor venceríamos las guerras que nos oponen tanto de este mundo como de nuestros vicios. El número cincuenta, porque la Escritura enseña que por figura designa el descanso de la ley, la cual siempre en el año cincuenta sancionó que todo el pueblo de Dios tuviera la máxima remisión de todos los trabajos y libertad de servidumbres. Por lo tanto, por un cierto misterio de gracia, Noé vivió trescientos cincuenta años después del diluvio, para insinuar que, habiendo recibido el lavacro del bautismo, debemos soportar trabajos por el Señor con la esperanza del descanso y felicidad supremos. Vivió trescientos años, para que seamos pacientes en la tribulación; y vivió cincuenta, para que también seamos gozosos en la esperanza. Pero porque siete veces cincuenta hacen trescientos cincuenta, y el número siete es de la gracia del Espíritu Santo, y el número cincuenta de verdadero descanso, que por el mismo Espíritu se concede a los elegidos, típicamente concuerda. También podemos interpretar el sacramento de este número de esta manera, que aquel que vive trescientos cincuenta años después del diluvio, es quien durante todo el tiempo del bautismo recibido, ayudado por el don espiritual, no cesa de trabajar por el descanso eterno en los cielos; y verá felizmente la muerte de la carne, más bien pasará de la muerte a la vida, que es la única que debe llamarse verdadera vida, quien haya completado el curso de la vida presente con tal suma de perfección. Amén.

Termina el segundo libro sobre el Génesis del presbítero Beda.

LIBRO TERCERO.

Estas son las generaciones de los hijos de Noé. Sem, Cam y Jafet; y les nacieron hijos después del diluvio. Los hijos de Jafet, Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mosoc y Tiras. La serie de la descendencia de Noé comienza con su hijo menor y se completa con el mayor, lo cual es una expresión usual en las Escrituras santas, significando místicamente que el pueblo menor de los gentiles sería preferido en la fe al mayor pueblo de los judíos cuando Cristo viniera en la carne. Los hijos de los hijos de Noé que se mencionan se cree que fueron cada uno progenitores de naciones individuales, quienes así dividieron el mundo entre sí, de modo que Sem, el primogénito, obtuvo Asia, Cam, el segundo, África, y Jafet, el último, Europa; de tal manera que, porque Asia es mucho mayor en extensión de tierras que Europa o Libia, la descendencia de Cam y Jafet también retuvo alguna porción en Asia. «De Jafet nacieron siete hijos que poseyeron la tierra en Asia desde los montes Aman y Tauro de Siria, Coele y Cilicia, hasta el río Tanais. En Europa hasta Gadir, dejando nombres a los lugares y naciones, de los cuales después muchos nombres fueron cambiados, y otros permanecen como fueron. Son Gomer los galos, Magog los escitas, Madai los medos, Javán los jonios, que son los griegos, de donde también el mar Jónico, Tubal los iberos, que son los españoles llamados así por el río Ebro, de los cuales los celtíberos, aunque algunos sospechan que son los italianos; Mosoc los capadocios, de donde hasta hoy una ciudad entre ellos se llama Mazecha, que también fue llamada Cesarea por el emperador Augusto. Por otro lado, los setenta intérpretes consideran a Capturim como los capadocios, Tiras los tracios, cuyo nombre no ha cambiado mucho.

Por otro lado, los hijos de Gomer Asquenaz, Rifat y Togarma. Asquenaz los sármatas que los griegos llaman rigios. Rifat los paflagonios, Togarma los frigios.

«Los hijos de Javán Elisa y Tarsis, Cetim y Dodanim. De los jonios, es decir, los griegos, nacen los eliseos, que se llaman élidias, de donde también la quinta lengua de Grecia se llama eólica, que ellos llaman penten dialecton. Josefo considera a los tarsis como los cilicios, diciendo que la letra aspirada fue corruptamente cambiada por los posteriores en Tar; de donde también su ciudad metropolitana se llama Tarsis, gloriosa por el apóstol Pablo. (Algunos piensan que Tarsis, de donde se traía oro a Salomón, es una región de la India.) Cetim los ceteos de quienes hasta hoy la ciudad se llama Cyptotium. Dodanim los rodios, mejor se lee Rodanim, o Rodim, como tradujeron los setenta intérpretes,» y en el libro de los nombres hebreos también nuestro intérprete lo puso. Pues la similitud de las letras Dalet y Res a menudo causa este error entre los hebreos, que una se lea por otra. Rodas es la mayor de las Cícladas, y en el mar Jónico fue una ciudad muy poderosa, gloriosa en combate naval, y por su puerto muy seguro un refugio para todos los mercaderes.

De estos se dividieron las islas de las naciones en sus regiones cada uno según su lengua y familia en sus naciones. «Leamos las historias de los antiguos, y veremos que casi todas las islas, y las costas de todo el mundo, y las tierras cercanas al mar, fueron ocupadas por colonos griegos, quienes, como dijimos antes, desde los montes Aman y Tauro poseyeron todos los lugares marítimos hasta el océano Británico.» Pero cuando se dice cada uno según su lengua y familia en sus naciones, se muestra claramente que según la opinión común cada uno de los hijos de Noé aquí mencionados, o los nietos de los hijos de Noé, formaron naciones o familias de diversas lenguas. Pues la misma sentencia, enumerada también la descendencia de Cam o Sem, se añade sobre la variedad de generaciones y lenguas.

Los hijos de Cam: Cus, Mesraim, Fut y Canaán. «Cus aún hoy es llamado Etiopía por los hebreos, Mesraim Egipto, Fut Libia, de donde también el río de Mauritania hasta el presente se llama Fut, y toda la región alrededor de él se llama Futense. Por otro lado, Canaán obtuvo la tierra que los judíos después poseyeron expulsando a los cananeos.

«Los hijos de Cus: Saba, Hevila, Sabata, Recma y Sabatacha. Saba de quien los sabeos. Virgilio: Es del sol, dice, la vara de incienso de los sabeos. Y cien aéreos calientan con incienso sabeo. Hevila de quien los getulos en parte de la remota África adyacente al desierto. Sabata de quien los sabatani, que ahora se llaman astabari. Recma y Sabatacha poco a poco perdieron sus antiguos nombres; y se ignora qué nombres tienen ahora en lugar de los antiguos.» Sin embargo, por lo que dice Ezequiel en la visión de Tiro, los vendedores Saba y Recma, o como los setenta intérpretes dijeron, Regma, ellos mismos tus negociadores, parece que también él formó su propia nación, y porque se une a Saba, su región es vecina a esta provincia.

Los hijos de Saba Recma y Dadan. «Este Saba se escribe con la letra Sin, pero antes con Samech, de quien dijimos que se llamaban sabeos. Por lo tanto, ahora Saba se interpreta como Arabia. Pues en el salmo setenta, donde nosotros tenemos Reyes de Arabia y Saba ofrecerán dones (Salmo LXXI, 10), en hebreo está escrito Reyes de Saba y Saba, el primer nombre con Sin, el segundo con Samech (que es similar a nuestra letra). Dadan es una nación de Etiopía en la parte occidental.»

Por otro lado, Cus engendró a Nemrod. Él comenzó a ser poderoso en la tierra, y era un cazador robusto ante el Señor. Mientras la progenie de Sem y Jafet permanecía en la inocencia de la simplicidad de vida, nace de la estirpe de Cam el maldito, quien pervertiría el estado de la conversación humana con un nuevo modo de vida, mientras, elevado por un poder singular, primero vivía de la caza; luego, reuniendo un ejército, se esforzó por ejercer una tiranía insólita sobre los pueblos; finalmente, en lo siguiente se lee que tuvo un reino y construyó grandes ciudades: lo cual porque él lo hizo primero, lo atestigua la Escritura, que dice: Él comenzó a ser poderoso. Comenzó, porque fue el primero en hacerlo. Era poderoso en la tierra, porque, despreciando las cosas celestiales, en las que los justos son poderosos, aprendió a buscar las cosas bajas y a poner su esperanza en ellas.

De él salió un proverbio: Como Nemrod, cazador robusto ante el Señor. Por eso se convirtió en un proverbio, porque sus hechos fueron insólitos para sus tiempos; lo que se añade ante el Señor, es para exagerar el crimen, porque ciertamente fue bastante temerario y soberbio, que ante el Señor, que desde el cielo mira sobre los hijos de los hombres, un hombre en la tierra se atreviera a vivir de tal manera; de este proverbio se desprende que muchos en ese tiempo evitaron hacer tales cosas por temor a la mirada suprema, aunque otra edición tiene porque Nemrod era un gigante cazador contra el Señor. Pues del ambiguo griego, que es enantion, se puede interpretar de ambas maneras. De hecho, en el salmo donde cantamos postrémonos ante el Señor que nos hizo (Salmo CIV, 6), esta palabra es enantion Kyriou. Esto también en el libro de Job, donde está escrito, en furia estallaste contra el Señor. Por lo tanto, el entendimiento del gigante es fácil, porque fue un cazador robusto de animales salvajes, como un hombre poderoso; pero porque como hombre impío llevó una vida soberbia contra la voluntad del Creador.

El principio de su reino fue Babel, Erec, Acad y Calne en la tierra de Sinar. En lo siguiente se detalla más cómo se hizo Babel; pero aquí se anticipa lo que allí se omite, que Nemrod fue el autor de esa ciudad y de la torre más soberbia. El principio de su reino fue Babel, porque o fue la primera de sus ciudades construidas o la metrópoli de su reino por su magnitud y

esplendor. «Erec es la que ahora se llama Edessa, Acad la que ahora se llama Nisibis, ciudad de Mesopotamia. Calne la que ahora se llama Seleucia, por el rey Seleuco, o ciertamente la que ahora se llama Esifon.» Lo que se añade en la tierra de Sinar, parece referirse a todas esas cuatro ciudades. Pues se dice que Sinar es un campo de tal amplitud, que fácilmente podría contener tanto a Babel como a muchas otras ciudades. Pero porque Babel con las ciudades de las que es cabeza, designa la gloria soberbia de este mundo, que está sujeta a confusión; pues Babel significa confusión, el fundador de ella denota figuradamente al mismo diablo, cabeza de todos los males; a quien también el nombre de Nemrod, que significa tirano, o fugitivo, o transgresor, le conviene adecuadamente. Es tirano, porque rebelándose contra el Creador, intentó obtener la fortaleza de la divinidad y el reino del mundo. Es fugitivo, porque caído del cielo, y expulsado de la sociedad de los ángeles que permanecieron en su estado, miserablemente se exilia. Transgresor, porque despreció obedecer la voluntad del Creador, a quien también se le adapta no sin razón la persona de cazador; pues pone en el bosque de este mundo las trampas de sus insidias, y caza a los hombres, puros por naturaleza e ingenio, como ciervos y cabras, engañándolos para la muerte: contrario ciertamente a aquellos cazadores, que buscan capturar las almas de los hombres con su doctrina para llevarlas a la vida eterna: a quienes el Señor dice: Venid, dice, en pos de mí, y os haré pescadores de hombres (Mateo IV, 39); por lo cual su patria se llama Betsaida, es decir, Casa de cazadores, porque iban a cazar hombres para la vida. Nemrod es hijo de Cus, que se interpreta como Etíope, porque ciertamente el antiguo enemigo siempre nace de nuevo del oscuro pueblo de los infieles por la ejecución de la doctrina o la operación malvada.

De quien hasta hoy permanece el proverbio, para que se diga: Como Nemrod, cazador robusto ante el Señor. Con los que imitan al diablo, los que están de su parte, se puede decir muy verdaderamente, porque tales, cuando cazan las almas de los hombres con su palabra o ejemplo para la destrucción, siguen los hechos del antiguo transgresor y engañador.

De esa tierra salió Asur, y edificó Nínive, y las plazas de la ciudad. De esa tierra, dice de la tierra de Sinar, de la cual surgió el imperio de los asirios, que de nombre de Nino, hijo de Bel, fundaron la gran ciudad que los hebreos llaman Nínive. Ciertamente, porque la Escritura parece callar de dónde surgió Asur, de quien nació la nación de los asirios, pero solo dice de qué tierra salió para construir Nínive, o las otras ciudades que menciona, algunos Padres entendieron que este es Asur hijo de Sem, de quien se lee más adelante. Pero ya sea el mismo o otro Asur, está claro que el primer reino en la tierra fue de los babilonios, el segundo de los asirios, cuya metrópoli era Nínive, de la misma tierra de donde procedían.

Pero Mesraim engendró a Ludim, Anamim, Laabim, Neftuhim, Phethusim, y Chesluim; de quienes salieron los filisteos y Capturim. Estos parecen ser más nombres de naciones que de individuos, ya que se dijo claramente y Chesluim de quienes salieron los filisteos. Pues todos terminan en im, que es propio del número plural en hebreo en género masculino, y también interpretados significan más un número plural que singular. Son Laabim los libios, filisteos los palestinos, Capturim los capadocios, como encontramos puesto en el libro de los nombres hebreos según la opinión de los setenta intérpretes. Los nombres de las otras naciones que ahora se tienen nos son desconocidos. Poseyeron la tierra desde Gaza hasta los límites y confines de Egipto.

Canaán engendró a Sidón su primogénito, Het, y al jebuseo, amorreo, gergeseo, heveo, araqueo, sineo, aradio, samarita, y amateo. «De Sidón, primogénito de Canaán, la ciudad en Fenicia llamada Sidón, antiguamente el límite de los cananeos al norte. Araqueo fundó Arca, un pueblo contra Trípoli situado en las raíces del Líbano, de donde no lejos había otra ciudad llamada Sim, que después por varios eventos de guerras fue destruida, reservando solo el

nombre antiguo del lugar. Los aradios son los que poseyeron la isla de Arad, separada por un estrecho del litoral de Fenicia: la cual isla, situada cerca de Tiro, se ve hasta hoy como una ciudad segura, y tiene frente a ella el pueblo de Antarad. Samari, Emesa, una noble ciudad de Siria. Amat, hasta nuestro tiempo, tanto por los asirios como por los hebreos, se llama como fue llamada por los antiguos. Los macedonios, que después de Alejandro reinaron en Oriente, la llamaron Epifanía, algunos piensan que Antioquía fue llamada así.» En realidad, hubo dos ciudades de Amat, una Amat grande, que ahora se llama Antioquía, grande para distinguirla de la menor Amat, que se llama Epifanía, donde Nabucodonosor cegó los ojos de Sedequías.

Y los límites de Canaán fueron desde Sidón viniendo a Gerar hasta Gaza, hasta entrar en Sodoma, Gomorra, Adama, y Seboim hasta Lesa. Por Lesa la antigua traducción tiene Lice. Es la que ahora se llama Callirhoe, donde aguas calientes brotan y fluyen al mar Muerto. Sidón era el límite de los cananeos al norte, Gerar al sur, Gaza cerca de Egipto.

De Sem también nacieron los padres de todos los hijos de Heber, hermano mayor de Jafet. Se menciona al hermano Jafet, pero se omite que es hermano de Cam, porque aquellos que son unánimes en la fe de la piedad son justamente llamados hermanos; sin embargo, al infiel, aunque nacido de los mismos padres, se le considera ajeno a la sociedad fraterna de los justos. Parece que esta sentencia designa que, aunque muchos hijos nacidos de Sem engendraron muchos pueblos, esa descendencia siguió especialmente su fe y piedad, la cual, a través de Heber, descendió a Abraham y al pueblo hebreo; por eso se le llama propiamente padre de todos los hijos de Heber. Finalmente, solo en la construcción de la torre, como dice la Escritura, el idioma de toda la tierra permaneció en la casa de Heber, quien en esa época, como se lee más adelante, conservó la primera lengua del género humano, lo que los nombres de los hombres de la era siguiente prueban claramente que eran hebreos, por el mérito de haber seguido la fe de su antepasado Sem con su casa, manteniéndose inmune de la conjuración de la obra soberbia. No en vano Abraham eligió ser llamado hebreo; sino porque conocía la vida de este Sem, quiso tener su nombre y dejarlo a sus descendientes.

Hijos de Sem: Elam, Arfaxad, Lud y Aram. «Estos ocupan desde el río Éufrates hasta el océano Índico en Asia. Elam, de quien provienen los elamitas, príncipes de Persia. De Assur ya se ha dicho que fundó la ciudad de Nínive. Arfaxad, de quien provienen los caldeos. Lud, de quien proviene Lidia. Aram, de quien provienen los sirios, cuya metrópoli es Damasco. En hebreo, Siria se llama Aram.

Hijos de Aram: Hus, Ul, Gether y Mes. Hus, fundador de Traconítide y Damasco, tuvo el principado entre Palestina y Coelesiria. Ul, de quien provienen los armenios. Gether, de quien provienen los arcanos o carios. Por otro lado, Mes, por quien los Setenta intérpretes dijeron Mosach, quienes son llamados meones.»

Pero Arfaxad engendró a Sala, de quien nació Heber. De este Heber, Abraham y el pueblo nacido de él, como hemos dicho, se llaman hebreos.

Y nacieron dos hijos de Heber: el nombre de uno era Faleg, porque en sus días se dividió la tierra, y el nombre de su hermano era Jectán. La división de la tierra se refiere a la confusión de las lenguas. Llamó a su hijo Faleg, es decir, División, para dejar a sus descendientes un recuerdo perpetuo de su devoción, porque, ciertamente, al dividirse las lenguas de los infieles por su soberbia, él, por el mérito de su fe, conservó la lengua primitiva del género humano.

Jectán engendró a Helmodad, Saleph, Asarmoth, Jare, Adura, Uzal, Decha, Ebal, Abimael, Saba, Ophir, Evila y Jobab. Todos estos son hijos de Jectán. San Jerónimo testifica que no pudo encontrar los nombres posteriores de estas naciones. «Pero hasta el presente, dice, porque están lejos de nosotros, o se llaman así como al principio, o se desconocen los que han cambiado.» Leemos más arriba que el Phison, uno de los cuatro ríos del paraíso, que nuestros llaman Ganges, y que sin duda está en la India, rodea toda la tierra de Evilath; esta tierra parece haber tomado su nombre de este Evila. José narra que él, con sus hermanos, poseyó toda la región de la India llamada Hieira desde el río Coephère, y también las Crónicas narran que los siervos de Salomón fueron por el mar Rojo a Ophir y trajeron de allí oro, maderas finas y piedras preciosas, lo cual se cree que es una región de la India y que tomó su nombre de Ophir, hijo de Jectán.

Todos estos son hijos de Jectán. Y su habitación se extendió desde Messa hasta el monte oriental Sephar. Hemos dicho antes que Sem, el primogénito de Noé, representa a los creyentes del antiguo pueblo de Dios, y Jafet a los creyentes de las naciones; Cam, burlándose de la vergüenza de su padre y por ello maldito, insinúa aquella parte del mismo pueblo que, permaneciendo en medio, no quiso ser socio de la fe ni con sus compañeros ni con las naciones. Por lo tanto, los lugares de habitación se ajustan perfectamente a sus figuras; los hijos de Heber, quien se muestra como el más eminente de los descendientes de Sem, se dice que extendieron su habitación desde Messa hasta el monte oriental llamado Sephar. Messa es una región de la India que se interpreta como Elevación, que no significa una elevación vituperable y soberbia, sino más bien aquella elevación de mente a la que nos exhorta el Apóstol diciendo: Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Colosenses 3, 1). El monte oriental, ¿quién es sino aquel del que Isaías dice: Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob (Isaías 2, 3)? que correctamente se llama monte, porque eleva a todos los que ascienden a él desde el deseo de las cosas bajas a las celestiales. Correctamente monte oriental, porque a todos los que confluyen a él les revela el nacimiento de la verdadera luz. Correctamente también se llama Sephar, es decir, Libro. Porque él es el libro de la vida, en el que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento, en el que están escritos los nombres de todos los elegidos. Por lo tanto, la habitación de los hijos de Jectán, que se interpreta como Pequeño, se extiende desde Messa, es decir, Elevación, hasta el monte oriental llamado Libro, porque los santos, siguiendo la humildad de los justos anteriores, de quienes se dice: El Señor guarda a los pequeños (Salmo 114, 6), al principio de su vida religiosa elevan su mente de las contaminaciones terrenales, para que merezcan ascender a ver la claridad del Sol eterno, y del mismo libro de la vida, que es el Señor Cristo, instruirse con las páginas de la sabiduría eterna abiertas. De manera similar, de los hijos de Jafet se dice que de ellos se dividieron las islas de las naciones en sus regiones, ¿no indica claramente incluso por el mismo nombre las iglesias de las naciones en el mundo, que como islas son continuamente golpeadas por las olas del mar, así por las tormentas amargas y tumultuosas del mundo, pero no son superadas; y ahora, con el mundo halagando, parecen deslizarse en olas suaves, ahora, con el mundo enfurecido, son golpeadas por las olas elevadas de las adversidades; pero en el estado de su fe permanecen invencibles? En cambio, los hijos de Cam tienen el principio de su reino en Babilonia, es decir, Confusión, que está en la tierra de Senaar, es decir, de su fetidez; y esto en el campo, porque los reprobos no ascienden al monte de la contemplación, donde buscan las cosas superiores, ni acceden a la tranquilidad de las islas intelectuales, por la cual trascienden las preocupaciones del mundo con la libertad superior del alma; sino que se deleitan en ser llevados con desenfreno en las concupiscencias terrenales; por lo cual, con tal principio, sigue un fin digno, cuando se dice que los límites de Canaán fueron desde Sidón hasta Gerar, hasta Gaza, hasta que entres en

Sodoma y Gomorra y Adama y Seboim hasta Lesa. Sidón, de hecho, se llama Caza de tristeza, porque no debe entenderse aquí otra cosa que aquella por la cual el enemigo antiguo caza las almas para su destrucción; por lo cual con razón se llama Caza de tristeza, porque a todos los que captura, los somete a dolores eternos: tal como Nemrod, el gigante, quien se llama Fuerte cazador contra el Señor, lo significa. De Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas no hay duda de que representan los tormentos eternos de los impíos.

Estas son las familias de Noé según sus pueblos y naciones. De estos se dividieron las naciones en la tierra después del diluvio. Que el lector diligente recorra en orden los nombres de los hombres o pueblos que se dice que nacieron de los tres hijos, y se encontrarán en número setenta y uno: trece de Jafet, treinta y uno de Cam, veintiséis de Sem, de los cuales se cree que llenaron el mundo con tantas lenguas y naciones, o más bien setenta y dos, como se dice con más claridad, cuando alguno de ellos fue de quien posteriormente nacieron dos naciones y pueblos; a menos que se deba entender que hay dos Assur, y que crearon dos pueblos: uno que salió de la tierra de Senaar y edificó Nínive, y otro hijo de Sem; y así se completa el número de setenta y dos naciones. No parece sin razón que el Señor enviara setenta y dos discípulos a predicar, porque tantas eran las naciones y lenguas a las que se debía encomendar la palabra de la predicación, para que así como primero eligió a doce apóstoles por las doce tribus de Israel que debían ser llamadas a la fe; así después designara setenta y dos doctores para insinuar la salvación de todas las naciones, que estaban comprendidas en el mismo número.

La tierra era de un solo idioma y de las mismas palabras. Porque había dicho anticipadamente que los hijos de Noé dividieron la tierra según sus familias y lenguas y regiones en sus naciones, vuelve a mostrar cómo los hombres fueron separados unos de otros: donde claramente se ve que el género humano, mientras sirvió a su Creador con la debida humildad, también se unió a sí mismo con caridad pacífica. Pero cuando levantó su cuello con soberbia contra su Autor, pronto, justamente castigado, no pudo tener paz consigo mismo. Cuán grande podría ser la felicidad de los hombres incluso expulsados del paraíso, si al menos entonces quisieran servir humildemente a su Creador, lo testifica la gracia del mismo Señor Creador y Redentor nuestro, quien, enviando desde lo alto el Espíritu a sus discípulos que fielmente se le adherían, les otorgó el conocimiento de todas las lenguas; por lo cual, con una maravillosa transformación de la diestra del Altísimo, sucedió que así como aquí, con las lenguas divididas por la soberbia, las naciones fueron dispersadas por todo el mundo, así allí, por el mérito de la humildad, con la diversidad de lenguas reunida, los pueblos recogidos de toda nación bajo el cielo resonaron con una sola y no dispar confesión y fe las alabanzas y maravillas de Dios; y con razón esta ciudad, en la que las lenguas fueron divididas y las naciones dispersadas, se llama Babilonia, es decir, Confusión; aquella se llama Jerusalén, es decir, Visión de paz, en la que, con las lenguas de todas las naciones reunidas en alabanza a Dios, se hizo la concordia. Pero esto más adelante en detalle. Mientras tanto, veamos el texto de la letra.

Y cuando partieron de Oriente, encontraron un campo en la tierra de Senaar, y habitaron allí. Se desprende de estas palabras que incluso los primeros hombres ocuparon la región del Oriente; por lo tanto, esta debe ser considerada la cabeza del mundo, no solo porque de allí surge la luz de los astros, sino también porque el género humano habitó primero en ella.

Y dijo uno al otro: Venid, hagamos ladrillos y cocinémoslos al fuego, y tuvieron ladrillos en lugar de piedras, y betún en lugar de cemento. Quizás usaban ladrillos en lugar de piedras y betún en lugar de cemento porque en esas regiones faltaba la abundancia de piedras para completar una obra tan grande, o porque sabían que un muro de ladrillos resistía mejor el

peligro de los incendios. El betún se hace de árboles, también de tierra o aguas; de ahí que esté escrito más adelante sobre la tierra de Sodoma: El valle silvestre tenía muchos pozos de betún; y el mar Muerto en griego se llama lago Asfalto, es decir, de betún, porque el betún que flota suele recogerse en él, lo que más bien parece que los muros de Babilonia estaban hechos de este material.

Y dijeron: Venid, hagamos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo, y celebremos nuestro nombre antes de que seamos dispersados por toda la tierra. Lo que dice cuya cúspide, no se refiere a la ciudad, sino a la torre, es decir, a la fortaleza que planeaban hacer más alta que las demás murallas en un lugar elevado. Es realmente sorprendente con qué intención planean elevar la cúspide de su torre hasta el cielo, y sin embargo se dicen a sí mismos que serán dispersados por toda la tierra; a menos que tal vez pensaran dividirse por el mundo con una mente vanísimas y soberbia, de modo que si acaso se cansaran de la habitación terrenal, o si las aguas del diluvio volvieran a inundar la tierra, buscaran los espacios superiores del aire o del cielo a través de esta.

Descendió el Señor para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán. En lugar de hijos de Adán, la antigua traducción tiene hijos de los hombres, es decir, no hijos de Dios, sino aquellos que viviendo según el hombre merecían oír del Señor: Yo dije: Sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo; pero moriréis como hombres (Salmo 81, 6). Dios no se mueve de lugar, quien siempre está en todas partes por completo; pero se dice que desciende cuando hace algo en la tierra que, hecho de manera maravillosa fuera del curso habitual de la naturaleza, muestra de algún modo su presencia; ni aprende viendo en el tiempo, quien nunca puede ignorar algo; pero se dice que ve y conoce en el tiempo, lo que hace que se vea y se conozca. No se veía así aquella ciudad como Dios hizo que se viera, cuando mostró cuánto le desagradaba; aunque puede entenderse que Dios descendió a aquella ciudad, porque habían descendido sus ángeles, en quienes habita, para que lo que se añadió: Y dijo: He aquí un pueblo y un solo idioma para todos, y lo demás, y luego se añadió: Venid, descendamos y confundamos allí su lengua, sea una recapitulación, mostrando cómo se hizo lo que se había dicho, descendió el Señor; porque si ya había descendido, ¿qué significa venid, descendamos, que se entiende dicho a los ángeles, sino porque había descendido por medio de los ángeles, que en los ángeles descendentes estaba?

He aquí, dice, un pueblo y un solo idioma para todos; y comenzaron a hacer esto, y no desistirán de sus pensamientos hasta que los completen con la obra. Hay mucha diferencia en pecar entre aquellos que así desprecian los mandamientos de Dios, que tienen algunos justos emuladores y adoradores entre ellos; y entre aquellos que todos con unánime consentimiento contradicen los mandamientos celestiales. También hay mucha diferencia entre aquellos que pecan, por ejemplo, en el tiempo de la adolescencia, de modo que después, con la llegada de la vejez, disponen hacer penitencia de sus pecados, y entre aquellos que en los males que hacen no tienen ningún propósito de corrección. Para mostrar, pues, aquí la unanimidad de los pecadores, dice el juez invisible: He aquí un pueblo y un solo idioma para todos; y añade el propósito de no arrepentirse: Y comenzaron a hacer esto, y no desistirán de sus pensamientos hasta que los completen con la obra; a quienes adecuadamente corresponde el principio del salmo decimotercero, en el que se dice: Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios (Salmo 13, 1), es decir, Nemrod, artífice de la obra nefanda; y luego de los obreros de la ciudad perdida: Se corrompieron y se hicieron abominables (Ibid.). Estas palabras de las que hablamos, el juez interno las habla a sus ministros con un orden incomprendible para nosotros: cuyo hablar a ellos es mostrarles sus invisibles secretos, para que lean en la misma contemplación de la verdad lo que deben hacer; pues se dice a los que oyen, lo que se inspira

a los que ven; de donde, cuando Dios infundía en sus corazones la animadversión de la venganza contra la soberbia humana, dice:

Venid, descendamos y confundamos allí su lengua. Se dice a los que estaban presentes Venid, porque ciertamente nunca decrecer de la contemplación divina, siempre crecer en la contemplación divina es; y nunca retirarse del corazón es como un movimiento estable siempre venir. A quienes también dice: Descendamos y confundamos allí su lengua. Los ángeles ascienden en cuanto contemplan al Creador, descienden en cuanto oprimen con juicio de severidad a la criatura que se eleva ilícitamente. Decir, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, es mostrarles en sí mismo lo que debe leerse rectamente, e inspirarles con movimientos ocultos los juicios que deben exhibirse a sus mentes por la fuerza de la visión interna. Y bien no dice: Venid, y descendiendo confundid; sino confundamos allí su lengua, mostrando que así obra por sus ministros, que ellos también son cooperadores de Dios, como dice el Apóstol: Porque somos colaboradores de Dios.

Confundamos, dice, allí su lengua, para que no oiga cada uno la voz de su prójimo. Merecidamente se castiga el mal afecto, incluso al que no le sigue el efecto; porque la dominación del que manda está en la lengua, allí se castiga la soberbia, para que no se entienda al hombre que manda, quien no quiso entender para obedecer a Dios que manda.

Y así el Señor los dispersó desde allí por toda la tierra, y dejaron de construir la ciudad; por eso se llamó su nombre Babel, porque allí fue confundido el lenguaje de toda la tierra. Con razón fue confundido el lenguaje en la dispersión, porque se habían conjurado malamente en una locución nefasta: fue quitado el poder del lenguaje a los príncipes soberbios, para que no pudieran enseñar a sus súbditos las malas cosas que habían comenzado en desprecio de Dios, y así el juicio de la severidad divina se convirtió en ayuda para la utilidad humana, de modo que al callar cesaron en la obra, a la que se habían dedicado perversamente hablando: y así, al descender y ver el Señor la ciudad de la soberbia, sucedió que se llamara Babilonia, es decir, confusión: a la cual la ciudad de la verdad es contraria tanto en nombre como en estado; pues se llama Jerusalén, es decir, Visión de paz, en la cual el Señor, viendo la asamblea de los fieles y humildes de espíritu, envió la gracia del Espíritu Santo, que les otorgó el conocimiento de todas las lenguas, con las cuales, imbuidos, convocaron unánimemente a todos los pueblos que estaban en diversas lenguas a la construcción de esa misma ciudad santa, es decir, la Iglesia de Cristo; y quienes humildemente habían escuchado la verdad, abrieron sus bocas sublimemente para predicar al mundo entero el conocimiento de la verdad.

Es de notar que la Escritura dice que, dispersos por el mundo los constructores, cesaron en la edificación de la ciudad; pero no dice que cesaron de habitarla: de donde parece deducirse que, mientras otros descendían de allí y cesaban en la construcción, Nemrod, el autor de la obra, permaneció allí con su casa y familia, hasta que, engendrando de su estirpe, pudiera reinar más poderosamente en ella y añadir otras ciudades a su reino. Pues no creo que pueda entenderse de otro modo lo que se dijo antes de él: "El principio de su reino fue Babel, Erec, Acad y Calne en la tierra de Sinar"; aunque se dice que Nino o Semíramis, su esposa, hicieron más grande y majestuosa esa misma ciudad de Babilonia con el tiempo; de donde proviene lo que el poeta dice que Semíramis rodeó la ciudad con muros de ladrillo; y especialmente Nabucodonosor, acumulando sus ornamentos de los despojos de Jerusalén: de donde él mismo, en su soberbia, dijo: "¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado para casa del reino, con la fuerza de mi poder y para la gloria de mi majestad?" De cuya magnitud y ornato narra así Jerónimo: "Babilonia fue potentísima, y situada en la llanura en forma cuadrada, desde un ángulo hasta el otro, los muros tenían dieciséis mil pasos, es decir, en

total, sesenta y tres, según refiere Heródoto (Libro I), y muchos otros que escribieron historias griegas. La ciudadela, es decir, el capitolio de ese orbe, es la torre que se dice que fue construida después del diluvio, y que ocupa cuatro mil pasos. Orosio, en sus historias (Libro I, cap. 6), la menciona así: Esta, visible desde todas partes en la llanura del campo, de naturaleza muy fértil, dispuesta en forma de campamento con muros iguales en cuadrado, la firmeza y magnitud de sus muros, apenas creíble al relato, es decir, de cincuenta codos de ancho, y cuatro veces tanto de alto: pero su circunferencia abarca cuatrocientos ochenta estadios, el muro está hecho de ladrillo cocido y unido con betún, y una fosa exterior, ancha como un río, la rodea. Frente a los muros hay cien puertas de bronce: y la anchura en la culminación de las almenas, con habitaciones para los defensores a ambos lados, y con un espacio intermedio, puede albergar cuadrigas. Las casas en su interior, de cuatro pisos, son admirables por su altura amenazante."

Pero, según el sentido espiritual, Babilonia es la ciudad del diablo, es decir, la multitud reprobada de los hombres, ¿quiénes son los constructores de Babilonia sino los maestros de errores, que introducen un culto de la divinidad contrario a la verdad, o atacan la fe reconocida de la verdad con malas acciones o palabras?

Toda la tierra era de un solo lenguaje y de las mismas palabras, mientras los hombres permanecieron en Oriente: pero cuando se movieron de Oriente, pronto, debido a las palabras o acciones de soberbia, fueron separados unos de otros y expulsados más lejos de su Creador. La región de Oriente, de donde el mundo suele recibir la luz con el nacimiento de las estrellas, significa propiamente a aquel que dice: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Juan VIII, 12): en quien, mientras los hombres permanecen, son de un solo lenguaje y de la misma voz: porque ciertamente hay una confesión de fe, la misma castidad de acción, común caridad y esperanza de lo eterno: porque todos los que perseveran en Cristo, son iluminados. Pero los que se apartan de la contemplación de la verdadera luz, no pueden tener paz con el Señor, ni entre ellos mismos: porque no hay una norma única de infidelidad como la hay de fe; sino un Señor, una fe, un bautismo, un Dios, en quien está la salvación de los elegidos: pero muchos son los señores de los reprobados, diversos los caminos de la perfidia, diversos los lodazales de las contaminaciones, diversos son los dioses de las naciones, a los cuales todos los miserables son llevados a una misma perdición de condenación: lo cual bien significó la figura de ambas ciudades, cuando, divididas las lenguas en Babilonia, nadie podía reconocer la voz de su prójimo. Pero en Jerusalén, con las lenguas unidas por la gracia del Espíritu Santo, los fieles incluso de todos los extranjeros que habían llegado entendían la voz y todos en una misma unión de caridad y fe alababan al mismo Dios y Señor.

Partieron de Oriente y encontraron un campo donde habitar, porque al apartarse de la luz de la justicia, los reprobos encontraron para sí mismos los amplios caminos del mundo, en los cuales permanecían con mente inconstante; y esto en el hedor de los vicios carnales. Pues Sinar, como hemos dicho, se interpreta como su hedor: ¿Y qué se expresa por la tierra de Sinar, sino la podrida concupiscencia de la pereza carnal, en la cual quienes no evitan habitar, es decir, permanecer con intención segura y fija, pronto, con el aumento de la maldad, también provocan a sus prójimos a la injuria del Creador y a obras nefandas? Pues sigue diciendo que uno dijo a su prójimo: "Venid, hagamos ladrillos y cocámoslos al fuego." Se incitan mutuamente a hacer ladrillos, con los cuales construir la ciudad de Nemrod en el campo de Sinar; porque ciertamente toda la multitud de los impíos sirve al diablo con obras lodosas, sucias y terrenales, y a él le edifican una ciudad no otra que ellos mismos viviendo mal: pero en cambio la ciudad de Jerusalén, en la cual reinan David y Salomón, es decir, el fuerte de mano y el pacífico, no se construye de ladrillo, sino de piedra: no en el campo, sino

en el monte, diciendo a su rey: "He aquí que yo pondré en orden tus piedras, y te fundaré en zafiros" (Isaías LIV, 11). Y de la cual el Profeta dice: "Monte Sion, los lados del norte, ciudad del gran rey" (Salmo LXVII, 3): porque evidentemente la ciudad del diablo, ciertamente fugitivos transgresores y tiranos, que es lo que significa el nombre de Nemrod, es decir, toda la multitud de los reprobos, vaga errante por la corrupción fluida de la vida presente. Pero la Iglesia, ciudad de Cristo, se edifica de piedras vivas, es decir, de almas fuertes en fe y acción, de las cuales su sabio arquitecto, al hablar del rey de ella, decía: "Acercándoos a él, piedra viva, rechazada por los hombres, pero elegida y honrada por Dios; también vosotros, como piedras vivas, sois edificados" (I Pedro II, 4): y no en el campo de Sinar, sino en el monte santo del Señor: porque no se relajan en los placeres débiles de las cosas carnales, sino que los elegidos se esfuerzan por elevarse y exaltarse hacia los deseos celestiales: de donde dicen que "nuestra conversación está en los cielos" (Filipenses III, 20).

Pero el barro que forman en ladrillos, que suelen hacerse con lados iguales en cuadrado, de donde también toman su nombre, muestra la composición y ornato de la elocuencia secular, por la cual la ciudad soberbia del diablo, ya sea en la filosofía engañosa o en la astucia herética, parece erigirse mucho por un tiempo; pero en el examen del juez estricto se mostrará cuán condenable y digna de confusión es.

Cocían los ladrillos que habían hecho al fuego. Evidentemente aquel del que se dice "todos son adúlteros, como un horno encendido en sus corazones" (Oseas VII, 4), y del que Isaías dice: "He aquí todos vosotros que encendéis fuego, ceñidos de llamas, andad en la luz de vuestro fuego y en las llamas que habéis encendido" (Isaías L, 41). Pues este fuego es el amor de los vicios y el deseo del favor humano, con el cual ciertamente los maestros necios de los engañados se esfuerzan por confirmar y endurecer tanto los dogmas de la falsedad que han encontrado, que no puedan ser superados por ningún combate de la verdad y la doctrina celestial: pero no obstante, venciendo la milicia de la verdad, como dice la Escritura, "cayó, cayó la gran Babilonia" (Apocalipsis XVIII, 2), ciertamente con una doble caída, y en el presente derribada por la manifestación de la verdad, y en el futuro condenada por la sentencia de la última severidad. Ciudades de este tipo solía hacer el pueblo israelita en Egipto de barro y ladrillo, porque ellos mismos, aún no instruidos por la audición de la ley, servían a los vicios y errores, y también expresaban en sus obras la figura de aquellos que, aún en la oscuridad de los espíritus inmundos, a los cuales aún sometidos a los duros imperios de los egipcios, no habían aprendido a tener fe ni esperanza de adquirir la patria celestial; y por eso sabían adherirse y someterse solo a las seducciones de este mundo. Pero el betún que usaban los constructores de Babilonia en lugar de cemento, que se tomaba de la tierra o de los pozos, muestra ciertamente la intención de la voluptuosidad terrena e inferior, con la cual los hombres de este siglo aseguran todas sus obras, como quienes, sin esperanza ni conocimiento de los bienes celestiales, no se elevan a desear las alegrías que están en los cielos, y por eso todo lo que hacen lo realizan por el placer o favor temporal: en cambio, se dice que los albañiles del templo del Señor hicieron bien: pues el cemento se hace de piedras quemadas y convertidas en ceniza, que son tratadas con fuego, de modo que las que antes eran firmes y fuertes por separado, después, suavizadas con el añadido de blancura, y unidas entre sí con agua, se conectan mejor, y las piedras colocadas en el muro pueden conectar a otras, y ellas mismas poco después recuperan mejor la firmeza que parecían haber perdido por un momento. ¿Quiénes, pues, deben ser entendidos en el cemento, sino aquellos que, cocidos diligentemente en el horno de las tribulaciones temporales, primero en sí mismos han cambiado toda la oscuridad de los vicios por el resplandor de las virtudes, diciendo a su Creador: "Lavarás y seré más blanco que la nieve" (Salmo L, 9); luego también se esfuerzan por blanquear a sus prójimos con sus exhortaciones o ejemplos y unirlos mutuamente con el

vínculo del amor? de los cuales se dice con razón: "Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios" (Mateo V, 9): quienes cuanto más se humillan y ablandan por la llama de las tribulaciones, tanto más fuertes son para confirmar y sostener los corazones de los prójimos en las tribulaciones. También el templo se construye de piedra blanca, como dice David a Salomón cuando le daba los gastos y mostraba las medidas del templo a construir: "y preparó en abundancia mármol de Paros" (I Crónicas XXIX, 2): porque ciertamente la Iglesia de Cristo se compone de almas fuertes en fe y acción resplandeciente de los elegidos. Pues el mármol de la isla de Paros es de gran virtud y de color blanco; pero los constructores de Babilonia, al no tener abundancia ni cuidado de este material, pegan sus ladrillos con betún de los pozos: porque intentan asegurar con argumentos de disputas el candor de la inocencia, la fortaleza de la fe, la concordia de la fraternidad.

"Venid", dice, "hagamos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo." Los malos maestros se hacen una ciudad, cuando, dejando la ciudad celestial, cuyo artífice y constructor es Dios, es decir, la santa Iglesia, reúnen para sí mismos conventículos propios. Todos los reprobos se hacen una ciudad, cuando, descuidando la protección de los preceptos de Dios, siguen los sentidos y deseos de su corazón en lo que hacen o dicen, lo que les place. Edifican la ciudad de Babilonia, cuando hacen obras dignas de confusión: También hacen una torre cuya cúspide llegue al cielo, cuando ejercen lenguas impías incluso en injuria de su Creador, cuando según la voz del salmista, hablan iniquidad en lo alto, cuando ponen su boca en el cielo, lo que hacen los gentiles, adorando muchos dioses, los herejes contaminando la fe del único Dios con errores, los judíos negando a Cristo, el Hijo de Dios, los falsos católicos profanando la fe recta con malas obras o cismas: a todos los cuales conviene aquello del salmista al Señor: "La soberbia de los que te odian sube siempre" (Salmo LXXII, 23), a ti, es decir, a la memoria de tu justo juicio. Pero al subir la soberbia de los malvados como la cúspide de una torre nefanda al cielo, es justo que el Creador del cielo, descendiendo, destruya los comienzos unánimes de los malignos, y les conceda primero este beneficio, que no pudiendo completar lo que habían comenzado, no se condenen más gravemente para siempre; luego, que también, al disociarse entre sí por la disensión de la nociva conspiración, menos dañen a los buenos. Esto lo hizo una vez el Señor descendiendo del cielo por sí mismo: esto lo hace diariamente por sus predicadores en la Iglesia: pues confunde las lenguas de los judíos soberbios, que contra la gracia del Evangelio, que predicaba, todos con unánime consenso y como con una sola lengua se rebelan; y deteniéndolos de sus intentos impíos, los dispersó por todo el mundo. También precipita y divide por los doctores católicos las lenguas de los herejes, y disociándolos entre sí, para que no puedan erigir las puertas del infierno contra su Iglesia, lo prohíbe. Pues no hay herejía que no sea impugnada por otros herejes; no hay secta de filosofía secular que no sea refutada por otras sectas igualmente necias de filosofía; y así sucede que mientras los reprobos tienen lenguas confusas entre sí, de modo que nadie reconozca la voz de su prójimo pensando lo mismo, y prueben que el nombre de Babilonia, es decir, confusión, les conviene, y menos dañen la visión de paz en la que se gloria la Iglesia. Pues es evidente que cuanto más los malos maestros o los obreros malos se separan entre sí con ánimo disidente, tanto más espacio conceden para reunir a la Iglesia.

Estas son las generaciones de Sem. Sem tenía cien años cuando engendró a Arfaxad, dos años después del diluvio. Destruida la fábrica de Babilonia, la Escritura se apresura, enumerando las generaciones de la segunda edad del mundo (pues la primera había corrido hasta Noé y el diluvio) a llegar a Abraham, el patriarca de la tercera edad, o más bien de todas las naciones; por cuya fe y obediencia se echarían de nuevo los nuevos fundamentos de la ciudad santa, y en cuya descendencia la dispersión de las naciones volvería a una sola confesión y fe del culto divino. Pero el número cien, que se transfiere de la izquierda a la derecha, suele insinuar

una gran perfección ya sea de buena acción o de esperanza o de vida celestial; apropiadamente Sem, hijo de la bendición, engendró a su hijo en el año cien de su vida, cuya descendencia llegaría desde Heber hasta Abraham; y él mismo Abraham, por la misma gracia del sacramento, engendró a Isaac, el hijo de la promesa, en el año cien de su edad, en cuyo ejemplo nosotros, hechos hijos de la promesa, como puestos por ahora en la derecha de nuestro juez por la esperanza, esperamos la bendición de la vida celestial por las buenas obras: pues los dos hijos que Sem engendró antes del año cien, Elam y Asur, como se ha leído antes, puestos fuera de la descendencia santa, y como aún retenidos en la mano izquierda, crearon de sí mismos ciudadanos de la ciudad terrena, es decir, de este mundo. Pues uno fue progenitor de los elamitas, es decir, de los persas, y el otro de los asirios. Pero según la letra, nos surge una gran cuestión de cómo se dice que Sem tenía cien años dos años después del diluvio, cuando antes se afirma que nació en el año quinientos de Noé, y se lee que el diluvio vino en el año seiscientos de ese mismo Noé. Pues si nació en el año quinientos de su padre, ciertamente cuando él tenía seiscientos años cuando vino el diluvio, él tenía cien años, y por eso dos años después del diluvio tenía ciento dos años de edad. Para que el número de los tiempos no se contradiga a sí mismo, debe entenderse que o Noé tenía dos años más de quinientos cuando nació Sem, o dos menos de seiscientos cuando vino el diluvio, o que Sem tenía ciento dos cuando nació Arfaxad. Pues la Escritura suele hablar así a veces, que aunque falte o sobre un poco, sin embargo, suene un número pleno y perfecto en el cómputo. Pero parece muy verosímil, según mi sospecha, que cuando nació Sem, Noé tenía dos años más de quinientos: pues la Escritura no dijo falsamente que tenía quinientos años, aunque tuviera quinientos dos: porque ciertamente el número menor está contenido dentro del mayor. Pues la misma Escritura indicó que se había expresado con mucha libertad en ese lugar, cuando dijo que Noé, teniendo quinientos años, engendró tres hijos, Sem, Cam y Jafet; cuando no hay duda de que un hombre no puede engendrar tres hijos de una misma esposa en un mismo año: lo cual quizás el escritor sagrado de la historia se preocupó de explicar más diligentemente en este lugar, diciendo que Sem tenía cien años dos años después del diluvio, porque recordaba haber anotado el año de su nacimiento como más negligentemente.

Y vivió Sem después que engendró a Arfaxad quinientos años, y engendró hijos e hijas. En toda esta serie de generaciones no se añade, como en la que precedió al diluvio, "y murió"; porque no había nadie en toda esta complejidad de nacimientos, de quien pudiera decirse, excepto de los demás, como allí de Enoc "y caminó con Dios, y no apareció, porque Dios lo llevó" (Génesis V, 24).

Por su parte, Arfaxad vivió treinta y cinco años y engendró a Sala. En este lugar, los Setenta Intérpretes pusieron una generación más que la verdad hebrea, diciendo que Arfaxad, cuando tenía ciento treinta y cinco años, engendró a Cainán: quien, cuando tenía ciento treinta años, engendró a Sala: cuya traducción parece haber seguido el evangelista Lucas en este lugar. Sin embargo, los cronógrafos griegos, habiendo descubierto esta diferencia, corrigieron la serie de generaciones según la autoridad hebrea, eliminando a Cainán: pero no se preocuparon de corregir el número de años en las generaciones, que tenían en común con los códigos hebreos, según su autoridad: sino que, siguiendo su propia autoridad, dieron a esta edad, que se extiende desde el diluvio hasta Abraham, una suma de años; menor en ciento treinta años que la edición de los Setenta Traductores, pero mayor en seiscientos cincuenta años que la verdad hebrea.

Sala también vivió treinta años y engendró a Heber. Los Setenta Intérpretes tienen ciento treinta.

Vixit Heber treinta y cuatro años, y engendró a Faleg. Los Setenta intérpretes tienen ciento treinta y cuatro. Faleg vivió treinta años y engendró a Reu. Los Setenta intérpretes tienen ciento treinta.

Reu vivió treinta y dos años, y engendró a Sarug. Los Setenta intérpretes tienen ciento treinta y dos.

Sarug vivió treinta años, y engendró a Nachor. Los Setenta intérpretes tienen ciento treinta.

Nachor vivió veintinueve años, y engendró a Thare. Los Setenta intérpretes tienen setenta y nueve.

Thare vivió setenta años, y engendró a Abram, Nachor y Aran. Los Setenta intérpretes en esta generación no difieren en nada de la verdad hebrea. Y hasta aquí llega la segunda edad del mundo, teniendo según la verdad hebrea ciento noventa y dos años, según los Setenta intérpretes mil setenta y dos, y según los cronógrafos novecientos cuarenta y dos. Así se dice que Thare, habiendo vivido setenta años, engendró a Abram, Nachor y Aran, como antes del diluvio se narra que Noé, siendo de quinientos años, engendró tres hijos; ya que un hombre de una sola esposa no podría haber engendrado tres hijos en un año. Se entiende que, siendo de setenta años, engendró a Abram, que ahora es Abraham, y luego a sus hermanos en tiempo posterior; pero la Escritura no se preocupó de expresar el tiempo de sus nacimientos, ya que solo la anotación del tiempo en que nació Abraham podría expresar y ser suficiente para significar la edad de aquel.

Estas son las generaciones de Thare. Thare engendró a Abram, Nachor y Aran. Una era la casa de Thare, de la cual nació Abraham, en la que se adoraba al único Dios verdadero; y, según es creíble, en la que ya solo permanecía la lengua hebrea, ya que él mismo, como el pueblo de Dios más manifiesto en Egipto, así en Mesopotamia se refiere que servía a dioses ajenos, según narra Josué. Mientras que los demás de la progenie de Heber se dispersaban paulatinamente en otras lenguas y naciones, así como por el diluvio de aguas una casa de Noé permaneció para reparar el género humano, así en el diluvio de muchas supersticiones por todo el mundo una casa de Thare permaneció, en la que se conservó la plantación de la ciudad de Dios. Finalmente, así como allí se enumeraron las generaciones hasta Noé junto con los números de los años, y expuesta la causa del diluvio, antes de que Dios comenzara a hablar de la construcción del arca a Noé, se dice estas son las generaciones de Noé: así también aquí, enumeradas las generaciones desde Sem, hijo de Noé, hasta Abraham, luego se pone un artículo destacado de manera similar, para decir estas son las generaciones de Thare. Thare engendró a Abram, Nachor y Aran. Allí nació el patriarca de la segunda edad del mundo, aquí de la tercera.

Por su parte, Aran engendró a Lot, y murió Aran antes que Thare su padre en la tierra de su nacimiento, en Ur de los Caldeos. Lo que dice antes que Thare puede designar tanto la presencia como el tiempo; el tiempo, porque murió antes que su padre; la presencia, porque murió en su presencia. De hecho, algunos códigos tienen que murió ante la vista de Thare su padre. Lo que se dice en Ur de los Caldeos parece ser el nombre del lugar donde fue sepultado; cuyo túmulo, como refiere Josefo, se muestra hoy: de lo cual parece que Aran fue de alguna gran excelencia o dignidad. Porque entre los hebreos, Ur significa Fuego, narran que fue consumido por el fuego de los caldeos: porque, conociendo al verdadero Dios junto con Abraham su hermano mayor, se negó a adorar el fuego que ellos adoraban; y por eso, siendo ambos arrojados al fuego por los caldeos, él fue consumido por las llamas; pero Abraham, por el mérito de su fe más sublime, fue liberado por el Señor: de donde en lo

sucesivo le habla: Yo soy el Señor, que te saqué del fuego de los caldeos; y por esta razón de disensión, aunque Abraham escapó del fuego, no pudo habitar entre los caldeos; sino que con su parentela fue trasladado por su padre a otra tierra: lo cual concuerda con las palabras de Achior, jefe de todos los moabitas y amonitas, quien, como hombre ilustre, no pudo ignorar lo que había sucedido en la gente vecina y emparentada con él, de la cual él mismo había nacido: pues hablando del pueblo de Israel a Holofernes, jefe del ejército de los asirios, dice: Este pueblo es de la progenie de los caldeos: primero habitó en Mesopotamia, porque no quisieron seguir a los dioses de sus padres que estaban en la tierra de los caldeos. Dejando así las ceremonias de sus padres, que eran en la multitud de dioses, adoraron a un solo Dios del cielo, quien también les mandó que salieran de allí, y habitaran en Harán (Judith V, 6).

Tomaron Abram y Nachor esposas. El nombre de la esposa de Abram era Sarai, y el nombre de la esposa de Nachor era Melca, hija de Aran, padre de Melca y padre de Jesca. Nuestros mayores dicen que Jesca es la misma Sara, esposa de Abraham, porque los mismos hermanos carnales Abraham y Nachor habrían tomado por esposas a dos hermanas, hijas de Aran. Si es así, no puede entenderse que Aran, padre de ellas, sea el mismo que fue hermano menor de Abraham y Nachor, sino otro hombre del mismo nombre. Pues consta que Abraham precedió a su esposa Sara solo por diez años, diciendo él mismo ante el Señor: ¿Acaso nacerá un hijo a un centenario, y Sara, de noventa años, dará a luz un hijo? (Gén. XVII, 37). ¿Y cómo pudo su hermano menor tener una hija que fuera diez años menor que él, siendo él mismo siete o no más de ocho años mayor?

Sarai era estéril, y no tenía hijos. Por consejo de la divina providencia, fue estéril en su juventud, para que, generando en su vejez al hijo de la promesa, insinuara el tipo de la santa Iglesia, a la cual se dice Alégrate, estéril, que no das a luz (Gál. IV, 27), y demás. Pues convenía que quien en figura de la única fe y esperanza nuestra iba a dar a luz un hijo de la promesa, no lo generara en Caldea, ni en Mesopotamia, sino en la tierra de la promesa.

Tomó entonces Thare a Abram su hijo, y a Lot hijo de Aran, hijo de su hijo, y a Sarai su nuera, esposa de Abram su hijo, y los sacó de Ur de los caldeos, para ir a la tierra de Canaán. La antigua traducción tiene que los sacó de la región de los caldeos, lo cual no tiene ninguna cuestión en absoluto. Lo que según la verdad hebrea se dice que los sacó de Ur, es decir, del fuego o incendio de los caldeos, puede entenderse correctamente que los sacó de aquella región donde se adoraba el fuego, en lugar de decir que los sacó de la idolatría de los caldeos. Lo que se dice para ir a la tierra de Canaán, y se añade inmediatamente llegaron hasta Harán, y habitaron allí, y fueron los días de Thare doscientos cinco años, y murió en Harán, muestra el propósito de la mente de Thare, que pensaba, al huir de los caldeos, ir a la tierra de Canaán: pero al llegar a Harán, encontró en ella un lugar oportuno y seguro para él y los suyos, libre de la persecución de los caldeos, y desistió de visitar la tierra de Canaán para peregrinar, sino que permaneció en la ciudad a la que había llegado hasta su muerte: de modo que ni siquiera cuando su hijo Abraham y su nieto Lot salieron de allí por mandato del Señor, él se preocupó por mover un pie de allí. Pues lo que se dice que murió allí, teniendo doscientos cinco años, se sabe que ocurrió mucho después de su partida. Pues Abraham, que nació cuando su padre tenía setenta años, tenía setenta y cinco años cuando salió de Harán, que son ciento cuarenta y cinco años. Así que salió de Harán a esa edad de su padre, sesenta años antes de su muerte. Pero la Escritura anticipó la muerte de Thare antes de la partida de Abraham, uniéndola a su llegada y estancia en Harán, para que de ahí en adelante tuviera espacio libre para narrar sobre Abraham y Lot. Harán es una ciudad de Mesopotamia más allá de Edesa, que hasta hoy se llama Carras, famosa entre los romanos por la muerte del cónsul Craso, y entre nosotros por la estancia de los patriarcas: también se menciona en el libro del santo Padre Tobías, ennoblecida por la hospitalidad del arcángel Rafael.

Dijo el Señor a Abram: Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre a la tierra que te mostraré, y haré de ti una gran nación, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendito. Porque hablando distintamente el Señor, dice tierra, parentela y casa de tu padre, se entiende que la tierra de Abraham es en la región de los caldeos, de donde ya había salido: su parentela, su hermano Nachor con su familia, que ya había dejado: la casa de su padre, en la que entonces habitaba en Harán. ¿Cómo entonces se le ordena salir ahora de la casa de su padre, de la tierra y de la parentela, de la cual ya parecía haber salido? A menos que se entienda que con ese propósito, como ya dijimos, salió de su tierra y de su parentela con su padre, para regresar a ella en un tiempo futuro, reconciliados los caldeos: a quien ahora el Señor le manda que aparte su propósito de regresar a Caldea, y no solo retire su mente y cuerpo de la estancia en Mesopotamia, sino que, dejando la tierra en la que se hizo la ciudad de la soberbia y fue confundida por el juicio del Señor, venga a la tierra en la que recibirá la gracia de la bendición celestial, y procee de sí mismo una nueva y mejor progenie por el mérito de su fe y obediencia. Pues lo que dice, haré de ti una gran nación, se refiere propiamente al pueblo de Israel. Porque de la generación de otras naciones que de él igualmente habrían de nacer, a saber, los ismaelitas, los edomitas, y los pueblos que habrían de nacer de Cetura, su segunda esposa después de Sara, dice en lo siguiente: Te haré crecer muchísimo, y te pondré en las naciones, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra. Esta es una promesa de bendición mayor y mucho más excelente que la anterior. Aquella es terrenal, esta es celestial: porque aquella significa la propagación del Israel carnal, esta del espiritual: aquella del pueblo que de él nació según la carne; esta de aquel que de todas las familias de la tierra se salva en Cristo, en las cuales están también aquellos que, nacidos de él según la carne, quisieron imitar la piedad de su fe: a todos los cuales dice el apóstol Pablo: Si vosotros sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham (Gál. III, 19). Lo que dice: y en ti serán benditas todas las familias de la tierra, es como si dijera, y en tu descendencia serán benditas las familias de la tierra: para hablar con las palabras del Apóstol, en los lomos de Abraham estaba María ya entonces, de la cual había de nacer Cristo, cuando estas cosas se le decían. Y es admirable la disposición de la severidad y piedad celestial. Pues los hombres que se reunieron para la obra soberbia, merecieron ser divididos entre sí por diversas lenguas y familias: pero uno que dejó aquella provincia, y voluntariamente exiliado por mandato del Señor, oyó que todas las naciones, que estaban divididas en diversas provincias y lenguas, serían reunidas en él por una bendición común. Es de notar que aunque desde el nacimiento de Abraham se suele computar la tercera edad del mundo, sin embargo, con este oráculo del Señor a Abraham, se consagran especialmente los comienzos de la tercera edad según la suficiencia misma de las cosas: pues entonces la simiente santa fue separada de las naciones, y se predijo que de ella nacería el Salvador de todas las gentes: hasta este tiempo, todos los fieles y justos usaban de aquella ciencia de vida moral, que conocían por guía de la naturaleza, o que originalmente recibieron por la enseñanza de sus padres: pero ahora también la cognición por la obra del Salvador que había de venir en carne, en quien vendría la bendición y salvación para todos los santos, tanto para aquellos que precederían su encarnación naciendo antes, como para nosotros que nacimos después y creemos ser salvos por el nombre del mismo Señor Jesús, como dice Pedro, de la misma manera que ellos.

Salió entonces Abram como le había mandado el Señor, y fue con él Lot. Abram tenía setenta y cinco años cuando salió de Harán. Se aclara por este número de años de Abraham, que aún viviendo su padre, como se expuso antes, salió de Harán. No hay duda de que ese número de setenta y cinco años es místico, ya que en él recibió la promesa de la bendición divina, y dejó a Isaac, su hijo, heredero de la misma bendición al morir: de quien, para decir brevemente, setenta porque son siete veces diez, designan la perfección de la buena acción, cuando

cumplimos los mandamientos del decálogo por la gracia del Espíritu Santo, que el profeta describe como septiforme: a los cuales se añaden cinco, para que en todos los sentidos de nuestro cuerpo hagamos los mismos mandamientos divinos, con la ayuda de la gracia del Espíritu. Abram tenía setenta y cinco años cuando, saliendo de Harán por mandato o promesas del Señor, entró en la tierra de la promesa; para mostrar que él también, por la ayuda del Espíritu, anatematizando los errores de la conversación babilónica, guardaría los mandamientos de Dios; y que en todo lo que hacía, ya fuera viviendo, oyendo, gustando o tocando, no hubiera nada en su cuerpo que no dedicara, iluminado y ayudado por el don del mismo Espíritu, a la obediencia de los mandamientos celestiales, y que también todos los herederos de la promesa llevaran una vida en el mismo orden. Pues también esto que él fue mandado a salir de su tierra, parentela y casa de su padre, es evidente que debe ser imitado por todos los hijos de la promesa, entre los cuales estamos nosotros. Salimos de nuestra tierra cuando renunciamos a los placeres de la carne; de nuestra parentela, cuando nos esforzamos por despojarnos de todos los vicios con los que nacimos, en cuanto es posible a los hombres; de la casa de nuestro padre, cuando nos esforzamos por dejar el mundo mismo con su príncipe el diablo por amor a la vida celestial. Pues todos nacemos en el mundo hijos del diablo por la culpa de la primera transgresión; pero por la gracia de la regeneración, todos los que pertenecemos a la simiente de Abraham, nos hacemos hijos de Dios, diciendo a nosotros, es decir, a su Iglesia, nuestro Padre que está en los cielos: Escucha, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre (Sal. XLIV, 11): de donde bien Harán, de donde salió Abraham, se interpreta Ira. Canaán, a cuya tierra es invitado, se dice Mutado o Comerciante. No solo Abraham con su hermano Lot salió de Harán para venir a la tierra de Canaán, sino que todos los elegidos que nacen del lavacro de la regeneración, ciertamente salen de Harán y vienen a la tierra de Canaán; y todos los elegidos, dejando la ira del primer pecado en el estado de su vida, abandonada la costumbre de los vicios, se dedican a las virtudes, y con el más feliz comercio se ocupan en trabajos temporales, para obtener premios eternos; desprecian las riquezas terrenales, para poder recibir las celestiales; desprecian las alegrías del reino humano, para merecer tener parte en el reino de Dios. Esta es la tierra que el Señor prometió mostrar a sus seguidores: porque no puede ser investigado por el ingenio humano de la sabiduría, cuál es el camino de las buenas acciones, sino que debe ser buscada en todo la guía de aquel a quien el salmista dice: Tomaste mi mano derecha, y me guiaste con tu voluntad, y me recibiste con gloria (Sal. II, 24).

Tomó entonces a Sarai su esposa, y a Lot hijo de su hermano, y toda la sustancia que poseían y las almas que habían hecho en Harán; y salieron para ir a la tierra de Canaán. Lo que dijo las almas que hicieron se puso en lugar de decir los hijos que engendraron. En las Escrituras, a veces el hombre se indica solo con el nombre de alma, a veces solo con el de carne. Alma, como se dijo: el alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 20); carne, como en el Salmo: a ti vendrá toda carne (Sal. LXIV, 3), cuando ni la carne sin el alma puede venir a Dios, ni el alma sin carne puede pecar, sino que por una parte se señala todo el hombre. Ni de esta sentencia tienen ayuda aquellos que, como creen que la carne se procrea de la carne, así creen que el alma se procrea del alma: ya que con el vocablo alma, como dijimos, se designa todo el hombre. Las almas que hicieron, es decir, las almas que procrearon en Harán, no se entienden de Abraham y Lot, sino de sus familias y siervos: pues los mismos patriarcas permanecieron aún sin hijos, como atestiguan los siguientes pasajes de la historia sagrada.

Cuando llegaron a ella, Abram atravesó la tierra hasta el lugar de Siquem, hasta el valle ilustre. El cananeo estaba entonces en la tierra: y el Señor se apareció a Abram y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y él edificó allí un altar al Señor. Se lee anteriormente que el Señor habló a Abram mientras aún residía en Harán, y le ordenó partir de allí con la promesa

de una bendición múltiple, y venir a la tierra que Él le mostraría. Cuando lo hizo y obedeció con gusto los mandamientos divinos, pronto se hizo digno de una mayor gracia de Dios; de modo que no solo mereció su alocución, como antes, sino también disfrutar de su visión. Cuando, con esa visión y alocución divina, reconoció que esta era la tierra que le había prometido poseer, inmediatamente, como un hombre devoto a Dios, se apresuró a dedicarla erigiendo un altar y consagrándola para ofrecerle sacrificios. Pero como la historia sagrada está llena de misterios típicos, es de notar que la aparición del Señor y la erección del altar se menciona que ocurrieron en el lugar de Siquem y en el valle ilustre, que figurativamente, ¿qué es sino la humildad que debemos tener como la primera de las virtudes, llamados por el Señor de los trabajos y cargas de este mundo, diciendo Él mismo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mateo XI, 29)? A la carga de la cual corresponde místicamente el lugar de Siquem, porque aquí se nombra junto con el valle ilustre: Siquem, en latín, se traduce como hombros, porque ciertamente con humildad de mente debemos asumir las cargas de las buenas obras: cuando nos esforzamos por hacer esto con diligencia, pronto mereceremos recibir la gracia de la visita y consolación del Señor, para que podamos ascender gradualmente a grados más altos de virtudes. De donde se añade correctamente sobre los procesos de los viajes de Abraham, que designan el progreso de las buenas obras:

Y de allí pasó al monte que estaba al oriente de Betel, y plantó allí su tienda, teniendo a Betel al occidente y a Hai al oriente. También edificó allí un altar al Señor e invocó su nombre. Después del valle, subió a las montañas, porque debemos ascender a la sublimidad de la acción devota a Dios a través de la humildad de la propia despreciación. Y allí también, como en el valle, edificó un altar al Señor e invocó su nombre, porque tanto para humillarnos ante el Señor como para realizar obras sublimes de virtud, ambos son dones de la dignación divina: por ambos debemos ofrecerle alabanzas de gratitud. Y porque siempre debe haber progreso hacia lo más alto en las virtudes, se añade adecuadamente:

Y Abram continuó su viaje, avanzando hacia el sur. La región meridional, de donde el sol más ardiente suele iluminar el mundo, demuestra místicamente el fervor del amor, con el cual los corazones de los elegidos, para que no se adormezcan en el apetito y deseos de las cosas bajas, siempre son encendidos por el Sol de justicia desde lo alto, es decir, Cristo. Así que Abraham, deseando ver y conocer la tierra que iba a recibir en posesión, avanzó con curiosidad humana, yendo y avanzando hacia el sur: pero en significado místico enseñó que él mismo, ascendiendo de virtud en virtud, como todos los elegidos, siempre debe hacer progreso en el amor divino, hasta que se le conceda ver al Dios de los dioses en Sion.

Pero hubo hambre en la tierra, y Abram descendió a Egipto para residir allí. Después de recibir las promesas de bendición, después de entrar en la tierra de la promesa, después de edificar un altar al Señor en ella, después de invocar su nombre, Abraham es probado por el hambre, y por un hambre tan grande que, por su causa, dejó la tierra que había recibido en promesa tan pronto como la vio y la visitó; pero también Isaac, y Jacob, y sus hijos, por necesidad similar, dejaron la misma tierra de promesa, y como canta el salmista, pasaron de nación en nación, y de un reino a otro pueblo (Salmo X, 13): lo cual no debe creerse que ocurrió por casualidad, sino por una providencia superior, para que tanto ellos como todos los herederos de la misma promesa entendieran que habían recibido los dones de la bendición divina de tal manera que, sin embargo, en esta vida debían soportar trabajo y aflicción temporal, pero en el futuro se esperara descanso y felicidad eterna, donde también se diera a entender que la tierra de Canaán fue prometida a Abraham y a su descendencia como posesión, para que esta más bien significara la herencia de la patria celestial, de la cual está escrito: Los justos poseerán la tierra en herencia, y habitarán en ella para siempre (Salmo

XXXVI, 29). Lo cual no se dice de la tierra de este mundo, que es común a justos e injustos, ya que se narra que será poseída por los justos para siempre. Por lo tanto, se promete la tierra de Canaán a Abraham y a su descendencia, y después de un largo trabajo de servidumbre egipcia, se les devuelve bajo la guía de Jesús, para insinuar místicamente que la patria celestial prometida a nosotros desde hace tiempo nos será devuelta después de la aflicción del exilio presente por Jesucristo nuestro Señor. Pero incluso en la misma tierra de Canaán, los hijos de la promesa nunca cesaron de trabajar o de luchar contra los enemigos, para que entendieran, como hemos dicho antes, que debían buscar otra patria más allá de esta, en la cual verdaderamente disfrutarán de la bendición celestial y del descanso eterno: a la cual disposición de la providencia divina también se ajusta el hecho de que Abraham, peregrinando en Egipto, estuvo en peligro por causa de su esposa; pero al que estaba en peligro se le ayudó con la protección divina para que no fuera herido, para que se hiciera evidente que no solo los males generales del mundo, como el hambre, las enfermedades, la cautividad, los justos con los reprobos habrían de soportar en esta vida, sino también tribulaciones especiales de los mismos reprobos, por las cuales recibirían en el futuro recompensas que los reprobos no conocen. Sigue.

Y cuando estaba a punto de entrar en Egipto, dijo a Sarai su esposa: Sé que eres una mujer hermosa, y que cuando te vean los egipcios, dirán que eres su esposa, y me matarán, y a ti te reservarán: di, pues, te ruego, que eres mi hermana, para que me vaya bien por tu causa, y demás hasta que se dice, pero el Señor afligió al faraón con grandes plagas y a su casa por Sarai, esposa de Abram; y el faraón llamó a Abram y le dijo: ¿Qué es esto que me has hecho? ¿Por qué no me dijiste que era tu esposa? ¿Por qué dijiste que era tu hermana, para que la tomara por esposa? Abraham no mintió al decir que su esposa era su hermana. Porque también lo era, ya que era pariente de sangre, como también Lot, con la misma cercanía, siendo hijo de su hermano, fue llamado su hermano. Así que calló sobre su esposa, no negó a su hermana, confiando la protección de la castidad del matrimonio a Dios, y evitando las insidias humanas como hombre, porque si no evitara el peligro tanto como pudiera, tentaría más a Dios que confiar en Él. Finalmente, sucedió lo que Abraham presumió del Señor, porque el faraón, rey de Egipto, que la había tomado por esposa, gravemente afligido, se la devolvió a su marido: donde es imposible creer que ella hubiera sido contaminada por el lecho ajeno, porque es mucho más creíble que el faraón, debido a las grandes aflicciones, no se le permitió hacerlo. También se puede decir que, según el libro de Ester, donde cualquier mujer que agradara al rey, era ungida con aceite de mirra durante seis meses, y durante otros seis usaba ciertos ungüentos y aromas, y solo entonces entraba al rey. Podría haber sucedido que Sarai, después de agradar al rey, mientras se preparaba su entrada a él durante un año, y el faraón había dado muchos dones a Abraham, y luego el faraón fue golpeado por el Señor, ella permaneciera aún intacta de su concubinato.

Subió, pues, Abram de Egipto, él y su esposa, y todo lo que tenía, y Lot con él hacia la región del sur. No se refiere a la región del sur de Egipto, sino a la tierra de la promesa: porque no hizo el viaje de Egipto hacia el sur, lo cual quienquiera que lo haga, se aleja más de la tierra de la promesa: sino que, dejando toda Egipto, de la cual había visitado una parte, primero ascendió a la región del sur de la tierra de la promesa, que estaba más cerca. También es de notar según la letra que se menciona que Abraham descendió a Egipto, y ahora sube de Egipto, porque ciertamente la tierra de Egipto se dice que está más baja no solo que la tierra de Canaán, sino también que otras regiones del mundo, así como, por el contrario, la región de los escitas se dice que es más alta que otras partes de la tierra: lo cual se puede conjeturar fácilmente por los cursos de los ríos que fluyen hacia ella desde otros lugares, y que fluyen desde ella. Se ajusta muy bien a los sentidos típicos que la tierra de Canaán sea más alta que

Egipto, porque esta ciertamente designa la promesa de la patria celestial, aquella las presiones y trabajos de la vida presente. Porque esta el Señor la prometió y la dio como herencia a su pueblo Israel: pero en aquella tanto Abraham estuvo en peligro, aunque rápidamente protegido por el Señor, y su descendencia fue oprimida por un gravísimo servicio durante mucho tiempo, aunque también fue redimida maravillosamente al final, y de allí fue sacada. Por lo tanto, la tierra de la promesa es más alta que los confines de Egipto, aunque esté situada cerca, porque aunque los justos y los reprobos parecen vivir externamente una vida común en este mundo, sin embargo, con gran sublimidad de mente devota, los ciudadanos del cielo superan a todos los amantes de este mundo. Lo que se dice de Abraham que subió de Egipto, y con todos los suyos vino a la región del sur, significa típicamente que él mismo, mientras vivía en la carne, y todos los elegidos, hijos de la misma promesa, así desvían su pensamiento por un tiempo para atender las necesidades del cuerpo en lo bajo, que tan pronto como se cumple el mismo cuidado del cuerpo, revocan toda la intención de la mente para contemplar las cosas que están arriba, y buscan renovarse con el fervor del amor y la luz de la gracia celestial del Sol de justicia: esto es, místicamente, subir de Egipto y venir a la región del sur, después de cumplir con las necesidades de la carne, pedir con diligente intención al Señor el progreso de la luz y el amor celestial. Con tal voto y propósito de mente, no hay duda de que hacemos el viaje hacia la patria celestial: de donde se añade adecuadamente.

Y regresó por el camino por el que había venido desde el sur a Betel. Porque dirigirse a Betel por el sur es avanzar hacia la entrada de la casa de Dios, que Betel significa, por la luz del conocimiento celestial y por la inspiración del amor íntimo, con frecuentes pasos de buenas obras; de esa casa que, como dice el Apóstol, no es hecha por manos, sino que es eterna en los cielos (II Cor. V, 1), que el Profeta deseaba ver, cuando decía: Señor, he amado la belleza de tu casa, y el lugar del tabernáculo de tu gloria (Salmo XXV, 8).

Hasta el lugar donde antes había fijado su tienda entre Betel y Hai: en el lugar del altar que había hecho antes, e invocó el nombre del Señor. Es de notar que el bienaventurado Abraham, figurando el progreso de los elegidos en su viaje, se narra que regresó a Betel desde el sur o por el sur, pero no se añade que haya entrado en esa ciudad; sino que llegó entre esta y Hai, y allí se dice que invocó al Señor. Ese lugar de oración se menciona que está en el monte, porque ciertamente los elegidos, aún retenidos por el vínculo de la carne, y en el progreso de las virtudes, se esfuerzan por llegar con toda la intención de la mente a la casa de la morada celestial, se apresuran a esta con continuos pasos de buenas obras; pero aún no pueden entrar en ella, aún no pueden ver al Rey y a sus ciudadanos en su belleza: sino que entre la aceptación de la fe, por la cual fueron consagrados al Señor, y la entrada al reino en el cual desean verlo, ascienden a la altura de la buena acción como a la cima de un monte excelso. Porque Ai, o Aggai, como los antiguos traductores pusieron el nombre de esa ciudad, se interpreta como Cuestión, o Festividad: lo cual ciertamente se ajusta muy bien al tiempo en que cada fiel es consagrado al Señor con los sacramentos saludables: de lo cual el Apóstol advierte diciendo: No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, en el cual fuisteis sellados para el día de la redención (Efesios IV, 30). ¡Cuánta festividad de mente es ser redimido del poder de las tinieblas, y por la iluminación del Espíritu Santo convertirse en el sello del verdadero Rey! Esta ciudad de la fe invicta también puede llamarse correctamente cuestión: porque por esta los elegidos aprendieron a buscar al Señor, de quien se habían alejado, o el mismo Señor se dio a conocer como el buen pastor que los buscó como sus ovejas, según lo que Él mismo dice: El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lucas XIX, 10). Los santos edifican en el mencionado monte de buena conversación un altar al Señor, no otro que su propio cuerpo y alma, en el cual invocan su nombre, sabiendo que sin la ayuda de su nombre no pueden comenzar el camino de la justicia, ni completar el curso del buen

propósito. Explicamos esto del lugar del altar de Abraham con más detalle, para que nadie piense que el bienaventurado Moisés quiso describir con tanta diligencia el lugar del tabernáculo y del altar o de su oración por el bien de la historia y no más bien con la intención de la inteligencia espiritual. Donde también es de notar que Abraham no se describe haciendo un altar o invocando al Señor en Egipto, como tampoco en Caldea, o en Harán, sino solo en la tierra de Canaán, que recibió en promesa: porque ciertamente no podemos hacer obras perfectas ni ofrecer votos dignos a Dios sino en la unidad de la fe católica, sino en la esperanza de la promesa celestial. Betel es la misma que antes se llamaba Luz, y por Jacob, cuando allí durmiendo vio milagros celestiales y ejércitos, recibió el nombre de Betel; ciudad situada, como Ai, a unos doce millas de Jerusalén para los que van a Nablus.

Pero también Lot, que estaba con Abram, tenía rebaños de ovejas, y ganado, y tiendas; y la tierra no podía sostenerlos para que habitaran juntos: porque su sustancia era mucha, y no podían habitar juntos: de donde también surgió una disputa entre los pastores de los rebaños de Abram y Lot, y demás hasta que se dice cómo Lot se separó de Abraham con amor intacto, prefiriendo aquel que su hermano querido y santísimo se separara de él corporalmente, que ser retenido con escándalo y disputas de los débiles: pero aunque se separó de él corporalmente, nunca se separó del amor íntimo de su mente, como lo prueban claramente los siguientes hechos de la historia sagrada: donde lo salvó valientemente con todos los suyos cuando fue capturado por los enemigos, y con razón, porque ni Lot cambió en ninguna parte la obra de virtud y fe que solía practicar con su hermano mayor, incluso viviendo separado.

Alzando, pues, Lot sus ojos, vio toda la región alrededor del Jordán, que toda estaba regada antes de que el Señor destruyera Sodoma y Gomorra, como el paraíso del Señor y como Egipto para los que vienen a Segor: y Lot eligió para sí la región alrededor del Jordán, y se apartó hacia el oriente; y demás hasta que se dice: pero los hombres de Sodoma eran malos y pecadores ante el Señor en gran manera. Alaba la fertilidad de la tierra, y al mismo tiempo señala la impiedad de sus habitantes, para que se entienda que son dignos de mayor condenación, porque convierten los máximos dones de Dios no en fruto de piedad, sino en incremento de lujuria: donde también se añade tácitamente a las alabanzas del bienaventurado Lot, porque viviendo en esa tierra entre los indígenas, ni la fertilidad del suelo rico, ni el ejemplo de los cohabitantes pudieron en modo alguno corromper la integridad de su pureza. Pero con qué pecados fueron sometidos los sodomitas, excepto aquel infame que la Escritura menciona más adelante, el profeta Ezequiel lo expone suficientemente, hablando a Jerusalén: He aquí que esta fue la iniquidad de Sodoma tu hermana, soberbia, saciedad de pan, y abundancia, y ocio de ella y de sus hijas; y no extendieron la mano al necesitado y al pobre, y se elevaron, e hicieron abominaciones delante de mí (Ezequiel XVI, 49). De todas las cuales el bienaventurado Lot estuvo libre, como lo testimonia el texto de la historia sagrada, que declara que recibió a los ángeles en su hospitalidad, y por ellos fue rescatado de los impíos que perecían; y lo prueba la sentencia del bienaventurado apóstol Pedro, que dice: Y libró al justo Lot, oprimido por la injuria y la conversación de los nefandos (II Pedro II, 7). Porque era justo en vista y oído, habitando entre ellos que de día en día atormentaban su alma justa con obras iniquas. ¿Qué mérito bueno podría faltarle, que se afirma justo con la voz apostólica? en quien los presentes no podían escuchar sino la fama de justicia, cuyos ojos y oídos puros no eran sino tormento y aflicción al escuchar y ver las fechorías de los prójimos. Lo que se dice de él que se apartó del oriente a Harán, significa también Mesopotamia, de donde Abraham ya había partido corporalmente hace tiempo; pero porque el lector podría dudar de su propósito de mente, si aún estaba atado por el amor de la parentela y la patria, o si ya había salido perfectamente como Abraham de su tierra y parentela y de la casa de su padre, la Escritura se preocupó de indicar especialmente sobre él que se apartó de esos

lugares y habitantes no solo corporalmente, sino también de mente, y que por la fe y la esperanza de la bendición divina consintió en permanecer perpetuamente como huésped y peregrino dondequiera que agradara a Abraham. Porque la Escritura testimonia que Harán, ciudad situada al oriente de la tierra de la promesa, como dice en lo siguiente: Jacob, pues, partió y llegó a la tierra del oriente, cuando ciertamente hizo el viaje de Betel a Harán.

Y el Señor dijo a Abram después de que Lot se separó de él: Alza tus ojos y mira desde el lugar donde estás hacia el norte, el sur, el este y el oeste: toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Algunos códigos tienen hasta el siglo, lo cual se traduce del griego *Aeonion*, αἰὼν. Si se lee hasta la eternidad, con razón surge la pregunta de cómo la descendencia de Abraham puede poseer esa tierra eternamente, cuando la vida humana en este mundo no puede ser eterna. Pero si se lee hasta el siglo, y se entiende así, como fielmente sostenemos, que el inicio del siglo futuro comienza al final del presente, no habrá cuestión: porque aunque los israelitas fueron expulsados de Jerusalén, permanecen en otras ciudades de la tierra de Canaán, y permanecerán hasta el fin, y toda esa tierra es habitada con cristianos, y esa misma es la descendencia de Abraham. También puede entenderse mística y espiritualmente lo dicho a Abraham, toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre; porque la región de la patria celestial, que aquella tierra de promesa figuraba, es percibida por todos los elegidos, es decir, la descendencia de Abraham, de tal manera que en ella permanecen sin fin, según lo que se dice del fuego del holocausto en Éxodo: Este es un fuego perpetuo que nunca se apagará del altar. Pues el fuego material con el que se quemaban las ofrendas en el tabernáculo no podía ser perpetuo, ya que el tabernáculo mismo, el altar mismo, y el sacerdocio mismo, hace tiempo que fueron quitados. Pero el fuego del amor con el que los elegidos son encendidos para ofrecer a Dios sacrificios de oraciones o buenas acciones, nunca se apaga del altar, es decir, de sus corazones, que eran designados por aquel altar mosaico: porque en esta vida arden con amor divino, y en el futuro, viendo a Dios más perfectamente, lo aman con todo el corazón, toda el alma, toda la fuerza, y encontrarán muchas cosas de este tipo en las ceremonias de la ley, que aunque se dice que deben hacerse o permanecer con derecho perpetuo, no obstante, se prueba que no fueron perpetuas, a menos que se entiendan espiritualmente.

Moviendo, pues, Abram su tienda, vino y habitó junto al valle de Mambré, que está en Hebrón. Hebrón es una ciudad situada al sur de Jerusalén, a unos veintidós mil pasos, que en tiempos de Moisés se llamaba Arbe o Cariatarbe, es decir, ciudad de los Cuatro, porque allí están sepultados los tres patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, y Adán el prototipo, como está escrito en el libro de Josué, y después Hebrón recibió su nombre de uno de los hijos de Caleb, como narran las Crónicas. Si a alguien le inquieta cómo se llama así ahora y antes de los tiempos de los hijos, entienda que el sacerdote Esdras, al renovar la Escritura sagrada que había sido quemada por los caldeos, pudo haber añadido el nombre Hebrón en este lugar, como muchos otros añadidos que los expertos en las letras sagradas encuentran.

Y edificó un altar al Señor. Este es el tercer altar que Abraham edifica: el primero lo construyó cerca del lugar de Siquem, el segundo entre Betel y Hai. En todos estos lugares es notable que la Escritura no menciona que ofreciera sacrificio, sino solo que invocó el nombre del Señor; y tampoco en las Escrituras siguientes se encuentra que ofreciera a Dios víctima o sacrificio alguno, excepto un carnero que ofreció en holocausto al Señor en lugar de su hijo, en el cual se figura claramente la pasión del Mediador entre Dios y los hombres. Tampoco se lee que Isaac, su hijo, ofreciera alguna víctima a Dios, sino solo que edificó un altar al Señor. De igual manera, Jacob, aunque hizo un altar por mandato del Señor, no se encuentra que sacrificara víctimas, excepto cuando, dejando la tierra de promisión, iba a entrar en Egipto

por causa de José. Entonces, al llegar a Beerseba, habiendo sacrificado allí víctimas, se dice que recibió un oráculo de Dios: aunque allí se omiten tanto las especies como el número de las víctimas: y no se encuentra que se ofreciera a Dios víctima alguna desde entonces hasta el tiempo de la Pascua, que en Egipto fue inmolada en la sangre del cordero. ¿Qué significa, pues, que desde el tiempo de la promesa hecha a Abraham hasta el tiempo de la ley dada no se ofrecieran víctimas, excepto una sola, que el padre inmoló en figura de Dios Padre, quien no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, y que después en la ley la abundancia de víctimas no cesaba de ofrecerse diariamente, sino porque se prefiguraba claramente que la gracia y la verdad prometidas a Abraham y a su descendencia no serían restituidas al mundo por las ofrendas de víctimas, sino por la pasión de Cristo? Por cuya fe y sacramentos de la pasión no solo nosotros, sino también aquellos que precedieron los tiempos de esa pasión, fueron salvados. A esta figura se adhiere el hecho de que Melquisedec, sacerdote del Dios altísimo, que fue en tiempos de los patriarcas, no se lee que ofreciera sangre de víctimas, sino pan y vino al Señor, y no presentó la forma del sacerdocio legal, sino del evangélico: quien también bendijo al mismo Abraham, a quien se le prometió la bendición y en quien se prometió la bendición de todas las naciones, para que en todo quedara claro que la promesa dada a los padres no se cumpliría por las ceremonias de la ley mosaica, sino por la gracia de la pasión del Señor.

Sucedió en aquel tiempo que Amrafel, rey de Senaar, y Arioc, rey de Pontus, y Codorlahomor, rey de los elamitas, y Tidal, rey de las naciones, hicieron guerra contra Bera, rey de Sodoma, y contra Birsa, rey de Gomorra, y los demás. Se relata cómo Codorlahomor, rey de los elamitas, es decir, de los persas, junto con los reyes aliados, al hacer guerra contra la Pentápolis, venció, y qué pueblos, al apresurarse a esta contienda, encontraron en su camino y destruyeron: no se debe pensar que el autor sagrado de la Escritura consignó esto solo por interés histórico, sino más bien con la intención de recomendarnos la gracia celestial, pues nos enseña a través de la victoria de Abraham, quien con pocos venció a tantos reyes; cuál es la virtud de la fe, con la que él estaba armado; cuánta es la gracia de la bendición divina, con la que estaba dotado: porque de la misma manera, por esa misma fe, los santos que nacerían después, vencerían reinos, obrarían justicia, obtendrían promesas. Pero también hay otra causa muy grande, y de ninguna manera debe pasarse por alto, por la cual se escribiera la lucha de los reyes, y primero la huida de los sodomitas, y luego su rescate, quienes también en lo siguiente se sabe que fueron completamente destruidos por la ira celestial. Viendo Dios sus crímenes, primero los corrigió con esta matanza hostil y cautiverio: pero pronto, por su fiel siervo, los liberó de ese cautiverio con todo lo que había sido capturado: y esto por la gracia del bienaventurado Lot, quien entre ellos sirvió fielmente a Dios, para que, ayudados por tal don de protección divina, y liberados de los males, aprendieran también ellos, dejando los errores, a servir a Dios, y siguieran su ejemplo en buenas obras, por quien y a través de quien fueron salvados por la gracia de Dios. Pero como ni ellos, ni las correcciones divinas, ni los dones quisieron corregirse de su iniquidad; más bien acumularon diariamente nuevos crímenes a los antiguos depravaciones, quedaba que fueran condenados perpetuamente por la ira celestial, cuyo orden de corrección y castigo hasta hoy, y hasta el fin del mundo, no cesa de aplicarse de la misma manera a los impíos y pecadores, cuando aquellos que no se preocupan por corregirse ni con beneficios ni con castigos celestiales, después son condenados por la venganza celestial. Así también el mundo mismo consumirá su estado sin fin, mientras los hombres en todo el orbe, ingratos a los dones celestiales e insensibles a los castigos, persisten, serán arrebatados repentinamente por el torbellino del último juicio a la destrucción eterna. Lo que se dice, todos estos se reunieron en el valle de Sidim, que ahora es el mar salado, se menciona anticipadamente para indicar dónde se llevó a cabo la batalla. Pues posteriormente se explica cuál es la causa del duelo, y

por qué camino el ejército hostil, habiendo causado tanta destrucción, llegó allí: para que cuanto mayor se muestre la fuerza de los adversarios, más fuerte aparezca la fe de Abraham, por la cual rompió fácilmente todo el poder de ellos. El valle de Sidim es la región donde entonces estaba la Pentápolis, es decir, la provincia de los sodomitas y las ciudades vecinas, ahora cubierta por el mar salado, o mar Muerto en la Escritura sagrada, pero llamado por los historiadores griegos lago Asphaltites, es decir, de betún, y está entre Jericó y Segor.

Y derrotaron a los refaítas en Astarotcarnaim, y a los zuzitas con ellos, y a los emitas en Save, Cariataim. Refaítas en hebreo, en griego se llaman Gigantes: en singular, Rafa se llama Gigante. La tierra de ellos, que se llamaba Astarotcarnaim, estaba en la cima de los sodomitas. De hecho, hasta hoy se muestra una aldea llamada Carnea más allá de las aguas del Jordán. Astarotcarnaim se interpreta como Ovilia de cuernos, porque eran moradas de hombres fuertes. Save es una ciudad de los emitas situada sobre la región de los sodomitas, que hasta hoy se llama así. Lo que se añade Cariataim se interpreta como Ciudad de ellos; y el sentido es, derrotaron también a los emitas en Save, su ciudad, como lo tradujeron los Setenta Intérpretes. Emim ciertamente, al igual que Zuzim, se prueba que eran un pueblo muy fuerte incluso por el mismo nombre. Zuzim significa Terribles, Emim se dice Horrendos.

Y a los horeos en los montes de Seir. Estos montes, junto con las regiones vecinas, en un tiempo posterior a estos eventos, los hijos de Esaú, que también se llamaba Seir, porque era peludo, expulsaron a los horeos y los poseyeron: pero no él mismo, como parece verosímil, sino otro Seir, de quien los montes de Seir tomaron su nombre: el patriarca de los horeos, de cuya descendencia Esaú tomó esposa, como dice la Escritura más adelante: Esaú tomó esposas de las hijas de Canaán, Ada, hija de Helam el heteo, y Oolibama, hija de Aná, hijo de Esebon el heveo (Génesis XXXVI, 2). Lo que esta progenie fue o de dónde, se revela un poco después cuando, enumerada la descendencia de Esaú, se concluye así: estos son los jefes de Oolibama, hija de Aná, esposa de Esaú, estos son los hijos de Esaú, y estos son sus jefes, él es Edom; y de inmediato se añade un nuevo título que dice: Estos son los hijos de Seir el horeo, habitantes de la tierra, Lotán y Sobal y Sebeón. Y poco después: Y estos son los hijos de Sebeón, Aia y Aná. Este es Aná, quien encontró aguas termales en el desierto mientras pastoreaba los asnos de Sebeón su padre, y tuvo un hijo, Disán, y una hija, Oolibama. Por lo tanto, cuando Esaú tuvo una esposa de la raza de los horeos, Oolibama, hija de Aná, hijo de Sebeón, hijo de Seir, está claro que los montes de Seir, en los que los horeos fueron derrotados, no tomaron su nombre de Esaú, quien nació mucho después y comenzó a poseer esos lugares, sino de Seir, el patriarca de esos horeos.

Y regresaron y llegaron a la fuente de Mesfat. Esta es Cades. Mesfat se interpreta como Juicio: de ahí que la antigua traducción diga más claramente, llegaron a la fuente del juicio. Se dice esto por anticipación, ya que mucho después el lugar recibió ese nombre, porque allí el Señor juzgó al pueblo que salió de Egipto.

Y derrotaron toda la región de los amalecitas. Debe unirse al verso anterior, para entender que el pueblo de Amalec fue derrotado cerca de Cades Barnea, donde María descansó, y Moisés, golpeando la roca, sacó agua para el pueblo sediento de la piedra.

Lo que sigue: Y al amorreo que habitaba en Asasón Tamar, pertenece a otro lugar, es decir, la aldea que ahora se llama Engadi, fértil en bálsamo y palmas: de ahí que Asasón Tamar se interprete como Ciudad de palmas. Tamar significa Palma.

Y dirigieron contra ellos la línea de batalla en el valle de Sidim. En lugar del valle de Sidim, en hebreo se tiene en el valle de Seddim, que significa lugares agradables y boscosos. Tal era

la Pentápolis que, debido a la maldad de sus habitantes, no solo mereció ser consumida por el fuego, sino también ser ocultada para siempre de la vista de todos los vivientes por el abismo de las aguas.

Y he aquí, uno que escapó informó a Abram el hebreo. Se hace evidente en este lugar que se equivocan mucho quienes piensan que la nación de los hebreos fue llamada así por el nombre de Abraham como si fuera Ebreá, cuando el mismo Abraham es llamado hebreo; evidentemente por Heber, hijo de Jectán, en cuyos tiempos se hizo la división de las lenguas. Hebreo se interpreta como Transeúnte, lo cual concuerda manifiestamente con la fe y los méritos de Abraham. Pues trascendía los deseos temporales, y se apresuraba a pasar de este mundo presente a los gozos futuros. En efecto, el santo no es habitante de la tierra, sino viajero y extranjero, diciendo a su Creador, porque soy huésped contigo en la tierra y peregrino como todos mis padres. No en vano, aunque ambos hermanos, Abraham y Lot, descendieron de la estirpe de Heber, no obstante, no ambos fueron llamados hebreos, sino solo Abraham; y este nombre también lo dejó a la nación de Dios que nacería de él; pero porque él trascendía más perfectamente el mundo, y su tránsito, como un derecho hereditario, lo transmitió a sus descendientes, se designa por el sobrenombre lo que había recibido más que su hermano en el don. Y apropiadamente Abraham es llamado hebreo, es decir, Transeúnte, en este lugar por primera vez, cuando estaba a punto de rescatar a su hermano en peligro de los enemigos, para que la Escritura insinuara tácitamente que aquellos que son propiamente capaces de salvar a otros de los peligros de las tentaciones, ya sea por su doctrina o intercesión, son aquellos que no sucumben débilmente a las tentaciones de los vicios, sino que saben trascenderlas con ánimo alegre. Abraham liberó a Lot, su hermano, un hombre devoto a Dios, de los enemigos, y también liberó a los sodomitas, hombres muy odiosos a Dios, para que se prefigurara mística y espiritualmente que por los méritos e intercesiones de él, a menudo tanto los elegidos en el pueblo de Israel como los reprobos serían instruidos en los males temporales: pues solo los elegidos pueden ser salvados del eterno interino. Y es notable que, mientras la provincia de los sodomitas aún permanecía y no había sido castigada, tanto por los reprobos Lot justo fue afligido con pérdidas temporales, como por Lot justo los reprobos fueron, por la misericordia de Dios, liberados de las aflicciones temporales. Pero cuando el juicio de la última severidad cayó sobre los ciudadanos reprobos, entonces ni el justo fue tocado en absoluto por los castigos de los malvados, ni nadie pudo participar en su maravillosa salvación, sino que solo entonces los buenos fueron salvados, solo los malvados fueron perdidos: en lo cual claramente se expresa tanto el estado como el fin de todo el mundo, porque en esta vida a veces, por la vecindad de los malvados, los buenos son temporalmente afligidos, y por la vecindad de los buenos, los malvados son temporalmente liberados de las adversidades. Pero en el momento del último juicio, solo los inicuos serán eternamente perdidos, solo los justos serán liberados sin fin.

Cuando Abram oyó que su hermano Lot había sido capturado, numeró a sus siervos nacidos en casa, trescientos dieciocho, y demás. Es un milagro de la potencia divina muy grande, que con una tropa tan pequeña Abraham haya hecho tal matanza de enemigos, pero el número de esos soldados con los que venció contiene un sacramento más profundo de la fe, en la cual debemos superar nuestra lucha espiritual. Eran trescientos dieciocho, en cuyo número se designa el signo de la cruz victoriosísima y el nombre de nuestro Salvador Jesucristo, por quien este se consagró como el baluarte de nuestra salvación. Pues entre los griegos, trescientos se notan con la letra T, que se adapta a la figura de la cruz. Porque si hubiera recibido un ápice en el medio, no sería la figura de la cruz, sino que ya se vería claramente expresado el mismo signo de la cruz. Diez y ocho, en cambio, entre ellos se notan con I y H, que son las primeras letras en el nombre de Jesús: y por eso, cuando se notan trescientos

dieciocho en griego, no dista mucho de que pueda leerse la cruz de Jesús. Bien, pues, con trescientos dieciocho compañeros venció a los enemigos y liberó a su hermano Abraham, para que mística y espiritualmente se figurara que nacería de su descendencia aquel que, por la pasión de la cruz, revocaría al mundo de la muerte; y él mismo también, con el nombre de Salvador, es decir, Jesús, se destacaría sublime y digno de ser adorado por todo el mundo: pero también todos los que pertenecieran a la salvación, no serían salvos sino por este venerable signo, y por su terrible nombre.

Y los persiguió hasta Dan, y dividiendo a sus compañeros, cayó sobre ellos de noche, los hirió, y los persiguió hasta Hoba, que está a la izquierda de Damasco. Toda la serie del sagrado discurso está llena de figuras místicas, y no solo en las palabras y hechos, sino también en los mismos lugares y tiempos en que se lleva a cabo, concuerda con aquello del apóstol, porque todo les sucedía en figura, y está escrito para nosotros (I Cor. X, 11). Dan se interpreta como Juicio, Hoba como Condenación, Damasco como Copa de sangre. Persiguiendo, pues, a los enemigos, Abraham los encontró en Dan, y los hirió de noche, incautos y seguros, quienes hasta ese lugar se habían jactado de haber saqueado, como si se alegraran con el botín capturado; porque los pecadores, en las riquezas de esta vida y en la opresión de los inocentes, se permiten gloriarse hasta el peligro del juicio divino; pero cuando, con ceguera imprudente, como puestos en medio de la noche, digan paz y seguridad; entonces les sobrevendrá repentina destrucción: de ahí que se diga que los hirió, y los persiguió hasta Hoba, es decir, Condenación, que no debe entenderse otra condenación que la de la destrucción repentina y eterna. Que está, dice, a la izquierda de Damasco. Damasco, como dijimos, se interpreta como Copa de sangre; con este nombre se significa adecuadamente el deleite de los vicios. ¿Qué es el deleite del pecado sino una copa de sangre, cuando alguien se esfuerza por cumplir sin ninguna retractación las cosas de la carne y la sangre? Y Hoba está donde Abraham hirió a los adversarios a la izquierda de Damasco, porque la condenación que castigará a los impíos, los empujará a la pena perpetua con el diablo y sus ángeles, que suele designarse por la izquierda. Damasco es una ciudad noble de Fenicia y antigua metrópoli de toda Siria. Dan también era una aldea de Fenicia, el límite de la provincia de Judea hacia el norte, donde hoy está Paneas, que antes se llamaba Cesarea de Filipo: de donde también el Jordán recibió su nombre, que fluye desde el Líbano. Dan es uno de sus manantiales; el otro se llama Jor, que se interpreta como Arroyo. Con dos manantiales que no están lejos uno del otro, unidos en un solo arroyo, el Jordán se llama desde entonces.

Pero Melquisedec, rey de Salem, presentando pan y vino (pues era sacerdote del Dios altísimo) lo bendijo, y dijo: Bendito sea Abram por Dios altísimo, creador del cielo y de la tierra, y bendito sea el Dios altísimo, que ha entregado a tus enemigos en tus manos, y le dio el diezmo de todo. Es de notar primero en esta lectura que los patriarcas prefiguraron lo que los apóstoles predicán: Y si un miembro sufre, dice Pablo, todos los miembros sufren con él; si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él (1 Cor. XII, 25). Pues al sufrir Lot adversidades, Abraham se compadeció; y al regocijarse ellos por su liberación y victoria, Melquisedec se congratuló, y al vencedor, que se había expuesto al peligro por las desgracias de su hermano, lo colmó con bendición celestial: y no solo magnificó con digna alabanza al hombre vencedor, sino también al Señor, dador de la victoria, conforme a lo evangélico: Vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). Luego, es de observar que después de la lucha y la victoria, Abraham es bendecido; y esto por el rey y sacerdote del Dios altísimo: porque todos nosotros, pertenecientes a la promesa de la patria celestial, esperamos la bendición del reino eterno, preparado para nosotros desde el origen del mundo por el gran rey y sacerdote, el Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo; de cuyo reino, que es coeterno e igual al del Padre, se

dice en el salmo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Sal. CIX, 1), y demás: de cuyo sacerdocio, en el que se ofreció como víctima al Padre por nosotros, añadió en el mismo salmo diciendo: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Ibid. 4). De cuya exposición del verso y del sacerdocio y reino del Señor Jesucristo, que en Melquisedec fue figurado, es necesario que nuestra pequeñez hable y trate brevemente en este lugar, ya que el Apóstol completó la mayor parte de la epístola a los Hebreos discutiendo y explicando estas cosas de manera sublime, siguiendo sus huellas, hemos considerado conveniente insertar aquí algunas de las muchas cosas que él expuso.

Por tanto, Melquisedec significa al Señor Salvador: primero, como dice el Apóstol, que se interpreta rey de justicia, y luego rey de Salem, que es rey de paz (Hebr. VII, 2): con estas palabras el bienaventurado apóstol muestra cómo debe entenderse la figura de Melquisedec, para que también nosotros aprendamos claramente a buscar en las letras del Antiguo Testamento no solo los significados de las cosas, sino también de los nombres. Así como Melquisedec, con su nombre y persona, figura a Cristo, Rey de justicia, también con el nombre de su ciudad anuncia figuradamente a la Iglesia de los santos, la ciudad del gran Rey; de la cual está escrito: Y fue en Salem, es decir, en paz, su morada (Sal. LXXV, 3). Salem es la misma que después fue llamada Jerusalén por el rey David, convirtiéndose en la metrópoli de toda la provincia de Judea, porque allí compró el lugar del templo y dejó a su hijo Salomón los gastos de la construcción, lo cual, y otras innumerables cosas que se leen hechas o dichas sobre esa ciudad, es evidente para todos los lectores que pertenecen a la Iglesia. También con el tipo de sacrificio que ofreció, del cual hizo partícipe a Abraham al bendecirlo, prefiguró la oblación del Nuevo Testamento, que nuestro Señor ofreció primero en el sacramento de su cuerpo y sangre, y dejó a la Iglesia para ser ofrecida siempre en remisión de los pecados: en cuya participación singular enseñó que todos los hijos de la promesa serían bendecidos: de tal manera que nadie, sin esta comunión, puede ser partícipe de la vida eterna: Porque si no coméis, dice, la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros: el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna (Juan VI, 54). En la significación del gran sacramento, Melquisedec, sacerdote, bendijo a Abraham, presentándole parte del sacrificio que había ofrecido al Señor en pan y vino: insinuando típicamente que no solo nosotros, que venimos en la carne después de la pasión del Señor, sino también Abraham, que había recibido las promesas, y toda su descendencia elegida, serían donados con la bendición eterna por la oblación de la pasión del Señor. Y ciertamente el mismo Abraham había oído del Señor: Y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendito. Había oído: y en ti serán benditas todas las familias de la tierra; pero antes de que naciera algún hijo suyo, que fuera coheredero de esa bendición, antes de que ofreciera alguna víctima a Dios en acción de gracias por la bendición recibida, se le presentó Melquisedec, rey de Salem, presentando pan y vino que había ofrecido a Dios, y lo bendijo, para que entendiera claramente que la bendición prometida le sería otorgada a él y a toda su descendencia por el Rey de justicia y autor de la paz suprema, por el pontífice excelso, por el sacrificio místico de pan y vino. No se gloríen, pues, los judíos del sacerdocio levítico contra los cristianos, ya que ellos ofrecen víctimas de carne, nosotros pan y vino al Señor. Nuestro sacrificio es superior en tiempo y dignidad: en tiempo, porque Melquisedec lo ofreció antes que Abraham o los sacerdotes de la descendencia de Leví; en dignidad, porque de este, no de aquel, se dijo al Señor Cristo por el Padre: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4). Que esto se ha cumplido en la obra misma, y ahora es manifiesto en todo el mundo, solo un necio e impío lo niega. Por tanto, es evidente que Melquisedec fue un sacerdote mayor que Abraham el patriarca. Sin contradicción alguna, como dice el Apóstol, lo que es menor es bendecido por lo que es mayor (Hebr. VII, 7). El sacrificio de

Melquisedec es mayor que las víctimas que se lee que Abraham ofreció después: porque este es el Señor Cristo, aquel Aarón: este lo ofrecerían los sacerdotes del Nuevo Testamento, aquel los del Antiguo. Por lo cual se añade bien: Y le dio el diezmo de todo. Lo cual el Apóstol entendió y expuso de manera muy sublime; que Abraham le dio el diezmo no solo por sí mismo, sino también por todos los que nacerían de él, entre los cuales estaban los mismos sacerdotes que recibirían los diezmos del pueblo: Por Abraham, dice, también Leví, que recibe los diezmos, fue diezmo: pues aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro (Ibid., 9). Así como la tribu levítica, es decir, el pueblo sacerdotal, sobresalía, de quien recibía los diezmos; así también Melquisedec sobresalía a los mismos sacerdotes y levitas, cuando los recibió en Abraham su padre: pues aún estaban en los lomos. Abraham, en este lugar, designa al pueblo de Israel con su sacerdocio, mientras que Melquisedec expresa singularmente al Mediador entre Dios y los hombres con el sacerdocio que dejó a los herederos del Nuevo Testamento: Y Abraham es bendecido y diezmo por Melquisedec, porque incluso aquellos que fueron preeminentes en la ley y el sacerdocio levítico, no serían bendecidos sino por el Señor Jesucristo, no podrían referir todo lo que podían tener de virtudes sino a él, y confesar que esto era de su gracia, y así podrían ser salvos: de donde también Pedro, ya resplandeciendo la gracia del Evangelio, como si fuera el sacerdocio que según el orden de Melquisedec se prometía que vendría, dijo a los celosos de la observancia legal: ¿Por qué tentáis a Dios imponiendo un yugo de servidumbre sobre el cuello de los discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar? sino que creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de la misma manera que ellos (Hech. XV, 10). Por tanto, Abraham dio el diezmo de todo a Melquisedec el sacerdote, de quien había recibido la bendición: porque ciertamente entendió que aquel era el tipo y la imagen de un sacerdocio mejor que el que él mismo representaba; esto es, que él representaba el sacerdocio legal, aquel el del pontificado evangélico. Pues él mismo iba a engendrar el sacerdocio temporal que se conservaría por sucesiones de pontífices; aquel no se lee que tuviera ni principio de sacerdocio ni fin ni predecesor ni sucesor: de donde convenientemente lleva la imagen de aquel a quien se dijo: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Estas pocas cosas sobre Melquisedec se han dicho según parecían suficientes para nuestra obra. Sin embargo, quien desee saber plenamente sobre él y sobre los sacramentos que figuró, lea diligentemente toda la Epístola a los Hebreos.

Dijo entonces el rey de Sodoma a Abram: Dame las personas, toma para ti los bienes. Y él le respondió: Levanto mi mano al Señor Dios altísimo, poseedor del cielo y de la tierra, que desde un hilo hasta la correa de un calzado no tomaré nada de lo que es tuyo, y demás. Es de notar diligentemente, y de llevar a ejemplo de vida moral, que Abraham, quien verdaderamente compadeciéndose de las necesidades de los prójimos, se ofreció al peligro para liberar a Lot, como devoto a Dios dio el diezmo al sacerdote que lo bendecía: él, como despreciador de las riquezas, rehusó tomar algo del botín que había recuperado, incluso cuando el rey a quien había vencido se lo ofreció. Como amante de la justicia, no negó distribuir sus partes a los soldados que habían luchado con él. Con razón, tal conciencia, para que pueda llegar más rápidamente a la cima de las virtudes, siempre es elevada por nuevos beneficios de la gracia suprema. Por lo cual, correctamente, después de que estas cosas se llevaron a cabo, inmediatamente se hace partícipe del don del oráculo celestial y de la bendición divina, que reservamos para ser considerada y tratada mejor en la lectura del libro siguiente.

LIBRO CUARTO.

Después de estos acontecimientos, la palabra del Señor vino a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram, yo soy tu protector y tu recompensa será muy grande. La bendición que

Abraham había recibido del sacerdote Melquisedec, el Señor mismo la confirma. Pues había dicho el sacerdote: Y bendito sea el Dios altísimo, que ha entregado a tus enemigos en tus manos (Gén. XIV, 20). Dice el Señor: Yo soy tu protector. Había dicho el sacerdote: Bendito sea el Dios altísimo. Dice el mismo Dios: Y tu recompensa será muy grande. Llama recompensa no solo al amor que había mostrado al hermano en angustia, sino también a todo el amor con el que había servido al mismo Señor desde que dejó su patria y sus padres, con un corazón íntegro.

Y Abram dijo: Señor Dios, ¿qué me darás, yo voy sin hijos, y el hijo del mayordomo de mi casa, este Damasco Eliezer? Y añadió Abram: A mí no me has dado descendencia; y he aquí que mi siervo será mi heredero. No titubea como dudando de las promesas de Dios; sino que pregunta sencillamente qué recompensa recibirá del Señor, quien no teniendo hijo en quien regocijarse como heredero y participe de la promesa divina, tendrá más bien a su siervo como heredero. Aquel siervo era llamado por dos nombres, es decir, Damasco, Eliezer, de quien dicen que la ciudad de Damasco fue fundada y nombrada. Favoreciendo el Señor los deseos de Abraham, le prometió también esta recompensa que buscaba, cuando inmediatamente añadió:

No será este tu heredero, sino que el que saldrá de tus entrañas, él será tu heredero. Lo cual, dicho de Isaac y su descendencia, la razón lo prueba; de quien después oyó: Porque en Isaac será llamada tu descendencia. Pues los hijos de las concubinas, aunque son descendencia de Abraham, no pudieron ser partícipes de su herencia; y porque a esta herencia amada por Dios, en la que la protección divina y la recompensa serían muy grandes, solo pertenecen las almas celestiales, se añade apropiadamente:

Y lo sacó fuera, y le dijo: Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes, y le dijo: Así será tu descendencia. Pues los justos y elegidos son comparados correctamente con las estrellas; no solo porque, como las estrellas, no pueden ser contadas por los hombres; sino también porque son sublimes en felicidad celestial, porque con gran elevación de mente trascienden los deseos bajos y despreciables de esta vida; porque entre los réprobos brillan como luminarias en el mundo, sosteniendo la palabra de vida. De los cuales, al final, se puede decir correctamente: Una estrella difiere de otra en gloria, así también la resurrección de los muertos (1 Cor. XV, 41). Pero cuando dice: Así será tu descendencia, no lo dice solo de aquellos elegidos que nacerían corporalmente de su linaje, sino también de nosotros, a quienes el Apóstol dice: Si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham (Gál. III, 29). Por lo cual, bien primero, estando dentro, oyó: Pero el que saldrá de tus entrañas, él será tu heredero. Por aquellos, evidentemente, que saliendo de su descendencia, también serían coherederos de la bendición y herencia prometida. Pero luego, sacándolo fuera, le manda contar las estrellas, si puede; Así será, dice, tu descendencia por aquellos, evidentemente, que no serían procreados de sus entrañas, pero que serían recogidos de todo el mundo como su descendencia; según lo que en el Evangelio, al centurión creyente, que no pertenecía carnalmente, sino espiritualmente a la descendencia de Abraham, dice el mismo Señor: Y os digo que muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Mat. VIII, 11). Pues lo sacó fuera para que aprendiera que recibiría esta bendición en la amplitud de todo el mundo. Le manda mirar al cielo y contar las estrellas, para que conociera que sería enriquecido con esta herencia en la patria celestial.

Creó a Dios, y le fue contado por justicia. De esta sentencia hace mención el Apóstol (Rom. IV, 3), para recomendar la gracia de Dios, no sea que la circuncisión se gloríe, y no quiera admitir a las naciones incircuncisas a la fe de Cristo: pues cuando esto ocurrió, que la fe de Abraham le fuera contada por justicia, aún no había sido circuncidado. Por tanto, la fe es

contada por justicia, no ociosa y desnuda, sino aquella que obra por el amor; es contada también aquella que, aunque aún no tiene tiempo de obrar, tiene sin embargo la voluntad perfecta de obrar. Pues la fe del ladrón le fue contada por justicia, que aunque, apremiado por el artículo de la muerte, no pudo tener tiempo de obrar, sin embargo fue juzgada tan perfecta por el inspector del corazón, que el mismo día fue recompensada con la morada del paraíso. La fe de Cornelio y su casa le fue contada por justicia, de tal manera que incluso antes del lavacro de la regeneración recibió el don del Espíritu Santo; porque ciertamente, concebida en el corazón, estaba preparada para obrar por el amor. Así también la fe de Abraham demostró ser contada por justicia, cuando estaba preparada para ofrecer incluso a su único hijo al mandato del Señor en holocausto. Por tanto, el justo vive por la fe (Rom. I, 17), aquella fe que está preparada para obrar por el amor, y si tiene tiempo, obra.

Y le dijo: Yo soy el Señor, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte esta tierra, y poseerla. Algunos piensan que Ur es el nombre de un lugar, pero porque Ur se interpreta como Fuego, es más de entender, según la tradición de los hebreos, como dijimos antes, que fue rescatado del fuego de los caldeos, quienes, al rehusar él adorar el fuego que ellos adoraban como dios, quisieron consumirlo con fuego, pero al protegerlo Dios, no pudieron lograrlo.

Y él dijo: Señor Dios, ¿cómo podré saber que la poseeré? No se debe pensar que Abraham, después de haber creído a Dios, y le fue contado por justicia, haya fallado en la fe al decir: Señor Dios, ¿cómo podré saber que la poseeré? No es que, como aún incrédulo, busque una señal en la que creer, sino que suplica que se le dé alguna similitud de lo que había creído, por la cual se reconozca su modo; de donde la traducción antigua tiene más significativamente: Señor soberano, ¿según qué sabré que seré su heredero? como no es incredulidad de la Virgen María cuando dice: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón? (Luc. I, 34) pues lo que iba a suceder lo tenía por cierto, preguntaba el modo en que sucedería. Y cuando lo preguntó, lo oyó. Finalmente, aquí se da una similitud de animales, una becerra, una cabra, un carnero, y dos aves, una tórtola y una paloma, para que según estas cosas supiera lo que iba a suceder, lo que no dudaba que sucedería. Sigue:

Respondiendo el Señor: Toma, le dijo, una becerra de tres años, y una cabra de tres años, y un carnero de tres años, una tórtola y una paloma. Y tomando todos estos, los partió por la mitad, y puso cada mitad frente a la otra, pero no partió las aves. Pues si por la becerra se significó el pueblo puesto bajo el yugo de la ley; por la cabra el mismo pueblo pecador futuro, por el carnero el mismo pueblo también reinante. Por eso se dice que estos animales son de tres años, porque en la tercera edad del mundo el pueblo creció y entró en la tierra de la promesa. La primera edad desde Adán hasta Noé, la segunda desde Noé hasta el mismo Abraham, la tercera desde Abraham hasta David; en la cual, salvado de la servidumbre egipcia, y trasladado a la tierra de la promesa, fue el pueblo. O si estas cosas significan algo más conveniente, de ningún modo dudaría que los espirituales están prefigurados en ello con el añadido de la tórtola y la paloma; y por eso se dice: pero no partió las aves: porque los carnales se dividen entre sí, pero los espirituales de ningún modo, ya sea que se aparten de las conversaciones ocupadas de los hombres como la tórtola, o que vivan entre ellas como la paloma; ambas aves son simples e inocentes, significando que incluso en el mismo pueblo israelita, a quien se le daría esa tierra, habría pueblos indivisos de la promesa, y herederos del reino en eterna felicidad.

Y descendieron aves sobre los cadáveres, y Abram las ahuyentaba. Estas aves divididas, que descendieron sobre lo que eran cadáveres, no indican algo bueno, sino espíritus del aire buscando su alimento de la división de los carnales; o ciertamente los carnales adversarios del

mismo pueblo, que según el consejo del adivino Balaam, buscaban para sí ocasión de victoria de sus crímenes, de los cuales dice el profeta: Nuestros perseguidores fueron más veloces que las águilas del cielo (Lam. IV, 19).

Pero Abram las ahuyentaba, porque por sus méritos, Israel fue a menudo liberado de la angustia de los males temporales y de las insidias de los espíritus malignos.

Quod vero subjungitur: Cumque sol occumberet, sopor irruit super Abram, et horror magnus et tenebrosus invasit eum, significat circa saeculi hujus finem magnam perturbationem atque tribulationem futuram fidelium. De qua Dominus in Evangelio: Erit enim tunc tribulatio magna qualis non fuit ab initio (Matth. XXIV, 21).

Dictumque est ad eum: Scito praenoscens, quia peregrinum futurum sit semen tuum in terra non sua, et subjicient eos servituti, et affligent quadringentis annis, etc. Hoc de populo Israel qui fuerat in Aegypto serviturus apertissime prophetatum est. Non quod in eadem servitute sub Aegyptiis affligentibus quadringentos ille populus annos fuerat peracturus, sed in ipsis quadringentis annis praenuntiatum est hoc futurum. Quadringenti sane dicuntur anni propter numeri plenitudinem, quamvis aliquanto amplius sint; sive ex hoc tempore computentur quo ista promittebantur Abrahae, sive ex quo natus est Isaac propter semen Abrahae de quo ista praedicuntur. Computantur enim ab anno septuagesimo et quinto Abrahae quando ad eum facta est prima promissio, usque ad exitum Israel ex Aegypto, quadringenti et triginta anni, quorum Apostolus ita meminit: Hoc autem dico, inquit, testamentum confirmatum a Deo: quae post quadringentos et triginta annos facta est Lex, non infirmat ad evacuandam promissionem (Gal. III, 17). Jam ergo isti quadringenti et triginta, quadringenti poterant nuncupari, qui non sunt multo amplius; quanto magis cum aliquot jam ex isto numero praeterirent, quando illa in visu demonstrata et dicta sunt Abrahae, vel quando Isaac natus est, centenario patri suo, a prima promissione post viginti quinque annos; cum jam ex istis quadringentis triginta, quadringenti et quinque remanerent, quos Dominus quadringentos voluit nominare.

Generatione autem quarta revertentur huc. Caath cum patre suo Levi ingressus est Aegyptum, cujus filius Amram, cujus filius Aaron, cujus filius Eleasar, qui cum esset quartus a Caath, cum patre suo Aaron egressus est Aegypto; et illo in solitudine defuncto, ipse terram repromissionis intravit.

Cum ergo occubisset sol, facta est caligo tenebrosa, et apparuit clibanus fumigans, et lampas ignis transiens inter divisiones illas. Haec caligo et clibanus ignis post occasum solis factus, significat jam in fine saeculi per ignem judicandos esse carnales. Sicut enim afflictio civitatis Dei, qualis antea nunquam fuit quae sub Antichristo futura speratur, significatur tenebroso timore Abrahae circa solis occasum, id est, propinquante jam fine saeculi; sic ad solis occasum, id est, ad ipsum jam finem, significatur isto igne dies judicii dirimens carnales per ignem salvandos et in igne damnandos.

In illo die pepigit Dominus foedus cum Abram, dicens: Semini tuo dabo terram hanc, a fluvio Aegypti usque ad fluvium magnum Euphraten. Fluvium Aegypti, hoc est Nilum, non dicit magnum sed parvum, qui dividit inter Aegyptum et Palaestinam, ubi est civitas Rinocorura. Pepigit ergo Dominus foedus cum Abram in die illo, quo ei hostias animantium et avium obtulerat; illud nimirum foedus, ut ipse ac semen ejus Domino vota orationum ac victimarum fidei semper corde offerret; et Dominus ipsi ac semini ejus terram Chanaan perpetuo possidendam donaret.

Igitur Sarai uxor Abrae non genuerat liberos, sed habens ancillam Aegyptiam nomine Agar, dixit marito suo: Ecce conclusit me Dominus ne parerem, ingredi ad ancillam meam, si saltem ex illa suscipiam filios. Cumque ille acquiesceret deprecanti, tulit Agar Aegyptiam ancillam suam post annos decem, quando habitare coeperat in terra Chanaan, et dedit eam viro suo uxorem, qui ingressus est ad eam; at illa concepisse se videns, despexit dominam suam, etc. De Agar et Ismael quomodo Synagogam et Vetus Testamentum designent, sicut Sara et Isaac filius ejus Ecclesiam ac Novum Testamentum, Apostolus ad Galatas plenissime disseruit. Quod autem ad rem pertinet gestam, nullo modo est inferendum, inurendum de hac concubina crimen Abrahae, usus est ea quippe ad generandam prolem, non ad explendam libidinem; nec insultans, sed potius obediens conjugii, quae suae sterilitatis credidit esse solatium, si fecundum ancillae uterum, quod natura non poterat, voluntate fecerat, suum; et eo jure, quo dicit Apostolus: Similiter et vir non habet potestatem corporis, sed mulier (IV Cor. VII, 4), uteretur mulier ex altera ad pariendum, quod non poterat ex seipsa. Denique cum ancilla gravida superbiret dominae sterili, et hoc Sara suspicione muliebri, viro potius imputasset, etiam ibi demonstravit Abram non se amatorem, sed liberum fuisse genitorem, et in Agar Sarae conjugii pudicitiam custodisse, nec voluntatem suam, sed voluntatem illius implevisse. Ait enim: Ecce ancilla tua in manu tua est, utere ea ut libet.

Cumque invenisset eam angelus sedentem juxta fontem aquae in solitudine quae est in via Sur, dixit ad eam: Agar, ancilla Sarai, unde venis et quo vadis? Consequenter Aegyptia in via Sur, quae per eremum ducit ad Aegyptum ire festinabat. Extenditur enim desertum Sur usque ad mare Rubrum, quod ad Aegypti confinia pervenit.

Ecce, ait, concepisti, et paries filium, et vocabis nomen ejus Ismael. Ismael interpretatur Exauditio Dei, causaque nominis exponitur, cum protinus subinfertur: eo quod audierit Dominus afflictionem tuam. Notandum autem quia hic primus antequam nasceretur, secundus Isaac a Domino nomen accepit, certi utique gratia mysterii, quia et Veteris Testamenti, quod significatur in Ismael; et Novi, quod in Isaac, haeredes ante saecula fuerunt in divina electione praecogniti.

Hic erit ferus homo, manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum, et e regione universorum fratrum suorum figet tabernacula. Significat semen ejus habitaturum in eremo, id est, Saracenos vagos, incertisque sedibus, qui universas gentes quibus desertum ex latere jungitur incursant, et expugnantur ab omnibus: sed haec antiquitus. Nunc autem in tantum manus ejus contra omnes, et manus sunt omnium contra eum; ut Africam totam in longitudine sua ditone premant, sed et Asiae maximam partem, et Europae nonnullam omnibus exosi et contrarii teneant. Quod autem dicit: Figet tabernacula; morem gentis antiquum ostendit, quae in tabernaculis semper, non in domibus, habitare solebat.

Vocavit autem nomen Domini qui loquebatur ad eam: Tu Deus qui vidisti me. Dixit enim: Profecto hic vidi posteriora videntis me, propterea appellavit puteum illum Puteum viventis et videntis me. Patet ex his verbis quod Agar non faciem angeli loquentis secum, sed posteriora tantum a se abeuntis videre potuit: quem tamen se miserando vidisse et hunc viventem, id est, verum esse Deum, vel in persona viventis Dei ad se venisse cognovit. Mira autem feminae prudentia, vel potius non miranda, quoniam ad Abrahae familiam pertinebat, quod puteum, juxta quem oraculo divino confortata est, a vocabulo ejusdem Dei cognomen habere voluit; quasi palam intelligens quod puteus ille profunda divina dispositionis arcana designaret, quibus afflictioni ejus misereretur, eamque ad dominam redire praeciperet; ac sobolem ejus magnam futuram esse praediceret: et sicut in puteo sive fonte illo, ut supra nominatus est, vivam ac perennem videbat aquam; ita altitudinem divinae substantiae semper viventem ac

sine fine atque principio manentem intellexit, atque ab ea puteum recte cognominandum credit. Cui figurae congruens Psalmista, cum dixisset: Sicut cervus desiderat ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus (Psal. XLI, 2); continuo subdidit: Sitivit anima mea ad Deum vivum. Ut colligeremus quia sicut fontes vivas et indeficientes aquas habent, ita Deus vitam habeat in se manentem. Notandum autem quod puteus Agar inter desertum Cades et Barad hodieque demonstratur, et merito; in testimonium videlicet fidei et confessionis ejus.

Postquam vero nonaginta et novem annorum esse coeperat, apparuit ei Dominus, dixitque ad eum: Ego Deus omnipotens, ambula coram me, et esto perfectus, ponamque foedus inter me et te, et multiplicabo te vehementer nimis. Unde centenario Abrahae nomen amplificatur, testamentum circumcisionis datur, Isaac nasciturus promittitur, ut in magno mysterio centenarius filium promissionis jam circumciscus accipiat. Ambulat autem coram Domino, ut possit esse perfectus, qui omnibus momentis in conspectu Divinitatis se consistere et quasi in obsequium ejus positum se esse meminit; quomodo Elias qui ait: Vivit Dominus, in cujus conspectu sto (III Reg. XVII, 1); semper se ad divinum promptum obsequium, praesentiam sui Conditoris in mente habere signavit; et quia primus perfectionis gradus humilitas est, recte subjungitur:

Cecidit Abram pronus in faciem. Legimus autem in prioribus sacrae historiae locis viros sanctos Dominum invocasse, ei hostias laudis obtulisse, innocentes in conspectu ejus vixisse, nullum vero ante Abram pronum in faciem coram Domino corruisse. Verum ille quo altiora prioribus dona percepit, eo majores largitori donorum gratias sese humiliando reddidit; et quia suae fragilitatis cadens in terram humiliter meminit, mox divinae potestatis eminentiam sublimiter agnoscere meruit. Nam sequitur:

Dixitque ei Deus: Ego sum, et pactum meum tecum. Quid est enim Domino dicere: Ego sum, nisi statum aeternitatis suae, qua semper idem est, manifeste denuntiare? De qua dicit et Psalmus: Tu autem idem ipse es (Psal. CI, 28). Huic autem loco concinit illud Evangelii ubi dixit Dominus Judaeis: Antequam fieret Abraham ego sum (Joan. VIII, 58). Apparens enim in carne docuit se ipsum esse qui in spiritu quondam apparuerat Abrahae, cum idem testimonium essentiae suae, quod perhibuerat Abrahae, repetit perhibendo Judaeis; sed Judaei, quia audierant: Antequam fieret Abraham ego sum, turbabantur; Abraham quoniam audivit: Ego sum, laetabatur, nec dubitabat quod antequam ipse fieret, Deus erat; unde et ipse quia verbum divinae aeternitatis fideliter audivit; accepit in augmentum praemii, ut pater multarum gentium et vocaretur et esset. Porro Judaei, quia audita divinitatis arcana capere non poterant, ejecti de stirpe Abrahae, et inter genimina sunt viperarum computati: Denique tulerunt lapides ut jacerent in eum; at ille abscondit se ab eis, et exivit de templo (Joan. VIII, 59), ut videlicet a lapideis cordibus eorum absconsus, et exiens ad revelandam gentibus suae majestatis agnitionem veniret. Nam et tunc egressus de templo caeco nato lumen reddidit. In figuram videlicet gratiae, qua illustraturus erat corda gentilium. Sequitur:

Erisque pater multarum gentium, nec ultra vocabitur nomen tuum Abram, sed appellaberis Abraham, quia patrem multarum gentium constitui te. Quia beatus Abraham cognitionem ac domum patris sui ad imperium Domini deseruit, merito et hoc in munere retributionis accepit, ut pater multarum gentium existat; adeo utique multarum, ut non solum earum quae ex ejus semine secundum carnem prodirent; sed et earum quae aliunde originem carnis ducentes, fidei et obedientiae ejus vestigia sequerentur, sicut Apostolus ad Romanos scribens plenissime exponit. Sciendum autem quod Abram Pater excelsus, Abraham vero Pater multarum dicitur, ut subintelligatur, gentium.

Et statuam pactum meum inter me et te, et inter semen tuum post te in generationibus suis foedere sempiterno; ut sim Deus tuus et seminis tui post te. Vetus translatio habet: Et statuam testamentum meum. Notandum autem quod ubicunque in Graeco legimus testamentum, ibi in Hebraeo sermone sit foedus, sive pactum, id est, berith. Non est autem mirandum quare testamentum sive pactum Dei sit cum Abraham et semine ejus foedere sempiterno, ut sit Deus eorum: quia nimirum hoc foedus, et toto tempore vitae hujus sine ulla intermissione in generationibus electorum sese ex ordine sequentium servabitur, et in futuro saeculo sine ullo fine celebrabitur. Quod vero sequitur:

Daboque tibi et semini tuo terram peregrinationis tuae omnem terram Chanaan in possessionem aeternam. Operosiore expositione indiget quomodo accipiatur impletum, sive adhuc exspectetur implendum, cum possessio quaecunque terrena, aeterna cuilibet genti esse non possit. Sed sciendum est aeternum a nostris interpretari quod Graeci appellant Aeonion, quod a saeculo derivatum est. Aeon quippe Graece seculum nuncupatur. Sed non ausi Latini hoc dicere saeculare, ne longe in aliud mitterent sensum. Saecularia quippe dicuntur multa quae in hoc saeculo sic aguntur, sicut brevi etiam tempore transeant. Aeonion autem quod dicitur, aut non habet finem, aut usque in hujus saeculi tenditur finem. Et ideo, sicut et supra diximus, terra Chanaan in possessionem aeternam semini datur Abrahae, quoniam in ea Christiani usque ad finem saeculi hujus, sive de Judaeis, sive de gentibus, semen videlicet Abrahae nunquam defuturi esse creduntur.

Dixit iterum Deus ad Abraham: Et tu ergo custodies pactum meum, et semen tuum post te in generationibus suis; hoc est pactum quod observabitis inter me et vos et semen tuum post te: Circumcidetur ex vobis omne masculinum; et circumcidetis carnem praeputii vestri, ut sit in signum foederis inter me et vos. Benigna provisione Dominus primo pactum gratiae suae statuit beato Abrahae et semini ejus; ac deinde ab illis pactum obedientiae requirit: ut minus videlicet terreat labor certaminis, audito prius praemio perpetuae remunerationis. Circumcidi ergo praecipitur caro praeputii, in signum foederis inter Deum et homines, ut hoc signo admonerentur fideles illius temporis, mundandos se ab omni inquinamento carnis et spiritus, perficiendam sanctificationem in timore Dei; sed et altiore mysterio fiebat circumcisio illa carnalis in signum foederis inter Deum et semen Abrahae, quia nimirum in illius foederis signum data est, de quo supra dictum est eidem Abrahae: Atque in te benedicentur universae cognationes terrae; quod ad gratiam novi testamenti pertinere nemo fidelium dubitat. In hujus ergo foederis signum nemo fidelium dubitat, quod circumcisis est Abraham et semen ejus in carne praeputii sui, ut praefiguraretur typice nasciturus de illius semine, qui electos suos ab omni macula peccatorum expurgaret, ac perpetua benedictione donaret; cujus expurgationis sacramento congruit apte quod sequitur:

Infans octo dierum circumcidetur in vobis. Octava etenim die Dominus, id est, post sabbatum resurrexit a mortuis, in cujus passionis ac resurrectionis exemplum baptizatur a vetustate vitiorum absoluti, quasi spiritali circumcisione renovemur; exponente Apostolo ac dicente: Quicunque enim baptizatur in Christo Jesu, in morte ipsius baptizati sumus, consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem: ut quomodo surrexit Christus a mortuis per gloriam Patris, ita et nos novitate vitae ambulemus (Rom. VI, 3); qui etiam numerus temporis nostrae resurrectionis potest aptissime congruere, quando immortalitate carnis quam per mortem deposuimus universaliter induti, nec peccati aliquid ultra in carne, nec corruptionis sumus aliquid passuri. Nam et nostra resurrectio octavi diei numero non incongrue figuratur; quia post sex saeculi hujus aetates et septimam sabbatismi, id est, requiei animarum, quae nunc in alia vita celebratur, futura est. Octava ergo die circumcidi praecipiebantur infantes in signum foederis divini ut indicaretur mystice quia omnes electi per gratiam Dei in hoc

numero essent a cunctis iniquitatibus absolvendi, a cuncta corruptione carnis emundandi, ab ipsa morte etiam quam per reatum primae praevaricationis incurrerunt liberandi.

Omne masculinum in generationibus vestris, tam vernaculus quam emptitius circumcidetur, et quicumque non fuerit de stirpe vestra. Significat gratiam regenerationis et immortalitatis ad omnes pertinere fideles, sive ex stirpe Abraham, seu aliunde carnis originem ducant.

Eritque pactum meum in carne vestra in foedus aeternum. Quo foedere utique significatur quod carnem vestram et animam simul perpetua sim innovatione atque immortalitate vestiturus.

El varón cuya carne del prepucio no haya sido circuncidada, será borrada esa alma de su pueblo: porque ha invalidado mi pacto. Con esta sentencia se revela un misterio mayor de la misma circuncisión, que no solo es un signo de la futura renovación en Cristo, sino también la abolición de la transgresión cometida en Adán; porque lo que ahora hace el bautismo en la fe de Cristo, eso hacía desde aquel tiempo la circuncisión en el octavo día, en el cual se designaba la resurrección de Cristo; excepto que a los circuncidados aún no se les permitía la entrada al reino celestial, antes de que el Señor resucitado de la muerte abriera la puerta de ese reino a los cielos para todos los elegidos al ascender. Por eso principalmente eran circuncidados en el octavo día; para significar que no serían verdaderamente purificados de toda mancha de vicios sino por el efecto de la resurrección del Señor. Sin embargo, puede surgir la pregunta de cómo se dice: "será borrada esa alma de su pueblo, porque ha invalidado mi pacto", cuando esto no es culpa del niño, cuya alma se dice que perecerá, ni él mismo ha invalidado el pacto de Dios, sino los mayores que no se preocuparon por circuncidarlo; a menos que también los niños, no según la propiedad de su vida, sino según el origen común del género humano, todos en aquel uno invalidaron el pacto de Dios, en el cual todos pecaron. Porque, por tanto, la circuncisión fue un signo de regeneración, y no sin razón el niño por el pecado original, por el cual primero fue disuelto el pacto de Dios, la generación lo destruirá a menos que la liberación lo libere; así deben entenderse estas palabras divinas como si se dijera: Quien no haya sido regenerado, será borrada esa alma de su pueblo, porque ha invalidado el pacto de Dios; cuando en Adán pecó también él con todos. Y dijo el Señor a Abraham: A Sarai tu esposa no la llamarás Sarai, sino Sara, y la bendeciré, y de ella te daré un hijo, al cual bendeciré, y será en naciones, y reyes de pueblos nacerán de él. Aquí se hacen promesas más claras sobre la vocación de las naciones en Isaac, es decir, en el hijo de la promesa, que significa gracia no naturaleza, porque se promete un hijo de un anciano y una anciana estéril. Aunque Dios también obra el curso natural de la procreación, donde sin embargo es evidente la obra de Dios, con la naturaleza viciada y cesante, allí se entiende más evidentemente la gracia; y porque esto no será por generación, sino por regeneración, por eso ahora se ordena la circuncisión. Cuando se prometió un hijo de Sara, se cambian también los nombres de los padres, todo resuena a novedad, y en el Antiguo Testamento se prefigura el Nuevo. Sarai se interpreta como Mi Princesa, pero Sara como Princesa, y la causa del cambio de nombre es que antes se decía Mi Princesa, es decir, madre de familia de una sola casa, pero después se dice absolutamente Princesa; sigue pues:

Y de ella te daré un hijo al cual bendeciré, y será en naciones, y reyes de pueblos nacerán de él. Significativamente no como leemos en griego: dijo Dios a Abraham, Sarai tu esposa no será llamada Sarai; en hebreo se tiene no llamarás su nombre Sarai; es decir, no le dirás Eres mi Princesa: pues ya será princesa de todas las naciones, de donde también el Apóstol Pedro, instruyendo la vida de las mujeres, dice: Así también en otro tiempo las santas mujeres, esperando en el Señor, se adornaban sujetas a sus propios maridos, como Sara obedecía a

Abraham llamándolo señor; de la cual sois hijas haciendo el bien, y no temiendo perturbación alguna (I Pedro III, 5).

Abraham cayó sobre su rostro, y se rió diciendo en su corazón: ¿Acaso nacerá un hijo a un centenario, y Sara, de noventa años, dará a luz? La risa de Abraham es la exultación de quien se alegra, no la burla de quien desconfía: también aquellas palabras que decía en su corazón no son de quien duda, sino de quien se admira; atestiguando también el Apóstol que hablando de él dice: En la promesa de Dios no dudó con desconfianza, sino que se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que lo que había prometido era también poderoso para hacerlo (Rom. IV, 20).

Y dijo el Señor a Abraham: Sara tu esposa te dará un hijo, y llamarás su nombre Isaac. Isaac se interpreta como Risa, y no hay duda de que fue llamado así porque, al oír de su nacimiento, Abraham se rió en su corazón. Aquella risa, sin embargo, significa adecuadamente el gozo del Nuevo Testamento, en el cual los hijos de la promesa, con el Señor habitando en ellos, exultarán eternamente.

Porque lo que sigue: Y estableceré mi pacto con él como pacto eterno, y con su descendencia después de él, etc. Su descendencia dice en aquellos que, imitando la fe de Abraham, merecen oír del Señor: Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis (Luc. VI, 21); a los cuales uniéndose el Apóstol dice: Pero nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa (Gal. IV, 28). Especialmente el nombre Isaac, es decir, risa, que nace de la promesa, conviene al Mediador entre Dios y los hombres, de cuyo nacimiento dijo el ángel a los pastores: No temáis, porque he aquí os traigo buenas nuevas de gran gozo que será para todo el pueblo (Luc. II, 10).

Tenía noventa y nueve años cuando circuncidó la carne de su prepucio, e Ismael su hijo había cumplido trece años en el tiempo de su circuncisión. De donde Abraham tenía cien años, e Ismael trece años cuando fueron circuncidados: para que después de un año, nacido Isaac, Abraham con cien años de edad, e Ismael catorce, es decir, dos veces siete, años hubiera completado perfectamente? en un gran misterio: porque evidentemente Isaac sostuvo la figura del Nuevo Testamento, e Ismael del Antiguo. Pues cuando nació Isaac, su padre tenía cien años, para insinuar que la gracia del Nuevo Testamento lleva a los hijos de su promesa a la herencia del reino celestial. Pues el número cien, como se ha dicho a menudo, en el cómputo articular pasa de la izquierda a la derecha, y la Jerusalén celestial, nuestra madre, con razón se señala por la derecha; pues también a quienes se les concede entrar en ella, estarán a la derecha del Juez en el último examen. En cuyo nacimiento de Isaac, Ismael había completado dos semanas de años; por el sacramento del sábado, que se observaba en el Antiguo Testamento; para que comenzando el año decimoquinto, como en señal de resurrección, de la verdadera circuncisión, naciera Isaac; donde típicamente se aclarara que a la observancia legal que fue dada por Moisés sucedería la gracia y la verdad que fue hecha por Jesucristo. Nacido pues Isaac, que prefiguraba la gracia del Nuevo Testamento, Ismael su hermano mayor, que designaba el Antiguo Testamento, había completado el número septenario en su edad; porque la observancia de la ley, en la cual el sábado tenía el lugar principal; debía extenderse hasta el tiempo de la gracia; pero que el mismo número septenario se duplicó pertenece a la perfección de ese sacramento; porque la ley de Dios desea que estemos libres tanto de las obras serviles, es decir, de las malas obras en el cuerpo, como de los pensamientos nocivos en la mente. El número septenario se duplica, porque la ley en esta vida a sus seguidores les ordena descanso para los cuerpos, y en la vida futura promete descanso para las almas; nacido Isaac y comenzando el primer año de su edad, Ismael comienza el decimoquinto, porque apareciendo la gracia del Evangelio, también la ley misma

entendida espiritualmente, se encontró llena de sacramentos celestiales, y predicando la gloria de la resurrección; pero que después, siendo Isaac adulto, a la orden de Sara fue expulsado con su madre Ismael, de ninguna manera debe pensarse que quien significa el Antiguo Testamento sea abolido por la sucesión del Nuevo Testamento; sino más bien que la observancia carnal de la ley con aquellos que, incluso resplandeciendo la gracia del Evangelio, insisten en observarla carnalmente, debe ser expulsada de los límites de la Iglesia; pero ella misma entendida en sentido espiritual no perderá ni una jota, ni un ápice, hasta que todo se cumpla.

Y se le apareció el Señor en el valle de Mambré sentado a la puerta de su tienda en el calor del día, etc. Esta aparición del Señor es más sagrada que todas las anteriores, en las que tantas veces se apareció al bienaventurado Abraham. Y con razón, después de recibir el sacramento de la circuncisión, después de que se amplió el nombre por el cual se señalaba que sería padre de todas las naciones, conoce los secretos más íntimos de Dios, de cuyos secretos no solo la circuncisión, sino también el prepucio debía ser partícipe, con razón se recuerda que la aparición fue hecha en el valle de Mambré, pues Mambré, como leímos antes, era de la raza de los amorreos, pero estaba aliado con Abraham; de donde el valle de Mambré designa adecuadamente nuestra humildad, quienes teniendo origen carnal de las naciones, tenemos a Abraham como padre en espíritu y fe, a quienes el Apóstol dice, extrayendo de Abraham tanto el origen de la carne como de la virtud: Anunciamos a vosotros la vida eterna, que estaba con el Padre, y se nos apareció; lo que hemos visto y oído os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros (I Juan I, 2). Y en verdad en esta lectura, excepto en el sentido espiritual, edifica mucho a los lectores, que Abraham viendo a hombres desconocidos, corrió inmediatamente a su encuentro como para ofrecerles la gracia de la hospitalidad; que acercándose a ellos humildemente adoró en tierra, que rogó que esperaran y aceptaran su servicio, que apresuradamente lo ofreció a los que consintieron; y no lo hizo a través de siervos y siervas, sino por sí mismo y Sara lo completó. Es de maravillar, si no creyó que eran hombres cuando los vio por primera vez, por qué quiso traerles agua para lavarles los pies; cómo descansar bajo el árbol como si estuvieran cansados de caminar; por qué rogó confortar el cuerpo con alimento, como si estuvieran fatigados por el ayuno. Si alguien quiere examinar más profundamente esta lectura, encontrará que toda ella exhala sentidos espirituales. Pues que el Señor apareció a Abraham sentado a la puerta de su tienda, es muy congruente con la devoción de Abraham, así como de todos los herederos de la misma promesa, quienes testifican ser peregrinos de este mundo y habitantes, pero ciudadanos de otra vida, es decir, de la patria celestial. Usamos tiendas en el camino o en la guerra, pero casa en la patria, en cuyo misterio también se lee que Isaac y Jacob habitaron en tiendas. Pero permanece en medio de su tienda quien sabe que es peregrino, y que no vivirá siempre en este mundo, y sin embargo no se avergüenza de implicarse tanto como puede en los negocios y placeres del mundo. Pero Abraham y sus seguidores, que solo por necesidad, no por placer, hacen lo que es del mundo, como si estuvieran sentados a la puerta de su tienda, porque ya están preparados para salir del mundo, esperando siempre con ánimo alegre y extendido hacia las futuras recompensas la entrada de la vida siguiente. Y bien se añade, en el calor del día; el calor del día, en el que Abraham estaba sentado a la puerta de su tienda, designa la virtud del amor, con la cual él ardía en su mente respecto al Sol de justicia, y tal estado de lugar y tiempo convenía a quien iba a ver al Señor, y disfrutar de su conversación, en el cual se figurara tanto al extranjero de este mundo, como irradiado por la luz de la verdadera gracia celestial, y encendido con el amor de la contemplación divina.

Y alzó sus ojos, y vio a tres hombres de pie cerca de él, y cuando los vio, corrió a su encuentro desde la puerta de su tienda, y se postró en tierra y dijo: Señor, si he hallado gracia

en tus ojos, no pases de tu siervo, etc. Que tres hombres se le aparecieron, es un misterio de la santa Trinidad; de hecho, cuando vio a tres, adoró a uno, y rogó al Señor, porque aunque en las personas hay Trinidad, en la divinidad hay sin embargo una igualdad dominante que debe ser adorada conjuntamente, como también en Isaías cuando las virtudes angélicas cantaban la gloria de la santa Trinidad diciendo: Santo, Santo, Santo, inmediatamente añaden la unidad de la dominación y deidad: Señor Dios omnipotente, toda la tierra está llena de su gloria. Y bien se dice que al ver a los ángeles, Abraham alzó los ojos, porque ciertamente es necesario que quien desea ver a los ciudadanos del cielo, quien anhela conocer la gloria y los secretos de la Majestad divina, eleve todo el enfoque de su mente de los deseos inferiores, y con atención diligente abra a la luz del verdadero Sol. Bien se añade que al ver a los ángeles, corrió a su encuentro, adorándolos, y rogó que no pasaran de él, porque es necesario que siempre que concebimos algún gusto de la dulzura interna en el alma, inmediatamente con todos los votos y pasos prontos de buenas obras nos esforcemos para que esa dulzura no nos deje pronto; sino que lo que se ha probado por un tiempo, la memoria de la suavidad celestial refresque nuestras mentes por un poco más de tiempo, y suspendidas en la contemplación de los eternos, las aparte de las delectaciones y cuidados de este mundo. Quizás algunos se pregunten cómo en esta lectura Abraham, o en la siguiente Lot, viendo a los ángeles, los recibieron en hospitalidad como hombres, y los alimentaron con alimentos humanos, aunque con ellos hablaban como con Dios, y sus palabras no las recibieron de otra manera que como oráculos celestiales. "Pero es creíble," como dice San Agustín, "que tanto Abraham en los tres, como Lot en los dos hombres, reconocían al Señor; a quien hablaban en singular, incluso cuando los consideraban hombres. Pues no por otra razón los recibieron de tal manera, como si fueran mortales, y necesitados de alimento humano; pero había ciertamente algo por lo que así sobresalían, aunque como hombres, que en ellos estaba el Señor como suele estar en los profetas, estos que les ofrecían hospitalidad no podían dudar; y por eso a veces los llamaban en plural, y a veces al Señor en ellos en singular. Pero la Escritura testifica que eran ángeles, no solo en este libro del Génesis, donde se narran estos hechos, sino también en la Epístola a los Hebreos, donde al alabar la hospitalidad: Por esta, dice, algunos sin saberlo hospedaron ángeles (Hebr. XIII, 2)." Sin embargo, en esta recepción también se puede entender adecuadamente que fue divinamente dispuesto que viendo a los ángeles los patriarcas los recibieran como hombres, pero los veneraran como a Dios, para que por la distinción de tal servicio y devoción se prefigurara que alguna vez en el futuro, el mismo Señor apareciendo en carne sería alimentado con alimentos carnales y recibido en hospitalidad humana. En cuyo hospedaje, sin embargo, más se dedicara a evangelizar y sanar a los enfermos que a comer y beber, como la historia evangélica testifica que se hizo muchas veces. De hecho, los expositores de las Sagradas Escrituras entendieron que en este lugar se cumplió lo que el Señor dijo a los judíos: Abraham vuestro padre se regocijó de ver mi día; y lo vio, y se alegró (Juan VIII, 56). Pues vio el día del Señor, cuando viendo a tres ángeles, adoró a uno, y habló al Señor, porque en la distinción de las tres personas conoció la esencia de una majestad.

Los alimentó con los manjares presentados, porque entendió que de su descendencia nacería aquel que, siendo Dios antes de los siglos, consustancial al Padre, aparecería verdaderamente entre los hombres en el fin de los siglos como hombre verdadero; pero los alimentos con los que los alimentó también están llenos de sacramentos espirituales, de los cuales se recuerda así:

Abraham se apresuró a la tienda hacia Sara, y le dijo: Acelera, tres medidas de flor de harina mezcla, y haz panes cocidos bajo ceniza. Él mismo corrió al ganado, y tomó de allí un becerro tierno y bueno, y lo dio al joven, quien se apresuró y lo coció. Donde primero se debe notar que todo se hace rápidamente como verdaderamente en servicio de la recepción divina;

Abraham se apresura, ordena a Sara acelerar, el siervo completa rápidamente el oficio encomendado, para que claramente se conozca que el bienaventurado Abraham verdaderamente, según la voz del Señor, se regocijó de ver su día, y lo vio y se alegró (Juan VIII, 56). Pero también todos los que son tocados en el alma por la gracia divina, inmediatamente saltan con pasos alegres de buenas obras y pensamientos al servicio de la voluntad suprema, y se provocan a sí mismos y a sus oyentes con exhortación diligente a acelerar la observancia de los mandamientos celestiales.

La flor de harina que Sara mezcló para alimentar a los ángeles es la dulzura interna de la palabra de Dios, que el profeta promete a la Jerusalén celestial, es decir, a la santa Iglesia, diciendo del Señor: Él puso tus fronteras en paz, y te sacia con la grosura del trigo (Sal. CXLVII, 14). Y enseguida, exponiendo más claramente qué es la grosura del trigo, añadió: Él envía su palabra a la tierra. Son tres las medidas de esa flor de harina, porque en la Sagrada Escritura hay un triple sentido de inteligencia, histórico, alegórico y anagógico; por ejemplo: Señor, he amado la belleza de tu casa (Sal. XXV, 8); según la historia deseaba que la belleza de la casa que Salomón hizo al Señor permaneciera inviolable, alabándolo en ella su pueblo. Según la alegoría, deseaba que la belleza de la santa Iglesia resplandeciera por todo el mundo, a la cual el Apóstol dice: Porque vosotros sois templo de Dios (II Cor. VI, 16). Según la anagogía, es decir, el sentido que lleva a lo superior, deseaba ver la belleza de la casa de la patria celestial, no hecha de manos, sino eterna en los cielos. De esta medida triple también hace mención el Señor en la parábola evangélica: El reino de los cielos es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue fermentado. Pues la levadura evangélica la mujer la esconde en tres medidas de harina para que todo sea fermentado, cuando la santa Iglesia, que en este lugar significa Sara, ya predique la historia en las Escrituras, ya revele la alegoría, o eleve el ojo de su exposición a contemplar lo superior, siempre instituye en sus dichos la virtud ya sea del amor del Señor o del amor fraterno. Ni de ninguna manera debe alguien pensar que ha entendido correctamente la Escritura en la que no pudo encontrar la institución del amor. La medida es un tipo de medida entre los palestinos, que contiene uno y medio modio:

Quod autem Sara subcineritios facit panes, multum ad rem pertinet. Subcineritii panes dum coquuntur, ipsi quidem cum igni coquuntur, latent in abdito, sed solus qui super aggregatur cinis intuentium oculis patet, at ubi cocti fuerint, removetur cinis, ac mundi ante ora vescentium panes transferuntur, quia nimirum eloquia Domini igne sunt examinata (Ps. XVII, 31), videlicet Spiritus sancti, per quem Scriptura ipsa confecta est; sed aliquoties vilitate ac simplicitate styli ipse in se scientiam in tantum obtineat, ut quid in se fervoris spiritualis, quantum alimoniae coelestis habeat, non facile luceat; at dum, ablato velamine litterae, per ministerium praedicatoris suavitas sensus spiritualis auditorum cordibus reseratur, quasi excusso cinere, panes dulcissimi reficiendis fidelibus offeruntur. Vitulus quoque tenerrimus et optimus quem de armento tulit Abraham, ipsum Mediatorem Dei et hominum significat, quem pro revertente a se filio juniore, id est populo gentium, juxta parabolam Evangelii, pater clementissimus mactavit. Ipse namque est vitulus de armento tenerrimus et optimus, ad occidendum coquendumque singulariter coeli civibus assumptus, quia de omni humano genere solus est specialiter electus, cujus sanguine mundus redimeretur, et per quem instaurarentur non solum quae in terra, sed etiam quae in coelis sunt in ipso, ut Apostolus ait. Qui videlicet vitulus recte tenerrimus et optimus dicitur. Quid enim tam tenerum tamque optimum, quam est ille qui humiliavit se pro nobis erigendis: Factus obediens Patri usque ad mortem, mortem autem crucis (Psal. II, 8)?

Tulit quoque butyrum, et lac, et vitulum quem coxerat, et posuit coram eis. Per lac primordia et velut elementa legis Mosaicae, per butyrum evangelicae perfectio doctrinae; per lac simplicitas litterae in Scripturis, per butyrum virtus sensus mystici qui de littera generari solet exprimitur. Vel certe lac initium fidei, butyrum perfectionem operis quae ex fide creatur insinuat. Quae cuncta Abraham posuit coram viris quos susceperat, ut significaret filios promissionis epulas spiritales Domino semper oblaturus, panes videlicet lectionum sanctarum, vitulum dominicae Incarnationis, lac fidei sive historicae perfectionis; butyrum sensuum sive operum bonorum, ubi bene adjungitur:

Ipsa vero stabat juxta eos sub arbore, quia nimirum ita epulis fidei et virtutum Dominum bene vivendo pascere, id est delectare, debemus, ut semper nos in conspectu ejus assistere meminerimus, juxta illud beati Eliae: Vivit Dominus, in cujus conspectu sto (III Reg. XVII, 1). Et sicut Psalmista: In conspectu, inquit, angelorum psallam tibi (Ps. CXXXVII, 1). Et hoc sub arbore dominicae passionis, dicentes cum Apostolo: Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi (Gal. VI, 14).

Cumque comedissent, dixerunt ad eum: Ubi est Sara uxor tua? Ille respondit: Ecce in tabernaculo est, cui dixit: Revertar ad te tempore isto, vita comite, et habebit filium Sara uxor tua. Ambo quidem domini domus, et Abraham videlicet et Sara cum summa festinantia refectionem praeparant; sed quasi in domo bene disposita Abraham cum paratis epulis audentior ad Dominum accedit; Sara timore ac verecundia muliebri sese in tabernaculo, imo post ostium tabernaculi cohibet, nec jam appropriare audet, sed de abditis quae vir suus cum Domino loquatur auscultat. Ideoque quoniam et devota Deo, et suo bene subdita erat marito, gaudium partus quod multum desiderabat audivit; nec quidem cujuslibet partus, sed illius in quo benedictionem et ipsa in futuro et omnes acciperent nationes. Bene autem postquam comederant angeli, filium suis hospitibus promittunt nasciturum, quia cum epulas bonae nostrae operationis et fidei Dominus susceperit, gratia nos suae benedictionis remunerat. Comederunt autem angeli, vel potius comedissee videbantur, ut sanctus Raphael exponebat Tobiae, ut sacramentum dominicae Incarnationis, in qua ipse magni consilii Angelus tanquam homo erat manducaturus, non solum visibiliter apparendo, sed etiam ad mensam hominum residendo ac manducando, figurarent; sed illi, sicut idem Raphael ait, cibo invisibili, id est qui ab hominibus in carne degentibus videri non potest, utebantur, videlicet gaudio contemplationis; de qua et Dominus in Evangelio: Quia angeli, inquit, eorum in coelis semper vident faciem Patris mei qui in coelis est (Matth. XVIII, 10); semper etenim vident, hoc est etiam cum ad nos aliqua ministraturi foris veniunt; credibile est autem quod esca quam manducabant, statim ut spiritale vel aetherium corpus eorum contigit, velut aqua ardenti flammae injecta, consumpta fuerit, et non sicut aqua arenti terrae infusa ad reficiendum corpus eorum profecerit, quomodo in nobis, cum manducamus, fieri solet.

Erant autem ambo senes provecdaeque aetatis, et desierant Sarae fieri muliebria. Ad faciendam auxesin potentiae coelestis, ambos dicit esse seniores, et insuper Saram, cum fuisset sterilis, tum etiam cruore menstruo jam destitutam, propter quod jam parere non posset, etiamsi sterilis non fuisset. Porro si femina ita sit provecioris aetatis, ut ei solita mulierum adhuc fluant, de juvene parere potest, de seniore non potest; quamvis adhuc possit ille senior, sed de adolescentula gignere, sicut Abraham post mortem Sarae de Cethura potuit, quia vividam ejus invenit aetatem; hoc ergo est quod nimirum commendat Apostolus cum ait: Qui praeter spem in spe credidit, ut fieret pater multarum gentium, secundum quod dictum est ei: Sic erit semen tuum; et non infirmatus in fide non consideravit corpus suum jam emortuum, cum fere centum esset annorum, et emortuam vulvam Sarae, in promissione etiam Dei non haesitavit (Rom. IV, 18). Ad hoc enim dicit Abrahae jam corpus fuisse emortuum, quoniam non ex omni femina, cui adhuc esset aliquod pariendi tempus extremum, generare

ipse in illa aetate adhuc posset: ad aliquid enim emortuum corpus intelligere debemus, non ad omnia; nam si ad omnia, non jam senectus vivi, sed cadaver est mortui.

Quae risit occulte dicens: Postquam senui et dominus meus vetulus est, voluptati operam dabo? Hujus sententiae meminit apostolus Petrus, cum mulieres viris suis obtemperare admonens adjecit: Sicut Sara obediebat Abrahae, dominum eum vocans. Videtur autem simile huic loco quod supra de Abraham legitur, quia audito Sarae partu, ceciderit in faciem, et riserit in corde suo dicens: Putasne centenario nascetur filius, et Sara nonagenaria pariet? addiditque dicens ad Deum: Utinam Ismael vivat coram te! verum quia Apostolus dicit quod Abraham non haesitaverit diffidentia, Saram vero haesitasse, sequens Domini sermo manifestat, dicentis ad Abraham:

Quare risit Sara dicens: Num vere paritura sum anus? Restat intelligi quod audito quia Sara paritura esset filium, et Abraham prius riserit admirans in gaudio, et ipsa Sara postmodum dubitans in gaudio; cujus tamen dubietas, continuo, data ratione divinae potentiae, ablata est, dicente ad eum angelo:

Nunquid Deo est quidquam difficile? Juxta condictum revertar ad te, hoc est eodem tempore, vita comite, et habebit Sara filium. Qua audita sententia, adeo dubietate omni remota, in fide confirmata est, ut merito de illa dicat Apostolus: Fide et ipsa Sara virtutem accepit ad emissionem seminis. Quod autem dicit revertar ad te, et adjunxit vita comite, humano quidem more loquitur, quasi diceret: Si vita comes fuerit. Sed altius intelligendum quod angeli semper vita comite sive in coelis conversentur, seu ad terras descendant, illa utique vita quae dicit: Sicut enim Pater habet vitam in semetipso, sic dedit et Filio vitam habere in semetipso; cujus videlicet vitae visione atque illustratione et angeli et homines sancti fiunt perpetuo beati. Comparandus sane videtur hic locus a contrario factis protoplasti; ille etenim post reatum praevaricationis non vidisse Dominum Deum, sed vocem tunc deambulantis in paradiso perhibetur audisse; hic futurae benedictionis fide, spe ac dilectione, accensus vidit stantem Dominum, quia nimirum cum hoc mansura erat, ab illo contemplatio divinae claritatis abscesserat. Ille audita voce Domini Dei abscondit se tremebundus, quia profecto se errasse erubescerat. Hic viso Domino statim laetabundus accurrit, cui se complacuisse obedientiae merito credebat. Ille ad auram post meridiem, iste in ipso fervore diei; quia hic divini amoris igne flagrabat, ille divinae protectionis et dilectionis a se lucem peccando fugaverat. Hic hospitem Dominum recipit ac reficit, ut apposis epulis carnalibus insinuet quod eum epulis spiritalibus in corde pie vivendo reficeret, juxta quod ipse Dominus de suis amatoribus promisit: Ecce sto ad ostium et pulso; si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi, intrabo ad illum, et coenabo cum illo, et ipse mecum (Apoc. III, 20). Ille, id est, protoplastus, qui vetitum comedit, et eas quas in praesentia Domini angelorumque ejus habere perpetuas poterat delicias amisit, foris etiam a ligno vitae visibiliter exclusus, ut patenter ostenderetur quod sapientiae fructum incorruptibilem, quo invisibiliter frui solebat, perdidit. Et quia beatus Abraham merito piae devotionis jam fructum sapientiae et vitae, quae Christus est, aliquantisper gustaverat, recte sub arbore consistens Dominum vidisse ac suscepisse narratur. Illic Eva, relicto timore divino, neglecto viri consilio, accessit temeraria ad serpentem, in quo diabolus loquebatur, a quo seducta ad comedendum vetita, virum quoque suae praevaricationis complicem fecit; propter quod et justae damnationis cum viro accepta sententia audivit inter alia: In dolore paries filios (Genes. III, 16); primumque Cain filium maledictionis et fratricidam genuit. Hic Sara subdita timori divino, simul et religiosam viri fidem atque operationem secuta, apparente Domino, exspectabat ipsa domi donec vir occurreret, et quae essent agenda disceret; sed et epulis in susceptionem Domini praeparatis, nihilominus ipsa se domi verecundata retinuit, ac virum suum cum eis praeire ad Dominum eique munera suae devotionis simul et ipsius offerre gaudebat. Quapropter ambo

remunerationem sui beneficii promissa sobole perceperunt; nec qualibet sobole, sed illa utique in qua benedicerentur omnes gentes. Et merito, ibi enim reatus praevaricationis in primo Adam debita ultione plectebatur; hic tempus redemptionis per secundum Adam et praesagabatur futurum et parabatur. Sequitur:

Cum surrexissent ergo inde viri, direxerunt oculos contra Sodomam, et Abraham simul gradiebatur deducens eos. Cum surrexisse dicantur inde viri, ostenditur quod sedentibus eis astans ministrabat Abraham, quamvis primo stantes viderit. Direxerunt autem oculos contra Sodomam, ut sicut fidem beati Abrahae laetis promissionibus remunerarent, ita perfidiam impiae civitatis flammis ultricibus perderent, juxta illud Psalmistae, qui cum de sanctis pietatem Domini praemisisset: Oculi Domini super justos, et aures ejus ad preces eorum (Psal. XXXIII, 16), protinus severitatem ejus in reproborum ultione subjunxit: Vultus autem Domini, inquit, super facientes mala, ut perdat de terra memoriam eorum (Ibid., 17). Quod autem cum angelis gradiebatur Abraham deducens eos, ex consuetudine devotae hospitalitatis fecisse credendus est; sed felices illi gressus, quibus homo cum angelis ingredi meruit in terra, eosque cum ad se venissent visitandum ad coelum redituros deducere; felix autem nunc eorum vita qui angelicam in terris conversationem sequuntur, videlicet sobrie, et juste, et pie, et caste, vivendo, ac divinis laudibus semper, quantum mortali possibile est, vacando. Verum beatus Abraham, quia Dominum adeo gaudenter venientem excepit, ut etiam abeuntes quasi domesticos deducere curaret, meretur altiora divinorum operum secreta cognoscere; qui et ipse distractionem supernae animadversionis venturam mundo intelligens, sicut prius se Deo devotum in hospitibus suscipiendis ostenderat, ita erga proximos sollicitum pro eis postmodum supplicando monstravit.

Dixit itaque Dominus: Clamor Sodomorum et Gomorrae multiplicatus est, et peccatum eorum aggravatum est nimis. Clamorem Sodomorum scelerum famam vel potius infamiam dicit, a quo nos prohibens Apostolus dicit: Omnis amaritudo, et ira, et indignatio, et clamor, et blasphemia, tollatur a vobis cum omni malitia (Ephes. IV, 31); cui nimirum clamori contrarius est clamor electorum, de quo confidenter suo Creatori supplicantes, aiunt dicentes singuli: Domine, exaudi orationem meam, et clamor meus ad te perveniat (Psal. CI, 2). Magnus quippe illorum clamor est meritum sublime et intentio fidei coelestia sola quaerens, ubi Christus est in dextera Dei sedens; qui quoniam non terrenas opes, non gloriam inanem caducamque, non moritura carnis gaudia, sed superna tantum bona, desiderant, altum profecto et quasi clamore personum est omne quod agunt. Verum multiplicato clamore peccatorum, id est enormi illorum scelere, videamus quid sequitur.

Descendam, inquit, et videbo utrum clamorem qui venit ad me opere compleverint, an non est ita, ut sciam. Quod ergo se descendere Dominus ad videndum an idem clamor verus esset, aiebat, non suam ostendit ignorantiam, qui omnium habet scientiam, sed nostram instruit temeritatem, ne antequam perfecte discamus, proximorum reprehendere facta praesumamus; quod ipsum nos et in constructione turris docet, ubi scriptum est quia descendit Dominus videre civitatem et turrem quam aedificabant filii Adam; quid enim de coelo in terram non videret, de quo scriptum est quia nudus est infernus coram illo, et nullum est operimentum perditioni.

Converteruntque se inde, et abierunt Sodomam; Abraham vero adhuc stabat coram Domino, et appropinquans ait: Nunquid perdes justum cum impio? Si fuerint quinquaginta justi in civitate peribunt simul, et caetera, usque dum ait: Quod si inventi fuerint ibi decem; et dixit Dominus: Non delebo propter decem. Legitur in sequentibus quod duo angeli Sodomam venerint et suscepti sint a Lot; unde verisimile videtur quod hoc in loco duo angeli discesserint ab Abraham, et ille cum uno qui secum remansisset locutus pro civitate peritura

intercesserit. In qua intercessione praecipue beati Abrahae perpendenda est humilitas, qui cum tanti sit habitus apud Deum, ut et eum hospitio quasi familiarem susciperet, et apud ipsum pro aliis quasi apud unanimum amicum intercederet, nihilominus in sua aestimatione vilis ipse permansit ac despectus; unde in secunda sua oratione dicit ad eum:

Quia semel coepi, loquar ad Dominum meum cum sim pulvis et cinis. Quo verbo manifeste nostram redarguit superbiam, qui longe ab altitudine meritorum ejus distantes, longe a colloctione divina pro nostra tarditate atque inertia remoti, nihilominus typo elationis inflati, cinerem nos ac pulverem futuros minime recolimus; nam beatus Abraham quo divinae visionis puritati altius appropinquavit, eo certius suae fragilitatis infirma dispersit et abjecta. At nos, qui a contuitu internae claritatis nubilo nostrae pravitatis excludimur, tanto minus insitae nobis miseriae tenebras deflemus, quanto nil praeter has intueri solemus.

Veneruntque duo angeli Sodomam vespere, sedente Lot in foribus civitatis. Non sine causa angeli qui ad meridiem ad Abraham venerant, vespere Sodomam venire perhibentur, quia nimirum illi prospera ac laeta nuntiare, huic adversa inferre venerunt; ille fructu lucis ad coelestia flagrabat, haec vitiorum tenebris obsessa perditioni aeternae propinquabat.

Qui cum vidisset, surrexit, et ivit obviam eis; adoravitque pronus in terra, et dixit: Obsecro, Domine, declinate in domum pueri vestri, et manete ibi, et caetera. Magnum perfectumque in beato Lot exemplum Deo devotae hospitalitatis ostenditur, qui ingredientes urbem hospites non solum occurrens excipere paratus fuit, verum etiam ut ad se diverterent secumque requiescerent obnixius postulabat. Renuebant autem primo domum ejus intrare, quod tamen postmodum eo compellente facere consenserunt, ut sic industriam hospitalitatis ejus diligentius probarent; probatam dignius remunerarent, dum eum a peccantium interitu cum sua domo eriperent.

Prius autem quam irent cubitum, viri civitatis vallaverunt domum, a puero usque ad senem, omnis populus simul; vocaveruntque Lot, et dixerunt ei: Ubi sunt viri qui introierunt ad te nocte; educ illos huc, ut cognoscamus eos, etc. Hoc est quod propheta Isaias de populo Israel supra modum peccante ait: Peccatum suum sicut Sodoma praedicaverunt nec absconderunt (Isai. III, 9). Peccatum quippe suum sicut Sodomitae praedicaverunt, nec absconderunt, cum absque respectu pudoris alicujus omnes a puerili aetate usque ad ultimam senectutem masculi in masculos turpitudinem operari solebant, adeo ut ne hospitibus quidem ac peregrinis sua scelera abscondere, sed et hos, vim inferendo, suis similes facere sceleribus atque suis facinoribus implicare contenderent.

Lo que Lot dice a los hombres furiosos que intentan cometer tal atrocidad es: "Tengo dos hijas que aún no han conocido varón, las sacaré a ustedes, y abusen de ellas como les plazca, con tal de que no hagan daño a estos hombres". Porque quería prostituir a sus hijas como compensación para que sus huéspedes no sufrieran tal cosa de los sodomitas, se cuestiona si es admisible la compensación de delitos o pecados, para que hagamos algo malo para evitar que otro haga un mal mayor, o si más bien debe atribuirse a la perturbación de Lot y no a su consejo el haber dicho esto. Sin duda, esta compensación es peligrosísima; pero si se atribuye a la perturbación humana y a una mente alterada por tal mal, de ninguna manera debe ser imitada. Y he aquí que los hombres extendieron la mano, introdujeron a Lot, cerraron la puerta, y a los que estaban afuera los hirieron con ceguera, desde el menor hasta el mayor, de modo que no podían encontrar la puerta, y así hasta lo que Lot dijo a sus yernos: "Levántense, salgan de este lugar, porque el Señor destruirá esta ciudad", y les pareció que hablaba en broma. Que los ángeles cerraron la puerta para que los sodomitas no pudieran

llevarse a Lot o a alguien de su casa para destruirlos, indica claramente que la impiedad y persecución de los réprobos no destruirá a ninguno de los elegidos de Dios, como dice el Señor de sus ovejas: "Y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano" (Juan 10, 28). Que Lot, con la facultad dada por los ángeles, no pudo llevar a la salvación a ninguno de los ciudadanos pérfidos, ni siquiera a sus propios parientes o amigos, aunque lo intentó mucho, significa que ningún esfuerzo humano puede añadir ni una sola alma al número de los predestinados, que fueron elegidos por el Señor antes de la constitución del mundo: "El Señor conoce a los que son suyos". Sin embargo, aunque nuestra fragilidad oculta a quienes pertenecen al destino de los elegidos, no debemos cesar en el cuidado de nuestra salvación, ni dejar de instruir a los prójimos con la lengua, sino que, siguiendo el ejemplo del bienaventurado Lot, debemos vivir castamente y dedicar el oficio de la piedad a la corrección de los errantes, pues aunque no podamos salvar a los predestinados a la perdición, no perdemos la recompensa de nuestra bondad que dedicamos a su salvación.

Y lo sacaron y lo pusieron fuera de la ciudad. Allí le habló: "Salva tu alma, no mires atrás, ni te detengas en toda la región circundante, sino que sálvate en el monte, para que no perezcas también tú". En general, el incendio y la destrucción de Sodoma, de la que Lot fue rescatado, designa el castigo de la última severidad; cuando, completado al final del siglo el número de los elegidos, todos los impíos serán llevados al fuego eterno, como explica el Señor, quien dijo: "De la misma manera que sucedió en los días de Lot, comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban, pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se revele" (Lucas 17, 28). A esto también atestigua el apóstol Judas diciendo: "Como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, que de la misma manera se entregaron a la fornicación, yendo tras carne extraña; fueron puestas como ejemplo, sufriendo la pena del fuego eterno" (Judas 7). Sin embargo, el mismo fuego de Sodoma puede también insinuar las llamas de los vicios con las que en esta vida los réprobos arden y se preparan para el incendio eterno, que, aunque ahora arden en las concupiscencias terrenales y las seducciones de la carne, entonces nunca dejarán de arder en el fuego de la venganza. Este sentido también lo afirma el Señor, o más bien lo enseña, cuando dice: "En aquella hora, el que esté en el techo y sus bienes en la casa, no descienda a tomarlos; y el que esté en el campo, de igual manera no vuelva atrás; recuerden a la mujer de Lot" (Lucas 17, 31). No se nos enseña a no abandonar, en el momento del último examen, la cima de la recta conversación, desviando el ánimo hacia las profundidades de la concupiscencia mundana; o a no mirar atrás, dejando el arado de la agricultura espiritual, cuando ya no nos queda corrección alguna de nuestras obras, sino que se nos exige dar cuenta de lo que hemos hecho; más bien, con el juicio inminente, se da esta exhortación a los fieles, para que persistan en los buenos y saludables comienzos, no repitiendo las contaminaciones de los vicios que dejaron, imitando a la mujer de Lot, que al mirar imprudentemente hacia la ardiente Sodoma, se convirtió en una estatua de sal. Por lo tanto, cuando el Señor nos prohíbe imitar a la mujer de Lot, muestra claramente que el incendio de la ciudad, al que ella volvió sus ojos, representa las llamas de los vicios, que podemos y debemos evitar. Por lo tanto, la exhortación de los ángeles, que advirtieron a Lot al sacarlo de Sodoma que no mirara atrás, ni se detuviera en toda la región circundante, sino que buscara el monte para salvarse, debe entenderse espiritualmente y seguirse con la máxima intención; para que no repitamos imprudentemente los ardores y estímulos de los vicios que parece que hemos evitado por un tiempo, ni consintamos en permanecer, en la medida de lo posible, en la vecindad de los pecadores, para no desviarnos del camino de la rectitud, según lo que dice el salmista del hombre bienaventurado: "Y en el camino de los pecadores no se detuvo" (Salmo 1, 1), sino que nos apresuremos a ascender a la cima de la ardua conversación.

Y Lot les dijo: "Por favor, mi señor, ya que tu siervo ha hallado gracia ante ti, y has magnificado tu misericordia que has hecho conmigo, salvando mi alma, no puedo salvarme en el monte, no sea que me alcance el mal. Hay una ciudad cerca a la que puedo huir, pequeña, y me salvaré en ella". No pidió el amparo de la ciudad cercana el bienaventurado Lot, como si temiera que le sobreviniera algún mal si pudiera llegar al monte; sino que más bien deseaba desviarse a la ciudad cercana con la intención de que, mientras buscaba la altura del monte que estaba más lejos, no lo consumiera en el camino la llama que inminente amenazaba a los impíos.

Y le dijo: "He aquí que también en esto he aceptado tus súplicas, para no destruir la ciudad de la que has hablado", etc. ¡Oh cuán grande es la misericordia de la divina piedad! No solo libera al justo de la perdición de los malvados, sino que también concede la vida que no merecían a muchos de ellos por la salvación de ese mismo justo, para mostrar en aquellos que perecieron lo que merecía la impiedad, y en los que permanecieron, cuánto vale la intercesión de los piadosos ante Dios.

Por eso se llamó el nombre de aquella ciudad Segor. Segor se interpreta como "Pequeña", que así se llamó porque Lot dijo: "¿No es pequeña?". Antes se llamaba Bale, como se lee en los superiores: "Contra el rey de Bale, esta es Segor". Bale se interpreta como "devoración", que los hebreos dicen que así se llamó porque fue absorbida por un tercer terremoto. Así como Sodoma ardiente insinúa las llamas de los vicios, y el monte al que se ordena a Lot ascender insinúa la cumbre de las virtudes, Segor designa un cierto modo de buena conversación menos perfecto; que aunque aún está lejos de la altura de los perfectos, ya está separado del contagio de los malvados. Por ejemplo, quien guarda rectamente la vida conyugal ha escapado de la llama sulfurosa de la fornicación, pero no ha ascendido al monte de la continencia; quien aparta su mano y mente de los robos y la avaricia, y acostumbra dar de sus bienes a los pobres, aún no ha podido dejarlo todo; ha huido del incendio de Sodoma, ha entrado en las murallas de la pequeña ciudad donde evita el peligro de la destrucción, pero aún no ha ascendido a la fortaleza de la virtud donde ya se destacaría como perfecto, y otras cosas por el estilo.

El sol salió sobre la tierra, y Lot entró en Segor; entonces el Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego del Señor desde el cielo; y destruyó estas ciudades y toda la región circundante. La salida del sol sobre la tierra, con la que Sodoma y Gomorra fueron destruidas, designa la manifestación del último examen, cuando, habiendo sido rescatados todos los justos, un repentino exterminio oprimirá a los impíos. Y ciertamente fue hecho con justicia divina que aquellos que intentaron atrapar al bienaventurado Lot en las tinieblas de la noche, resistiéndose mucho a sus delitos, al llegar el día repentinamente, viéndolo rescatado, perecieran por completo, y aquellos que ardieron en las oscuras voluptuosidades de la carne, al aparecer la mañana repentinamente, fueran consumidos por el azufre y el fuego, porque todos los que en la ceguera de la mente sirven ocultamente a los vicios, son heridos públicamente por el juez estricto en el conocimiento de su crimen. También es notable que en una misma noche Lot se alegraba de tener al Señor como huésped y era defendido de los enemigos; y los sodomitas se esforzaban por acumular sus crímenes, incluso mancillando a Lot con sus huéspedes; pero al salir el sol, él fue liberado por su justicia, y ellos condenados por su impiedad, porque en la noche de este siglo los santos se alegran en los aposentos de sus corazones de recibir a aquel que dijo: "He aquí, yo vendré y habitaré en medio de ti" (Zacarías 10, 11), y en el Apocalipsis: "He aquí, estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3, 20). Y los impíos buscan corromper con sus tentaciones las obras de los fieles o la misma fe; pero al

aparecer la mañana del siglo futuro, estos reciben la corona de la vida, y aquellos incurren en la pena de la muerte perpetua. Los sodomitas perecen con una pena digna de sus crímenes. Pues porque llevaron una vida impía en la podredumbre de la lujuria y el ardor de la libido, merecidamente son castigados con las llamas del fuego y el hedor del azufre. No hay duda de que con tal pena no solo fueron condenados en el presente, sino que también serán condenados perpetuamente, como dice el apóstol Juan: "Pero los cobardes, incrédulos, abominables, homicidas, fornicadores, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre" (Apocalipsis 21, 2). Así, la pena y la venganza se igualan a los géneros de pecados, según lo que el sabio dice interpretando las plagas de los egipcios: "Para que supieran que por lo que uno peca, por eso es atormentado" (Sabiduría 11, 17), así como el bienaventurado Lot, según el modo de vida que llevaba, mereció ser liberado; porque siendo hospitalario, le sucedió que fue salvado del exterminio al recibir buenos huéspedes. No hay duda de que por esos mismos huéspedes después de la muerte fue recibido en las moradas eternas, para que quien introdujo en su casa a los ciudadanos del cielo y los alimentó con sus banquetes, por ellos mismo fuera llevado a las moradas celestiales; donde sería alimentado perpetuamente con el pan de los ángeles, es decir, con la gloria de la visión de la claridad divina; lo que se dice que "el Señor hizo llover del Señor azufre y fuego del cielo", manifiestamente distingue la persona del Padre y del Hijo, y rechaza la herejía de Sabelio, que dice que el mismo Padre es el que es el Hijo. Llovió el Señor del Señor, el Hijo del Padre, de donde también se dice en otro lugar al Padre: "Todo lo hiciste con sabiduría" (Salmo 103, 24), es decir, en el Hijo. A lo que es similar lo que dice el salmista, donde describe así las dos personas del Padre y del Hijo, insinuando sin embargo una sola deidad en dos personas: "Tu trono, oh Dios, es eterno; cetro de equidad es el cetro de tu reino; amaste la justicia y odiaste la iniquidad, por eso te ungió Dios, tu Dios" (Salmo 44, 7). "Tu trono, oh Dios", se dice al Hijo de Dios; "te ungió Dios, tu Dios", se refiere a Dios Padre.

Y mirando su esposa hacia atrás, se convirtió en una estatua de sal. Esto debe creerse que realmente sucedió según la letra. De hecho, Josefo relata que hasta sus tiempos la misma estatua de sal perduraba en las puertas de esa ciudad. Y ciertamente la esposa, por el miedo de la fragilidad femenina al clamor repentino de los que perecían y al estruendo de las llamas que descendían del cielo, miró hacia atrás; pero sin embargo, en esta debilidad, representa a aquellos que, habiendo renunciado una vez al mundo y comenzando el arduo camino de las virtudes, de repente recurren a los deseos mundanos que habían dejado, con un corazón inestable y como femenino; de los cuales el apóstol Pedro dice: "Mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado" (2 Pedro 2, 20); así como por el contrario Lot, que dejó todo lo que poseía con los pecadores que iban a perecer, representa a aquellos que verdaderamente renuncian al mundo, y no se arrepienten de haber renunciado; a quienes también el bienaventurado Noé, que también dejó todas sus cosas con los réprobos, así como este en el fuego, así aquel en las aguas, manifiestamente designa; que la esposa de Lot, al apartarse del camino que el Señor mostraba, fue extinguida y convertida en una estatua de sal; indica adecuadamente que aquellos que se desvían del camino de la verdad repitiendo los vicios, perecen en su depravación; pero con el ejemplo de su perdición dejan a otros como un condimento de sabiduría, para que recordando su destrucción, se guarden más cautelosamente y con más circunspección en el propósito de justicia que han emprendido. De hecho, el Señor, advirtiendo a los fieles que no abandonen el camino de la fe que han comenzado, les aplica como una piedra de sal, para que sus palabras sepan más dulcemente, cuando dice entre otras cosas: "Recuerden a la esposa de Lot" (Lucas 17, 32). Por lo tanto, quien desea evitar el

fuego de los vicios, que es el juicio final, debe olvidar lo que está detrás y siempre mirar hacia las alegrías de la promesa divina que están delante.

Y Lot subió de Segor, y se quedó en el monte, y sus dos hijas con él. Porque temía quedarse en Segor. Se apresuró a subir al monte desde Segor, porque reconoció que esto era más agradable a los ángeles por los cuales fue rescatado, temiendo que lo que en el momento de aquel tiempo evitó el peligro de la muerte por su intercesión, después, sin embargo, por los crímenes de los ciudadanos, esa misma ciudad pudiera ser consumida con una perdición similar a la de las ciudades vecinas; temió especialmente, sabiendo que en tiempos anteriores había sido consumida frecuentemente por terremotos; de donde también se llamó Bale, es decir, "precipitación" o "devoración". Pero también según la inteligencia espiritual, porque Sodoma representa las llamas de los vicios, Segor la modesta iniciación de las buenas obras, y el monte la altura de las virtudes, es necesario que cuando alguien ha pasado del incendio de los vicios al inicio de la virtud, no permanezca ya perezoso en ese inicio, sino que siempre se esfuerce y se apresure con paso ágil hacia un progreso más alto de buena acción.

Dijo la mayor a la menor: Nuestro padre es anciano, y no queda hombre en la tierra que pueda unirse a nosotras según la costumbre de toda la tierra; ven, embriaguémoslo con vino y durmamos con él, para que podamos conservar de nuestro padre descendencia, etc. Se relata cómo las hijas de Lot, embriagándolo con vino, durmieron con él, y concibiendo, dieron a luz a Moab y Amón, patriarcas de los moabitas y amonitas. Y aunque esta historia parece contraria al orden natural de la concepción humana, no se puede dudar del hecho, ya que una autoridad tan grande lo refiere como sucedido. Lot puede parecer excusable, ya que soportó sin saberlo tal crimen de incesto más que cometerlo; pero no se le excusa en que, olvidando el reciente exterminio de los impíos, se entregó tanto al vino que no pudo percibir lo que se hacía con él. Las hijas también parecen excusables, ya que no incestuaron a su padre por lujuria, sino porque pensaron que no quedaba hombre en la tierra, y que todos habían sido consumidos por la misma pena de las llamas; y sospecharon que, así como después del diluvio el género humano fue restaurado por los tres hijos de Noé y sus respectivas esposas, ahora debía ser restaurado de nuevo por ellas y su padre, quienes solos habían sobrevivido al fuego; por eso pensaron que debía hacerse esto más bien en el sueño, para que el padre, al saber de tal unión, no lo rechazara y despreciara. Por tanto, pueden parecer excusables, ya que creían que en tal hecho prestaban obediencia a la disposición divina; pero no se les excusa en que no buscaron la voluntad o el consejo de su padre en tal asunto, ni esperaron el tiempo necesario para conocer con certeza lo que había sucedido con el género humano en el mundo. Según el sentido moral, podemos entender en este hecho que ningún estado de la vida terrena, por sublime que parezca, puede estar libre del contagio de la tentación de la culpa. Pues he aquí que el bienaventurado Lot escapó de las llamas pútridas de Sodoma, evitó la ruina de la igualmente pecadora ciudad de Segor, ascendió a la cima del monte; pero donde se le creía colocado en la alta cima de las virtudes, allí se le ve embriagado de noche y súbitamente mancillado por sus hijas, porque a menudo sucede que quienes han vencido otras tentaciones de vicios por la iluminación de la gracia celestial, sucumben de nuevo débilmente a otras por la inercia de su propia debilidad. La ayuda del ángel guía indica la ayuda celestial por la cual somos liberados de los peligros de los pecados; las hijas del bienaventurado Lot expresan también los pensamientos carnales de los hombres sublimes, a los cuales a veces se someten por negligencia; de modo que incluso de un corazón piadoso se conciben palabras o hechos menos aprobados, como hijos malvados. Pues no cabe duda de que los hijos de Lot nacidos de sus hijas, que engendraron pueblos gentiles y ajenos a la fe de su padre, designan aquellas obras de los santos que no pertenecen a la regla de la santidad, sino más bien a la depravación de los malos; como fue el adulterio de David, la exaltación del rey Ezequías, la

imprudente marcha del rey Josías a la batalla en la que fue muerto, y el reino davídico fue entregado a los enemigos; como también la negación del bienaventurado príncipe de los apóstoles. A menudo coinciden los tiempos con los hechos; pues Lot, que fue rescatado de Sodoma al amanecer, fue embriagado y engañado al caer la noche, porque ciertamente el ser salvados de los peligros es obra de la gracia iluminadora de Dios; el recaer en los vicios es obra de nuestra ceguera e infirmitud. De las hijas de Lot nacen Moab y Amón, a quienes los pecados designan, como también lo atestigua aquel precepto de la ley que dice: Los moabitas y amonitas no entrarán en la asamblea del Señor hasta la tercera y cuarta generación, y hasta la eternidad, porque los errores y vicios, como hemos dicho, de los elegidos no se cuentan en el número de virtudes con las que la Iglesia se perfecciona y adorna, sino que se ocultan más bien con la superposición de buenas obras para que no aparezcan; pero también los nombres de los hijos de Lot, de los cuales el primero significa de mi padre, el segundo se interpreta como Mi pueblo, se adaptan adecuadamente a la costumbre de los vicios; que no nos fueron implantados por Dios creador, sino que descubro que me fueron insertados divinamente desde el origen de la primera condición. También llamo Amón, es decir, mi pueblo, porque reconozco que esto también debe aplicarse a mí, y no atribuirse al creador de las naturalezas. Es de notar que propiamente el pueblo se interpreta como amonestador. Mi pueblo se llama Amón, lo cual tampoco discrepa de la significación de los pecados. Pues así como debemos alegrarnos por el fruto de las virtudes, que nos son donadas por el Señor, así es necesario que nos compungamos con saludable tristeza por el surgimiento de los vicios, que se sabe que provienen de la corrupción de nuestra naturaleza. Y este es el hijo de Lot concebido en incesto. Por otro lado, Isaac, que nació de la promesa y se interpreta como Gozo, designa la gracia de las virtudes.

Partió de allí Abraham hacia la tierra del sur, habitó entre Cades y Sur, y peregrinó en Gerar. Que Abraham fue a la tierra del sur insinúa el progreso celestial de su mente en su viaje terrenal, por el cual solía ascender siempre a obras de virtudes más perfectas, como también los demás santos. La tierra del sur, que está más cerca de la luz y el calor del sol, a menudo indica, según los sentidos morales, aquella vida de los fieles que, disipando la pereza de la concupiscencia mundana, solía renovarse cada día más y más con la luz interna del amor celestial. Y Abraham, después de la destrucción de Sodoma, se dirige a la tierra del sur, cuando cada elegido, al ver la destrucción de los malvados, se dispone más devotamente al servicio de su Creador, para que, habiéndole sido concedido interiormente sobrevivir a la perdición de los malos, merezca participar eternamente en los gozos de los buenos. Pues el niño será más astuto cuando el flagelo azote al impío. Las palabras siguientes, que dicen que Abraham habitó entre Cades y Sur, y peregrinó en Gerar, se adaptan adecuadamente a los progresos espirituales de los elegidos. Cades significa Santa o Cambiada, Sur significa Fuerte, Gerar se interpreta como Incolato. Abraham, pues, partió hacia la tierra del sur y habitó entre Cades y Sur, porque ciertamente todos los elegidos, cuando son iluminados interiormente con el conocimiento de la verdad, arden con amor por la visión divina, y al mismo tiempo se esfuerzan por ejercer obras de santidad; cuidan de llevar una vida celestial en lugar de terrenal, angelical en lugar de humana, entre los hombres, y no cesan de adherirse con la fortaleza de una fe invicta a aquel que es singularmente fuerte, diciendo cada uno, diciendo todos: Pero para mí, el adherirme a Dios es bueno (Sal. LXXII, 28). Es de notar que Sur es uno de los diez nombres de Dios entre los hebreos, con el cual se suele significar la virtud del Omnipotente. Habita, pues, entre Cades y Sur, quien a diario anhela la visión de su Creador a través de las obras de las virtudes; y puesto que esta visión suele ser en el futuro, pero en el presente siglo se confiesan peregrinos quienes han aprendido a esperar la patria eterna en los cielos, sigue correctamente:

Y peregrinó en Gerar. Pues tanto con la palabra peregrinación como con el nombre de Gerar, es decir, incolato, se figura adecuadamente la vida de los santos, que, cuanto más se dedican a los preceptos divinos, tanto más están alejados de los gozos temporales; de donde también el Apóstol, glorificando la vida de los mismos patriarcas, decía: Por la fe habitó Abraham en la tierra de la promesa, como en tierra ajena, habitando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios (Heb. XI, 9). Y poco después: Según la fe murieron todos estos, sin haber recibido las promesas, pero viéndolas de lejos y saludándolas, y confesando que eran peregrinos y extranjeros sobre la tierra (Ibid., 13). Pues quienes dicen esto significan que buscan una patria; pero Gerar era antiguamente el límite de los cananeos hacia el sur, y la ciudad metropolitana de Palestina, situada entre Cades y Sur, es decir, entre dos soledades, una de las cuales se une a Egipto, a la que el pueblo llegó después de cruzar el Mar Rojo, y la otra, Cades, se extiende hasta el desierto de los sarracenos. Sigue:

Y dijo de Sara su esposa: Es mi hermana. Entonces Abimelec, rey de Gerar, envió y la tomó. Por qué dijo esto Abraham de Sara, y por qué se debe creer que, aunque fue llevada a la casa del rey, no fue tocada por el concubinato del rey, ya se ha dicho antes, cuando de manera similar fue llevada por el faraón, pero devuelta a su esposo por mandato del Señor. Cuando sigue.

Pero Dios vino a Abimelec en un sueño nocturno y le dijo: He aquí que morirás a causa de la mujer que has tomado, pues tiene marido; pero Abimelec no la había tocado, y dijo: Señor, ¿matarás a una nación ignorante y justa? Y el resto de esta lectura. Parece que Abimelec conocía y practicaba diligentemente el culto de la verdadera religión con todos los suyos; pues, ¿cómo podría un hombre ajeno al conocimiento y temor de Dios merecer ser reprendido por Dios cuando pecó, o recibir con tanta humildad las palabras de Dios que lo reprendía? Pues también demostró la inocencia de su gente cuando dijo: ¿Matarás a una nación ignorante y justa? Y mostró la pureza de su corazón y de su obra cuando añadió: En la simplicidad de mi corazón y con la limpieza de mis manos hice esto. Por lo cual, también porque respondió prudentemente y con humildad al Señor, mereció ser alabado y consolado de inmediato por la segunda voz de Dios que decía:

Y yo sé que lo hiciste con un corazón sencillo; por eso te guardé para que no pecaras contra mí. Pero también el hecho de que, levantándose de noche, llamó a todos sus siervos y les contó lo que le había sucedido; y que ellos, al oír el peligro de culpa en el que había incurrido el rey, todos temieron mucho, muestra cuán dedicado estaba tanto el ánimo del rey como el de sus siervos a la justicia: Pues el mismo rey, cuando dijo a Abraham: ¿Qué nos has hecho? ¿Qué pecado hemos cometido contra ti, que has traído sobre mí y sobre mi reino un gran pecado? manifiestamente insinúa que no consideraba leve el pecado de ignorancia, que confesaba ser nocivo no solo para él, sino también para su reino. Por lo cual tampoco creyó que le bastara haber obtenido el perdón de la culpa de Dios, sino que, habiendo merecido ser guardado por Dios para no pecar, si no también al hombre contra quien había pecado sin saberlo, al devolverle a su esposa, le dio al mismo tiempo abundante dinero para poder aplacarlo, como se lee en lo siguiente. No debe sorprender que hombres incircuncisos en ese tiempo pudieran ser cultores de la verdad, ya que también se cree que el bienaventurado Job y los reyes amigos suyos sirvieron fielmente al Señor con todos los suyos después de los tiempos de la circuncisión, sin el sacramento de la circuncisión: pero también se sabe que el patriarca Sem con Arfaxad, Sala, Heber, sus hijos o nietos, aún vivían en carne en ese tiempo, y llevaban una vida agradable a Dios sin la ley de la circuncisión. Por lo cual parece verosímil que el signo de la circuncisión fue dado solo a Abraham y a su descendencia y familia, pero que en las demás naciones aún podían existir algunos que, por el conocimiento

natural de la ley, sirvieran devotamente a Dios; ya sea mediante la ofrenda de sacrificios, o ciertamente solo por la profesión de la verdadera fe, purgados de la mancha de la primera transgresión, especialmente mientras aún vivían aquellos que recordaban la destrucción del género humano en el diluvio, la construcción de la torre y la división de las lenguas, o la perdición de Sodoma. Pues la historia del Génesis atestigua que el mismo Sem perduró en el cuerpo hasta el quincuagésimo año del nacimiento de Jacob; a esta opinión se adhiere el bienaventurado papa Gregorio, diciendo que no se debe creer que tan breve suma de hombres en esos tiempos alcanzó la vida perpetua que el legislador Moisés parece haber comprendido en los pocos monumentos de sus escritos. Pero lo que Abraham dijo al rey, que diligentemente insistía y ciertamente inquiría por qué había dicho que su esposa era su hermana, satisfaciéndolo, dijo entre otras cosas: Además, en verdad es mi hermana, hija de mi padre, pero no hija de mi madre; la antigua traducción lo tiene más adecuadamente, En verdad es mi hermana por parte de padre, pero no por parte de madre; es decir, hija de su hermano, no de su hermana; pues hermanos o hermanas a veces se llaman en las Escrituras a los que son de una misma familia, es decir, patria, que los latinos interpretan como paternidades, cuando de una raíz se difunde una gran multitud de la misma estirpe; de lo contrario, ¿cómo es que Abraham, hombre justo, tomó por esposa a la hija de su padre, cuando en los primeros hombres, por la salud de los oídos, la Escritura no lo menciona, prefiriendo que se entienda a que se exprese? Y lo que el rey dijo a Sara:

He aquí que he dado mil monedas de plata a tu hermano; esto será para ti un velo de los ojos para todos los que están contigo, dondequiera que vayas; y recuerda que fuiste descubierta. Cuando habla en broma, porque ella dijo que él era su hermano, y la llama descubierta porque al simular cubrió la verdad, diciendo que era su hermano quien era su esposo, la exhorta a que lo recuerde en el futuro, para que no incurra de nuevo en el mismo oprobio al ser descubierta por una simulación similar. Si en esta lectura, donde Sara, con el permiso de Abraham, es amada y raptada por los reyes, pero devuelta intacta a su esposo por la providencia del Señor, se desea sentir algo alegórico, se significa que la Iglesia será frecuentemente asediada por las tentaciones de los poderes mundanos, permitiéndolo ciertamente el Señor, quien se dignó ser llamado su esposo por el don de la protección y gracia celestial, para que, examinada por las adversidades, se manifieste más claramente cuán firme es su fe, cuán devota a Dios en castidad, y cuán grande es la custodia de su Creador, siempre protegida de todas las insidias de los enemigos, y nunca corrompida en la simplicidad de su fe. Pero que al devolver a Sara a Abraham, el rey le dio al mismo tiempo ovejas y bueyes, siervos y siervas, y mucho dinero, significa aquel tiempo en que el reino de este mundo iba a someterse a la fe cristiana, y a tener en veneración aquella religión que antes se esforzaba por combatir. Que Sara, siendo joven, fue deseada y raptada por el faraón, y ahora, siendo de mayor edad, por Abimelec, significaba que la Iglesia, aunque siempre en esta vida será ejercitada por trabajos, experimentará sin embargo dos persecuciones mayores que las demás; una del imperio romano, que sufrió como en su juventud, superándola fortísima y gloriosamente con la ayuda del Señor; otra del Anticristo, que sufrirá como en su vejez, es decir, al acercarse el fin de su vida temporal, y que, con la misma misericordia del Señor, vencerá. Pues que Sara era de tal belleza que incluso anciana pudo ser amada por la gracia de su forma, significa que la Iglesia en aquel último tiempo será adornada con tanta gloria de virtudes, que el enemigo feroz con sus secuaces no le tendrá poca envidia, y por eso se esforzará por combatirla con todas las artes de sus insidias y fuerzas; cumplida la profecía que dice de sus hijos: Aún se multiplicarán en la vejez abundante, y serán bien pacientes para anunciar (Sal. XV, 19): es decir, para que prediquen con constancia la fe en la que se glorían entre los males que padecen. Que ambos reyes, para no violar a Sara, fueron guardados por la providencia de Dios, significa que así será contenida la rabia de los perseguidores, por la

misericordia del Señor, para que ninguno de los que verdaderamente pertenecen a la Iglesia pueda ser seducido de la castidad de la fe y la caridad que está en Cristo. Que ambos reyes fueron compelidos por plagas a devolver a Sara a su esposo, y corrigieron su rapto temerario con dinero dado al mismo tiempo, significaba que los perseguidores a menudo serán contenidos de la injuria a los fieles por la adversidad y las pérdidas de bienes temporales; pero también serán convertidos a la reverencia o al consorcio de los mismos fieles, lo cual sabemos que ha sucedido en algunas persecuciones, y creemos que será en aquella última, mayor que las demás; y esto por las oraciones de los preladados espirituales, y la indulgencia y misericordia del Señor Salvador, quien se dignó unir a la santa Iglesia en el vínculo de esposa. Pues el bienaventurado Abraham, orando por Abimelec, designa adecuadamente tanto al mismo Señor Salvador, que está a la derecha de Dios, quien también intercede por nosotros, como a los pastores y rectores de la misma Iglesia, quienes, puesto que cuidan de su castidad, no descuidan suplicar al Señor por sus adversarios para que no puedan mancillarla, sino que desistan más rápidamente de sus nocivos propósitos. No debe parecer fuera de lugar que por Abimelec, hombre bueno y temeroso de Dios, puedan ser figurados los perseguidores de los buenos. Pues es habitual en las Escrituras que tanto por los buenos se designen males, como por los malos se designen a veces bienes; pues el bienaventurado papa Gregorio no dudó en poner a los reyes impiísimos Saúl y Jeconías en figura del Señor Salvador, y por el contrario dice que por el hecho del fidelísimo Urías se designa la perfidia de los judíos.

Visitó el Señor a Sara como le había prometido, y cumplió lo que le había dicho, y concibió y dio a luz un hijo en su vejez en el tiempo que Dios le había predicho. Se dice que Dios visitó a Sara como a una enferma y ya desesperada de todo fruto de descendencia, para que lo que la naturaleza parecía negar, la presencia de la gracia divina lo concediera: esta palabra se adapta adecuadamente a todos los hijos de la promesa, que no son salvos por el arbitrio de su propia libertad, sino por la elección de la gracia, no por el esfuerzo de su propio trabajo, sino por la visita del Señor a su corazón y el cumplimiento del don de la gracia que prometió.

Y Abraham llamó al nombre de su hijo que le dio Sara, Isaac. Isaac se interpreta como Risa o Gozo, que este nombre conviene a todos los fieles, a quienes entre otros bienes de la herencia celestial su Redentor les promete diciendo: Pero os volveré a ver, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo (Juan XVI, 1).

Y lo circuncidó al octavo día, como Dios le había ordenado cuando tenía cien años. Así como Isaac nació en el tiempo del antiguo testamento, pero con su propio nacimiento designa a los herederos del nuevo testamento, de igual manera la circuncisión con la que fue consagrado es un sacramento del antiguo testamento, pero prefigura la gracia del nuevo testamento, por la cual el mundo debía ser purificado en Cristo de toda mancha de pecado, muerte y mortalidad. Pues en aquel tiempo la circuncisión liberaba a los fieles del nudo del pecado original; sin embargo, fue dada como un tipo de gracia superior, por la cual todo el reino del pecado y de la muerte debía ser destruido por la pasión y resurrección del Señor; en cuyo ejemplo nosotros también en el bautismo somos absueltos de todos los pecados, y en el último día, renovados de toda corrupción de carne y alma y de la mortalidad, llegaremos a la vida eterna; donde, como dice el Señor, los hijos de la resurrección no se casarán ni serán dados en matrimonio, sino que serán como ángeles en el cielo; pues ya no podrán morir más (Marcos XII, 25). Y porque el Señor resucitó de entre los muertos al octavo día, es decir, después del sábado, porque también esperamos resucitar en la octava edad; ya que hay seis edades de este mundo, la séptima es el sabatismo de las almas en otra vida, la octava es la de nuestra resurrección y el juicio universal; correctamente se ordenó que la circuncisión se hiciera al octavo día. Pero el hecho de que Abraham tuviera cien años cuando nació Isaac y fue

circuncidado el hijo de la promesa, concuerda perfectamente con la perfección de esa misma promesa. Pues el número cien es perfecto, lo cual se demuestra principalmente porque se transfiere de la izquierda a la derecha; y por eso mística y correctamente se adapta a los bienes celestiales y eternos, en esto nace Isaac, quien con su nacimiento, nacido maravillosamente de padres ancianos, sería designado heredero no de un reino temporal e inferior, sino eterno en los cielos, en cuyo sacramento también el arca de Noé fue construida en cien años, y Abraham permaneció cien años en la tierra de la promesa, e Isaac sembrando en Gerar encontró en ese mismo año el ciento por uno, y el atrio del tabernáculo tiene cien codos de largo; y en la parábola de la semilla evangélica, la buena tierra produjo fruto al ciento por uno, y el Señor promete a los que dejan sus propias cosas el ciento por uno en este tiempo y además la vida eterna: en todos estos casos el número cien designa o las alegrías de la vida eterna, o las buenas obras por las cuales se llega a estos bienes.

Creció, pues, el niño y fue destetado, e hizo Abraham un gran banquete el día de su destete. Isaac es alimentado con leche cuando cada elegido, hijo de la promesa, recién nacido en Cristo, recibe los primeros rudimentos de la fe, y aunque aún no puede escudriñar los más altos misterios de la divinidad, deleitado sin embargo por la dulzura de las recompensas celestiales, se esfuerza por dedicarse a las buenas obras, por las cuales, con la ayuda y generosidad de Dios, merece alcanzar mayores cosas, según lo dicho por el apóstol Pedro: Desechando, pues, toda malicia, y todo engaño, y simulaciones, y envidias, y todas las detracciones, como niños recién nacidos, desead la leche racional y sin engaño, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado que el Señor es bueno. Pero Isaac fue destetado y llegó al alimento del pan, cuando los elegidos, con el progreso de los incrementos de la fe, no solo aprenden a confesar a Jesucristo, y a este crucificado, sino también a añadir que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.

E hizo Abraham un gran banquete el día del destete de Isaac, porque es una gran solemnidad para los maestros supremos de la mente, cuando ven a aquellos a quienes han educado ascender a la cima de la sabiduría y la virtud.

Y cuando Sara vio al hijo de Agar la egipcia jugando, dijo a Abraham: Echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de la sierva no será heredero con mi hijo Isaac. Algunos códices tienen: Al hijo de Agar la egipcia jugando con su hijo Isaac, lo cual no se encuentra en hebreo; pero ya sea que jugara con Isaac o en presencia de Isaac, Sara no quería que el hijo de la sierva fuera maestro de juegos para su hijo; no quería que aquel a quien había recibido en la promesa siendo anciana fuera hecho indigno de las promesas y de la bendición celestial por los ejemplos o asociaciones innobles de un bastardo; de donde el Apóstol no dudó en llamar a este juego persecución. Pues persigue al hermano no solo quien lo persigue con espadas, o con odios, o con injurias, sino también aquel que con juegos o conversaciones necias busca apartarlo de la rectitud de su pureza con halagos; de aquí también el salmista: Me contaron, dice, historias los inicuos, pero no como tu ley, Señor; todos tus mandamientos son verdad; los inicuos me persiguieron, ayúdame (Salmo CXVIII, 85). Y él mismo, porque amaba la ley del Señor y los mandamientos de la verdad, toleraba a los narradores de historias como perseguidores; por eso imploraba la ayuda divina para superarlos; el Apóstol, sin embargo, manifiestamente muestra qué tipifica cada hijo de Abraham escribiendo a los Gálatas: Está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la sierva y otro de la libre; pero el que era de la sierva nació según la carne; pero el de la libre por la promesa, lo cual se dice en alegoría. Porque estas son dos alianzas; una ciertamente del monte Sinaí que engendra para servidumbre, que es Agar. Porque Sinaí es un monte en Arabia, que se compara con la que ahora es Jerusalén, y sirve con sus hijos; pero la Jerusalén de arriba es libre, la cual es madre de todos nosotros (Gál. IV, 22). Pero lo que dice que el hijo de la sierva nació según la carne,

y el de la libre por la promesa, insinúa claramente que aquel fue engendrado demostrando la costumbre de la naturaleza; pero aquel fue dado por la promesa significando la gracia. Pues Ismael nació como nacen los hombres por la mezcla de ambos sexos según la ley acostumbrada de la naturaleza; por eso se dijo según la carne; no porque estos beneficios no sean de Dios, sino donde debía significarse el don de Dios, porque la gracia de Dios se otorgaba a los hombres sin merecerlo; así debía darse el hijo como no se debía a los cursos de la naturaleza. Por lo tanto, Isaac no nació según la carne de Abraham, sino por la promesa, no porque no lo hubiera engendrado en la carne, sino porque lo había recibido de una suma desesperación, y si no hubiera estado presente Dios prometiendo, ya nada el anciano se atrevía a esperar de las entrañas de su anciana esposa para la posteridad. Explicando esta ley, el Apóstol añade: Pero nosotros, hermanos, somos hijos de la promesa según Isaac; pero como entonces el que nació según la carne perseguía al que nació según el espíritu, así también ahora (Gál. IV, 28); no condena el Antiguo Testamento como contrario al Nuevo, para no confirmar con su autoridad la insensata doctrina de los maniqueos, lo cual está lejos de ser así; pues no preferiría de ninguna manera a los apóstoles y evangelistas sobre Moisés y los profetas, quienes compusieron el Antiguo Testamento, de cuya gracia común del espíritu de poder y fe dice en otro lugar: Pero teniendo el mismo espíritu de fe, como está escrito: Creí, por lo cual hablé, y nosotros creemos, por lo cual también hablamos (I Cor. IV, 13); sino que ciertamente reprueba a aquellos, y juzga que deben ser expulsados de las casas del reino, que entienden carnalmente la ley que es espiritual; que de la observancia de la ley buscan del Señor beneficios temporales y un reino temporal, y no bienes eternos en los cielos; reprende a aquellos que confían en que la letra de la ley les basta para la salvación sin la gracia que ayuda, lo cual es propio de los judíos, de quienes también dice: Porque ignorando la justicia de Dios y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios (Rom. X, 13): reprueba a ellos, y decreta que son perseguidores de los fieles, quienes, brillando el Evangelio, y la gracia del Nuevo Testamento por la Encarnación del Señor ya resplandeciendo en todo el mundo, no obstante, sostienen que la circuncisión, los sacrificios y las ceremonias legales son necesarias para los bautizados en Cristo, contra quienes, especialmente cuando escribía esto, estaba vigilante su intención, como todo el texto de esta Epístola bien considerado enseña, finalmente añade a sus palabras que hemos puesto.

Pero ¿qué dice la Escritura? Echa a la sierva y a su hijo; porque el hijo de la sierva no será heredero con el hijo de la libre. Así que, hermanos, no somos hijos de la sierva, sino de la libre, con la libertad con que Cristo nos hizo libres. Estad firmes, y no os sometáis de nuevo al yugo de servidumbre. He aquí yo, Pablo, os digo que si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada (Gál. IV, 30). Con estas palabras muestra claramente que no enseña que las Escrituras ni los escritores del Antiguo Testamento, como la sierva y su hijo, deban ser expulsados de los confines de la Iglesia; sino que dice que la observancia carnal de ese mismo Testamento, después de que por Cristo la gracia y la libertad del Evangelio ha brillado, debe cesar, y ser cumplida fielmente por los herederos del Nuevo Testamento en un sentido espiritual. Así debe entenderse lo que dice el Señor en el Evangelio: Porque ni una jota ni una tilde pasará de la ley hasta que todo se haya cumplido (Mat. V, 18); que lo que la ley y los profetas manifiestamente hablan de la fe de la verdad, o de la justicia de las obras, y de la purificación del corazón para ver a Dios, siempre debe ser recibido literalmente; pero lo que se mandaba observar carnalmente al pueblo aún carnal, como es la misma circuncisión, la ofrenda de sacrificios, la purificación diaria de la lepra diligente, no solo de los hombres, sino también de las casas y vestiduras, y otras innumerables cosas de este tipo, estas debieron observarse según la letra hasta los tiempos de la Encarnación del Señor. Pero desde que el Señor, resucitando de entre los muertos, abrió el entendimiento de los discípulos para que comprendieran las Escrituras, y los enigmas de la profecía se reconocieran con luz

manifiesta, era conveniente que estas cosas se leyeran en la Iglesia por la autoridad de la profecía; pero por la iluminación de la gracia debían observarse espiritualmente y no carnalmente, aunque la Iglesia primitiva en Jerusalén observaba muchas ceremonias de la ley, incluso según la letra, también judaizando aquellos que de las naciones habían sido llamados a la fe, hasta que, extendida por todo el mundo, también comenzó a tener sacerdotes y doctores de las naciones, que no tenían ningún cuidado por la observancia judía, sino que solo se alegraban de escuchar con simplicidad cristiana los decretos apostólicos y evangélicos; a esta disposición eclesiástica bellamente concuerda la figura de los hijos de Abraham; pues antes de que naciera Isaac, Abraham y Sara se alegraban de Ismael como de un hijo único, como quien aún no mostraba nada de soberbia o ligereza en mente o costumbres, porque antes de la Encarnación del Señor y la revelación de la gracia, incluso los espirituales se alegraban en la ley, que el mismo pueblo la guardara con devoción sincera de corazón según la letra. Y con razón; pues el mismo pueblo no se oponía a la gracia, ni prefería la ley al Evangelio; sino que seguía con mente fiel los preceptos de justicia que solo había recibido. Pero incluso nacido Isaac y aún no destetado, comenzó a disminuir el amor por Ismael, como quienes se congratulaban los padres por el nacimiento de Isaac, como propio hijo de ambos, que sin embargo no trataban aún nada sobre la expulsión de Ismael, ni de su madre, porque, revelada ya la gracia del Evangelio, y predicando los apóstoles a Cristo, se alegraba la Iglesia de los creyentes, se alegraban los mismos doctores por la promesa del reino de Dios otorgada a ellos, pero no obstante no se apresuraban a rechazar la observancia de la circuncisión y de los sacrificios y fiestas legales como superflua. Pues no podían de repente rechazar como nocivo lo que sabían que había sido establecido por Dios, especialmente cuando entre estas costumbres se nutría aún la tierna y casi lactante infancia de la santa Iglesia. Pero destetado Isaac, Sara vio al hijo de la sierva jugando, y decretó que debía ser expulsado con su madre, porque después de que la Iglesia de las naciones se fortaleció en la fe de Cristo, vinieron de Judea carnales en sentido, como verdaderos hijos de la sierva, y aún no hechos libres por el espíritu de gracia en Cristo, enseñando a los hermanos y diciendo: Porque si no os circuncidáis según el rito de Moisés, no podéis ser salvos (Hechos XV, 1), lo cual era más un juego y vanidad que la verdad evangélica; más bien era una persecución no pequeña querer volver a las sombras de las figuras a aquellos que ya disfrutaban del don de la luz manifestada; de donde pronto la madre gracia por el concilio de los apóstoles decretaba que este dogma con sus autores debía ser expulsado.

Porque no será heredero, diciendo, el hijo de la sierva con el hijo de mi Isaac. Lo que el Apóstol puso con el hijo de la libre, porque de ninguna manera deben ser recibidos con los pregoneros de la verdad, que nos predicán que debemos ser salvos por la gracia del Señor Jesús, los falsos doctores, que afirman que esta gracia solo nos aprovecha si también nos consagramos con la circuncisión según el rito de la ley; más bien permanecerán para siempre excluidos de la herencia de la gracia que está en Cristo, quienes niegan la virtud de esa misma gracia, o se exaltan a sí mismos sin la gracia por sus obras. También hoy hay algunos en la Iglesia imbuidos de los sacramentos del nuevo testamento, pero por la intención de un ánimo carnal pertenecen al antiguo testamento y a la figura de Agar e Ismael; no porque verdaderamente sigan los mandatos del antiguo testamento, de los cuales el Señor dice: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos (Mat. XIX, 17), sino porque buscan del Señor beneficios temporales descuidando los eternos, que la antigua Escritura entendida según la letra a veces parece sonar, abrazando más lo que dice el Señor por el Profeta: Si queréis y me escucháis, comeréis el bien de la tierra (Isaías II, 19), que lo que dice por sí mismo: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios (Mat. V); de los cuales dice el Apóstol: Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Jesucristo (Fil. II, 21), quienes ya sea que persistan en malas acciones entre buenos católicos hasta la muerte, o

por herejías y cismas abiertos sean expulsados por juicio sacerdotal de la Iglesia como hijos de la sierva por Sara la libre, no obstante todos en el juicio futuro, quienes no se corrigieron antes, serán hechos ajenos y desterrados de la herencia de la bendición: Porque todo el que hace pecado, es siervo del pecado; pero el siervo no permanece en la casa para siempre; el hijo permanece para siempre. Si, pues, el hijo, dice, os libertare, seréis verdaderamente libres (Juan VIII, 34).